

1300.

VIDA I VIAJES
DE
CRISTOBAL COLON

POR
WASHINGTON IRVING.

REIMPRESO
PARA LAS BIBLIOTECAS POPULARES,

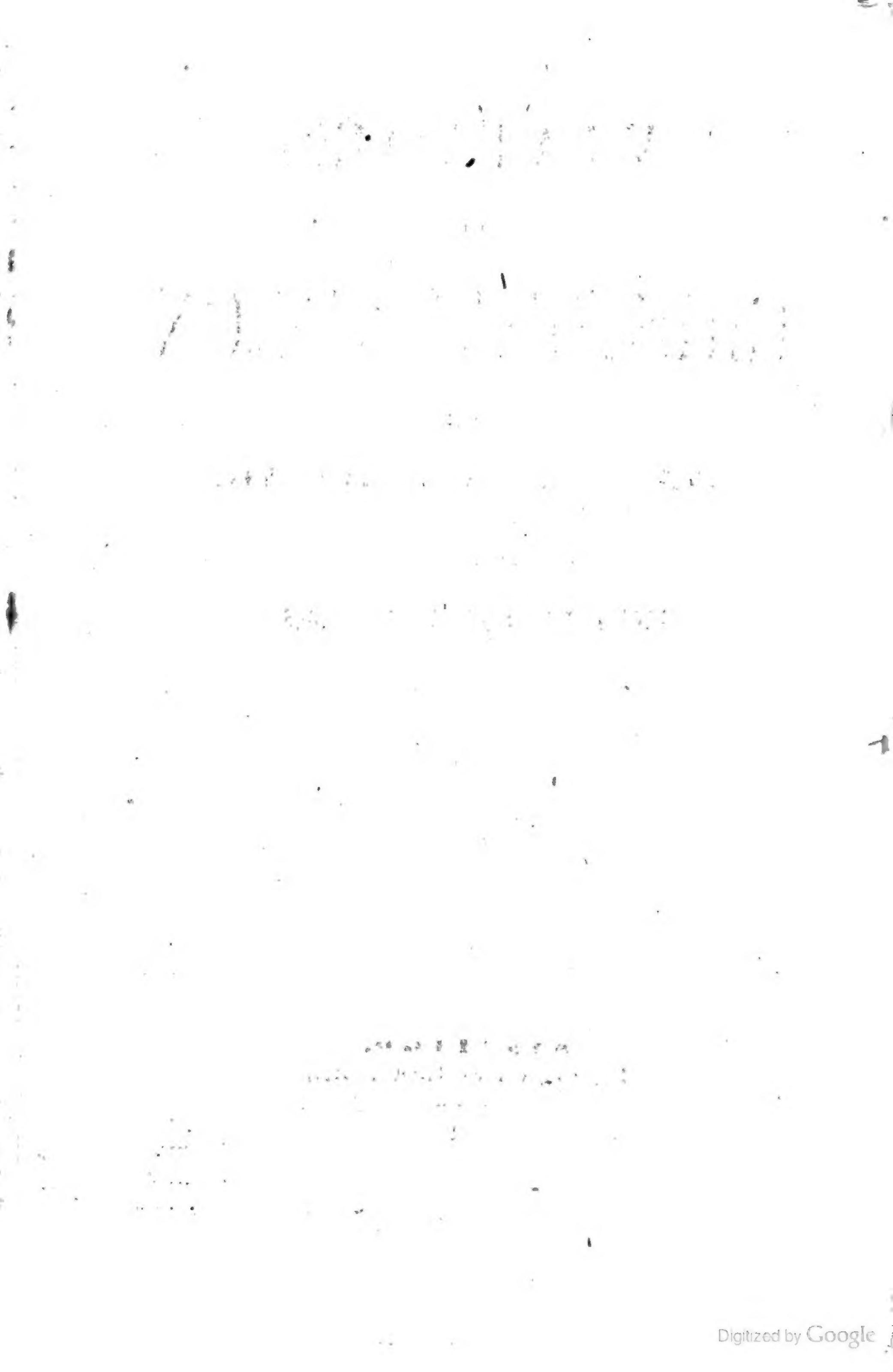


TOMO II.



SANTIAGO.
Imprenta del FERROCARRIL.

1859.



LIBRO VII.

CAPITULO PRIMERO.

VIAJE AL ESTREMO ORIENTAL DE CUBA.

(1494.)

COLÓN se dió a la vela con su flotilla el 24 de abril, i tomó el rumbo del Occidente. El plan de su expedicion era visitar de nuevo toda la costa de Cuba en el punto donde la habia dejado en el primer viaje, i explorar luego el lado del Sur. Como ya se ha dicho, suponía Colón que fuese aquel un continente i extremo oriental del Asia; en cuyo caso, siguiendo sus costas en la direccion dicha, debia arribar a Cathay i a los demas ricos i comerciales aunque semi-bárbaros paises, descritos por Mandeville i Marco Polo.

Despues de tocar a Monte-Christi, ancló el mismo dia en el desastroso puerto de la Navidad. Su objeto al visitar aquellos melancólicos lugares, era obtener una entrevista con Guacanagarí, que sabia haber vuelto a su primera residencia. No podia persuadirse de la perfidia de aquel cacique; tan profunda impresion habian causado en su pecho las pasadas bondades: así confiaba en que una franca esplicacion borraría toda duda, restableciendo aquel amistoso comercio, que tan útil podria ser a los españoles en el estado de penuria i escasez en que se hallaban: Guacanagarí, empero, mantuvo su conducta equívoca, ocultándose a la vista de los buques; i aunque muchos de sus súbditos aseguraron a Colon que pronto le haria una visita, no creyó este deber detener su viaje por tan incierta promesa. Prosiguiendo su curso, a veces interrumpido por vientos contrarios, llegó el 29 al puerto de San-Nicolas, desde donde vió el extremo de Cuba, a que habia dado en el precedente viaje el nombre de Alfa i Omega; pero al que llamaban los naturales Bayatiquiri, i se conoce hoy con el nombre de punta Maysi. Habiendo atravesado el canal que tiene unas diez i ocho leguas de latitud, navegó Colon por la costa del Sur de Cuba como veinte leguas, i ancló en un puerto, al que por su dimension llamó Puerto-Grande, en el dia Guantanamo. La entrada era estrecha, circu-

lar i profunda, i el puerto se dilatava dentro como un hermoso lago, en el seno de un pais salvaje i montañoso, cubierto de árboles, algunos en fruto i otros en flor. No léjos de la costa habia dos chozas de caña, i varias hogueras que resplandecian en diversos puntos, daban señales de habitacion. Desembarcó, pues, el Almirante con algunos hombres armados i el intérprete indio Diego Colon, natural de la isla Guanahaní, i bautizado en España. Al llegar a las chozas las encontró desiertas, i los fuegos abandonados, sin que se viese un ente humano. Los indios habian todos huido a los bosques i montañas. La repentina llegada de los buques causó un terror pánico en todos los alrededores, e interrumpió los preparativos que se estaban haciendo para un banquete. Habia muchos peces, utias i guanacos, unos colgados de los árboles, i otros asándose al fuego.

Los españoles que hacia mucho estaban escasos de racion, se aprovecharon sin ceremonia de aquella opípera mesa, aparecida en el desierto. Se abstuvieron, empero, de tocar a los guanacos, que miraban aun con asco como una especie de serpiente, aunque los creian los naturales manjar tan delicado, que, segun Pedro Mártir, no participaba de ellos la jente ordinaria de aquel pais con mas abundancia que la de España de perdices i faisanes.

Despues de comer, miéntras se paseaban los españoles por las cercanías, vieron sobre una elevada roca mas de sesenta indios, mirando hácia ellos con grandísimo pasmo i reverencia. Al querer aproximarse a su sitio, desaparecieron velozmente por entre los bosques i las montañas. Uno empero, mas atrevido o mas curioso que los otros, se detuvo al borde del precipicio, mirando con tímida maravilla a los españoles, en parte animado por las señas que estos le hacian, pero pronto a correr detras de sus compañeros si alguien se le aproximaba.

Diego Colon, el jóven lucayo, salió a hablarle de órden del Almirante. Las espresiones amistosas que oyó el admirado salvaje, pronunciadas en su misma lengua, no tardaron en ahuyentar sus temores. Salió a recibir al intérprete, i habiéndole este dicho, que las intenciones de los españoles eran buenas, se apresuró a comunicar la noticia a sus compañeros. Poco tiempo despues se vió a los indios descender de las alturas i salir de los bosques, acercándose a los extranjeros con mucha jentileza i veneracion. Por medio del intérprete supo Colon que habian sido enviados a la costa por el cacique, en busca de pescado para un solemne banquete que iba a dar a uno de los caudillos vecinos, i que asaban el pescado para que no se desmejorase en el viaje. Parecian del mismo natural blando i pacífico que

los naturales de Hayti. La devastacion que los hambrientos europeos habian causado en sus provisiones, no pareció apesadumbrarlos ; porque decian, que una noche de pesca compensaria toda la pérdida. Pero Colon, con su acostumbrado espíritu de justicia, mandó que se les retribuyese ámpliamente, i dándose las manos, se separaron ámbas partes, mutuamente satisfechas.

Zarpó el Almirante de este puerto el primero de mayo, i tomó el rumbo del Occidente costéando un pais montañoso, adornado de hermosos rios i lleno de cómodos puertos. Los naturales, hombres, mujeres i niños, contemplaban con admiracion los buques, que no léjos iban cortando las ondas. Levantaban por el aire frutas i provisiones, convidando a desembarcar a los españoles ; otros venian a ellos en canoas, trayendo pan de cazabe, pescado i calabazas de agua, no para venderlas, sino por vía de ofrendas hechas a los extranjeros, a quienes, como de ordinario, creian bajados de los cielos. Colon distribuyó entre ellos algunos regalos, que fueron recibidos con trasportes de alegría i gratitud. Despues de costear por algun tiempo, llegó a otro golfo o profunda bahía, de angosta entrada, dilatada por dentro i cercada de un rio i vistoso paisaje. Se levantaban desde las mismas aguas altísimas montañas por un lado, i muchas poblaciones indias alegraban la costa por el otro,

teniendo las orillas del mar tan bien cultivadas que parecían huertas i jardines. En este puerto, probablemente el mismo que hoy se llama Santiago de Cuba, ancló Colon, i pasó una noche agobiado, como solía, con la sencilla hospitalidad de los indios.

Cuando se preguntaba por oro a las jentes de esta costa, señalaban uniformemente al Sur, indicando que había hacia allí una grande isla adonde era muy abundante. Colon había recibido en el primer viaje noticia de la misma isla, que algunas de sus jentes pensaban fuese Babeque, objeto de tan ansiosa busca i quimérica esperanza. Había sentido grande deseo de separarse de su rumbo para ir a buscarla, i este deseo crecía con cada nuevo informe. Al día siguiente (el 3 de mayo), después de tomar el rumbo de Occidente hasta un alto promontorio, viró al Sur, i abandonando la costa de Cuba, fué mar adentro en busca de la anunciada isla.

CAPITULO II.

DESCUBRIMIENTO DE JAMÁICA.

(1494.)

NO HABIA Colon navegado muchas leguas cuando se empezaron a descubrir en el horizonte las azuladas cumbres de las montañas de Jamáica. Tardó, sin embargo, dos dias i dos noches en llegar a la isla. admirando al acercarse su vasta estension, la belleza de sus montañas, la majestad de sus bosques, la fertilidad de sus valles i el gran número de poblaciones que animan todo el pais.

Al aproximarse mas a tierra, salieron a recibirle por lo ménos setenta canoas llenas de salvajes pintados i adornados con plumas. Se adelantaron en formacion guerrera, con grandes alaridos, i blandiendo lanzas de aguzada madera. La mediacion del intérprete, i varios

regalos hechos a la tripulacion de una canoa, que se acercó a los bajeles mas que las otras, apaciguaron aquella iracunda escuadra, i la de Colon siguió pacíficamente su rumbo. Ancló en un puerto casi al centro de la isla, al que por la belleza de la campiña que la rodeaba, dió el nombre de Santa-Gloria i hoy lleva el de Santa-Ana.

Apénas amaneció el otro dia levó anclas, i costegó occidentalmente en busca de algun puerto abrigado, en que carenar i calafatear su embarcacion, que hacia mucha agua. Despues de algunas leguas de navegacion, encontró uno a propósito para su objeto. Envió botes a sondear la entrada, pero fueron acometidos por dos grandes canoas llenas de indios, que salieron a impedir el desembarco, arrojándoles lanzas, aunque desde tan léjos, que no alcanzaban a los españoles. No queriendo proceder a ningun acto de hostilidad que pudiese impedir en lo futuro un comercio amistoso, mandó Colon que volviesen los botes a bordo; i, viendo que habia cala bastante para su buque, entró i ancló en el puerto. Inmediatamente se vió toda la costa cubierta de indios, pintados de varios colores, pero los mas de negro, vestidos en parte de hojas de palma, i con cimeras i coronas de plumas. Diferentes de los hospitalarios isleños de Cuba i Hayti, participaban estos del carácter marcial de los caribes, como lo manifestaron lanzando con

fiera hostilidad misiles a los buques, i haciendo resonar las playas con sus alaridos i gritos de guerra.

Temió el Almirante que podrian equivocarse su discrecion con la cobardía. Le era forzoso carenar el buque i enviar la jente a tierra por agua; pero ántes era preciso aterrar a los salvajes, para impedir toda molestia sucesiva. Como las carabelas no podian acercarse lo bastante a donde los indios estaban, despachó los botes llenos de jente bien armada. Estos, remando junto a la orilla, hicieron una descarga de flechas con que hirieron a muchos indios, llenándolos a todos de confusion. Los españoles saltaron entónces a tierra, poniendo en fuga aquella multitud con otro disparo de flechas, i azuzándoles un perro que los persiguió con sanguinaria furia. Este es el primer ejemplo del uso de los perros contra los naturales, imitado despues con cruel efecto por los españoles en las guerras indias. Colon desembarcó despues, tomó formal posesion de la isla, i le dió el nombre de Santiago. Al puerto, por su comodidad, le llamó Puerto-Bueno: era de forma de herradura, i corria por cerca de él un rio.

En todo aquel dia se mantuvieron los alrededores silenciosos i desiertos. Al siguiente, muy de mañana, se vieron seis indios en la costa, haciendo señales de amistad. Eran emisarios de los caciques, i venian a proponer paz.

Los recibió con mucha cordialidad el Almirante, regalándoles juguetes para los caudillos; i algunos momentos despues ya estaba de nuevo la orilla cubierta de la desnuda i pintada multitud, trayendo abundantes provisiones de la misma especie, pero de mejor calidad que las de las otras islas.

En los tres dias que permanecieron los buques en el puerto, se conservó inalterable el mas amistoso trato con los naturales, que parecian mas ingeniosos i mas osados que sus vecinos de Cuba i de Hayti. Las canoas tenían mejor construccion i adornos entallados en las popas i en las proas. Muchas eran de gran tamaño, aunque cada una formada del tronco de un solo árbol, en jeneral de la especie de la caoba. Colon midió una de noventa i seis piés de longitud i ocho de ancho, ahuecada, de uno de aquellos magníficos árboles que se levantaban como verdes torres, en medio de las ricas florestas de los trópicos. Cada cacique se esforzaba para tener una grán canoa de esta especie, que miraba como su bajel de estado. Es de notar la innata diferencia que parecia existir entre aquellas tribus insulares. Las de Puerto-Rico, aunque rodeadas de las islas i sujetas a las frecuentes invasiones de los caribes, eran de carácter pacífico, i apénas tenían canoas; miéntras Jamáica, separada por la distancia del trato de las otras islas, libre, por la misma

razon, de invasiones i esmaltada, por decirlo así, en medio de un apacible mediterráneo, sobrepujaba todas las otras islas en sus armadas. Habiendo hecho provision de agua, i reparado el buque, se dió Colon a la vela, i siguió costeando hácia el Occidente, tan cerca de tierra, que iba la pequeña escuadra siempre rodeada de canoas, no hostiles, sino deseosas de cambiar cualquiera de sus cosas por dijes europeos. Habiendo navegado veinte i cuatro leguas, llegaron al extremo occidental de la isla, a donde, doblándose hácia el Sur la costa, empezó el viento a ser contrario para navegar cerca de tierra. Como no habia hallado oro en Jamáica, i la brisa fuese favorable para volver a Cuba, determinó Colon hacerlo así, i no abandonar la exploracion de sus costas, hasta saber si era isla o tierra firme. Al último punto a que tocó en Jamáica le dió el nombre de golfo del Buen-Tiempo, por el próspero viento que le llevaba a Cuba. Al irse a dar a la vela se presentó un jóven indio en los buques, pidiendo le llevasen los españoles consigo a su tierra. Le seguian sus parientes i amigos, pidiéndole encarecidamente desistiese de su propósito. Vaciló por algun tiempo entre el dolor que le causaba la angustia de su familia, i el ardiente deseo que le aguijaba de ver las mansiones natales de aquellos extranjeros que le pintaban su imaginacion como morada

de celestiales delicias. La curiosidad peculiar de la ardorosa juventud venció ; se arrancó de los brazos de sus amigos, i para no ver llorar a sus hermanas, se escondió en un sitio oculto del barco. Conmovido por aquella escena de afectos naturales, e interesado por el espíritu franco i emprendedor del jóven, mandó Colon que se le tratase con esmero.

Hubiera sido curioso saber algo mas de la vida de aquel isleño, i de la impresion que en ánimo tan vivo debieron causar a primera vista las maravillas de la civilizacion : si igualaba el pais de los blancos a sus esperanzas, o sí, como sucede jeneralmente a los salvajes, lamentaba en medio del esplendor de las ciudades la pérdida de sus bosques, o si volvió al fin al seno de su familia. Los historiadores primitivos de América se han interesado mui poco en averiguar la suerte de los que primero vinieron del Nuevo-Mundo a visitar el Antiguo. No hai mas particularidades de este jóven aventurero.

CAPITULO III.

VUELTA A CUBA.—NAVEGACION POR ENTRE LAS ISLAS
LLAMADAS LOS JARDINES DE LA REINA.

ZARPANDO desde el golfo del Buen-Tiempo, llegó la escuadra otra vez a la isla de Cuba, i el 18 de mayo a un gran promontorio, a que puso Colon el nombre Cabo de la Cruz que lleva todavía. Habiendo desembarcado cerca de una poblacion grande, fue bien recibido por el cacique i sus súbditos, que hacia mucho tenian noticia de él i de los buques.

En efecto, supo Colon por la relacion de este caudillo, que los indios que habian visitado sus bajeles en el crucero que en el primer viaje verificó por la costa del Norte, habian difundido la noticia de aquellos asombrosos entes bajados del cielo, llenando la isla de asombrosos rumores. Preguntó Colon a

este cacique i a los suyos si era Cuba isla o tierra firme. Respondiéronle que era isla, pero de infinita estension, pues no conocian a nadie que hubiese visto su límite. Esta respuesta, al paso que manifestaba su ignorancia de la naturaleza de un continente, dejaba sin resolver la cuestion. El nombre indio de Cuba era Macacar.

Prosiguiendo al otro dia su rumbo occidental llegó Colon a un punto en que la costa jira repentinamente al Nor este por muchas leguas, i dobla despues de nuevo al Occidente formando una inmensa bahía, o por mejor decir un golfo. Allí le acometió una de aquellas violentas tempestades acompañadas de espantosos truenos i relámpagos, que en aquellas latitudes parece que desgarran los cielos. Por fortuna no duró mucho la tormenta; de otra suerte la situacion de Colon hubiera sido en extremo peligrosa; pues habia numerosos cayos i bancos de arena, que hacian la navegacion arriesgada.

Parecian crecer estos a medida que adelantaban los buques, hasta que el marinero de vijía alcanzó a ver que en cuanto la vista podia abarcar estaba el mar tachonado de islas. Algunas eran bajas, escuetas i arenosas; otras estaban cubiertas de verdura, i otras coronadas de frondosas arboledas. Eran de varios tamaños, de una a cuatro leguas, i tanto mas fértiles i lozanas cuanto mas cerca de

Cuba. Como siendo tan numerosas era prolijo dar un nombre a cada una, llamó el Almirante a aquellos laberintos de islas, que esmaltaban el Océano, los Jardines de la Reina. Pensó al principio dejar este archipiélago a la derecha, i salir mas al mar; pero se acordó de que Sir John Mandeville i Marco Polo habian dicho que la costa del Asia estaba guarnecida de muchos millares de islas. Creyó por lo tanto, que se hallaba entre ellas, i resolvió no perder de vista el continente, persuadido de que siguiéndolo, si verdaderamente estaba en el Asia, pronto llegaria a los dominios del gran Khan.

No tardó Colon en verse empeñado por medio de aquellas islas en la mas difícil navegacion, i espuesto a continuos peligros i obstáculos por los bancos de arena, los bajos i las contracorrientes. Tenian los buques que tantear en cierto modo el camino, llevando marineros en los mástiles i haciendo uso continuo de la sonda. Ya seguian i variaban en una hora todos los rumbos de la brújula; ya se veian encerrados en un canal angosto, donde para no varar, tenian que ir a remolque; apesar de todas las precauciones, tocaron en muchos bancos de arena, i costó no poca dificultad salir de ellos. Las variaciones del tiempo aumentaban la dificultad de la navegacion; aunque despues de algunos dias empezó a seguir algun método, si así puede de-

cirse en sus mismos caprichos. Por la mañana se levantaba el viento con el sol en el Oriente; i siguiendo todo el dia se desvanecia por la noche en el Occidente. Enormes i recargadas nubes se agrupaban al oscurecer, despidiendo raudales de relámpagos i retumbantes truenos; pero al salir la luna se desvanecian todos aquellos amagos de tempestad en recios aguaceros al soplo de la brisa de tierra que se levantaba entónces.

El carácter mismo del paisaje acababa de confirmar a Colon en la idea de que aquellos grupos de islas formaban parte del archipiélago asiático. En la magnificencia de su vegetacion, en la fragancia que sus aromáticas yerbas, flores i arbustos despedian, i en el espléndido plumaje de las cigüeñas, flamencos i otras aves de los trópicos que volaban por las arboledas i recorrían las marismas, veia reproducirse las mas brillantes descripciones de los climas orientales.

Todas las islas estaban por lo jeneral desiertas; pero en una de las mayores donde desembarcaron el 22 de mayo hallaron una poblacion considerable. Las casas estaban abandonadas por sus habitantes, cuya subsistencia parecia depender principalmente del mar. Se hallaron grandes depósitos de pescado en las habitaciones; i las playas cercanas estaban cubiertas de conchas de tortuga. Tambien habia loros domésticos, cigüeñas

de color de escarlata i numerosos perros mudos que se supo despues los engordaban para que les sirvieran de alimento. Esta isla fué designada por El Almirante con el nombre de Santa-María.

En su viaje por entre las islas vió Colon un dia muchos indios en la pacífica superficie de uno de los canales, ocupados en pescar de un modo extraordinario. Tenian un pececillo, cuya cabeza chata estaba armada de muchas trompas o chupadores, con los que se adhería, tan firmemente a cualquier objeto, que mas fácil era hacerla pedazos que conseguir que abandonase la presa. Atando una cuerda mui larga a la cola de este pez, le dejaban los indios nadar a su gusto; se mantenía jeneralmente cerca de la superficie del agua, hasta percibir su presa, i arrojándose rápidamente a ella, se pegaba con las trompas al cuello del pescado o a la concha inferior de la tortuga, i no la abandonaba hasta que el pescador sacaba a los dos fuera del agua. Así vieron cojer los españoles una voluminosa tortuga. i Fernando Colon asegura que vió él mismo pescar así un tiburón en la costa de Veragua. Han corroborado este hecho varios navegantes; i se dice que el mismo modo de pescar se emplea en la costa oriental del Africa, en Mozambique i en Madagascar. Así se observa que varios pueblos salvajes, que probablemente no han tenido la menor comuni-

cacion entre sí, se valen sin embargo de los mismos medios para imperar sobre los animales. Los pescadores pasaron a bordo de los buques con franqueza e impavidez. Proveyeron de pescado a los españoles, i les hubieran dado con gusto cuanto poseian. A las preguntas del Almirante respecto a la topografía del país contestaron que la mar estaba poblada de islas hácia el Sur i el Occidente; pero que Cuba continuaba estendiéndose sin límites al Occidente.

Habiendo salido al fin de este archipiélago, se dirigió Colon hácia un distrito montañoso de la isla de Cuba, que distaria de allí catorce leguas, donde desembarcó en una poblacion grande el 3 de junio. Fué recibido con bondad hospitalaria que distinguia a los habitantes de Cuba, los mas afables i apacibles de todos los isleños. Hasta sus animales, dice Colon, eran mas mansos, i tambien mejores i de mas tamaño que los de las otras islas. Entre los varios comestibles que se apresuraban los indios en traer de los contornos para los españoles, había palomas mui sabrosas. Percibiendo su sabor especial, mandó Colon que abriesen los buches de algunas que se acababan de cojer, en los que se hallaron ricas especias, indicacion favorable de las producciones del país.

Miéntas los marineros se procuraban agua i provisiones hizo Colon algunas preguntas al

venerable cacique i otros ancianos del pueblo. Le enteraron de que el nombre de su provincia era Ornofay; que mas allá, hácia el Occidente, estaba la mar cubierta tambien de innumerables islas, i tenia poco fondo. Con respecto a Cuba nadie habia oido decir que tuviese lindes i término hácia el Occidente. Cuarenta lunas no bastarian para llegar a su estremidad; en efecto, la consideraban inacabable. Dijeron, empero, que recibiria el Almirante mas ámplios informes de los habitantes de Mangon, provincia adyacente occidental. La penetracion del Almirante le hizo observar desde luego la semejanza de aquel nombre con el de Mangui, provincia la mas rica que tenia el gran Khan en las costas del Océano. Preguntó otras particularidades acerca de las rejiones de Mangon, i entendió que decian los indios, que sus habitantes tenian colas como los animales, i llevaban vestidos para ocultarlas. Se acordó entónces de que Sir John Mandeville, en su descripcion de las partes mas remotas del Oriente, contaba un anécdota de la misma especie, corriente entre ciertas tribus desnudas del Asia, que la relataban poniendo en ridículo los trajes de sus civilizados vecinos, que solo podian creer útiles para ocultar faltas personales. Así se confirmó mas i mas en la idea de que siguiendo la costa hácia el Occidente, llegaria a los paises ilustra-

dos del Asia. Se lisonjeaba con la esperanza de hallar en Mangon las ricas provincias de Manguí, i en sus jentes con colas i vestidos las de las ropas tálares del imperio tártaro.

CAPITULO IV.

COSTEO DEL SUR DE CUBA.

(1494.)

ANIMADO por las mas gratas ilusiones, siguió Colon el viaje con pró-pero viento por el supuesto continente del Asia. Se hallaba en aquella parte del sur de Cuba, donde por espacio casi de treinta i cinco leguas está la navegacion libre de islas i bancos. A la izquierda tenia los anchos mares, cuyo azul obscuro daba pruebas de inmensa profundidad; a la derecha se estendian las selváticas provincias de Ornofay, levantándose tanto como las montañas del interior, i las verdes costas regadas por innumerables corrientes, i esmaltadas de lugares indios. La vista de los bajeles llenó las playas de admiracion i de alegría. Saludaron los naturales con aclama-

ciones el arribo de aquellos hombres prodijiosos, cuya fama habia circulado por toda la isla, como si fuesen bajados del cielo. Venian nadando o en sus canoas a ofrecer los frutos o producciones de la tierra, i miraban a los blancos casi con adoracion. Despues de la lluvia de la tarde, al levantarse la brisa de tierra cargada de fragancia, traia tambien hasta los bajeles los distantes cantares de los indios i el son de su ruda música, miéntras celebraban con himnos i bailes nacionales la llegada de los blancos. Tan deliciosos le eran aquellos sonidos i olores a Colon, dispuesto, como lo estaba entónces a todas las influencias agradables, que dice, que se le pasó la noche como una hora.

Es imposible prescindir de los estraños contrastes que se presentan a veces a la consideracion humana. La costa aquí descrita tan poblada i contenta, regocijándose por la vista de los descubridores, es la que se estiende al Occidente de la Trinidad por el golfo de Jagua. Toda está ahora silenciosa, i desierta la civilizacion que ha cubierto algunos sitios de Cuba de brillantes ciudades, la ha reducido a la mas triste soledad. La raza toda de los indios hace ya mucho que pereció bajo el dominio de los extranjeros que tan gozosa recibió en sus playas. Tengo delante la narracion de una noche recientemente pasada en aquella misma costa por un célebre viajero ; pero, ¡con cuán

diversos sentimientos de los de Colon! «Pasé, dice, gran parte de la noche sobre cubierta. !Qué costas tan solitarias! ¡Ni una luz que anunciase la choza de un pescador! De Batabano a la Trinidad, en cincuenta leguas de distancia, no existe siquiera ni una sola poblacion. En los tiempos de Colon estaba habitada esta tierra hasta las mismas orillas del mar. Cuando se hacen escavaciones, o abren los torrentes la superficie de la tierra, se encuentran con frecuencia hachas de piedra i vasos de cobre, reliquias de los antiguos isleños.»

Casi dos dias enteros siguieron los buques aquella costa atravesando el ancho golfo de Jagua. Al fin llegaron donde súbitamente se emblanquece la mar como la leche, enturbiándose al mismo tiempo, cual si se hubiese mezclado harina con el agua. Son causa de este fenómeno las arenas finas o partículas calizas que levantan del fondo a ciertas distancias las hondas i las corrientes. Se alarmaron mucho los marineros, i mas aun al verse rodeados de bancos i cayos i con mui poca agua. Miéntras mas léjos iban, mas peligrosa se hacia su situacion. Se hallaban en un canal tan estrecho que apenas les permitia virar, sin agarraderos para las anclas, combatidos violentamente por los vientos i en peligro inminente de encallar. Al fin llegaron a una pequeña isla, donde habia un mediano surji-

dero. Allí pasaron la noche en mui grande angustia : muchos opinaban que se abandonase la empresa pensando que podian creerse afortunados si conseguian volver al punto de donde salieron. Colon, empero, no quiso retroceder creyéndose próximo a hacer un brillante descubrimiento. A la mañana siguiente mandó a la carabela mas pequeña, que explorase aquel nuevo laberinto de islas, penetrando hasta tierra-firme en busca de agua, de que tanto carecian los buques. La carabela volvió con el informe de que los canales i cayos de aquel grupo eran tan numerosos e intrincados como los de los Jardines de la Reina ; que la tierra-firme estaba circundada de profundas lagunas i cenagosas costas, en que crecian los árboles dentro del agua, en tal abundancia que formaban una impenetrable barrera ; que por dentro parecia la tierra fértil i montañosa, i las columnas de humo que se levantaban por varias partes, daban señales de numerosa poblacion. Se aventuró Colon entónces a penetrar en aquel pequeño archipiélago guiado por la carabela, abriéndose camino con mucha precaucion, trabajo i peligro, entre los angostos canales que separaban las islas, bancos i barras en que varó repetidas veces. Al fin llegó a una punta baja de Cuba, a la que llamó la punta del Serafin, dentro de la cual jiraba la costa tanto al Oriente i formaba una bahía tan vasta que no se distinguia su fondo.

Hacia el Norte se veian lejanas montañas, i al Sur i Occidente algunas islas, estando claro i abierto todo el espacio intermedio; descripcion que se asemeja a la de la gran bahía de Batavano. Colon puso la proa hacia las montañas con buen viento i tres brazas de agua, i al otro dia ancló en la costa cerca de un bosque de palmas.

Salieron algunos hombres a tierra por leña i agua, i hallaron un rico manantial entre las palmas. Mientras se empleaban en cortar leña i llenar sus toneles, entró un ballestero con sus armas en la floresta en busca de caza; pero pronto retrocedió con terror, pidiendo ayuda a sus compañeros. Les dijo que apenas se habia separado de ellos algunos pasos cuando divió repentinamente por en medio de la abertura del bosque un hombre vestido de largas i blancas ropas talaras, tan parecido a un fraile mercenario, que a primera vista creyó que fuese el capellán del Almirante. Le seguian otros dos con túnicas blancas que les llegaban a la rodilla, i todos tres eran blancos como los europeos. Detras de estos venian hasta treinta o mas, armados de clavas i lanzas. No manifestaron hostilidad aunque se detuvieron, i el hombre del largo vestido blanco se adelantó solo para hablarle; pero a él le espantó tanto el número de los aparecidos, que huyó como queda dicho. Toda la partida se apresuró a volver a los buques. Cuando oyó

Colon este suceso, recibió grandísimo gozo, creyendo que serian aquellos los vestidos habitantes de Mangon, de quien recientemente le habian hablado, i que al fin se iba ya aproximando a los confines de los paises civilizados, si acaso no estaba ya en los mismos lindes de la rica provincia de Manguí. Al otro dia mandó una partida bien armada a tierra, para que buscara aquella jente vestida de blanco, penetrando para ello, si preciso fuese, hasta cuarenta leguas al interior, o hasta hallar algunos de los habitantes; porque creia que las rejiones mas pobladas i cultas podrian hallarse léjos de la mar, i existir las mejores ciudades mas allá de las montañas i bosques de la costa. Penetró la partida por los bosques de espesas florestas que guarnecian las playas, i entró en una verde llanura cubierta de yerba tan alta como el trigo, i sin vereda ni camino alguno. Allí se encontraron tan fatigados en su marcha por las yerbas i zârzas que se la obstruian, que tuvieron que abandonar su intento ántes de penetrar a una milla de distancia, volviendo a bordo cansados i sin fruto. La mañana próxima salió otra partida por camino diverso. No habian ido mui léjos, cuando descubrieron las huellas de algun grande animal con garras, que unos suponian de leon, i otros de grifo, pero que serian probablemente de los caimanes de que abundan aquellas cercanías. Desanimados a la vista de

estas señales, se apresuraron a volver a la orilla del mar. En su camino pasaron por un valle en que habia grandes bandadas de cigüeñas de doble volúmen que las de Europa. Muchos árboles i arbustos despedían aquellos olores aromáticos que engañan de continuo a los europeos con la esperanza de encontrar especias orientales. Tambien habia parras que trepaban a las cimas de los árboles mas altos, ocultándolos con su follaje, i enredándose de ramo en ramo con ponderosos racimos de jugosas uvas. Volvió esta partida a los buques con tan mal éxito como la otra, diciendo que era el pais salvaje e impenetrable, aunque estremadamente fértil. Como prueba de su abundancia trajeron algunos racimos de uvas silvestres, que Colon envió despues a los soberanos con muestra del agua del mar blanco por donde habia pasado.

Como jamas se llegaron a descubrir en Cuba tribus ninguna que llevasen vestidos, es probable que el cuento de los hombres blancos tuvo su oríjen en algun error del ballestero, que penetrado de la idea de los misteriosos habitantes de Mangon podia haberse sobresaltado en su solitario paseo por las florestas, a vista de una de las manadas de cigüeñas que abundaban en ella. Estas aves, como los flamentos, comen juntas, colocándose una de ellas de centinela a cierta distancia. Cuando se ven por las aberturas de los bos-

ques, formadas en línea en un prado. parecen a primera vista figuras humanas. Ello es que el dicho del ballestero hizo una profunda impresion en el ánimo de Colon, que estaba predispuesto a creer todo lo que favorecia la idea de hallarse cerca de países civilizados. Despues de explorar la bahía hácia el Oriente, i de cerciorarse de que no era un brazo de mar, continuó al Occidente, i a las nueve leguas de navegacion llegó a una costa habitada; donde habló con muchos de los naturales. Estaban en cueros como de ordinario, lo que atribuyó Colon a la casualidad de ser meros pescadores, habitantes de una costa salvaje; pues presumia que las rejiones civilizadas estuviesen hácia el interior. Como su intérprete lucayo no entendia el idioma, o mas bien el dialecto de aquella parte de Cuba, todos los informes que pudo obtener de los naturales eran necesariamente erróneos, como comunicados por signos i jesticulaciones inexactas. Deslumbrado con sus hipótesis favoritas, creyó oírles decir que en las montañas que se veian léjos al Occidente, habia un rei poderoso que mandaba muchas i mui pobladas provincias; que llevaba hábitos blancos tan largos que le arrastraban por el suelo; que le llamaban santo; que jamas hablaba, comunicando las órdenes por signos que eran obedecidos implícitamente por sus súbditos. En todo esto vemos la obcecada imaginacion

del Almirante interpretando las cosas segun sus ideas de antemano concebidas. Las-Casas asegura que jamas hubo cacique alguno vestido en la isla. Quizá este rei de santo título no era mas que el reflejo de una imájen viva en el ánimo de Colon, representativa del misterioso potentado conocido por el Preste Juan, personaje fantástico de las narraciones de los viajeros orientales, que nos le presentan ya como soberano, ya como sacerdote; siendo su imperio i corte objeto constante de dudas i contradicciones, i en los últimos tiempos de curiosa investigacion.

Las noticias tomadas de aquella jente respecto a la costa occidental fueron del todo vagas. Decian que eran por lo ménos necesarios veinte dias para cruzarla, ignorando si tenia fin. Parecian poco instruidos de cuanto no estaba cerca de ellos. Tomando consigo, en calidad de guia, a un indio, de este lugar, salió Colon para las distantes montañas indicadas, esperando que serian los confines de tierras mas cultas. No hubo navegado mucho cuando se vió otra vez envuelto en los ordinarios peligros de cayos, canales i bancos. Los buques removian frecuentemente la arena i cal del fondo; otras veces se veian encajonados en estrechos canales, de donde tenian que sacarlós tirando de ellos con los cabestrantes. En una ocasion llegaron donde el mar estaba cubierto de tortugas; en otra oscurecieron

el sol inmensas bandadas de corbejones i palomas silvestres, i otro dia se llenó el aire de nubes de lucientes mariposas, que disipó luego la lluvia de la tarde.

Cuando se acercaron a las rejiones montañosas, vieron que estaban rodeadas de pantanos i terrenos anegados, i amuralladas por tan espesos bosques, que era imposible penetrar en su interior. Buscaron por muchos dias agua dulce, de que carecian, i la descubrieron al fin en el centro de un palmar. Habia cerca de ella conchas de nácar o madreperla, de donde infirió Colon que podrian pescarse allí perlas con abundancia. Aunque separados de la comunicacion de las rejiones interiores por las selvas i pantanos que las circuian, observaron que estaba el pais bastante poblado. Ascendian columnas de humo de varias partes, aumentándose tanto su número a medida que los buques se aproximaban, que al fin salian ya de todas las rocas i bosques altos. No podian los españoles determinar si era aquel humo procedente de villas i ciudades, o bien señales para alarmar a las jentes de las cercanías, como se acostumbraba hacer en las costas de Europa al descubrirse fuerzas enemigas.

Por muchos dias estuvo Colon explorando aquella desierta i difícil costa, cuyos intrincados canales rara vez reciben hoy otras visitas que las de la solitaria barca del contrabandis-

ta. Continuando su navegacion vió que la costa se volvía hácia el Sur-oeste, del mismo modo que describe Marco Polo las costas remotas del Asia. Entónces se convenció del todo de que estaba en aquella parte del continente asiático ; mas allá de los límites del Antiguo-Mundo, segun lo describe Ptolomeo.

Pensaba que continuando su rumbo llegaría seguramente al punto en que terminan aquellas costas con el Aureo Quersoneso de los antiguos.

La ardiente fantasía de Colon iba siempre de descubierta, sujiéndole espléndidas empresas. Combinando aquellas conjeturas con la escasa i vacilante luz de la jeografía de entónces, concibió volver a España triunfante por un nuevo camino. Doblando el Aureo Quersoneso, entraria en los mares que los antiguos frecuentaban, i a que servian de límites las naciones orientales. Estendiéndose por en medio del Ganjes, podia pasar por Trapobana, continuar por el estrecho de Babelmandel, i llegar a las playas del mar Rojo. De allí iria por tierra a Jerusalem, se embarcaria en Jope, i atravesaria el Mediterráneo para volver a España. O si hiciesen las tribus salvajes demasiado peligroso el camino de Etiopia a Jerusalem, o no quisiese desamparar sus buques, podia navegar alrededor de todo el continente africano, pasar en triunfo por junto a los portugueses, que encontra-

ría a mitad de su lento camino por las playas de Guinea, i habiendo así circunnavegado el globo, recoger sus audaces velas en las columnas de Hércules, *ne plus ultra* del Antiguo-Mundo. Tales eran los sueños de oro de Colon, segun los recuerda uno de sus íntimos asociados; ni debe extrañarse su ignorancia de la verdadera magnitud del globo. La medida mecánica de un arco nos ha hecho familiar su circunferencia; pero en su tiempo era todavía un problema no resuelto para los mas profundos filósofos.

CAPITULO V.

VUELTA DE COLON POR LA COSTA DEL SUR DE CUBA.

(1494.)

LA opinion de Colon de que iba costeando el continente del Asia i acercándose a los confines de la civilizacion oriental, era tambien la de todos sus compañeros de viaje, entre quienes habia muchos navegantes de habilidad i esperiencia, quienes, sin embargo, estaban mui léjos de participar de su entusiasmo. No esperaban reportar gloria del buen éxito de la empresa i temblaban al contemplar sus peligros i dificultades cada vez mayores. Los buques estaban averiados por la dura navegacion que habian hecho, i tenian mui menoscabados los cables i toda la jarcia; iban escaseando los víveres, i el agua del mar habia destruido tambien gran parte de la galleta.

Las tripulaciones estaban rendidas del incessante trabajo, i desanimadas al ver que la mar que tenian delante continuaba manifestando un mero desierto de islas. Así pidieron que no se continuase el viaje. Ya habian seguido la costa lo bastante para cerciorarse de que era de un continente; i aunque no dudaban que hubiese rejiones civilizadas por el camino que seguian, podrian acabárseles las provisiones, i perecer los bajeles ántes que llegasen a ellas.

Colon conoció tambien, algo curado de sus ilusiones, cuan poco adecuados eran sus buques para el propuesto viaje; pero creyó importante para su fama i para la popularidad de sus empresas, dar pruebas satisfactorias de que era un continente la tierra que habia descubierto. Persistió, por lo tanto, cuatro dias mas en la exploracion de la costa, segun se doblaba hácia el Sur-este, hasta que todos declararon que ya aquella cuestion no admitia duda, porque era imposible que tan vasta continuacion de tierra perteneciese a una simple isla. El Almirante determinó, no obstante, que no descansase este hecho solo en su autoridad, teniendo recientes pruebas de la tendencia que habia a contradecir sus opiniones i a menospreciar sus descubrimientos. Envió, pues, a Fernan Perez de Luna, escribano público, a todos los buques, acompañado de cuatro testigos, que preguntaron oficial-

mente a cuantas personas habia en ellos, desde los capitanes hasta los grumetes, si tenian alguna duda de que aquel pais era en efecto un continente, principio y fin de las Indias, por el cual se podia volver por tierra a España, o llegar pronto siguiendo sus costas entre jentes civilizadas. Si sobre el particular dudaba alguno, debia espresarlo sin reparo. Habia abordo de los buques navegantes de mucha esperiencia, i hombres mui versados en la jeografía de aquellos tiempos. Examinaron los mapas i cartas i los cálculos de los diarios del viaje, i despues de una madura deliberacion i exámen declararon bajo juramento, que no les quedaba la menor duda de que aquel fuese un continente. Fundaban esta creencia en haber costado trescientas treinta i cinco leguas, inaudita lonjitud para una isla, miéntras seguía la tierra dilatándose sin fin, e inclinándose hácia el Sur, segun las descripciones de las costas remotas de las Indias.

Para que por malicia o por capricho no se contradijese en adelante una opinion tan solemnemente manifestada, se proclamó por el escribano que quien cometiese tal ofensa, si era oficial, pagaria una multa de diez mil maravedises: si grumete, o persona de condicion análoga, recibiria cien azotes, i se le cortaria la lengua. Despues se formó un espediente por el escribano, incluyendo las declaraciones

i nombre de cada individuo. Este documento existe todavía. Se ejecutó tan singular proceso cerca de la bahía llamada por unos Filipina i por otros de Cortés. Se ha observado que al momento mismo hubiera podido un muchacho ver desde las gábias el grupo de islas del Sur, i mas allá la alta mar. Dos o tres dias de navegacion habrian llevado a Colon alrededor de los estrechos de Cuba, desvaneciendo sus ilusiones i dando diferente jiro a sus descubrimientos posteriores. Vivió, sin embargo, i murió en la conviccion formada entónces, creyendo hasta la última hora que Cuba era el principio i el fin del continente asiático.

Así abandonó el reconocimiento de la costa, i viró al Sur-este el 13 de junio, llegando poco despues a vista de una grande isla con encumbradas montañas, que se elevaban majestuosamente en medio de aquellos laberintos de bancos i cayos. A esta isla la dió el nombre de la isla Evanjelista, ahora llamada la de los Pinos, célebre por su excelente caoba.

Ancló en ella para proveerse de leña i agua. Luego viró al Sur, a lo largo de las costas de la misma isla, esperando al doblar su extremo, encontrar al Oriente camino abierto para Española, i meditando explorar a la vuelta la costa del Sur de Jamaica. Al empezar su navegacion arribó a una especie de canal que

se abria al Sur-este, entre la Evanjelista i alguna isla opuesta. Pero, despues de penetrar a cierta distancia, se vió encerrado en la profunda bahía o seno de Siguanca que penetra mui al interior de la isla.

Observando la zozobra pintada en el semblante de su jente, rodeada de tierra i casi sin provisiones, la animaba Colon con lisonjeras esperanzas, i determinó salir de aquellas confusas mares, siguiendo la misma derrota con que habia entrado en ellas. Dejó pues las aguas de Siguanca i volvió a su último surtidero; i dándose a la vela el 25 de junio, atravesó los grupos de islas entre la Evanjelista i Cuba, i aquel trecho de mar blanca, que tanto habia acobardado a su jente. Allí sufrió una repetición de las zozobras, peligros i trabajos que le rodearon en su navegacion anterior por las costas. Se alarmaba la tripulacion al ver los diferentes colores del agua, a veces verde, otras casi negra, i a menudo tan blanca como la leche; ya se creia rodeada de rocas, ya le parecia la mar un vasto banco de arena. El 30 de junio encalló el buque del Almirante con mucha violencia: todos los esfuerzos fueron inútiles para sacarle con anclas por la popa, i fué preciso arrastrarlo por la proa sobre la arena. Por fin se desenredaron de los racimos de isletas llamados los jardines i los jardinillos, i llegaron a la parte

abierta de la isla de Cuba. Otra vez circuyeron entónces las costas de la bella i fértil provincia de Ornofay, i gozaron de nuevo la delicia de los fragantes i suaves aires de tierra. Entre aquellos deliciosos olores creyó Colon percibir el del estoraque, procedente de los fuegos que ardian en la costa.

En ella buscó Colon un puerto conveniente para hacerse de leña i agua, i permitir a las tripulaciones descansar i recrearse con la vista de tierra. Se hallaban mui debilitados todos con las fatigas i padecimientos del viaje. Casi dos meses habian estado luchando con perpétuos peligros i dificultades, i sufriendo escasez de provisiones. Por entre los desiertos cayos e inundadas playas que acababan de visitar, no habian recibido de los indios comestibles, sino precariamente i a distantes intervalos, ni estas provisiones podian conservarse mas de un dia, a causa del calor i humedad del clima. Lo mismo sucedia con el pescado que accidentalmente se procuraban; i así dependian casi del todo de la racion diaria del buque reducida a una libra de pan mohoso i a una corta cantidad de vino. Con grande alegría anclaron pues el 7 de julio en la entrada de un rio de aquella abundante i voluptuosa rejion. El cacique de las cercanias, jefe de dilatados territorios, recibió al Almirante con demostraciones de alegría

i reverencia a la vez, i sus súbditos vinieron con cuanto el pais daba, útiás, pájaros de varias especies, pan de cazabe i frutas de esquisito i aromático gusto.

Acostumbraba Colon erijir una cruz en cada sitio notable que visitaba, para denotar el descubrimiento del pais, i su sumision a la verdadera fé. Mandó por lo tanto que se elevase una gran cruz de madera en la orilla de este rio. Se ejecutó la órden un domingo por la mañana, con mucha ceremonia i con una solemne misa. Cuando desembarcó Colon con este objeto, encontró en la playa al cacique i a su principal favorito, que era un anciano octojenario de grave i elevado continente. Este venerable indio traia una sarta de cuentas, a que daban sus paisanos cierto valor místico, i una calabaza de delicados frutos, que presentó en señal de amistad al Almirante; despues le asió una mano, i el cacique la otra, i así fueron a la arboleda, donde se habia de celebrar la misa, seguidos por una multitud de indios. Miéntras se consumaba el santo sacrificio en aquel sencillo templo de la naturaleza, observaban los indios con temor i reverencia las jesticulaciones i palabras del sacerdote, las velas encendidas, el humo del incienso i la devocion de los españoles; colijiendo del todo, que seria aquello una sagrada i misteriosa ceremonia. Cuando se acabó el servicio, el anciano octojenario que le

habia contemplado con profunda atencion, se acercó al Almirante, i le dirigió un discurso en el estilo indio.

“Lo que has estado haciendo, le dijo, está bien hecho, porque parece que es tu modo de dar gracias a Dios. Me han dicho que has venido últimamente a estas tierras con una poderosa fuerza, i que has subyugado muchos países, i estendido el terror por los pueblos; pero no por eso te llenes de vanagloria. Sabe, que segun nuestra creencia, las almas de los hombres tienen dos viajes que hacer despues que se han separado de sus cuerpos. Uno a un lugar triste, sucio i tenebroso, preparado para los que han sido injustos i crueles con sus semejantes; otro a una mansion agradable i deliciosa para los que han promovido la paz sobre la tierra. Por lo tanto, si tu eres mortal, i esperas fenecer, i crees que a cada uno se premiará segun sus obras, no dañes injustamente al hombre, ni hagas mal a los que a tí no te lo han hecho.” Esta alocucion se la esplicó al Almirante su intérprete lucayo. I como fuese Colón varon de sincera piedad i tiernos sentimientos, se conmovió mucho al oir la simple elocuencia de aquel inculto salvaje. Le dijo en contestacion que se regocijaba de oir su doctrina respecto al estado futuro del alma, porque habia supuesto que no existiese tal creencia entre los habitantes de aquellos países. Que su soberano le enviaba entre ellos

para enseñarles la verdadera relijion, para protegerlos contra todas las injusticias, i especialmente para subyugar i castigar a sus enemigos i crudos perseguidores los caribes, i que por lo mismo, todos los hombres inocentes i pacíficos le miraban confiados como a un protector i amigo.

Recibió el anciano estas palabras con indecible alegría i no menor admiracion, al saber que el Almirante, a quien tan grande i poderoso consideraba, no era mas que un vasallo. Creció su maravilla cuando le habló el intérprete de las riquezas, esplendor i poder de los monarcas españoles, i de las cosas asombrosas que habia visto en su visita a Europa. Viendo que la multitud le escuchaba con incansable curiosidad, continuó pintando el intérprete los objetos que mas sorpresa le habian causado en el pais de los blancos. La magnificencia de las ciudades, la robustez i altura de las torres i templos, las tropas de caballería, los formidables i desmesurados animales de varias especies, los pomposos festines i torneos de la corte, los resplandecientes ejércitos, i sobre todo las corridas de toros. Los indios le escuchaban con mudo entusiasmo, especialmente el anciano. Era curioso i emprendedor por naturaleza, i grande viajero; pues habia visitado en su juventud a Jamaica i Española, i las rejiones mas remotas de Cuba. Le sobrecojió al oir tales descripciones un vivo deseo de ver

los gloriosos países que representaban ; ¡ aunque viejo se ofreció a embarcarse con el Almirante. Su mujer e hijos, empero, le asediaron con tantas súplicas i lamentos, que al fin, aunque con dolor suyo, tuvo que desistir de su empresa ; preguntando muchas veces si era el cielo el país de que hablaban, pues le parecía imposible que pudiese contener la tierra tantas maravillas.

CAPITULO VI.

COSTEO A LO LARGO DEL SUR DE JAMAICA.

(1494.)

La flota permaneció surta por algun tiempo en aquel rio, al que puso Colon el nombre de la Misa, en memoria de la que con tanta solemnidad se habia celebrado en sus márgenes. Al fin, en 16 de julio se despidió amistosamente del cacique i de su anciano consejero, que vieron con tristeza su partida. Se llevó consigo de aquel lugar un indio jóven, que envió despues a los soberanos españoles. Dejando a la izquierda el grande grupo de islas llamado por él Jardines de la Reina, viró para poder tomar el rumbo de Española, cuando se viese libre de aquellos bancos i cayos. Pero apénas habia salido de las islas, le acometieron violentas rachas de viento acompaña-

das de lluvia, que combatieron por dos dias sus quebrantados buques i débiles tripulaciones. Cerca del cabo de la Cruz una repentina ráfaga de viento sacudió de tal modo que a los buques casi les hizo tocar el agua con las enenas. Afortunadamente pudieron recojer vela, echar ancla, i correr el temporal. El buque del Almirante salió tan averiado de la navegacion de las islas, que hacia agua por casi todas las junturas, i apesar de los inauditos esfuerzos de su cansada tripulacion, estaba cada vez en mayor peligro. A fin consiguieron llegar al cabo de la Cruz, donde anclaron el 18 de julio, i permanecieron tres dias, recibiendo de los naturales la misma hospitalidad i ausilios que habian recibido en su anterior visita. Como el viento continuase contrario para volver a Española, salió Colon el 22 de julio para Jamaica, con ánimo de completar la circunnavegacion de aquella isla. Por cerca de un mes continuó en su costa del Sur, esforzándose en navegar hácia el Oriente, pero detenido por los mismos vientos variables i lluvias vespertinas que prevalecian en las costas de Cuba. Todas las noches se veia obligado a anclar cerca de tierra, i con frecuencia en el mismo sitio de donde habia salido por la mañana. Los indios no se manifestaban ya hostiles sino que seguian los buques en sus canoas, trayendo provisiones. Agradaron tanto a Colon el verdor, la frescura i fertilidad de aquella be-

lla isla, que si el estado de sus bajeles i tripulaciones lo hubiera permitido, se habria detenido gustoso para explorar el interior. Hablaba con admiracion de sus varios i escelentes puertos, i en particular de una grande bahía con siete islas i numerosas poblaciones alrededor. Habiendo anclado en ella, le visitó el cacique residente en una vasta ciudad, edificada sobre una de las mas elevadas i feraces eminencias de la isla. Vino seguido de una comitiva numerosa i trajo varios refrescos. Este caudillo manifestó gran curiosidad en sus preguntas respecto a los españoles, sus bajeles i las rejiones de donde venian. El Almirante le dió las respuestas acostumbradas, ponderando la fuerza i benignidad de los soberanos españoles. El intérprete lucayo se estendió de nuevo sobre los prodijios que habia visto en España, las proezas de los españoles, los países que habian subyugado, i sobre todo, las escursiones en las islas de los caribes, derrotando sus formidables habitantes i llevándose algunos cautivos. El cacique i su comitiva se quedaron escuchando con atencion profunda aquellas descripciones hasta mui entrada la noche.

A la mañana siguiente se habian ya hecho a la vela los bajeles, cuando vieron salir tres canoas de entre las islas de la bahía. Se aproximaron con mucho órden: una mui grande, bien pintada i entallada venia entre las otras

dos que navegaban un poco mas atras, como si la sirvieran i guardaran. En la principal venia sentado el cacique con su familia, compuesta de dos hijas, dos hijos, cinco hermanos i su mujer. Una de las hijas tenia diez i ocho años i era de bello rostro i elegante forma; su hermana parecia algo mas jóven: ambas en cueros, segun la costumbre de aquellas islas, pero de modesto porte. En la proa venia el confaloner o porta-estandarte del cacique, vestido con una especie de manto formado de plumas, con una corona tambien de plumas en la cabeza, i una banderola blanca en la mano. Dos indios con cascos o yelmos de pluma, de la misma hechura i color, i con los rostros pintados del mismo modo, venian tocando unos tamboriles; otros dos con sombreros curiosamente trabajados de plumas verdes, tenian en las manos trompetas de madera negra, mui bien entalladas; i últimamente, venian otros seis con grandes sombreros i plumas blancas que parecian huéspedes del cacique. Esta bizarra escuadra llegó al lado de la capitana europea, adonde entró el cacique con toda su comitiva. Venia el caudillo de gala. Llevaba en la cabeza una banda de piedras pequeñas de varios colores, pero principalmente verdes, simétricamente arregladas con otras piedras blancas que llenaban los intervalos, i enlazadas todas en la frente por medio de una joya de oro. Tambien llevaba

dos láminas del mismo metal colgadas de las orejas, por medio de sortijas de pedrezuelas verdes. De un collar de cuentas blancas, preciosas entre los indios, tenia suspendida una gran flor de lis de oro inferior; i un cinturon de varias piedras semejantes a las de la cabeza completaba sus decoraciones réjias. Su mujer estaba adornada de un modo semejante, i cubierta ademas por un pequeño delantal de algodón, i con bandas de lo mismo alrededor de los brazos i piernas. Las hijas no llevaban mas adorno que un cinturon de piedras pequeñas de que pendia un dije del tamaño de una hoja de yedra, compuesto de varias pedrezuelas prendidas sobre algodón.

Al subir el cacique a bordo distribuyó varios regalos entre los oficiales i marineros. El Almirante estaba a la sazón en su camarote rezando sus devociones. Cuando apareció sobre cubierta se apresuró el caudillo a recibirlo con mui animado semblante. «Mi amigo, le dijo, he determinado dejar mi patria i acompañarte. Me han explicado los indios que están contigo el poder irresistible de tus reyes, i las muchas naciones que tú has sometido a su nombre. Quien quiera que rehuse obedecerte ha de sufrir por ello. Tú has destruido las canoas i mansiones de los caribes, dando muerte a sus guerreros i llevándote cautivas a sus mujeres i a sus hijos. Todas las islas te temen. Pues ¿quién podrá resistirte ahora que ya

sabes los secretos de estas tierras, i la debilidad de sus jentes? Antes, pues, que tú me despojes de mis dominios, yo me embarcaré con toda mi familia en tus buques, e iré a rendir homenaje a tu rei i reina, i a contemplar aquel pais prodijioso de que tan asombrosa cuenta dan los indios.» Cuando se tradujo este discurso a Colon, i vió la mujer, los hijos e hijas del cacique, i reflexionó sobre los peligros a que su ignorancia i sencillez los espon-drian, determinó no arrancarlos de su pais nativo. Respondió al cacique que le recibia bajo su proteccion, como vasallo de su rei; pero teniendo muchas tierras que visitar ántes de volver a España, no podia por entónces satisfacer sus deseos. Despidiéronse luego con muchas espresiones de amistad, el cacique, su familia i comitiva se embarcaron de nuevo, aunque de mala gana, en sus canoas, i los buques continuaron su rumbo.

CAPITULO VII.

VIAJE POR LA COSTA DEL SUR DE ESPAÑOLA I VUELTA
A ISABELA.

(1494.)

EL 19 de agosto perdió Colon de vista la estremidad oriental de Jamaica, a la que se llamó cabo Farol, hoy Poin-Morant. Tomando el rumbo de Oriente, vió al otro día la prolongada península de Española, conocida con el nombre de cabo del Tiburon. No sabia aun que pertenecia a la isla de Hayti, hasta que costeando por el lado del Sur, pasó un cacique a bordo el 3 de agosto, le llamó por su título i le dirigió varias palabras en castellano. Su idioma llenó de alegría los buques, i los fatigados marineros oyeron con placer indecible que se hallaban en la costa del Sur de Española. Pero aun le quedaban que pasar muchos dias de trabajos. El tiempo esta-

ba tempestuoso, el viento contrario e incierto, i los buques separados. A últimos de agosto ancló Colon en una pequeña isla, o mas bien roca, que se levanta solitaria en medio de los mares, en frente de un estendido promontorio a que llamó cabo de la Beata. La roca espresada tenia desde léjos la apariencia de un buque a la vela, por lo cual le puso el Almirante Alto Velo. Algunos marineros treparon a la cima de la isla, desde donde se dominaba mucha parte del Océano, para ver si les era dado descubrir los otros buques, pero no pudieron distinguir. A su vuelta mataron ocho lobos marinos que estaban durmiendo en la arena; tambien cazaron a palos pichones i otros pájaros, i hasta cojieron algunos con las manos; porque en aquella solitaria isla carecian los animales de la timidez que la hostilidad humana les infunde.

Habiéndose juntado las dos carabelas, continuó por la costa pasando el bello pais regado por los brazos del Neiva, desde donde se estiende hasta el interior una fértil llanura, cubierta de poblaciones i selvas. Despues de navegar un corto trecho hácia el Oriente, supo el Almirante, por los indios que solian venir a bordo, que varios españoles de la colonia habian penetrado hasta su provincia. De lo que pudieron comunicarle aquellas jentes, infirió que iban las cosas bien en la isla. Animado con la tranquilidad del interior,

mandó desembarcar a nueve hombres con órden de atravesar la isla i dar noticia de su llegada a la costa.

Continuando hácia el Oriente, envió a tierra un bote por agua, cerca de una poblacion que se descubria en medio de la llanura. Pero los habitantes salieron con arcos i flechas a combatir, miéntras otros se proveian de cuerdas con que atar los prisioneros. Eran estos los naturales de Higüey, provincia oriental de Española. Se consideraban como los mas belicosos de aquellos isleños, habiéndolos acostumbrado a las armas las frecuentes incursiones de los caribes. Tambien se decia que usaban saetas emponzoñadas. En el caso de que hablamos, su hostilidad fué solo de apariencia. Cuando desembarcó la tripulacion arrojaron a tierra las armas, facilitaron provisiones i preguntaron por el Almirante, en cuya justicia i magnanimidad parecia que depositaban los indios toda su confianza. Despues de salir de aquel sitio, el tiempo que por tantos dias se habia manifestado variable i adverso, empezó a presentar aun mas amenazadora apariencia. Un desmesurado pez, tan grande como una ballena mediana, se manifestó un dia por cima del agua, con una concha en el cuello como la de una tortuga; con dos grandes aletas en el lomo, i una cola como la de un atun. Al ver aquel mónstruo i las indicaciones de las nubes i del cielo, cono-

ció Colon la proximidad de la tormenta, i se apresuró a buscar seguro puerto. Encontró un canal que se abria entre Española i una pequeña isla, llamada por los indios Adamaney, i por él Saona, donde se refugió, anclando cerca de una isleta o roca en medio del canal. En la noche de su llegada hubo eclipse de luna; i haciendo una observacion encontró que la longitud entre Saona i Cádiz era de cinco horas i veinte i tres minutos. Esto excede en mas de diez i ocho grados la verdadera longitud, error que ocasionaria sin duda la inexactitud de sus tablas.

Ocho dias permaneció el Almirante en el canal con su buque, lleno de zozobra por los otros dos bajeles que no pudieron entrar, i se quedaron en la mar espuestos a la violencia de la tormenta. Escaparon, empero, libremente, i se le volvieron a reunir cuando se aplacó el temporal. Dejando el canal de Saona, alcanzaron el 24 de setiembre el extremo oriental de Española, a que dió Colon nombre de cabo de San-Rafael, hoy conocido con el del Engaño. De allí salieron para Sur-este, tocando a la isla de Mona, o como le llaman los indios Amona, situada entre Puerto-Rico i Española. Creia el Almirante, a pesar de la mala condicion de los buques seguir hácia el Oriente i continuar el descubrimiento de las islas Caribes; pero su fuerza física no correspondia a los bríos de su elevado ánimo. Las

extraordinarias fatigas que de cuerpo i espíritu padeciera durante un penoso i difícil viaje de cinco meses, habian debilitado lentamente su salud. Participaba de los trabajos i privaciones hasta el último marinero, vivía limitado a la misma ración, i espuesto a la misma intemperie, i tenia ademas otros cuidados de que la jente comun estaba exenta. Cuando el marinero cansado de los trabajos de su guardia dormia profundamente al silbar espantoso de los vientos, el inquieto comandante mantenía su perenne vijilia una i otra noche, sufriendo el azote de la tempestad i la humedad de las ondas. La seguridad del buque dependia de su desvelo i ademas se acordaba de que una nacion un, mundo entero, esperaban con impaciencia el resultado de su empresa en casi todo aquel viaje le habia estimulado la constante esperanza de llegar sin demora a las rejiones conocidas de la India, i de volver triunfante a Europa por los paises del Oriente, despues de circunnavegar el globo. Cuando perdió esta gloriosa perspectiva, excitaba todavía su mente un conflicto de interminables trabajos i peligros al retroceder en su rumbo contra tormentas, vientos i barras. Desde el momento en que se vió libre de todo cuidado en un mar pacífico i conocido, cesó repentinamente el estímulo i cuerpo i espíritu cayeron agobiados por el peso de aquellos esfuerzos casi

sobrenaturales. El mismo día en que salió de Mona, le acometió una enfermedad repentina que le privó de la memoria, de la vista i de todas sus facultades. Quedó sumerjido en un profundo letargo, parecido a la muerte. Los marineros, alarmados al ver aquel sopor creyeron que en efecto no estaba léjos su última hora. Renunciaron a proseguir el viaje; i las velas hinchadas por la brisa del Oriente, tan jeneral en aquellas aguas, llevaron a Colon en estado de insensibilidad absoluta al puerto de Isabela.

LIBRO VIII.

CAPITULO PRIMERO.

**LLEGADA DEL ALMIRANTE A ISABELA.—CARACTER DE
BARTOLOMÉ COLON.**

(Setiembre 4, 1494.)

LA vista de la pequeña escuadra de Colon, anclada de nuevo en el puerto, causó grande gozo a los habitantes de Isabel a que aun le eran fieles. El mucho tiempo que habia transcurrido desde su salida en tan arriesgado viaje sin recibir noticias suyas, dió lugar a mas funestas conjeturas, i empezó a temerse que habria perecido, víctima de su ánimo emprendedor, en alguna remota parte de aquellas ignotas mares. Una grata sorpresa esperaba al Almirante a su llegada. Halló a la

cabecera de su lecho a su hermano Bartolomé el compañero de su juventud i el amigo de toda su confianza, de quien tantos años habia vivido ausente. Recuérdase que cuando salió el Almirante de Portugal, envió a su hermano Bartolomé a Inglaterra para que manifestase los proyectos de su empresa a Enrique VII. No se conocen los pormenores de su solicitud a la corte de Inglaterra. Fernando Colon, dice, que su tio fué robado i hecho prisionero en este viaje por un corsario, quedando reducido a tal indijencia que tenia que trabajar mucho en hacer cartas o mapas marítimas para poder subsistir, i que así se pasaron muchos años ántes que presentase instancia alguna al monarca ingles. Las-Casas piensa que no fué inmediatamente a Inglaterra, deduciéndolo de una memoria que encontró escrita de su letra, de la cual se desprende que acompañó a Bartolomé Diaz en 1486 en su viaje por la costa de Africa al servicio del rei de Portugal, cuando el descubrimiento del cabo de Buena-Esperanza (1).

(1) La memoria citada por Las-Casas (Hist. Ind., I. l., c. 7.) es curiosa, aunque no concluyente. Dice que la encontró en un libro viejo perteneciente a Cristóbal Colon, que contenia las obras de Pedro Aliaco, célebre jeógrafo i astrónomo. Estaba escrita al márgen de un tratado de la forma del globo, de letra de Bartolomé Colon, bien conocida por Las-Casas, que poseia muchas cartas suyas, i redactada en una mezclanza bárbara de latin i español. Su significado era el siguiente:

“En el año de 1488, en diciembre, llegó a Lisboa Bartolomé Diaz, capitan de tres carabelas que el rei de Portugal envió al

Es justo decir en honor de Enrique VII, que acogió la proposición mas favorablemente que ningún otro soberano. Llegó a celebrar con Bartolomé un pacto para llevar a cabo la empresa, i Bartolomé partió para España en busca de su hermano. Al llegar a París recibió la funesta nueva de que el descubrimiento ya estaba hecho, de que su hermano había vuelto en triunfo a España, i se hallaba en la corte, honrado por los reyes, acatado por la nobleza i victoreado por el pueblo.

La gloria de Colon reverberó en toda su familia, i Bartolomé pasó a ser desde luego un personaje de importancia. Quiso verlo el rei de Francia Carlos VIII, quien sabiendo que se hallaba escaso de medios, le mandó dar cien escudos para sufragar los gastos de su

descubrimiento de Guinea; i trajo noticias de que había descubierto seiscientas leguas de territorio: 450 al Sur, i 150 al Norte, hasta un cabo llamado por él de Buena-Esperanza, hallando por el astrolabio, que estaba el cabo 450 mas allá de la línea equinocial. Este cabo distaba 3,100 leguas de Lisboa; dicho capitán dice que apuntó legua por legua en una carta marítima presentada al rei de Portugal, en todo lo cual añade el escritor, yo me hallé presente. Las-Casas duda si Bartolomé escribiría esta nota refiriéndose a sí mismo o a su hermano; pero infiere de ella que uno o ámbos estuvieron en la expedición. La deducción puede ser fundada con respecto a Bartolomé; pero no con respecto a Cristóbal quien se hallaba entónces en la corte de España.

Las-Casas explica la diferencia de datas entre la nota anterior i las crónicas del viaje: aquella pone la vuelta de Díaz en el año de 88: ésta en el de 87. Semejante diferencia puede tener su origen en que algunos empiezan a contar el año despues de Natividad, i otros el primero de enero. La expedición zarpó a fines de agosto de 86, i regresó a los 17 meses en diciembre de 87.

viaje a España. Llegó a Sevilla precisamente cuando su hermano acababa de emprender el segundo viaje ; por lo que pasó a la corte, a la sazón en Valladolid, acompañado de sus dos sobrinos Diego i Fernando, que iban a ser pajes del príncipe Juan. Recibiéronle los reyes con especial agrado, i sabiendo que era bellísimo marino, le confirieron el mando de tres buques cargados de provisiones para la colonia, para que fuese a auxiliar a su hermano en sus vastas empresas. Pero tambien llegó a Isabela demasiado tarde, pues el Almirante acababa de salir para la costa de Cuba.*

La vista de este hermano sirvió de imponderable alivio a Colón, abrumado como se hallaba de atenciones, i rodeado no mas que de extraños. No habia tenido hasta entónces mas simpatía ni verdadero auxilio que el del otro hermano don Diego, cuya disposicion apacible i suave le hacia poco apto para los negocios de una turbulenta colonia. Bartolomé era de diverso carácter ; pronto, activo, de corazon impávido i resuelto, a sus determinaciones sucedia siempre una inmediata ejecucion, que no cejaba delante de dificultades ni peligros. En su físico se reflejaba su alma ; era alto, vigoroso, atlético, i con su sola presencia imponia su autoridad. Era tal vez, demasiado brusco i severo, formando su carácter contraste con la dulzura estudiada con que templaba el Almirante su arrogancia habi-

tual. Añádase que era de jenio áspero, i que su sequedad i despego le atrajeron muchos enemigos. Apesar de estos defectos, mas bien aparentes que reales, era jeneroso i benévolo en su fondo, i no ménos sensible que valiente.

Era perfecto mareante, tan buen teórico como práctico, habiéndose formado hasta cierto punto bajo la enseñanza del Almirante, a quien era casi igual en conocimientos científicos, i le excedia en el manejo de la pluma, segun Las-Casas, que tenia en su poder cartas i manuscritos de los dos. Sabia el latin; si bien parece que, como su hermano, debia mas bien sus conocimientos a su natural penetracion, asídúo estudio i propia esperiencia, que a una educacion esmerada. Tan vigoroso de ánimo como el descubridor, pero ménos entusiasta i de imaginacion mas fria, le aventajaba en sutileza i habilidad para el manejo de los negocios, comprendia mejor sus intereses, i poseia en mas alto grado aquella táctica de hombre de mundo, que tanto interesa en los asuntos ordinarios de la vida. Su jénio no le hubiera impedido jamas a entrar en aquellas arriesgadas especulaciones a que se debió el descubrimiento de un mundo; pero su sagacidad práctica hubiera sabido sacar muchas ventajas de este descubrimiento. Tal es la pintura de Bartolomé Colon, como ha salido del pincel del venerable Las-Casas que le conocia

personalmente. Este retrato está conforme con todas las acciones del orijinal en la historia de su hermano, en cuyos sucesos tomó notable parte.

Para libertarse del peso de los negocios públicos que le abrumaban demasiado en su enfermedad, Colon confirió desde luego a Bartolomé la investidura de adelantado o gobernador militar i político de la provincia, considerándose autorizado al efecto por los artículos del pacto con los soberanos. El rei Fernando, sin embargo, demasiado desconfiado, calificó este hecho, de una usurpacion de poder i se manifestó ofendido. Amante tenaz de las prerogativas de la corona, creia que dignidades de tanta trascendencia debian conferirse solo por nombramiento real. Colon, empero, no habia dado aquel empleo obedeciendo meramente a una fraternal simpatía. Conocia cuánto le importaba el auxilio de su hermano en el estado crítico de la colonia, i que este auxilio seria ineficaz sin el sello de una autoridad superior. En efecto, en pocos meses que duró su ausencia, habia sido la isla teatro de funestas discordias, debidas a la violacion de las reglas que él habia prescrito para mantener la tranquilidad pública. Una mirada retrospectiva hácia los negocios recientes de la colonia no será talvez infructuosa para esplicar el estado de desbarajuste

en que se hallaba, bastando al efecto esponer uno de los muchos casos en que tuvo Colon que recojer el fruto de las malas semillas sembradas por sus indignos i envidiosos rivales.

CAPITULO II.

MAL COMPORTAMIENTO DE DON PEDRO MARGARITE, I
SU SALIDA DE LA ISLA.

(1494.)

DEBE tenerse presente, que Colon ántes de emprender su viaje, habia dado el mando de las tropas a don Pedro Margarite, con órdenes de ejecutar un paseo militar por la isla, que a la vez *que asombrase* a los naturales con la muestra de su poder guerrero, le proporcionase dar pruebas de su benevolencia por medio de un trato amistoso i equitativo.

La isla estaba entónces dividida en cinco señoríos gobernados por caciques soberanos, de absoluto i hereditario poder, de quienes numerosos caciques inferiores eran meros tributarios. El mas importante de estós estados comprendia el centro de la Vega Real; pais rico i delicioso, cultivado segun el imperfecto

modo de los naturales, cubierto en parte de verdes selvas, esmaltado de ciudades indias i regado por numerosos rios, que precipitándose casi todos por las fronteras occidentales de las montañas de Cibao, llevaban polvos de oro mezclados con sus arenas. El nombre del cacique era Guarionex, cuyos antepasados habian sido por espacio de muchos años los señores de la provincia,

El segundo estado, llamado Marien, estaba bajo el dominio de Guacanagarí, en cuya costa naufragó Colon en el primer viaje. Era un dilatado i fértil territorio extendido a lo largo de la costa del Norte, desde el cabo de San-Nicolas a la estremidad occidental de la isla, limitado por el caudaloso rio Yagui, despues llamado Monte-Christi. Incluía la parte del Norte de la Vega Real, nombrada posteriormente llanura del cabo Frances.

El tercero se llamaba Maguana, i le mandaba el cacique caribe Caonabo, el mas feroz i poderoso de los caudillos salvajes i el mas encarnizado enemigo de los blancos. Las minas de oro de Cibao pertenecian a sus dominios.

El cuarto tomaba su nombre del gran lago de Jaragua, i era de todos el mas poblado i el de mayor estension. Comprendia la costa occidental, incluso el promontorio de cabo Tiburon, i se extendia considerablemente por la costa del Sur de la isla. Los habitan-

tes tenían un físico interesante, un continente mas noble, una habla mas agradable, i un trato mas ameno i apacible que los naturales de otras partes de la isla. El soberano se llamaba Behechio: su hermana Anacaona, célebre en la isla por su belleza, era la favorita del vecino cacique Caonabo.

El quinto señorío era el de Higüey, i ocupaba toda la parte oriental de la isla, acabando en el Norte en el rio Yagui, i en el Sur en el Ozema. Los habitantes eran los mas activos i marciales de la isla, habiendo aprendido a usar el arco i flechas de los caribes, que hacian frecuentes desembarcos en sus costas: decíase de ellos tambien que usaban armas envenenadas. Su valor, empero, no era mas que relativo, pues pronto se vió que sucumbia fácilmente delante de las armas europeas. Los mandaba un cacique llamado Cotabama.

He aquí las cinco divisiones territoriales de la isla al tiempo del descubrimiento. No se sabe de fijo el número de sus jentes, llevado por algunos hasta un millon de almas, cálculo que parece exajerado. Sin embargo, debió ser mas que suficiente en caso de hostilidad jeneral para acabar con un puñado de europeos. Colon esperaba su seguridad ya del terror que inspiraban las armas i caballos de los españoles i la idea de su naturaleza sobre humana, ya de las medidas que habia adoptado.

para granjearse la benevolencia de los indios, tratándolos con benignidad.

Margarite emprendió su expedición con la mayor parte de las fuerzas, dejando a Alonso de Ojeda el mando del fuerte de Santo-Tomas. Pero en vez de comenzarla explorando las fragosas montañas de Cibao, como debió hacerlo según las instrucciones que había recibido, descendió de motu propio a las llanuras voluptuosas de la Vega. Allí se detuvo por las populosas i hospitalarias villas indias, olvidado del objeto de su misión, i de las órdenes que le había dado el Almirante. El jefe que falta a sus propios deberes i cede a los halagos de las pasiones, es poco idóneo para mantener la disciplina entre sus subordinados. Imitaban estos la sensualidad desenfrenada de Margarite, i no tardó el ejército en convertirse en una gavilla de libertinos inmundos. Los indios, por algun tiempo les suministraron provisiones con su acostumbrada hospitalidad: pero los cortos acopios de aquellos hombres parcos i frugales no podían durar mucho en poder de los españoles, pues uno solo de estos, según afirmaban los indios, consumía más en veinte i cuatro horas de lo que bastaba a un indio para mantenerse todo el mes. Si los indios no les daban comestibles, o si no se los daban en abundancia, se los arrebatában violentamente: sin querer recompensarles, ni aun apaciguar la irritación que con tales estorsiones les causaban. La co-

dicia del oro dió tambien márjen a mil actos de opresion e injusticia ; pero con lo que mas ultrajaron los españoles los sentimientos de los indios, fué con su licenciosa conducta respecto a las mujeres. En efecto, en vez del de huéspedes tomaron el tono de imperiosos dueños ; en vez de ilustrados bienhechores, se convirtieron en sórdidos i lascivos tiranos.

Los rumores de estos excesos, i del espíritu de reaccion que despertaban en los indios, llegaron a don Diego Colon. Con la anuencia del consejo escribió a Margarite, reconviniéndole por su conducta, i pidiéndole procediese a la ejecucion de su paseo militar, segun las órdenes del Almirante. El orgullo de Margarite se sublevó contra el contenido de este pliego, contestando que se consideraba independiente en su mando, i que no podia el consejo exigirle responsabilidad alguna por su conducta. I siendo de una familia antigua i distinguida, i uno de los favoritos mas mimados del rei, afectaba mirar con desprecio la nobleza de nuevo cuño de los Colones.

Sus cartas en contestacion a las órdenes del presidente i consejo, estaban concebidas en términos que no revelaban mas que un petulante orgullo i un profundo desden. Continuó con sus jentes acuartelado en la Vega i persistiendo en su sistema de ultrajes i vejaciones, altamente funesto a la tranquilidad de la isla.

Le apoyaban en su arrogante oposicion a la autoridad los caballeros i aventureros de noble cuna que habia en la colonia, profundamente heridos en el amor propio que es siempre en un español la pasion dominante. No podian olvidar ni perdonaban la justa severidad que ejerció con ellos el Almirante, cuando en tiempos difíciles los hizo someterse a las privaciones i participar del trabajo i sinsabores de las jentes de humilde esfera. Méenos aun querian reconocer la autoridad de su hermano Diego, destituido de las recomendaciones personales que distinguian al Almirante. Formaron, pues, una especie de faccion aristocrática en la colonia, afectando considerar a Colon i su familia como meros mercenarios i extranjeros alzados del polvo de la tierra, que estaban labrando su fortuna a expensas de los trabajos i sufrimientos de la jeneralidad i con la degradacion de los hidalgos i caballeros españoles.

A mas de estos partidarios tenia Margarite un aliado poderoso en su paisano el P. Boil, cabeza de la comunidad religiosa, miembro del consejo i vicario apostólico del Nuevo-Mundo. No es fácil penetrar la causa primitiva de la hostilidad de este santo religioso contra el Almirante, que trataba siempre al clero con el mayor respeto: pero lo cierto es que habian tenido los dos varios altercados. Dicen algunos que quiso intervenir el fraile

en las estrictas medidas que juzgaba el Almirante necesarias para la seguridad de la colonia; otros que se resintió del ultraje recibido por él i por su comunidad, puestos a media ración como la demás jente. De todos modos se écha de ver, que le disgustó el empleo que la colonia le ofrecia, i que se acordaba con dolor de los alicientes i sibaritismo del Nuevo-Mundo. Carecía de aquel celo entusiasta, i de aquella devoción, desinterés i perseverancia que indujo a tantos misioneros españoles a soportar todos los trabajos i privaciones del Nuevo-Mundo, esperando convertir a la verdadera fé sus habitantes.

Animado i robustecido por tan poderoso apoyo, empezó Margarite a considerarse real i verdaderamente superior a todas las autoridades de la isla. Cuando pasaba a Isabelá, se desentendia absolutamente de don Diego Colón, no hacia caso del consejo, i se conducia como si no tuviese superior. Constituyó en una sociedad secreta a los mas implacables enemigos de Colón, i a los que mas sentian permanecer en la colonia. El P. Boil era entre todos el agitador mas activo. Se resolvió entre los cabecillas apoderarse de los buques que don Bartolomé Colón habia traído, i regresar a España. Como Margarite i el P. Boil poseian el favor del rei, creian que les sería fácil justificar su abandono del mando militar i religioso que ejercian, cohonestándolo bajo

pretestos del bien público. Al llegar a España, pintarian al rei el desastroso estado del pais, a causa de la tiranía i opresion de sus gobernantes. Algunos atribuyeron la repentina partida de Margarite al miedo de que hiciese el Almirante a su vuelta una severa investigación militar de la conducta que habia observado ; otros, a haber contraído en el discurso de sus licenciosos amores cierta enfermedad desconocida aun a los europeos, que la creian hija del clima, i fácil de curar en España. Como quiera, lo cierto es que tomó sus providencias del modo mas precipitado, sin consultar autoridad alguna, ni acordarse de las consecuencias de su partida. Acompañados de una turba de descontentos, Margarite i el P. Boil se apoderaron de algunos de los buques del puerto, i se hicieron a la vela para España, dando así vergozoso ejemplo de la desercion de sus puestos, el primer jeneral, i el primer apóstol del Nuevo-Mundo.

CAPITULO III.

ENCUENTROS CON LOS NATURALES.—ALONSO DE OJEDA ASEDIAO POR CAONABO.

(1494.)

LA salida de Pedro Margarite dejó al ejército sin cabeza, i puso fin a la poca unidad i disciplina que quedaban. No hai plaga comparable a la soldadesca, abandonada a sí misma en un pais inerme. Andaban pues errantes en bandadas o solos, sin mas guia que su capricho, repartiéndose por las poblaciones indias, i entregándose a todos los excesos que les sugeria su avaricia o su concupiscencia. Los naturales, indignados al ver tan mal recompensada su hospitalidad, se negaron a darles sucesivamente provisiones. Pronto empezaron los españoles a sentir la dureza del hambre, i apoderarse de los comestibles que hallaban, acompañando estos latrocinios con actos de

la mas feroz violencia. Una serie no interrumpida de vergonzosos ultrajes encendió el resentimiento de aquellos hombres bondadosos i apacibles, i de jenerosos huéspedes se convirtieron en encarnizados enemigos. Todas las precauciones de Colon se despreciaron ; todos los males que habia previsto se hicieron sentir. Aunque los indios, naturalmente tímidos, no osaban acometer a los españoles miéntras conservaban estos su disciplina i fuerza combinada, tomaban sangrienta venganza cuanto los veian en puequeñas partidas, o separados individualmente, vagando en busca de alimentos. Animados por estos pequeños triunfos i la impunidad con que los conseguian, sus hostilidades se aumentaron sucesivamente. Guatiguana, cacique de una populosa ciudad situada en las márgenes del gran rio de la Vega, i feudatario de Guarionex, dió muerte a diez españoles que se habian alojado en su poblacion, i atropellado a los naturales con actos de libertinaje i vandalismo, i para colmo de horror i carnicería incendió una casa en que se albergaban cuarenta españoles enfermos. Enorgullecido con el buen éxito de semejante atentado, amenazó atacar un pequeño fuerte recién erijido, llamado la Magdalena, obligando a su gobernador Luis de Arriaga, que tenia una guarnicion mui débil, a encerrarse dentro de los muros hasta recibir socorros de Isabela.

Pero el mas formidable enemigo de los es-

pañoles era Caonabo, el cacique caribe de Maguano, el mismo que habia sorprendido i asesinado la guarnicion de la Navidad. Estaba dotado de natural talento para la guerra, i de una inteligencia superior a la que suele caracterizar la vida salvaje. Tenia para acometer atrevidas empresas un ánimo incansable i audaz, el apoyo de tres valientes hermanos i la ciega obediencia de una tribu numerosa. Siempre habia visto con repugnancia la permanencia de los blancos en la isla; pero hasta que vió el fuerte de Santo-Tomas, levantado en el centro mismo de sus dominios, no subió su indignacion a su mayor punto. En tanto que se hallaba el ejército en la Vega, se abstuvo de llegar a las manos con los enemigos; pero cuando a la salida de Margaritha se dispersaron sus jentes, le pareció tiempo de dar un golpe decisivo. Quedaba aislada la fortaleza con una guarnicion de solo cincuenta hombres. Por medio de un movimiento secreto i repentino podia someterlos, i dar una segunda edicion de las sangrientas bacanales de la Navidad.

Pero el sagaz cacique tenia que habérselas con un enemigo mui distinto del gobernador de Santo-Tomas. Alonso de Ojeda, educado en las guerras moriscas, conocia a fondo toda clase de estratajemas, emboscadas, ataques falsos i asaltos de los salvajes. Poseia un valor indómito, casi fabuloso, hijo en parte del

calor i violencia natural de su temperamento, i en parte de la supersticion religiosa. Habia hecho la guerra a los moros i a los indios ; se habia batido en batallas campales i en combates de hombre a hombre, en feudos i pendencias, i en toda especie de encuentros a que le inclinaban un ánimo fiero e inflamable, i el amor de las aventuras, sin que en tantos lances i peligros hubiese jamas recibido herida ni contusion alguna. Considerábase por lo mismo invulnerable como Aquiles, i creia estar bajo la especial proteccion de la Vírgen-María. Llevaba siempre consigo, a manera de talisman religioso, una estampa de la Vírgen q' le habia dado su patron Fonseca, obispo a la sazón de Badajoz. Jamas abandonaba esta imájen, ni en la poblacion ni en el campo, haciéndola objeto de rezas i oraciones frecuentes. En las ciudades i campamentos la suspendia de su tienda o de su sala ; en sus arriesgadas expediciones por los desiertos la llevaba en la maleta ; i cuando la ocasion se lo permitia la fijaba en un árbol, i la rezaba una salve como a su patrona militar. En una palabra, juraba por la Vírgen ; la invocaba lo mismo en el campo de batalla, que en las bulliciosas querellas ; i seguro de su favor, se hallaba siempre dispuesto a toda clase de empresas i aventuras. Tal era Alonso de Ojeda : supersticioso en sus devociones, sin miedo a la muerte, de espíritu indomable, como mu-

chos de los caballeros aventureros españoles de aquellos tiempos. Aunque de pobre estatura, estaba dotado de extraordinaria fuerza i arrojo ; i las crónicas de los primeros descubrimientos relatan maravillas de su valor i proezas.

Habiendo reconocido el fuerte, juntó Caonabo diez mil guerreros armados de clavas, arcos, flechas i lanzas templadas al fuego ; i abriéndose camino silenciosamente por los bosques, se apareció a deshora por aquellos contornos, esperando sorprender la guarnición en un estado de completo abandono. Pero vió que estaban las fuerzas de Ojeda cautamente formadas dentro de la torre, la cual, construida en una eminencia casi aislada, con un rio que defendia la mayor parte de su circuito, i cercado de un profundo foso, era inaccesible a los ataques de sus desnudos guerreros.

Burlado en su intencion esperaba Caonabo tomar la fortaleza por hambre. Desplegó al efecto su ejército por los bosques adyacentes, i ocupó todos los desfiladeros con el objeto de interceptar las provisiones que pudiesen traer los indios, i acometer las partidas que saliesen del fuerte. Este sitio o bloqueo duró treinta dias, durante los cuales, la guarnición se vió reducida a la mayor estrechez. Existe aun una anécdota tradicional que cuenta Oviedo de Pedro Margarite, primer gobernador de

Santo-Tomas, pero que se puede atribuir con mas probabilidad a Alonso de Ojeda, por haber ocurrido en este asedio. Cuando la mayor carestía apuraba a la guarnicion, pudo un indio llegar hasta el fuerte con un par de palomas silvestres para la mesa de su comandante. Se hallaba este en un cuarto de la torre, en compañía de varios oficiales. Observando que estos miraban a las palomas con ojos ávidos: “Es lastima, dijo, que no haya aquí bastante para darnos a todos una comida; en cuanto a mí, no consentiré en regalarme mientras los demas tienen hambre;” i esto diciendo soltó a las palomas por una ventana de la torre.

En este sitio desplegó Ojeda tanta actividad i presencia de espíritu como abundancia de recursos. Burló todas las artes del caudillo caribe, ideando las mas ingeniosas estratagemas para aliviar la guarnicion i dañar al enemigo. Hizo desesperadas salidas cuando presentaban los indios grandes fuerzas, siendo siempre el primero de la vanguardia, con aquel valor ciego que tanto le distinguía; a muchos dió muerte con su propia mano, i siempre salió ileso, como se ha dicho, de entre espesas lluvias de flechas i saetas.

Caonabo vió perecer la flor de sus intrépidos guerreros. Sus fuerzas se menoscababan diariamente; porque los indios, no acostumbrados a aquellas lentas operaciones de la

guerra, se cansaban del sitio, i muchos se dispersaban, i regresaban diariamente centenares de ellos a sus casas. Abandonó, pues, la fortaleza, retirándose asombrado de las hazañas de Alonso de Ojeda.

Pero no abatido el intrépido cacique con el mal éxito de esta empresa, meditó planes mas vastos i decisivos. Espiando secretamente las cercanías de Isabelá, se enteró a fondo de la debilidad de la colonia. Supo que muchos de sus habitantes se hallaban enfermos i que los que podian manejar las armas estaban ocupados en varias comisiones fuera del establecimiento. Entonces concibió el proyecto de formar una liga jeneral entre los caciques, de reunir sus fuerzas, sorprender la colonia i acabar con ella i con los españoles, donde quiera que los encontrase. El estermio de aquel puñado de usurpadores bastaba, en su sentir, para librar a la isla de todo ataque sucesivo, no imaginando cuán desesperada para él era la lucha, e ignorando que donde llega a poner el pié el hombre civilizado, sucumbe necesariamente el poder de los salvajes.

Habian circulado por toda la isla rumores acerca de la licenciosa conducta de los españoles, los que inspiraron contra estos hasta la aversion de las tribus que jamas los habian visto ni sufrido sus excesos. Caonabo supo que tres de los caciques soberanos se halla-

ban inclinados a cooperar a sus planes, aunque temían escesivamente el poder sobrenatural de los españoles i sus aterradoras armas i animales. La liga, empero, halló una oposicion inesperada en el quinto cacique Guacanagarí, soberano de Marien. Su conducta en los instantes de peligro acabó de poner en completa evidencia la injusticia de las sospechas que contra él habian concebido los españoles. Se negó a unir sus fuerzas a las de los otros caciques, i a violar las leyes de hospitalidad que le obligaban a proteger i ayudar a los blancos desde que naufragaron en sus costas. Permaneció, pues, tranquilo en sus dominios, manteniendo a sus espensas cien soldados enfermos, cuyas necesidades satisfacía con su acostumbrada jenerosidad. Esta conducta le acarreó el odio de los demas caciques, particularmente del feroz Caonabo i de su cuñado Behechio, quienes invadieron su territorio i le hicieron muchas injurias. Behechio mató a una de sus mujeres, i Caonabo se llevó a otra cautiva. Pero nada pudo entibiar la fe de Guacanagarí para con los españoles, i como sus dominios estaban inmediatos a la colonia, i los de algunos de los otros caciques léjos de ella, la falta de su cooperacion fué una constante rémora a los designios de los confederados.

Tal era la posicion crítica a que estaban reducidos los negocios de la colonia, tales los

jérmenes i hostilidad que se sembraron entre los dóciles isleños durante la ausencia de Colon, solo por haber violado las órdenes de este. Margarite i el padre Boil se habian apresurado a llegar a España, para hacer una falsa pintura de la miseria de la isla. Si hubieran permanecido fielmente en sus puestos, i cumplido con el debido celo sus deberes, se habrian fácilmente remediado aquellas miserias, o quizá prevenídose del todo.

CAPITULO IV.

MEDIDAS DE COLON PARA RESTABLECER LA TRANQUILIDAD EN LA ISLA.—ESPEDICION DE OJEDA CON EL DESIGNIO DE SORPRENDER A CAONABO.

(1494.)

INMEDIATAMENTE despues de la vuelta de Colon a Cuba, miéntras se hallaba aun indispuerto i en cama, recibió una visita voluntaria de Guacanagarí. Aquel bondadoso caudillo manifestó mucho sentimiento por su enfermedad ; conservándose siempre, al parecer, mui afectuoso i reverente con el Almirante. Habló de nuevo con lágrimas en los ojos del asesinato de la Navidad, i se empeñó mucho en manifestar sus esfuerzos para librar a los españoles. Informó a Colon de la liga secreta en que se habian unido los caciques, de la persecucion que él habia sufrido por

oponerse a ella, de la muerte de una de sus mujeres, i del rapto de la otra. Aconsejó al Almirante que estuviese siempre alerta contra las maquinaciones de Caonabo, i ofreció salir con sus súbditos al campo i pelear al lado de los españoles, no solo para cumplir con los deberes que le imponia la amistad, sino que tambien para vengar sus propios ultrajes.

Colon conservaba siempre una gratitud profunda por la antigua bondad de Guacanagarí, i le repugnaba dudar de su fe i de su amistad; por lo que se llenó de regocijo viendo todas las sospechas tan efizcamente desvanecidas. Se renovó, pues, entre los dos el amistoso trato de otro tiempo, con esta diferencia, que el hombre a quien Guacanagarí habia socorrido como náufrago en sus costas, se hallaba convertido súbitamente en árbitro de su suerte i de la de todos sus compatriotas.

El modo con que aquella pacífica isla se habia exasperado a consecuencia de la conducta licenciosa de los europeos, impresionó profundamente a Colon, quien vió frustrados todos sus planes para proporcionar a los monarcas una renta pronta i permanente. El restablecimiento de la paz en la isla reclamaba mucha habilidad i vigor. Sus fuerzas eran cortas, i la veneracion i temor con que los naturales habian mirado a sus jentes como bajadas del cielo, se habian debilitado considerablemente. Estaba demasiado enfermo para

tomar personalmente parte en ninguna empresa militar; su hermano Diego no era de carácter belicoso, i Bartolomé no conocido aun entre los españoles era mirado con rivalidad por los jefes. Colon consideraba aun en embrion la combinacion de los caciques; confiaba en su falta de habilidad i esperiencia en la guerra, i esperaba que por medio de prontas medidas, castigando a unos, reconciliándose con otros, i asociando la fuerza a la suavidad i la estrategia, conseguiria conjurar la tormenta.

Fue su primera disposicion reforzar la guarnicion del fuerte de la Magdalena, cuya destruccion intentaba Guatiguana, el cacique del Gran-Rio, asesino de los españoles albergados en su ciudad. Socorrido el fuerte, salieron las tropas por los territorios de Guatiguana, matando muchos de sus guerreros, i llevándose otros cautivos, pudiendo solamente escaparse el cacique. Era tributario de Guarionex, soberano de la Vega-Real, cuya amistad era importantísima para la prosperidad de la colonia, pues reinaba en un dilatado i populoso territorio, al paso que debia temerse su aversion a consecuencia de la desentrenada conducta de los españoles que habian vejado sus dominios. Colon le hizo comparecer a su presencia, i le manifestó que los excesos de que tan justamente se quejaba, se habian cometido en violacion de sus órdenes i

contra sus buenas intenciones respecto a los indios, a quienes deseaba agradar i complacer. Le manifestó tambien que la expedicion contra Guatiguana debia tomarla como un acto de un mero castigo individual, i no dirigido contra los territorios de Guarionex. El cacique era de buena condicion i apacible carácter, i su rencor se aplacaba fácilmente. Para relacionarlo en cierto modo con los españoles, le pidió Colon que diese su hija en matrimonio a un intérprete indio, natural de las islas Lucayas; que habia estado en España, i recibido en Barcelona el agua del bautismo tomando el nombre de Diego Colon (1). Tomó otra medida mas trascendental todavía para librarse de las hostilidades del cacique, i tranquilizar la importante rejion de la Vega, mandando erijir una fortaleza en medio de sus territorios, a que le puso fuerte de la Concepcion. Este dócil cacique consintió sin repugnancia esta medida en que iba envuelta su ruina i la futura esclavitud de todos los suyos.

Pero faltaba inutilizar al mas formidable enemigo, a Caonabo, el jenio marcial de la isla, el activo i audaz enemigo de los blancos,

(1) Pedro Mártir, d, i, l, iv. Gio Battista Sportono, en su memoria de Colon, ha cometido un error en que le hizo incurrir el nombre de este indio, al observar que tenia Colon un hermano llamado Diego, de quien parecia avergonzarse, i al que casó con la hija de un jefe indio.

que con ideas superiores de política era mui capaz de urdir peligrosas cábalas i conspiraciones. Sus territorios que ocupaban la parte central i montañosa de la isla, eran de difícil acceso fragosos por las encumbradas rocas, espesas selvas i frecuentes i caudalosos rios. Combatir a aquel astuto i feroz caudillo en medio de sus salvajes i en el mismo corazon del pais donde a cada paso habria peligro de caer en una celada, era obra mui larga, mui peligrosa i de mui incierto éxito. Se hallaba Colon abrumado bajo el peso de estos pensamientos, cuando le sacó de su perplejidad una osada proposicion de Alonso de Ojeda, que se ofreció a apoderarse por medio de un ardid del jefe caribe, i entregárselo vivo en sus manos. El proyecto era tan audaz como novelesco, propio solamente del impávido corazon de Ojeda, que se complacia en distinguirse por medio de las mas extraordinarias proezas i hechos de un valor desesperado.

Escojió diez valientes i fuertes compañeros, bien armados i montados, e invocando como de costumbre la proteccion de su patrona la Virgen, que era su constante salvaguardia, se lanzó Ojeda a los bosques, abriéndose por entre los bejucales mas de sesenta leguas de camino que tuvo que andar para llegar al territorio de Caonabo, donde halló al cacique en una de sus mas populosas ciudades. Se

acercó Ojeda a Caonabo con mucha deferencia i respeto, tratándolo como a príncipe soberano. Le dijo que venia en amistosa embajada de parte del Almirante, que era Guamiquina, o jefe de los españoles, quien le enviaba un regalo de incomparable valor.

Caonabo habia visto a Ojeda en los combates, i testigo de sus proezas, habia concebido hácia él la admiracion de un guerrero. Le recibió con cierta especie de caballerosa cortesía, si tal frase puede aplicarse a la salvaje i ruda hospitalidad de un héroe de las selvas. El franco continente, la mucha fuerza personal, la admirable destreza i agilidad de Ojeda en todos los ejercicios varoniles i en el manejo de todas las armas, eran cualidades propias para cautivar el ánimo de un salvaje, i pronto le granjearon las simpatías de Caonabo.

Ojeda empleó todo su influjo para persuadir al cacique a hacer un viaje a Isabela, con objeto de tratar con Colon, i hacerse aliado i amigo de los españoles. Se dice que le ofreció para atraerle la campana de la capilla de Isabela, que era la admiracion de la isla. Cuando oian los indios esparcirse su melodía por las selvas i bosques para tocar a misa i veian a los españoles dirigirse a la capilla, se figuraban que la campana hablaba i que la obedecian los blancos. Con el mismo sentimiento supersticioso con que miraban todos los objetos de los españoles, creian que era

cosa sobrenatural la campana, i decian de ella en su frase acostumbrada, *turey* o venida del cielo. Caonabo que habia oido desde léjos aquel maravilloso instrumento durante sus descubiertas secretas alrededor de la ciudad, deseaba verlo; i al ofrecérsele como símbolo de paz, no pudo resistir la tentacion.

Convino, pues, el cacique en ir a Isabela; mas cuando llegó el momento perentorio de la partida, vió Ojeda con sorpresa una multitud de guerreros dispuestos a marchar con él. Preguntó por qué motivo se llevaba tan grande ejército para una amistosa visita; a lo que contestó el altanero cacique, que no era propio de un príncipe tan grande como él ir a parte alguna con escasa comitiva. No satisfizo a Ojeda esta réplica, conoció el carácter bélico de Caonabo, i su astucia, alma de la guerra india; temia por lo tanto algun designio siniestro, i que el caudillo meditase sorprender la fortaleza de Isabela, o cometer algun atentado contra la persona del Almirante. Sabia tambien que Colon deseaba hacer la paz con el cacique, apoderándose de su persona sin recurrir a una guerra abierta. Se valió, pues, de una estratagemá, que tiene apariéncia de fá-bula i novela, pero que con triviales variaciones la recuerdan todos los historiadores contemporáneos, asegurando Las Casas que circulaba con absoluto crédito en la isla cuando él llegó a ella, unos seis años despues del su-

ceso. También concuerda con el osado i raro carácter del hombre a quien se atribuye, i con las singulares hazañas de la guerra india.

En el discurso de la marcha, habiendo hecho alto cerca del río Jegua, sacando Ojeda un juego de esposas de acero tan perfectamente bruñidas que parecían de plata, dijo a Caonabo, que eran ornamentos réjios que habían venido del cielo, o del *turey* de Vizcaya; que las llevaban los monarcas de Castilla para los bailes solemnes i otras grandes ceremonias, i estaban destinadas para regalárselas al cacique. Propuso que se fuese Caonabo a bañarse con él al río, para decorarle en seguida con aquellos adornos, montar en el caballo de Ojeda, i volver con la pompa del rei de España a sorprender i admirar a sus súbditos. El cacique, que a fuer de salvaje se entusiasmaba delante de los adornos relumbrantes, quedó embelesado al ver aquellos i a mas halagado su orgulloso espíritu militar con la idea de cabalgar en uno de aquellos tremendos animales que sus compatriotas respetaban tanto. Acompañó a Ojeda i su jente al río, llevando pocos indios consigo, pues nada podía temer de nueve o diez extranjeros rodeados de todo su ejército. Despues que se hubo bañado, le ayudaron a subir detras de Ojeda a las ancas de su caballo, i le pusieron las esposas. Despues de esta operacion, salieron galopando por entre los salvajes, que vieron

admirados con tan resplandecientes galas al cacique, i montado en uno de aquellos temibles animales. Ojeda dió varias vueltas por el campo para ganar terreno, seguido por su pequeña banda de caballeros, de quienes se separaban precipitadamente los amedrentados indios. Al fin llegó a penetrar por la floresta en uno de los llanos, i cuando le ocultaban bien los árboles, se agruparon alrededor suyo sus compañeros, desnudaron las espadas, i amenazaron a Caonabo con la muerte si hacia la menor resistencia o el menor ruido, aunque las esposas le impedían moverse o resistir. Le asieron del mismo Ojeda con cuerdas para que no se cayese, o pudiese evadirse de cualquier otro modo; i aguijando a los caballos, se lanzaron al Jegua con su presa, i se internaron en los bosques.

Tenian que atravesar para llegar a Isabela cincuenta o sesenta leguas de desiertos, i algunas ciudades indias. Ya estaba el prisionero imposibilitado por la distancia de recibir socorro de los suyos, pero se requería la mayor vigilancia para que no pudiera evadirse en aquel largo i trabajoso viaje, i para evitar la hostilidad de los caciques confederados. Tenian que huir de los lugares mas populosos i que pasar a galope tendido por las ciudades. Sufrieron mucha fatiga, hambre i sueño; allanaron grandes dificultades, arrostraron inminentes peligros, atravesaron a nado numerosos

rios, lucharon con los obstáculos de espesas selvas i encumbradas rocas, pero llevaron felizmente a cabo su empresa, i entró Ojeda triunfante en la colonia con el guerrero indio cautivo i atado alrededor de su cuerpo.

No pudo ménos Colon de expresar grande satisfaccion al ver en sus manos a tan peligroso enemigo. El caribe se presentó a él con orgullo i rehusando atraerse con la sumision su grado, i detener la venganza que le amenazaba por haber derramado la sangre de los blancos. Jamas se dobló en el cautiverio su alma de hierro; aunque completamente a la merced de los españoles, manifestó siempre aquella sangre fria provocativa que caracteriza el heroismo indio, i que lo mantiene el salvaje delante de sus opresores acostado en un potro o en un lecho de fuego. Blasonaban de haber sorprendido i quemado el fuerte de la Navidad, i dado a su guarnicion la muerte; añadiendo que su reconocimiento alrededor de Isabela tenia por objeto descargar sobre ella la misma furia desoladora.

Colon, aunque sorprendido del heroismo de aquel guerrero indomable, le consideró enemigo peligroso, a quien por el bien de la isla era necesario poner en buen recaudo. Determinó enviarlo a España i mandó que se le tratase con bondad i respeto en un cuarto de su misma casa, donde le tenia, sin embargo, encadenado, probablemente con las bruñidas

esposas que habian servido de cimbel para hacerle caer en el lazo. Esta precaucion debió haber sido necesaria por la poca seguridad de la cárcel; pues observa Las Casas, que por no ser espaciosa ni tener muchas habitaciones la casa del Almirante se veia desde el portal al cautivo jefe.

Caonabo se mantuvo siempre altivo delante de Colon, al paso que no manifestó nunca el menor rencor a Ojeda por la estratajema de que se valió para prenderle. Esta misma circunstancia aumentaba su admiracion, calificando de ingeniosa hazaña la de haberle encadenado i arrancado de en medio de sus huestes. Nada admira mas a un indio en la guerra, que una estratajema bien urdida i bien ejecutada.

Acostumbraba Colon conducirse con mucha dignidad como virei i almirante que era, i exijia mucho respeto personal. Cuando entraba en la sala en que estaba Caonabo aprisionado, se levantaban, como es de costumbre, todos los circunstantes en señal de reverencia. Solo el cacique quedaba inmóvil. Pero cuando entraba Ojeda, aunque pequeño de cuerpo i sin pompa exterior, se levantaba inmediatamente Caonabo, i le saludaba con una profunda reverencia. Habiéndole preguntado la razon de esto, i díchole que era Colon Guamiquina o gran jefe de todos, i Ojeda uno de sus subalternos, respondió el orgulloso caribe, que

jamas habia osado el Almirante sacarlo personalmente de su casa; que solo por el valor de Ojeda era prisionero, por lo que a este i no al Almirante debia acatar humildemente.

La captura de Caonabo fué mui sentida por sus súbditos; pues eran aquellos isleños sumamente leales i mui adictos a sus caciques. Uno de los hermanos de Caonabo, guerrero animoso, i astuto, i mui querido de los indios, levantó un ejército de mas de siete mil hombres, i los llevó secretamente a las cercanías de Santo-Tomas, donde mandaba de nuevo Ojeda. Era su intencion sorprender algunos españoles, esperando por este medio canjear a su hermano. Ojeda tuvo, como solia, noticia de su designio; pero no creyó oportuno encerrarse de nuevo en la fortaleza. Habiendo recibido un refuerzo del Almirante, dejó suficientes tropas para guarnecer el fuerte, i con el resto de su escasa caballería salió osadamente al encuentro de los salvajes. El hermano de Caonabo cuando vió acercarse a los españoles, mostró alguna pericia militar dividiendo su ejército en cinco columnas. Pero el impetuoso ataque de Ojeda, que segun su costumbre se arrojó furiosamente a la vanguardia con su puñado de caballos, llenó a los indios de repentino i pánico terror. No pudieron contrarestar la terrible aparicion de aquellos seres cubiertos de deslumbrante acero, que blandian flamíjeras i ruidosas armas, ca-

balgando en animales, o mas bien monstruos tan dóciles i al mismo tiempo tan fieros. Arrojaron las flechas, i se pusieron ellos mismos en derrota ; muchos perecieron en la fuga, i los mas fueron hechos prisioneros contándose entre estos el hermano de Caonabo, que peleó como un bravo en una noble aunque desesperada causa.

CAPITULO V.

LLEGADA DE ANTONIO DE TORRES CON CUATRO BUQUES
DE ESPAÑA.—SU VUELTA CON ESCLAVOS INDIOS.

(1494.)

LA colonia padecía aun mucho por falta de provisiones, los comestibles europeos estaban ya casi todos consumidos; i era tal la pereza i apatía de los colonos, tal confusion que habia nacido de la hostilidad de los indios, que habían abandonado la verdadera riqueza de la isla, que consistia en la feracidad de su suelo i vivian en constante peligro de perecer de hambre en medio de la fertilidad. Al fin la llegada de cuatro buques mandados por Antonio de Torres puso término a sus padecimientos. Venian llenos de provisiones, i su llegada produjo una alegría jeneral. Tambien llegaron un médico i un boticario, que hacian

mucha falta en la colonia; artesanos, molineros, pescadores, hortelanos i labradores, la verdadera poblacion que necesita una colonia, la única que saca de ella sus mejores recursos, produciendo aquel cambio de útiles trabajos por los objetos necesarios de la vida, que hace a la comunidad venturosa e independiente.

Las cartas de los soberanos que traia Torres (de fecha de 16 de agosto de 1494), eran sumamente satisfactorias para el Almirante, cuyos favorables informes habian recibido los monarcas, confesando que en el discurso de sus descubrimientos todo habia correspondido a sus predicciones. Manifestaban mucho interes por los negocios de la colonia, con deseos de recibir frecuentes noticias de su situacion, proponiendo al efecto que todos los meses saliese un buque de Isabela para España. Le daban noticia de que acababan de arreglarse amistosamente todas las diferencias con Portugal, explicándole el acuerdo convencional relativo a la línea jeográfica que habia de separar las posesiones recién descubiertas, i pidiéndole que respetase el convenio en sus descubrimientos sucesivos. Como al concluir el tratado con Portugal, i al tirar la propuesta línea, era importante valerse de los mas entendidos consejeros, le pedian los soberanos que volviese a España para presenciar aquel acto; o en caso de no parecerle esto conve-

niente, que enviase a su hermano Bartolomé o a otra persona del todo competente, suministrándole los mapas, cartas i diseños que pudiesen ser útiles en la negociacion.

Habia otra carta dirigida a los habitantes de la colonia, i en jeneral a todos los que hiciesen viajes de descubrimientos, mandándoles que obedeciesen a Colon como a los mismos soberanos, so pena de su alta reprobacion, i de diez mil maravedises de multa por cada ofensa.

Tal era la confianza que merecia entónces Colon a los soberanos. Desgraciadamente se la enajenaron mui pronto insidiosos informes de hombres perversos. Tenia el Almirante conocimiento de las quejas i falsas acusaciones que habian salido de la colonia para España, i que iban a tomar consistencia con la llegada a la corte de Margarite i el padre Boil. Sabia que no podia contar con mas defensores que con los pocos que encuentra el extranjero al servicio de una nacion estraña, donde no tiene amigos ni parientes, i donde hasta sus mismos méritos aumentan el encono, la envidia i deseo de derribarlo. Sus esfuerzos para esplotar las minas, i los recursos de la isla, habian sido frustrados por la mala conducta de Margarite i la desordenada vida de los españoles en jeneral; i temia, con razon, que los mismos males que ellos causaron, se alegasen contra él, citando la falta de ga-

nancias para desacreditar sus expediciones.

Deseando contrapesar todas las calumnias, aceleró Colon el regreso de los buques a España i queria embarcarse en ellos, no solo para satisfacer los deseos de los soberanos i hallarse presente al tirar la línea jeográfica, sino que tambien para vindicarse de las censuras de sus enemigos. Pero la enfermedad que le tenia postrado en cama se opuso a su partida ; i su hermano Bartolomé era del todo necesario para ayudarle con su sana razon i ánimo resuelto a regularizar los desordenados negocios de la isla. Resolvió por lo tanto enviar a España a don Diego, para que atendiese a los deseos de los soberanos, i cuidase de sus intereses en la corte. Almismo tiempo hizo los mayores esfuerzos para mandar por los buques satisfactorias pruebas de valor de los descubrimientos. Envió en ellos todo el oro que pudo recojer, con varias muestras de otros metales, frutos i plantas que se habian encontrado en Española i en otras islas, siendo tan vehemente su deseo de producir inmediata ganancia e indemnizar a los soberanos de los gastos que habia hecho el real tesoro, que envió tambien mas de quinientos prisioneros indios, para que se vendiesen como esclavos en Sevilla.

Sensible es que empañase Colon su brillante nombre con accion tan fea ; es triste ver la clara gloria de sus empresas oscurecida

con violacion tan fragante de los derechos de la humanidad. Las costumbres de aquellos tiempos son su única excusa. Los españoles i los portugueses habían sentido desde mucho tiempo este precedente funesto en sus descubrimientos africanos, siendo el tráfico de esclavos una de las mas ricas fuentes de sus ganancias. En efecto, la mas alta autoridad sancionaba esta práctica, la autoridad de la Iglesia misma, pues los mas doctos teólogos aseveraron que todas las naciones bárbaras o infieles, que cierran sus oídos a las verdades de la cristiandad, son objetos de guerra i de rapiña, de cautiverio i de esclavitud. Si hubiese Colon necesitado ejemplos i demostraciones prácticas de esta doctrina, en la conducta de Fernando mismo las hubiera hallado, quien en las últimas guerras contra los moros de Granada estaba siempre rodeado de una nube de consejeros espirituales, i pretendia obrar solo por la gloria i progresos de la fé. En aquella guerra santa, como solían llamarla, era práctica comun hacer entradas por tierra de moros, i llevarse *cubalgadas* no solo de ganados, sino de hombres; i no precisamente de los que se habían hecho prisioneros con las armas en la mano, sino de pacíficos labradores, industriosos aldeanos, inocentes niños i desvalidas mujeres, quienes iban al mercado de Sevilla, o de otra ciudad grande, i se vendían como esclavos. Suminis-

tró un ejemplo memorable de tales procedimientos la toma de Málaga, despues de la cual por castigo de una obstinada defensa, que debiera haber causado admiracion en vez de venganza, once mil personas de ambos sexos, i de todas condiciones i edades, muchas de ellas de la mas fina educacion, se vieron repentinamente arrancadas de sus hogares, separadas unas de otras, i sujetas a esclavitud, aun despues de haber ya pagado la mitad de su rescate. Estas circunstancias no se recuerdan para vindicar, sino para esplicar la conducta de Colon. Obraba en conformidad con las costumbres de su tiempo, i sancionaba sus disposiciones el ejemplo del soberano a quien servia. Las-Casas, celoso i entusiasta abogado de los indios, que aprovecha todas las ocasiones para clamar vehementemente contra su esclavitud, habla de Colon sobre este punto con la mayor induljencia. Si aquellos hombres doctos i piadosos, dice, a quienes tomaron los reyes por guías e instructores, ignoraban la injusticia de esta práctica, ¿qué mucho que el Almirante las ignorase tambien?

CAPITULO VI.

ESPEDICION DE COLON CONTRA LOS INDIOS DE LA VEGA.—BATALLA.

(1494.)

APESAR de su derrota, los indios conservaban aun intenciones hostiles hácia los españoles. La idea de que su cacique estaba prisionero i encadenado irritaba a los naturales de Magana, i la simpatía de todas las otras tribus de la isla mostraba con cuantas ramificaciones habia aquel inteligente salvaje estendido su influencia, i con qué veneracion se miraban los isleños. Aun le quedaban activos i poderosos parientes para procurar su rescate, o vengar su muerte. Uno de sus hermanos llamado Manicaotex, tambien caribe, i tan osado i belicoso como él mismo, sucedió en el mando al prisionero. Su mujer favorita,

Anacaona, de célebre hermosura, tenia grande influjo con su hermano Behechio, cacique de las populosas provincias de Jaragua. Por estos medios se jeneralizó en la isla la hostilidad contra los españoles; i la formidable liga de los caciques, que Caonabo habia en vano querido formar miéntras estaba libre, se efectuó a consecuencia de su cautiverio. Guacnagarí, el cacique de Marien, fué el único amigo que quedó a los españoles, dándoles oportunos informes de la tormenta que iba a estallar, i ofreciéndoles como fiel aliado, salir al campo con ellos.

La prolongada enfermedad de Colon, la escasez de su fuerza militar, i el miserable estado de los colonos, reducidos por la hambre i las enfermedades a mucha debilidad física, le habian hasta entónces obligado a valerse esclusivamente de medios conciliatorios para impedir i disolver la liga. Pero ya habia recobrado la salud, i su jente se hallaba algo repuesta i vigorizada con las provisiones venidas en los buques. Al mismo tiempo recibió noticia de que los caciques aliados estaban aglomerando considerables fuerzas en la Vega, a dos dias de marcha de Isabela, con la intencion de dar un asalto jeneral a la colonia, i hacerla sucumbir a fuerza de jente. Colon resolvió salir al campo, i llevar de una vez la guerra a los territorios enemigos, ántes que recibirla en sus propios dominios.

La fuerza efectiva que pudo juntar, en el mal estado de la colonia, no excedía de doscientos infantes i veinte caballos. Iban las tropas armadas de flechas, espadas, lanzas i espingardas, i grandes arcabuces, que se usaban entónces con descansos de hierro, i hasta solían montarse sobre ruedas como los cañones. Con estas formidables armas, un puñado de europeos vestidos de acero, i protegidos por sus escudos, podía pelear ventajosamente con millares de salvajes desnudos. Llevaban tambien ayuda de otra especie, que consistia en veinte perros de presa, animales casi tan asombrosos para los indios como los caballos, pero infinitamente mas fatales, porque impávidos i feroces, nada les amedientaba, ni cuando llegaban a hacer presa bastaba fuerza alguna para hacérsela soltar. Los cuerpos desnudos de los indios no ofrecian defensa contra sus ataques. Se lanzaban a ellos, los arrojaban al suelo i los despedazaban.

Iba el Almirante acompañado en la expedicion de su hermano Bartolomé, cuyo consejo solicitaba en todas las ocasiones críticas, pues estaba dotado no solo de extraordinaria fuerza física i valor indomable, sino que tambien de un ánimo decididamente militar. Guacanagarí tambien llevó al campo sus jentes, aunque no eran de carácter guerrero, ni aptos para prestar mucha ayuda. La principal ventaja de su cooperacion consistia en que

por ella se separaba del todo de los demás caciques, i aseguraba para siempre su fidelidad i la de sus súbditos. En el débil estado de la colonia dependia su seguridad principalmente de los celos i disensiones sembradas entre los soberanos indijenas de la isla.

El 27 de marzo de 1495 salió Colon de Isabelá con su pequeño ejército, aproximándose al enemigo, sus marchas eran de diez leguas diarias. Subieron de nuevo al paso de los Hidalgos, desde donde la vez primera habian descubierto la Vega. ¡Con cuán diversos sentimientos la contemplaban entónces! Las viles pasiones de los blancos habian descubierto ya aquella risueña i hospitalaria rejion en tierra de rencores i hostilidades. Donde quiera que se levantaba el humo de una poblacion india, habia una horda de exasperados enemigos; i en aquellas estendidas i ricas selvas se ocultaban miriadas de ofendidos guerreros. En la pintura que su fantasía bosquejaba de la condicion suave i dulce de aquella jente, se habia lisonjeado con la idea de gobernarlos como padre i bienhechor; pero se vió al fin forzado a revestirse del carácter de conquistador.

Supieron los indios por sus espías el movimiento de los españoles: i aunque tenian ya alguna lijera esperiencia de su modo de guerrear, les llenaba de confianza la superioridad inmensa de su número, que se dice ascendia a cien mil hombres. Esta es probablemente

una exajeracion ; porque como los indios nunca se forman en el campo en órden de batalla, sino que espian por entre los árboles de las selvas, es mui difícil averiguar su fuerza. Tambien la rapidez de sus movimientos i continuas salidas i retiradas por varias partes, junto con los alaridos i gritos que despiden, podrian hacer formar equivocada idea de su número. El ejército, sin embargo, debia ser mui considerable, pues se componia de la fuerza combinada de casi todos los caciques de aquella populosa isla. Mandaba en jefe Manicaotex, hermano de Caonabo. Los indios, poco hábiles en la numeracion, i que no sabian contar mas que hasta diez, tenian un sencillo modo de averiguar i describir la fuerza de un enemigo, contando un grano de maiz por cada guerrero. Cuando los espías que habian seguido la pista a Colon desde las rocas i las espesuras, volvieron a los reales indios con un solo puñadillo de maiz, representando la suma total del ejército enemigo, se mofaron los caciques de la presuncion de los blancos, que creian con tan reducido número poder resistir los esfuerzos de una multitud innumerable.

Colon se acercó al enemigo por las inmediaciones del sitio donde se edificó despues la ciudad de Santiago. Habiendo averiguado la mucha fuerza de los indios, aconsejó don Bartolomé que se dividiese en destacamentos el

pequeño ejército, i que se atacase a un mismo tiempo por varios puntos. Adoptóse este plan; la infantería dividida en varias columnas avanzó repentinamente i en diversas direcciones con mucho estruendo de tambores i trompetas, i una destructiva descarga de armas de fuego, cobijándose al mismo tiempo con los árboles. Sobrecojió a los indios un terror pánico, i se dispersaron como avispas en el aire. Parecia acometerles un ejército por cada flanco; las balas de los arcabuces hacian morder la tierra a muchos guerreros, i relampagueaban, al parecer, por las selvas los rayos del cielo, retumbando en ellas espantosos truenos. Mientras los aterraban i ponian en fuga estos ataques, Alonso de Ojeda cargó impetuosamente el centro del ejército a la cabeza de su caballería penetrando con lanza i sable por entre los indios. Los caballos atropellaban a los desnudos i amedrentados combatientes, en tanto que los caballeros herian por todos lados sin oposicion. Los perros de presa se soltaron, i precipitándose sobre los salvajes con sanguinaria furia, los asian de la garganta, los derribaban, los arrastraban i los hacian pedazos. Los indios, no acostumbrados a grandes cuadrúpedos de ninguna especie, se horrorizaban al verse perseguidos por aquellos tan feroces. Creían que los caballos eran tambien devoradores i sanguinarios. La contienda, si tal puede llamarse, fué de corta

duracion. ¿Qué resistencia podia oponer una multitud desnuda, tímida, exenta de disciplina, sin mas armas que clavas, flechas i dardos de madera, a soldados cubiertos de acero, provistos de armas de hierro i fuego, i ayudados por monstruos feroces, cuya sola presencia cubria de terror el corazon de los mas fuertes?

Los indios se dispersaron con lamentos i alaridos, algunos trepaban a las cimas de rocas i precipicios, i desde allí exhalaban lastimeros ayes, i hacian humildes súplicas i ofrecimientos de absoluta sumision; muchos fueron muertos, otros hechos prisioneros; i la confederacion quedó por entónces completamente disuelta.

Guacanagarí habia acompañado a los españoles al campo, segun su promesa; pero apénas fué mas que espectador de esta batalla o mas bien derrota. El i su jente se estremecieron al ver aquel belicoso alarde, aun cuando procedia de sus aliados. Su participacion en la hostilidad de los blancos no la olvidaron ni perdonaron jamas los otros caciques, i volvió a sus dominios acompañado del odio i execracion de toda la isla.

CAPITULO VII.

SUBYUGACION DE LOS NATURALES.—IMPOSICION DEL TRIBUTO.

(1494.)

COLON victorioso, ejecutó un paseo militar por varias partes de la isla, para reducirla a la obediencia. En vano le oponían los naturales una resistencia obstinada. La caballería que mandaba Ojeda, prestó grandes servicios por la rapidez de sus movimientos, la intrepidez de su jefe, i el mucho terror que los caballos inspiraban. No habia para Ojeda empresa demasiado arriesgada ni penosa. Al mas leve síntoma, a la menor señal de guerra en cualquier punto de la isla se internaba con su pequeño escuadron por la espesura de las selvas, i caia como un rayo sobre el enemigo, desconcertando todas sus combinaciones i obligándole a someterse.

La Vega Real quedó mui pronto sujeta. Como era una llanura inmensa, sin una sola aspereza ni promontorio, la recorrían fácilmente los caballos, cuya presencia llenaba de terror las mas populosas ciudades. Guarionex, el cacique soberano, era de apacible carácter; i aunque habia salido al campo, instigado por los caudillos vecinos, se sometió dócilmente al dominio de los españoles. Manicaotex, el hermano de Caonabo, se vió tambien obligado a solicitar la paz; como era cabeza de la liga, su ejemplo, fué seguido por los demas caciques. Solo Behechio, el cacique de Jaragua, cuñado de Caonabo, rehusó someterse. Sus dominios estaban distantes de Isabela, en el extremo occidental de la isla, alrededor de una profunda bahía i de la larga península llamada Cabo-Tiburon. Eran casi inaccesibles, i no habian aun sido visitados por los blancos. Se retiró a su territorio con su hermana, la bella Anacaona, mujer de Caonabo, a quien acogió fraternalmente en su desgracia. No tardó Anacaona en adquirir tanta influencia como el mismo cacique entre los súbditos de éste, i tomó una parte bastante activa en los asuntos posteriores de la isla.

Obligado a tomar las armas por la confederacion de los caciques, se revistió Colon de los derechos de conquistador, i procuró sacar de sus conquistas las mayores ventajas. Su deseo constante, era de enviar riquezas a Es-

paña, para indemnizar a los soberanos de sus desembolsos, i satisfacer las esperanzas públicas tan exaltadas, i sobre todo, acallar las calumnias de los que sabian que volvieron a España con el propósito de dar tristísimos informes de sus descubrimientos. Trató, pues, de sacar una pronta i abundante renta de la isla, i al efecto impuso graves tributos a las provincias sometidas. En las de la Vega, en Cibao i en toda la rejion de las minas, cada individuo de mas de catorce años quedaba obligado a pagar por trimestre la medida de un cascabel flamenco, lleno de polvos de oro. Los caciques debian satisfacer sumas mucho mayores como tributo personal. Manicaotex, el hermano de Caonabo, quedó obligado individualmente a pagar cada tres meses media calabaza de oro, lo que ascendia a ciento cincuenta pesos. En los distritos lejanos de las minas i que no producian oro, cada individuo debia pagar una arroba de algodon por trimestre. Al entregar los individuos el tributo, se les daba por via de recibo una medalla de cobre, que debian llevar colgada del cuello; quedando sujetos a prision i castigo los que se hallaban sin este documento.

Las contribuciones i tributos impuestos de este modo eran durísimas para los naturales que estaban acostumbrados a que les exigiesen sus caciques mui poco trabajo. Los caciques mismos hallaron aquella exaccion into-

lérablemente gravosa. Guarionex, el soberano de la Vega-Real, representó a Colon cuánta dificultad tenía en cumplir. Su fértil i rica llanura no producía oro, i aunque las montañas limítrofes estaban llenas de minas, i los arroyos i torrentes contenían polvos de oro, que transportaban las arenas de los rios, sus súbditos carecían de habilidad para cojerlo. En vista de estas circunstancias, prefería a pagar el tributo, cultivar con granos una estension de tierra que atravesase de mar a mar la isla, bastante, dice Las-Casas, para proveer de trigos con cada cosecha a toda la Castilla por diez años.

Se rehusó su ofrecimiento. Sabia Colon que solo el oro podia satisfacer los codiciosos deseos escitados en España i popularizar sus empresas. Con todo, haciéndose cargo de la dificultad que se ofrecia a muchos indios para juntar la suma de oro que se les exigia, rebajó el tributo reduciéndolo a la mitad de un cascabel. Podria tal vez suministrar algun concepto poético, que las miserias de los pobres indios se midiesen así con los mismos juguetes que primero los fascinaron.

Para obligar al pago de los tributos i mantener sometida la isla, puso Colon sus fortalezas en estado de defensa, i erigió otras nuevas. A mas de las de Isabela i de las de Santo-Tomas en las montañas de Cibao, se levantaron las de la Magdalena en la Vega-Real a tres o

cuatro leguas del sitio donde se fundó despues Santiago; la de Santa-Catalina, cuyo local se ignora, i la de la Esperanza, en las márgenes del Yagua, en Cibao; siendo la mas importante de todas la de la Concepcion, en una de las mas fértiles comarcas de la Vega, quince leguas al Oriente de la Magdalena, que dominaba todos los estensos i ricos señoríos de Guarionex.

Así se impuso a la isla el yugo de la servidumbre. Una desesperacion profunda se apoderó de los naturales, cuando se vieron sujetos a un forzado trabajo en determinados i frecuentes períodos. Indolentes i flojos por naturaleza, no acostumbrados a ninguna especie de labor, criados en el ocio que les permitian su templado clima i fructíferas arboledas, hasta la muerte les parecia preferible a una existencia tan penosa. Sin vislumbrar un término al mal que tan repentinamente los habia sobrecojido i a cuyo influjo no podian sobreponerse, perdieron hasta la esperanza de recobrar aquella vida independiente i sencilla tan grata a los moradores de los bosques. Nada quedaba ya de su feliz existencia anterior, nada mas que los recuerdos. ¡Cuánto echaban de ménos el agradable sueño a la sombra, el embeleso de la siesta al lado del arroyo o de la fuente, o bajo las estendidas hojas del palmar; el canto, la danza i los juegos al declinar de la tarde, cuando los llama-

ba a gozar de sus sencillas diversiones el ri do tamboril indio! Tenian en vez de esto que seguir la cotidiana tarea hora por hora, con el dorso encorvado i la vista ansiosa por las márgenes de los rios, cerniendo las arenas en busca de los granos de oro, que eran cada dia mas escasos, o a trabajar en los campos abrasados por los rayos de un sol equinoxial, para alimentar a sus señores, o producir el tributo que se les habia impuesto. Si por casualidad se atrevian a recrearse aun con sus bailes nacionales, los cantares con que los acompañaban eran melancólicos i desgarradores. Hablaban de la felicidad de los tiempos pasados, de aquellos tiempos en que aun no les habian abrumados los blancos bajo el peso del dolor, la esclavitud i el trabajo; recitaban finjidas profecías de sus antepasados, anunciando la venida de los españoles, cubiertos de invulnerables vestimentas, con espadas capaces de dividir a un hombre de un tajo, bajo cuya servidumbre viviria su posteridad sujeta. Cantaban estos romances o areitos con funeral cadencia, lamentando la pérdida de su libertad i su esclavitud trabajosa.

Se habian lisonjeado por algun tiempo con la idea de que la visita de los blancos seria de poca duracion, i que estendiendo sus anchas velas, volverian otra vez los buques a llevarlos al cielo. En su sencillez les preguntaban muchas veces cuando pensaban volver a Turey.

I por fin los vieron arraigándose en la isla; vieron sus buques anclados i pudriéndose en el puerto, i repartidas las tripulaciones por los contornos, levantando casas i fortalezas, cuya sólida construccion, tan diferente de la de sus humildes chacras, indicaba una residencia perpetua.

Viendo que les era imposible librarse por la fuerza de las armas de aquellos invencibles intrusos, idearon para molestarlos un medio desesperado. Sabiendo que afligia a la colonia una terrible carestía, que los españoles no contaban con mas provisiones que con las que ellos les daban, hallándose en el mismo caso las fortalezas del interior i los españoles desparramados por las ciudades, se convinieron en no cultivar los frutos, maiz i raices que formaban sus principales artículos de mantencion, i en destruir los que ya estaban creciendo, para de este modo producir una hambre tal, que echase a los extranjeros de la isla. *No conociendo, dice Las-Casas, la propiedad de los españoles, los cuales cuanto mas hambrientos, tanto mayor teson tienen, i mas duros son de sufrir i para sufrir.* Llevaron casi todos su plan a cabo, abandonando las habitaciones, devastando los campos i arboledas, i retirándose a las montañas, donde habia abundancia de raices i yerbas para su subsistencia, a mas de una especie de conejos llamados utias.

Esta medida produjo en efecto mucha mi-

seria entre los españoles, quienes, sin embargo, tenían recursos del extranjero i podían soportarla, economizando las provisiones que de cuando en cuando traían sus buques. Los mas desastrosos efectos recayeron de consiguiente sobre los mismos naturales. Viendo los españoles que guardaban las varias fortalezas, que no solo no habia esperanza de tributo, sino que estaban en peligro de perecer de hambre por efecto de aquella bárbara tala i desercion repentina, persiguieron a los indios i les obligaron a trabajar de nuevo. Los que podian evadirse se guarecian en las mas estériles i áridas alturas; huyendo de guarida en guarida, las mujeres con sus hijos en brazos o a la espalda, i todos desfallecidos de hambre i de cansancio i en incesante alarma. Les asustaban hasta los rumores de la selva o la montaña como si oyesen los pasos de sus perseguidores; se ocultaban en húmedas i tristes cavernas, o en anegadizas playas, o en las márgenes de los torrentes; i no osando cazar ni pescar, ni aun aventurarse a salir en busca de raíces i yerbas, tenían que satisfacer su hambre con alimentos insalubres. Así perecieron millares de ellos de hambre, de terror, de fatiga i de las varias enfermedades contagiosas que los padecimientos enjendran. Al fin concluyó todo espíritu de oposicion. Los indios que quedaron, se vieron obligados a volver a sus habitaciones; i quedaron uncidos

humildemente al yngo. Tan profundo terror les inspiraron sus conquistadores, que se dice que podia ir un español solo por toda la isla, consiguiendo que los mismos indios le llevasen a cuestras de un lugar a otro.

No será importuno, ántes de pasar a otros sucesos, dar aquí noticia del destino de Guacanagarí, de quien no se vuelve a tratar en esta historia. La amistad que profesaba a los españoles, le enajenó la de todos sus compatriotas, sin librarle de los males comunes de la isla. Quedaron sus dominios, como los de los otros caciques, sujetos a un tributo, que su jente con la jeneral repugnancia al trabajo podia difícilmente satisfacer. Colon, que conocia su mérito i hubiera podido protegerlo, estuvo ausente mucho tiempo, ya en el interior de la isla, ya sufriendo tambien injusticias en Europa. En los intervalos olvidaron los españoles la hospitalidad i seryicios de Guacanagarí, i le exijieron tambien el tributo. Se vió, pues, cargado del oprobio de sus compatriotas, i asediado por los clamores i lamentos de sus súbditos. Los extranjeros a quienes habia socorrido en el infortunio, i acojido en el seno de su isla natal, se habian convertido en sus opresores i tiranos. La zozobra, el trabajo, la pobreza i la opresion, habian emponzoñado aquel suelo, i Guacanagarí se consideraba como el evocador de tantos males como cayeron sobre su raza. No pudiendo sobrellevar el odio

de los otros caciques, las quejas de sus súbditos i las estorsiones de sus ingratos aliados, huyó al cabo a las montañas, donde murió abismado en la oscuridad i la miseria.

Oviedo se ha esforzado en amancillar a este príncipe indio, i en verdad que es cosa bien indigna querer disculpar la propia ingratitud denigrando el nombre ajeno. Siempre manifestó Guacanagarí a sus huéspedes aquel afecto verdadero que brilla con mas resplandor en la oscuridad de la desgracia. Hubiera podido seguir mas noble senda formando causa común con los otros caciques, i consagrándose a arrojar a los extranjeros de su suelo natal; pero les fascinaron las hazañas de los españoles i el afecto personal de Colón. Era magnánimo, liberal, hospitalario, capaz de gobernar su apacible i sencillo pueblo en los dias felices de la isla; pero a causa de la suavidad misma de su carácter, era poco apropiado para prosperar en los tumultuosos dias que sucedieron a la llegada de los blancos.

CAPITULO VIII.

INTRIGAS CONTRA COLON EN LA CORTE DE ESPAÑA.—
COMISION DE AGUADO PARA INVESTIGAR LOS NEGOCIOS DE ESPAÑOLA.

(1495.)

MIENTRAS se esforzaba Colon en remediar los males producidos por la mala conducta de Margarite i sus compañeros, aquel comandante turbulento i desleal, i su capcioso auxiliar el padre Boil, minaban su reputacion en la corte de Castilla. Le acusaron de haber engañado a los soberanos i al público con extravagantes descripciones de los paises que habia descubierto; aseguraron que era la isla Española mas bien objeto de dispendio que de provecho, e hicieron una triste pintura de los padecimientos que experimentaron los colonos, atribuyéndolos a las medidas opresoras de Colon i de sus hermanos. Acusaban al Al-

mirante de haber obligado a la comunidad a trabajar de una manera escesiva en épocas de debilidad i enfermedades; de detener las raciones de los individuos bajo triviales pretextos en perjuicio de su salud; de imponer severos i despóticos castigos corporales a los de humilde esfera, degradando i denostando a los caballeros distinguidos. No hablaban, empero, de las exigencias que habian dado márgen a aquellos trabajos extraordinarios, ni del ocio i libertinaje de la jeneralidad, tan dignos de represion i castigo: ni de las cábalas sediciosas de los caballeros españoles tratados mas bien con induljencia que con severidad. Como complemento de estas quejas, pintaban el desbarajuste i desórden de la isla, debidos a la ausencia del Almirante, de quien decian que probablemente habria perecido en sus locas empresas de explotación por mares desconocidos i países improductivos. A estas exajeradas i falsas representaciones daba mucho peso el carácter oficial de Margarite i del padre Boil, robustecidos por el testimonio de los descontentos i holgazanes de la colonia que habian regresados con ellos a España. Muchos tenían respetables parientes, susceptibles siempre de resentirse con española altanería de los que juzgaban abusos de un arrogante e innoble extranjero. Así recibió la popularidad de Colon un golpe fatal, i se menoscabó desde luego. También menguó la confianza que

en él tenían depositada los soberanos, i se tomaron medidas que ponen demasiado en evidencia la suspicacia de Fernando.

Se determinó comisionar una persona de entera confianza, que se encargase del gobierno de la isla, si la ausencia del Almirante continuaba; i que en el caso de que hubiese vuelto, examinase para remediar los males i abusos denunciados. Fué propuesto para tan importante cargo Diego Carrillo, comendador de una de las órdenes militares; pero no hallándose este preparado para salir inmediatamente con la flota de carabelas que iba a llevar provisiones, escribieron los soberanos a Fonseca, superintendente de los negocios de India, a quien mandaron que enviase en los buques algun sujeto de probidad, encargado de las provisiones que llevaban, las cuales debia distribuir las entre los colonos, bajo la inspeccion del Almirante, o en su ausencia, de las autoridades de la isla. Tambien debia enterarse del modo con que la isla habia sido gobernada, de la conducta de los funcionarios, de las causas i autores de los supuestos males, i de las medidas que podian remediarlos. Con estos informes debia volver inmediatamente para presentárselos a los soberanos; pero en caso de hallar al Almirante en la isla, sujetarlo todo a su intervencion. Otra providencia tomaron los soberanos que indica que la reputacion de Colon descendia a su ocaso.

El 10 de abril de 1495 se publicó una pragmática, permitiendo a los súbditos españoles establecerse en la isla Española, i emprender por su propia cuenta viajes de tráfico i descubrimientos a las rejiones del Nuevo-Mundo. Para esto se exijian ciertas condiciones.

Todos los buques debian salir precisamente del puerto de Cádiz, i bajo la inspeccion de los funcionarios señalados por el gobierno. Los que se embarcasen para Española sin paga i a su propio coste, recibirian tierras i provisiones para un año, con derecho de retener las tierras i casas que se levantasen. De todo el oro que recojiesen, podrian conservar la tercera parte, dando las otras dos a la corona. De todos los demas artículos de comercio que la isla producía, solo quedaban obligados a dar al Estado la décima parte. Debian hacer sus compras en presencia de los oficiales de la corona, i entregar la contribucion real al funcionario destinado a recibirlas.

Cada buque que se diese a la vela por especulacion de particulares, quedaba obligado a recibir a bordo una o dos personas nombradas por el gobierno. La décima parte del tonelaje del buque tambien debia quedar a disposicion del gobierno, e igualmente la décima parte de cuanto trajiesen de los paises recien descubiertos. De estas ordenanzas no se excluian los bajeles que llevasen provisiones a Española.

Por cada buque particular que saliese, Colon, en atencion al derecho de la octava parte de que gozaba, quedaba autorizado para fletar otro por su cuenta.

Esta licencia jeneral para hacer viajes de descubrimientos, se concedió a instancia de Vicente Yañez Pinzon i de otros hábiles e intrépidos navegantes, entre los cuales habia muchos que habian navegado con Colon. Se ofrecian a hacer los viajes por su propia cuenta i riesgo. Su ofrecimiento era halagüeño i oportuno. El gobierno estaba pobre, i las expediciones de Colon, aunque gravosas, tenian un objeto demasiado importante para abandonarlas. Por el propuesto medio se presentaba una ocasion de obtener aquéllas ventajas, no solo de balde, sino con cierta ganancia. Se concedió pues el permiso sin consultar la opinion ni los sentimientos del Almirante. En vano se quejó éste de tal medida, que a mas de menoscabar sus privilegios, podia ser perjudicial a la sucesion de progresivos i bien organizados descubrimientos, por la opresion que ejercian tantos aventureros audaces. Sin duda mucha parte del odio con que se miran los descubrimientos de los españoles en el Nuevo-Mundo, debe su oríjen a la codicia i a los vicios de individuos particulares.

Precisamente en esta coyuntura, al principio de abril, cuando los intereses de Colon

estaban en tan crítico estado, llegaron a Española los buques mandados por Torres, con noticias de la vuelta del Almirante a Española, de su viaje por las costas de Cuba, de las declaraciones i auto que mostraba ser aquel el extremo del continente asiático, i que habia llegado hasta los confines de los mas ricos países del Oriente. Tambien traian muestras de oro i varios animales i curiosidades vegetales, adquiridas en este viaje. Este arribo no podia ser mas oportuno. Con él acabaron todas las dudas relativas a la existencia del Almirante, i a la necesidad de parte de las medidas de precaucion que iban a tomarse. Los supuestos descubrimientos de las ricas costas del Asia, dieron tambien un pasajero esplendor a sus empresas, i despertaron de nuevo la amortiguada gratitud de los soberanos. El efecto se marcó desde luego en sus providencias. En vez de dejar a la direccion de Juan Rodriguez de Fonseca el nombramiento que mas oportuno le pareciese para la comision de investigaciones que habia de ir a Española, retractaron aquel poder, i nombraron a Juan Aguado.

Juan Aguado fué elejido, porque al volver de Española le habia Colon recomendado altamente al favor real, por lo que se creyó dar al Almirante una prueba de consideracion nombrando para la comision la misma persona de

quien él habia espresado opinion tan ventajosa, pues debía suponerse que tendria para con su protector el miramiento que la gratitud reclama.

Fonseca, en virtud de su empleo de superintendente de los negocios de las Indias, i probablemente para halagar su propia animosidad contra Colon, habia detenido una cantidad de oro, que don Diego, el hermano del Almirante, traia por su propia cuenta. Los soberanos le escribieron repetidas veces, mandándole no detener el oro, o devolverlo sin demora con esplicaciones satisfactorias, i que le escribiese a Colon en términos que pudiera apaciguar la carta el resentimiento que debió haberle causado su conducta. Se le mandó tambien consultar a los recién venidos de Española sobre el modo de complacer al Almirante, i que tratase de conseguirlo en todas sus disposiciones. Sufrió Fonseca con tales prevenciones una de las mas severas humillaciones que puedan herir a un arrogante, cual es la de verse obligado a dar satisfaccion por la altivez de sus procedimientos. Pero esto mismo dió nuevo pábulo al odio que habia concebido contra el Almirante i su familia. Por desgracia, su cargo público i la confianza real que tan injustamente gozaba, le prestaron ocasiones de satisfacer su rencor por mil vías insidiosas.

Mientras se esforzaban así los soberanos

en evitar todo acto que pudiera discontentar a Colon, tomaron ciertas medidas para la tranquilidad de la colonia. Mandaron en una carta al Almirante que se limitase a quinientas el número de las personas que debian quedar en E-paña, siendo estas bastantes para su servicio, i las demas un fardo inútil. Para impedir el descontento futuro respecto a los víveres, mandaron que se repartiesen los comestibles cada quincena ; i que no consistiese ningun castigo en acortar o quitar las raciones, por ser esto fatal a la salud de los colonos, que necesitaban buenos alimentos para robustecerse i no ser víctimas de las enfermedades inherentes a un clima extraño.

Un hábil i experimentado metalúrgico, llamado Pablo Belvis, fue a ocupar la plaza del necio Fermin Cado. Llevaba consigo todas las máquinas e implementos necesarios para minar, ensayar i purificar los metales preciosos ; i se le concedió un crecido sueldo a mas de muchos privilejios. Tambien se embarcaron varios eclesiásticos para reemplazar al padre Boil, i a algunos otros sacerdotes que deseaban salir de la isla. La enseñanza i conversion de los indios continuaba llamando mas i mas la jenerosa atencion de la reina. En los buques de Torres llegaron muchos de ellos, apresados en las recientes guerras de los caciques. Una real órden mandó que se vendiesen como esclavos en los mercados de Anda-

lucía, según era costumbre hacerlo con los negros de la costa de Africa i los prisioneros hechos en la guerra de Granada. Pero a Isabel la habian interesado profundamente las descripciones del carácter hospitalario i bondadoso de aquellos isleños. Los descubrimientos se hicieron bajo sus auspicios; se creia patrona especial de los pueblos del Nuevo-Mundo, i anticipaba con piadoso entusiasmo la gloria de conducirlos desde las tinieblas a los senderos de la luz. Se resistia su ánimo compasivo a tratarlos como esclavos, apesar de las costumbres de aquel tiempo. Cinco dias despues de la real órden para la venta, escribieron los soberanos al obispo Fonseca, suspendiendo aquel mandato hasta que se averiguase la causa porque habian sido los indios hechos prisioneros, i se consultase a los teólogos si seria su venta lícita a los ojos de Dios. Muchas opiniones diversas emitieron los doctos sobre este asunto i la reina lo decidió definitivamente según el dictámen de su ilustrada conciencia i caritativo corazón. Mandó que se volviesen los indios a su país natal, i que se cautivase la benevolencia de los isleños por medios suaves, i no tratamientos severos. Desgraciadamente llegaron sus órdenes demasiado tarde a Española para conseguir el deseado efecto. Las escenas de guerra i violencia producidas por las pasiones de los

colonos i la venganza de los naturales no se habían olvidado. Ninguna medida posterior podía apagar la mútua desconfianza e intensa animosidad que ardía entre ellos.

CAPITULO-IX.

LLEGADA DE AGUADO A LA ISABELA.—SU CONDUCTA
ARROGANTE.—TEMPESTAD EN EL PUERTO.

(1495.)

SALIÓ Juan Aguadó de España al fin de agosto con cuatro carabelas, bien provistas de comestibles de todas clases para la colonia. Don Diego Colon volvió a Española en la misma flota. Llegó a Isabel a el mes de octubre, mientras ausente el Almirante se ocupaba en restablecer la tranquilidad interior. Aguado, como llevamos dicho, debía favores al Almirante, quien le habia distinguido entre sus compañeros, recomendándole a los soberanos. Pero era uno de aquellos hombres débiles, cuyas cabezas se trastornan a la menor elevacion. Engreido con su pequeña autoridad personal, se olvidó, no solo del respeto i gratitud que debía a Colon, sino que tam-

bien de la naturaleza de su propio cometido. En vez de obrar como un mero agente destinado a recojer informes, tomó un tono de autoridad como si las riendas del gobierno hubiesen pasado a sus manos. Empezó interviniendo en los asuntos públicos; mandó prender varias personas; exigió cuentas de los oficiales empleados por el Almirante; i prescindió completamente de la autoridad de don Bartolomé Colón, gobernador durante la ausencia de su hermano. El Adelantado, a quien sorprendió tanta presuncion, pidió le manifestase la patente con que obraba; pero Aguado le replicó con arrogancia que solo pensaba mostrársela al Almirante. Después de un momento de reflexion, para acabar de fascinar el espíritu público respecto del derecho de intervencion que usaba, mandó que las credenciales de los soberanos se proclamasen pomposamente al son de trompeta. Eran, aunque breves, mui espresivas, reduciéndose a lo siguiente: “Caballeros, escuderos i otras personas que por nuestras órdenes estais en las Indias, os enviamos a Juan Aguado, nuestro caballero, que os hablará de parte nuestra. Os mandamos darle entera fé i crédito.”

Circularon desde luego rumores de que la caída de Colón i su familia estaba mui próxima, i de que habia llegado un auditor, con poderes omnínodos para remediar los males

públicos. Esta voz procedió del mismo Aguado, quien dijo en tono amenazador que iba a hacer ríjidas investigaciones i ejemplares castigos. Empezaba, pues, a lucir el día del triunfo de la iniquidad. Cada criminal se convertía en un acusador; todos los que por culpa o negligencia habian sufrido las saludables correcciones de las leyes, clamaban altamente contra el despotismo de Colon. Habia hartos males en la colonia inherentes algunos a su situacion, i otros debidos al mal modo de proceder de los colonos; i todos se atribuyeron a la mala administracion del Almirante, a quien hacian responsable hasta de los males que causaban ellos mismos, i de sus severos medios de curarlos. Todas las quejas inventadas se renovaron contra él i sus hermanos, diciendo, como de ordinario, que eran extranjeros, i que solo tendian a engrandecerse a espensas de los españoles.

Sin talento para distinguir lo que habia de verdadero i de falso en aquellas quejas, i ansioso de condenar, veia Aguado solamente testimonios concluyentes de la culpabilidad de Colon. Hasta dió a entender, i lo creia quizás de buena fé, que el Almirante permanecia léjos de Isabela por miedo de sus investigaciones. En su presuncion hasta resolvía salir con un cuerpo de caballería para buscarlo. El hombre miserable i débil, cuando llega a lograr poder, suele emplear para ejercerlo

instrumentos de su propio jénero. Los arrogantes i necios subalternos de Aguado hacian cundir por todas partes la voz entre los indios de que su caudillo era un personaje de inmensa importancia, i que pensaba castigar a Colon severamente. Poco tardó en circular por toda la isla el rumor de que habia llegado un nuevo Almirante para gobernarla, i que al antiguo se le iba a castigar con la pena capital.

Colon tuvo noticia, hallándose en el interior de la isla, del arribo e insolente conducta de Aguado. Inmediatamente se dirigió a Isabela para buscarlo, i Aguado regresó tambien al saber su venida. Como todos conocian el elevado ánimo de Colon, la alta opinion que justamente tenia de sus propios servicios, i el celo con que mantenía su dignidad, auguraban una violenta esplosion en la entrevista. Aguado la auguraba tambien, pero escudado en sus credenciales réjias, contemplaba los resultados con la audacia de los ánimos pequeños. Las consecuencias mostraron cuán difícil es para las almas bajas i mezquinas prever la conducta de un hombre como Colon, en situaciones difíciles. Su calor e impetuosidad natural, se habian templado en una vida de pruebas i desengaños; habia aprendido a hacer las pasiones esclavas del juicio; tenia un concepto demasiado fundado de su propia dignidad para entrar en contestaciones con un charlatan imprudente, i sobre todo, reveren-

ciaba profundamente la autoridad de sus soberanos, porque en su ánimo ardiente, inclinado a respetuosos sentimientos, su lealtad era inferior solo a su religión. Recibió a Aguado, pues, con la mayor cortesía. Aguado repitió la estrepitosa ceremonia de antes, mandando que se proclamasen de nuevo sus credenciales al son de trompetas i en presencia del pueblo. Colon las escuchó con solemne deferencia, i aseguró a Aguado que se hallaba siempre dispuesto a cumplir la voluntad de sus soberanos, cualquiera que fuese.

Esta moderación inesperada sorprendió a la jeneralidad i desconcertó a Aguado, que dispuesto a una escena de altercados, esperaba que Colon, en el calor e impaciencia del momento, diría o haría algo que pudiese presentarse mas o ménos violentamente como injurioso a la autoridad de los soberanos. Quiso, en efecto, algunos meses despues, hacerse por medio de los escribanos públicos que se hallaban presentes, con un informe capcioso de la entrevista ; pero la deferencia del Almirante por las cartas reales había sido demasiado notable para poderse bastardear, i todos los testimonios le fueron altamente favorables. Aguado continuó mezclándose en los negocios públicos, i el respeto con que le trató siempre Colon i su moderación en todas sus medidas para apaciguar la colonia, se tomaron como pruebas de su falta de valor moral. Le considera-

ba el público caído, i a Aguado como destinado a reemplazarle. No hubo espíritu bajo en la isla, que teniendo real o imaginaria causa de queja, no se apresurase a manifestarla, i de este modo al paso que daban todos satisfacción a la malicia, promovian sus intereses, pues difamando su Almirante, se cautivaban la amistad de Aguado.

Tambien los pobres indios, oprimidos por el dominio de los blancos, veian con placer toda mudanza de gobierno, esperando algun paliativo en sus padecimientos. Muchos de los caciques que habian prometido someterse al Almirante despues de la derrota de la Vega, se juntaron en casa de Manicaotex, el hermano de Caonabo, cerca del rio Yagui, desde donde dieron una queja formal contra Colon, atribuyéndole todos los males que procedieron de la desobediencia i vicios de sus subalternos.

Aguado consideró concluido el grande objeto de su mision. Habia juntado suficientes informes, segun él creia, para asegurar la ruina del Almirante i de sus hermanos, i se preparó para volver a España. Colon resolvió hacer lo mismo. Conocia que habia llegado el momento de presentarse en la corte, para disipar la tormenta que la calumnia estaba formando contra él. Tenia adversarios tan activos como influyentes ocupados en minar su reputacion i en desacreditar sus empresas;

i en su calidad de extranjero, carecia de verdaderos amigos en la corte, que le salvarsen de estas maquinaciones. Temia ademas que las calumnias produjiesen en el ánimo real efectos fatales a los progresos de sus descubrimientos, i por todas estas razones se hallaba deseosísimo de volver a España para explicar las causas verdaderas de que no hubiesen producido aun sus empresas las ventajas que de ellas se esperaban. Despues de haber estado por espacio de tantos años persuadiendo al jénero humano de que habia un mundo que descubrir, tenia casi igual trabajo en convencerle de que era útil el descubrimiento. Este es uno de los rasgos mas singulares de su historia.

Cuando los buques estaban próximos a zarpar, descargó sobre la isla una terrible tormenta, uno de aquellos negros torbellinos que a veces se levantan entre los trópicos i que llaman los indios *juricanes*, nombre que con corta variacion conservan todas las lenguas. A cosa del medio dia se levantó un furioso viento de Levante precedido de densas masas de nubes i vapores. Encontrándose con otro viento tempestuoso del Occidente, produjieron los dos un violento choque. Rasgaban las nubes incesantes relámpagos, o mas bien corrientes de fuego eléctrico. A veces se hacinaban formando altas pirámides; otras bajaban a la tierra llenando el aire de una oscuridad in-

drosa mas cerrada que las tinieblas de la media noche. Por donde quiera que pasaba el torbellino arrasaba bosques enteros, desnudando todos los árboles de hojas i ramas; troncos de formidable tamaño, que resistian a su impulso, caian arrancados de raiz i eran lanzados a grandes distancias. Arboledas enteras se derrumbaron de los precipicios de las montañas, arrastrando consigo enormes i pedregosos fragmentos, que con horrible estruendo se sepultaban en los valles atajando la corriente de los rios. Los bramidos aterradores del aire azotando las selvas, el retumbo de los truenos, el estrépito de las piedras i árboles i rocas que se hundian, arredraron todos los corazones como si hubiese llegado la hora de la destruccion del mundo. Algunos se refugiaron en las cavernas, porque ya no existian sus frágiles mansiones; i estaban llenos los aires de ramas, árboles i hasta rocas que llevaba en su seno la tempestad. Cuando el huracan desplegó en el puerto sus estridentes alas, rompió los cables de los buques, echó tres de ellos a pique con cuanto tenian a bordo. Otros chocaron entre sí i salieron despedazados a la playa vomitados por las olas, que en algunos sitios penetraron tres o cuatro millas dentro de tierra. Duró el temporal tres horas. Cuando cesó i salió el sol de nuevo, se miraban los indios unos a otros con muda admiracion i horror. Jamas, segun las

tradiciones de sus antepasados, habia visitado la isla tan espantosa tormenta. Creían que la Deidad enviaba aquel terrible azote para castigar las crueldades i crímenes de los blancos; i afirmaban que ellos mismos habian movido el aire, el agua i la tierra para perturbar su vida apacible i desolar su isla.

CAPÍTULO X.

DESCUBRIMIENTO DE LAS MINAS DE HAYNA.

(1496.)

EL huracan dió fin a las cuatro carabelas de Aguado i a otras dos que habian ancladas en el puerto. El único buque que sobrevivió fué la *Niña*, i aun este quedó en malísimo estado. Colon dió órdenes para que se reparasen inmediatamente sus averías, i se construyese otra carabela con los restos de las antiguas. Miéntras esperaba que estuviesen prontas para hacerse a la vela, le llegaron nuevas de algunas ricas minas de oro en el interior de la isla, cuyo descubrimiento se debia a un incidente bastante romántico. Un aragones jóven, llamado Miguel Diaz, que militaba a las órdenes del Adelantado, habiendo tenido desavenencias con otro español, lo desafió e hirió peligrosamente. Temiendo las conse-

cuencias, huyó de la colonia, con cinco o seis compañeros que habían tenido parte en la querella o eran amigos suyos. Errando sin guía por la isla, llegaron por fin a un lugar indio, en la costa del Sur, cerca de la desembocadura de Ozema, donde está hoy la ciudad de Santo-Domingo. Los recibieron bondadosamente los naturales hospedándolos por algun tiempo. La ciudad estaba mandada por una mujer, que pronto se sintió arder en amor por el joven aragones. Diaz correspondió a su cariño; las relaciones se estrecharon mas i mas, i ámbos vivieron una temporada juntos i dichosos. La memoria de su patria i de sus amigos empezó sin embargo a atormentar el corazón del español. ¡Es tan triste estar desterrado de la vida social i de la comunión de nuestros compatriotas! Deseaba volver al establecimiento, pero temia el castigo que le esperaba. Su esposa india viéndolo con frecuencia triste i amarrido, penetró con la viveza de una amante la causa de su melancolía. Temerosa de que la abandonase para recobrar la compañía de sus compatriotas, estudió los medios oportunos para atraer a los españoles a aquella parte de la isla. Sabiendo que era el oro lo que mas excitaba la codicia de los blancos, dió conocimiento a Diaz de ciertas minas ricas que habia en la vecindad. Le propuso que persuadiese a sus paisanos a abandonar las estériles e

insalubres, cercanías de la Isabela, i a establecerse en las fértiles márgenes del Ozema, prometiéndole que serian recibidos con la mas cordial hospitalidad. Acojió Diaz con entusiasmo esta idea. Hizo averiguaciones acerca de las minas i se convenció de que abundaban en oro. Observó la feracidad i belleza del pais, la excelencia del rio i la seguridad del puerto en que desembocaba. Se lisonjeó de que la comunicacion de tan buenas nuevas le obtendria el perdón del Adelantado. Con estas esperanzas tomó algunos guias de entre los naturales, i despidiéndose de su amada por breve tiempo, salió con sus compañeros por en medio de los desiertos para la colonia, que distaba unas cincuenta leguas. Supo con júbilo al llegar que su adversario habia curado de la herida, lo que le inspiró nuevo valor para presentarse al Adelantado, pensando, como hemos dicho, que sus noticias le procurarian el perdón. No se equivocó. El Almirante deseaba mudar la colonia a situacion mas sana i ventajosa, i queria ademas llevar a España pruebas concluyentes de la riqueza de la isla, como el mas eficaz medio de imponer silencio a los depresores de su honra. Siendo ciertas las noticias de Miguel Diaz, podia satisfacer ámbos deseos. Tomó inmediatamente medidas para averiguar la verdad, saliendo él en persona para visitar el rio Ozema, acompañado de Miguel Diaz, Francisco

de Garay, los guias indios i algunos soldados bien armados. Pasó de Isabela a la Magdalena, i de allí, atravesando la Vega Real, al fuerte de la Concepcion. Continuando despues hácia el Sur, llegó la comitiva a una sierra que atravesó por un desfiladero de dos leguas de largo, i descendió a la bella llanura de Bonao. Poco tardó en llegar al rio Hayna, que regaba un fértil pais i cuyas corrientes contenian todas mucho oro. En la márjen occidental de este rio, a ocho leguas de su embocadura, halló el Adelantado oro mas abundante i en partículas mayores que cuantas habia visto en parte alguna de la isla, inclusa la provincia de Cibao. Todos los experimentos que hicieron los expedicionarios en varios lugares a unas seis millas en contorno fueron coronados de un buen éxito. El suelo parecia jeneralmente impregnado de oro; de suerte que un trabajador vulgar, con moderados esfuerzos, podia juntar diariamente tres dracmas. En muchos sitios observaron profundas escavaciones a manera de pozos, que parecian indicar que se habian explotado las minas en tiempos antiguos; circunstancia que les causó mucha admiracion por no conocer los naturales la mineralojía, i no estraer mas que las partículas que hallaban en la superficie del suelo o en los lechos de los rios.

Los indios de los contornos recibieron a los blancos con su prometida amistad, i resulta-

ron exactos en todos conceptos los informes de Miguel Diaz. No solo fué perdonado, sino que obtuvo gran favor, empleándole en varias funciones que desempeñó siempre con celo i fidelidad. Guardó constante fé a su mujer india, de quien, segun Oviedo, tuvo dos hijos. Charlevoix supone que estaban legalmente casados, i que seguramente se bautizó la potentada, pues se la designó constantemente con el nombre cristiano de Catalina.

Cuando volvió el Adelantado con tan favorable informe i con las muestras de oro, descansó el ajitado pecho del Almirante. Dió órdenes para que se erijiese desde luego una fortaleza en las márgenes del Hayna, en las cercanías de las minas, i para que se explotasen estas con actividad. Las aparentes trazas de antiguas escavaciones dieron nuevo alimento a sus doradas conjeturas. Ya habia creido ántes que podia ser Española el antiguo Ofir. Entónces se lisonjeaba de haber descubierto las mismas minas de donde sacaba el rei Salomon el oro para la edificacion del templo de Jerusalem. Suponia que sus buques habrian pasado por el golfo de Persia, i cerca de Trapobana para llegar a esta isla; que segun su idea, estaba enfrente del extremo del Asia, porque tal creia firmemente que fuese Cuba.

Es probable que en estas conjeturas Colon concedia libre vuelo a la fantasía por el lustre

que a sus empresas daban, i por lo mucho que podrian vivificar el amortiguado interes del público. Confesando, empero, su error en considerarse cerca del Asia, error mui natural en el imperfecto estado de la ciencia jeográfica, todas las suposiciones consecuentes estaban mui léjos de poderse llamar estravagantes. El antiguo Ofir se creia situado en el Oriente; pero su posicion precisa era punto de controversia entre los doctos, i es aun una de aquellas dudosas cuestiones, acerca de las cuales se ha escrito demasiado para que sea posible aclararlas jamas.

LIBRO IX.

CAPITULO PRIMERO.

VUELTA DE COLON A ESPAÑA CON AGUADO.

(1496.)

ESTANDO ya concluida la nueva carabela, llamada *Santa-Cruz*, i reparada la *Niña*, tomó Colon disposiciones para su inmediata partida, ansioso de libertarse de la petulancia de Aguado, i de sacar de la colonia una turba de facciosos i descontentos. Nombró a su hermano don Bartolomé comandante de la isla, con el título que ya le habia concedido de Adelantado, debiendo sucederle en el caso de su muerte su hermano don Diego. El 10 de marzo las dos carabelas, en una de las cuales se embarcó Colon i en la otra Aguado, se

hicieron a la vela para España. A consecuencia de las órdenes de los soberanos, todos los que no eran necesarios en la isla, i algunos que deseaban visitar a sus parientes en España, volvieron en las carabelas, que conducian doscientos veinte pasajeros, enfermos, ociosos, libertinos i turbulentos habitantes de la colonia. Jamas volvió de tierra de promision chusina mas miserable ni mas desengañada.

Tambien iban abordo treinta indios, entre ellos el ántes temible cacique Caonabo, i un hermano i sobrinos suyos. El cura de los Palacios afirma que Colon habia prometido al cacique i a su hermano volverlos a su pais i a su poder, despues de haber visitado a los reyes de Castilla. Tal vez esperaba Colon, manifestándoles las maravillas de España, la grandeza i fuerza de sus soberanos, por medio de un trato benévolo, granjearse su amistad, i convertirlos en importantes instrumentos para conseguir en la isla un dominio pacífico i seguro. Caonabo, empero, era una de aquellas naturalezas vigorosas i fieras que no pueden ser domadas. Permaneció en el cautiverio sañudo i amarrido. Tenia demasiada penetracion para no comprender que su gloria se habia eclipsado para siempre; pero conservó su altanería en medio de su despecho.

No práctico aun Colon en la navegacion de aquellas mares, en vez de tomar el rumbo del

Norte, para llegar al término de los vientos occidentales, tomó al dejar la isla el rumbo del Oriente. Le sujirió esta idea la circunstancia de haber pasado casi todo el viaje luchando trabajosamente contra los vientos constantes i las calmas que prevalecen entre los trópicos. El 6 de abril estaba aun en las inmediaciones de las islas Caribes, con sus tripulaciones fatigadas i enfermizas, i las provisiones que iban escaseando ; por lo que viró al Sur, para tocar a la mas importante de aquellas islas, i buscar en ella provisiones. El sábado 9 ancló en Marigalante, i al dia siguiente se hizo a la vela para Guadalupe. Era contrario a su costumbre levar anclas en domingo, cuando se hallaba en el puerto, pero la jente murmuraba diciendo que cuando se trataba de comer, no era oportuno andarse en escrúpulos de dia de fiesta.

Anclando en la isla de Guadalupe, se envió a tierra el bote bien armado, para prevenir cualquier ataque de aquellas marciales jentes. Antes de llegar a tierra, salió de los bosques para oponerse al desembarco multitud de mujeres denodadas, armadas con arcos i flechas i adornadas con plumas. Como la mar era gruesa i grande la resaca, se mantuvieron léjos los botes, i dos indios de Española fueron nadando a la orilla. Habiendo explicado a las Amazonas que los españoles solo buscaban provisiones, i que por ellas darian artícu-

los de mucho valor, se refirieron las mujeres a sus maridos que estaban al extremo Norte de la isla. Al ir allí los botes, aparecieron en la costa numerosas bandadas de indíjenas, manifestando la mayor ferocidad, lanzando terribles alaridos i descargas de saetas, que afortunadamente caian al agua mucho antes de llegar al bote. Pero como este seguia acercándose a tierra, se ocultaron en un bosque, precipitándose con horribles gritos sobre los españoles en el momento de desembarcar. Una descarga de armas de fuego los hizo retroceder aterrados a las selvas i montañas, i no halló el bote mas oposicion. Entraron en sus desiertas habitaciones los españoles, i empezaron a destruir i robar contra las precisas órdenes del Almirante. Entre otros artículos hallaron miel i cera, que supone Herrera habria venido de tierra firme; pues aquellas jentes aventureras traian de sus expediciones los productos de paises distantes. Fernando Colon dice que tambien habia hachas de hierro en sus casas: pero probablemente eran de una especie de piedra dura i pesada, que, como ya se ha dicho, se parecia bastante al hierro, o se las habrian procurado de sitios visitados previamente por los españoles, pues está jeneralmente admitido que no habian los indios usado jamas hierro antes del descubrimiento. Los marineros dijeron tambien, que en una casa habian visto un brazo humano

asándose al fuego en un asador. Este es otro de aquellos hechos repugnantes que requieren autoridad mas sólida para merecer crédito. Los marineros habian cometido odiosas devastaciones i tal vez buscaron este pretesto para cohonestar su conducta a los ojos del Almirante.

Miéntas en tierra se empleaba alguna jente en acopiar leña i agua, i hacer pan de cazabe, despachó Colon a cuarenta hombres bien armados, para explorar el interior de la isla. Volvieron los expedicionarios al dia siguiente con diez mujeres i tres niños que habian capturado. Las mujeres eran robustas i ágiles, venian desnudas, con el cabello largo i suelto por la espalda. Entre ellas se hallaba la esposa de un cacique, mujer de considerables fuerzas i varonil resolucion. Al acercarse los españoles, habia huido con tal velocidad que al poco tiempo dejó mui distantes a sus perseguidores, exceptuando a un isleño natural de las Canarias, célebre por su estremada lijereza. Hubiera apesar de todo escapado tal vez, pero viendo que la perseguia un hombre solo, le hizo cara repentinamente, le asió con maravillosa fuerza, i le hubiera ahogado a no llegar los españoles, que la apresaron empeñada en la lucha. El espíritu belicoso de las mujeres caribes, i la circunstancia de hallarlas rejimentadas i armadas defendiendo las fronteras en ausencia de sus maridos, inspiraron a Colon

repetidas veces la errónea idea de que algunas de aquellas islas estaban habitadas solo por mujeres; error en que, como hemos visto, le habian hecho incurrir de antemano los cuentos de Marco Polo, respectivos a la isla de las Amazonas, cerca de la costa del Asia.

Habiendo permanecido varios dias en estas islas, i reunido pan de cazabe para tres semanas, se preparó Colon a zarpar. Como Guadalupe era la mas importante de las islas Caribes, i hasta cierto punto la llave de las otras, trató de asegurarse la amistad de sus habitantes. Libertó al efecto a todos los prisioneros i les colmó de dádivas para compensar los destrozos que se habian hecho. La mujer del cacique no quiso volver a tierra, prefiriendo quedarse en compañía de los naturales de Española que iban a bordo, i se llevó consigo a una hija jóven. Se habia enamorado de Caonabo, desde que supo que era natural de las islas Caribes. El carácter e historia del célebre cacique, habian cautivado el corazon de aquella mujer intrépida.

Saliendo de Guadalupe el 20 de abril, i manteniéndose a unos veinte i dos grados de latitud, las carabelas se abrieron de nuevo su trabajoso camino contra la corriente de los vientos constantes, de modo que el 20 de mayo, despues de un mes de fatiga, aun les quedaba que hacer una gran parte de su viaje. Las provisiones escaseaban ya de tal modo,

que Colon redujo la racion de todos los individuos que habia a bordo a seis onzas de pan i cuartillo i medio de agua al dia : a medida que avanzaban, era mayor i mas severa la escasez, pareciendo mucho mas terrible por ignorarse la verdadera situacion de los buques. Iban muchos pilotos en las carabelas ; pero estando principalmente acostumbrados a la navegacion del Mediterráneo, o de las costas Atlánticas, se hallaban completamente desorientados, i no sabian hacer sus cálculos en una travesía por el ancho Océano. Cada cual tenia su opinion particular, i todos prescindian de la de Colon. A principios de junio reinaba a bordo un hambre jeneral. En el horror de sus padecimientos, cuando todos veian próxima la muerte, propusieron algunos españoles desesperados dar la muerte a los prisioneros indios para mantenerse con su carne ; otros aconsejaron que se les arrojasen al mar, para librarse de tantas bocas dispendiosas e inútiles. Solo la autoridad de Colon pudo impedir la perpetracion de este acto. Les recordó que los indios eran sus prójimos, que muchos habian como ellos mismos recibido el agua bautismal, i que todos tenian derecho a recibir el mismo trato. Los exhortó a la paciencia, asegurándoles que pronto verian tierra, pues segun los cálculos no podian estar léjos del Cabo de San-Vicente. Todos se burlaron de su opinion, creyéndose aun

muy léjos de su patria; pues afirmaban algunos que estaban en el canal de Inglaterra, i otros cerca de las costas de Galicia. Cuando el Almirante, en la conciencia de su saber, mandó que cargasen velas por la noche; para no llegar en la obscuridad a tierra, la tripulación murmuró diciendo que era mejor estrellarse en las costas, que perecer de hambre en la mar. A la otra mañana vieron con inesplicable gozo la tierra que Colón habia predicho. Desde entónces le miraban los marineros como un oráculo en materias de navegacion, i confesaban que estaba el Almirante iniciado en los misterios del Océano.

El 11 de junio anclaron los bajeles en la bahía de Cádiz, despues de un penoso viaje de ocho meses, durante el cual espiró el desgraciado Caonabo. Solo se sabe esta circunstancia, por alguna observacion accidental de los escritores contemporáneos, que hablan de ella como de un suceso insignificante. Caonabo conservó hasta lo último su altivo carácter, pues se atribuye su muerte a la profunda melancolía que se apoderó de él, al verse caído i humillado (1). Fué hombre extraordinario en la vida salvaje. De simple guerrero caribe,

(1) Cura de los Palacios, c. 131.—Pedro Mártir, déc. i. l. v.— Han afirmado algunos que Caonabo pereció en una de las carabelas que nafragaron durante el huracan: pero el testimonio unánime del Cura de los Palacios, de Pedro Mártir i de Fernando Colon prueba que se hizo a la vela con el Almirante en su viaje de vuelta.

se habia elevado por sus empresas i valor a la categoría de primer cacique de la populosa isla de Hayti. Fué el único caudillo que manifestó la insuficiente sagacidad para prever los efectos fatales de la ascendencia española, i que desplegó talento militar para con sus combinaciones resistir sus ataques. Si sus guerreros hubiesen tenido su intrepidez, la guerra habria sido formidable. Aunque en pequeña escala sus vicisitudes, son una leccion importante. Cuando los españoles llegaron por primera vez a la costa de Hayti, sus imaginations se inflamaron al oir hablar de la magnificencia de un príncipe del interior, el señor de la casa de oro, el soberano de las minas de Cibao, que con espléndida suntuosidad reinaba en sus montañas; al poco tiempo aquel príncipe se vió desnudo i abatido, prisionero a bordo de una de las carabelas, sin mas persona que compadeciese sus infortunios que una de sus salvajes heroínas. Toda su importancia se desvaneció con su libertad: apenas se habla de él durante su cautiverio; i aunque adornado de las mas elevadas cualidades, pereció aherrojado i oscuramente, como el hombre mas miserable.

CAPITULO II.

DESCENSO DE LA POPULARIDAD DE COLON EN ESPAÑA.—RECIBIMIENTO QUE LE HICIERON LOS SOBERANOS EN BURGOS.—PROPONE OTRO VIAJE.

LA envidia i la iniquidad consiguieron al cabo desmoronar la popularidad de Colon. Es imposible mantener vivo por mucho tiempo el interes del público, aun cuando se hagan milagros. El mundo prodiga fácilmente su admiracion; pero pronto su entusiasmo se entibia, duda de la justicia de sus aplausos, i sospecha que se le han defraudado los que concedió tan liberalmente. Entónces el caviloso, que permaneció mudo delante de la jeneral aclamacion, lanza simuladamente una sujestion insidiosa, mina e infama el mérito del favorecido, i logra al fin hacerle objeto de censura i sospechas cuando no de absoluta aversion. En ménos de tres años se habia familiarizado el público con los estupendos pro-

dijios de un mundo recién descubierto, i estaba ya preparado para recibir cualquier insinuacion derogatoria de la fama del descubridor i de sus empresas.

Las circunstancias que acompañaban la actual llegada de Colon, no eran las mas propias para disipar las preocupaciones del vulgo. Cuando desembarcó la turba de marineros i aventureros, que se habian embarcado con tan ardientes i extravagantes esperanzas, en vez de un jentío alegre, que salta de gozo por la playa, lisonjeado con su buen éxito, i cargado de los despojos de las doradas Indias, se vió desembarcar una débil comitiva de miserables, estenuados por las enfermedades de la colonia i las fatigas del tránsito, i sellados los amarillos rostros, dice un escritor antiguo, con el escarnio de aquel oro objeto de su busca, que nada mas contaban del Nuevo-Mundo que historias de enfermedades, pobreza i desengaños.

Colon se esforzó en mitigar el efecto de aquellas desfavorables apariencias, i vivificar el amortiguado entusiasmo públicó. Habló con detencion de la importancia de sus recientes descubrimientos por la costa de Cuba, diciendo que habia llegado cerca del Aureo-Quersoneso de los antiguos, i a los lindes de algunas de las mas ricas comarcas del Asia. Jactábase sobre todo de su descubrimiento de las ricas minas del Sur de Española, persua-

dido de que eran las del antiguo Ofir. El público escuchaba estas narraciones con sarcástica incredulidad, i si se dejaba alucinar un instante, pronto le sacaban de su fascinación las tristes pinturas de los desengañados aventureros.

En el puerto de Cádiz encontró Colon tres carabelas mandadas por Pedro Alonso Niño, próximas a partir con provisiones para la colonia. Casi un año habia transcurrido sin recibir socorro de esta especie por haberse perdido en la costa de la península cuatro carabelas que salieron en enero anterior. Habiendo leído Colon las cartas i despachos reales de que era portador Alonso Niño, e informándose de los deseos de los soberanos i del estado del espíritu público, escribió por los mismos buques al Adelatado encomendándole que por todos los medios posibles pusiese la isla en paz i en estado de explotación productiva para tranquilizar de este modo a los descontentos, i que capturase i enviase a España los caciques i súbditos indios que tuviesen parte en la muerte de algun colono. Le encargaba la mayor actividad en la exploración i explotación de las minas recién descubiertas cerca del rio Hayna, mandándole establecerse en sus inmediaciones, i fundar un puerto de mar. Pedro Alonso Niño se dió a la vela con tres buques en 17 de junio.

Habiendo los soberanos tenido noticia del

arribo de Colon, le escribieron en 12 de junio de 1496, una carta de bienvenida, convidándole a pasar a la corte cuando hubiese descansado. Los términos halagüeños en que estaba concebido este documento tranquilizaron el ánimo de Colon, que desde la misión del arrogante Aguado se consideraba despojado del favor de los soberanos i caído en desgracia. Como prueba del abatimiento de su espíritu se refiere, que cuando se presentó aquella vez en España, vestía un humilde traje, compuesto solo de una túnica franciscana i una cuerda alrededor de la cintura, habiéndose dejado crecer la barba, de modo que parecia un fraile. Seria esto probablemente en cumplimiento de algun voto hecho en momentos de angustia o de peligro; costumbre característica de aquella época, con frecuencia observada por Colon. Pero es lo cierto que daba muestras de mucha humildad i abatimiento, lo que hacia notable contraste con su aparicion al volver triunfante del primer viaje. Estaba destinado, en efecto, a dar continuas pruebas de los reveses a que están sujetos los que se lanzan desde la medianía a las fluctuaciones i vaivenes de la opinion popular. Por indiferente que le hubiese sido a Colon su porte o traje, ansiaba mantener vivo el interes de sus descubrimientos, temiendo sin cesar que les sirviese de rémora la tibieza que empezaba a manifestarse. Por

el camino de Búrgos, donde le esperaban los soberanos, hizo estudiada muestra de las curiosidades i tesoros que traia del Nuevo-Mundo. Entre estos habia collares, brazaletes, amuletos i diademas de oro, despojos de varios caciques, considerados como trofeos ganados a los bárbaros príncipes de la costa de Asia, i de las islas del mar indio. Es evidente ejemplo de la estrecha abertura de compas con que se media el sublime descubrimiento de Colon, al tener que valerse de estos medios para deslumbrar la grosera imaginacion de la multitud con el mero resplandor del oro.

Llevaba consigo muchos indios, ataviados segun su estilo salvaje, i cubiertos de adornos de oro, entre ellos, al hermano i sobrino de Caonabo, de edad el primero de treinta años, i el otro de diez. Iban a visitar al rei i a la reina, para que concibiesen una verdadera idea del poder i grandeza de los soberanos españoles, debiendo en seguida volver libremente a su pais. Cuando pasaban por alguna ciudad principal, mandaba Colon poner un collar i una cadena maciza de oro al hermano de Caonabo, como lejítimo cacique del dorado país de Cibao. El cura de los Palacios, que hospedó al Almirante i a los cautivos algunos dias, dice que tuvo esta cadena de oro en sus manos, i que pesaba seiscientos castellanos (1). Tambien hace mencion el buen cura de

(1) Equivalente a 3,195 pesos fuertes del dia.

las máscaras indias, e imájenes de algodón i madera, labradas con fantásticos rostros de animales, i las supone todas representaciones del demonio, que era a su ver el objeto de adoracion de aquellos isleños.

Recibieron a Colon los soberanos mui distintamente de lo que habia recelado, pues le trataron con la mayor distincion, sin hacer indicacion alguna relativa a las quejas de Margarite i Boil, ni a las investigaciones judiciales de Aguado. Aunque estas hicieran tal vez un pasajero efecto en el ánimo de los reyes, eran demasiado conocidos los muchos méritos del Almirante i las extraordinarias dificultades de su situacion, para no perdonar los que, cuando mas, hubieran podido considerarse como errores suyos.

Animado Colon por esta favorable acogida i por el interes con que escuchaban los soberanos la narracion de su viaje por las costas de Cuba i la de los descubrimientos de las minas de Hayna, que no se olvidó de representar como el Ofir de los antiguos, les propuso otra expedicion, prometiendo hacer mas estensos sus descubrimientos, i unir la tierra firme a sus dominios, pues nunca se le desvaneció la idea de que Cuba era parte de un rico i fertilísimo continente. Pidió al efecto ocho buques; dos que debian salir para Española con provisiones, i seis a sus órdenes en un viaje de descubrimientos. Los soberanos

nos le prometieron desde luego satisfacer su deseo, i es de creer que eran sinceras sus promesas, pero despues estuvo la peticion sujeta a intolerables dilaciones, debidas a la multiplicidad de negocios públicos i a las intrigas de algunos funcionarios, pues nunca faltan adversos agentes que paralizan i destruyen los designios de los príncipes.

Los recursos de España estaban a la sazón agotados por Fernando, cuya ilimitada ambición prodigaba las rentas del Estado en guerras i en subsidios. Mientras dirigia notas diplomáticas a la Francia, sagazmente redactadas, para ceñirse al fin la corona de Nápoles, estaba echando los cimientos de un poder incalculable, por medio de negociaciones relativas a los matrimonios de sus hijos, que iban ya llegando a la mayor edad. Entónces se formó aquella célebre alianza de familia, que consolidó su inmenso imperio bajo el reinado de su nieto i sucesor Carlos V.

Al paso que mantenía en Italia en pié de guerra un grande ejército mandado por Gonzalo de Córdoba, para ayudar al rei de Nápoles a recobrar el trono de que le habia despojado Carlos VIII de Francia, se acantonaban tropas en las fronteras españolas. Una invasion por los franceses era inminente, i necesario por lo mismo tener empleadas escuadras, que guardasen las dos costas de la Península, en tanto que se despachó una poderosa flo-

ta de más de cien buques, con veinte mil personas a bordo, muchas de la primera nobleza, para acompañar a la princesa doña Juana a Flandes, donde debía contraer esponsales con Felipe, archiduque de Austria, i traer a España a su hermana Margarita, destinada a ser esposa del príncipe don Juan.

Estas vastas operaciones de lujo i guerra absorbían todas las fuerzas marítimas i terrestres, agotaban el tesoro real i ocupaban todos los pensamientos de los soberanos, obligándolos a recorrer incesantemente sus dominios. Con tan importantes e inmediatos cuidados apenas hallaban eco las empresas de Colon. Hasta entónces los descubrimientos habian acarreado mas dispendios que ventajas, i no faltaban malignos consejeros siempre dispuestos a contrarestar los proyectos del Almirante. ¿Qué significaban para el ambicioso Fernando algunas islas salvajes, incultas i distantes, comparadas con el brillante trono de Nápoles? ¿Qué el comercio de príncipes bárbaros i desnudos, comparado con el de los más poderosos soberanos de la cristiandad? Colon tuvo que devorar la afrenta de ver levantarse ejércitos i emplearse escuadras en ociosas contiendas, i una vasta flota de mas de cien velas destinada al estéril servicio de escoltar una princesa, mientras mendigaba en vano algunas carabelas para proseguir los descubrimientos de un mundo.

Por último, entrando ya el otoño, se le mandaron adelantar seis millones de maravedises (1) para su prometida escuadra. Precisamente cuando iba a recibir esta suma, llegó carta de Pedro Alonso Niño, que acababa de arribar a Cádiz con tres carabelas de vuelta de la isla Española. En vez de presentarse a la corte en persona o de enviar los despachos del Adelantado, fué a visitar a su familia en Huelva, llevando los papeles consigo i escribiendo jactanciosamente que tenía una suma considerable de oro a bordo de sus buques. Mui lisonjeras fueron estas nuevas para Colon, pues dedujo de ellas que se estaban ya explotando las minas i próximos a realizase los esperados tesoros del Ofir. La carta de Niño, empero, estaba destinada a producir en sus negocios el mas deplorable efecto.

Necesitaba el rei en aquel momento caudales para reparar la fortaleza de Suiza, en el Rosellon, saqueada por los franceses, i mandó que los seis millones de maravedises que iban a entregarse al Almirante, se aplicasen a reparar el destrozado castillo, dando orden para que se reintegrase aquella suma con parte del oro que traía Niño. Hasta fines de diciembre que llegó Niño a la corte, i entregó los despachos del Adelantado, no se descu-

(1) Equivalentes a 86,956 pesos fuertes.

brió que el oro de que hablaba era una mera locucion figurada, i que las carabelas venian cargadas de prisioneros indios, de cuya venta habian de resultar los espresados tesoros.

Es difícil describir los efectos de aquella absurda hipérbole. Las esperanzas de Colon acerca de grandes e inmediatos beneficios sacados de las minas, se disiparon desde luego, se entibió el celo de sus escasos amigos, i sus numerosos contrarios señalaban con escarnio el ridículo i miserable cargo de las carabelas, como irónica muestra de los tan decantados tesoros del Nuevo-Mundo. Los informes de Niño i de sus jentes, presentaban la colonia en una situacion desastrosa, i los despachos del Adelantado repetian la necesidad de inmediato socorro; pero las medidas que se tomaban para proveer a esta necesidad, eran tanto mas escasas i pobres, cuanto ella era mas urgente. Corroboráronse al parecer todas las manifestaciones que se habian hecho hasta entónces contra los descubrimientos, i el grito envidioso de *mucho gasto i poco provecho*, se repitió de nuevo por aquellos políticos de corta vista que logran distinguir en las grandes empresas los gastos inmediatos, sin divisar jamas las ganancias futuras.

CAPITULO III.

PREPARATIVOS PARA EL TERCER VIAJE.—CONTRARI-
DADES I DILACIONES.

(1497.)

HASTA la siguiente primavera de 1497 no recibieron los negocios de Colon i del Nuevo-Mundo la debida atencion de parte de los soberanos. La flota habia vuelto de Flandes con la princesa Margarita de Austria. Sus esponsales con el príncipe don Juan, heredero aparente, se habian celebrado en Burgos, capital de Castilla la Vieja con extraordinaria pompa. Todos los grandes dignatarios i nobleza de España, todos los embajadores de las principales potencias de la cristiandad, se juntaron en aquella ocasion solemne. Fué Burgos el teatro de las suntuosas funciones réjias, i todo el reino celebraba con público regocijo aquella poderosa alianza, que pare-

cia asegurar a los soberanos de España la continuacion de su prosperidad sin ejemplo.

En medio de estas festividades, Isabel, cuya maternal solicitud estuvo hasta entonces ocupada en el porvenir definitivo de sus hijos, libre ya de tan tiernas atenciones, entró en los negocios del Nuevo-Mundo con un espíritu que manifestaba su determinacion de fijarlos sobre bases sólidas, determinando al mismo tiempo claramente la autoridad del Almirante, i premiando sus eminentes servicios. A su proteccion pueden atribuirse todas las provisiones en favor de Colon; pues el rei empezaba a mirarlo con frialdad, i todos los consejeros reales mas influyentes en los negocios de las Indias, eran sus enemigos.

Varias reales órdenes de aquel tiempo manifiestan la jenerosa disposicion de la reina. Los derechos, prerogativas i dignidades concedidas a Colon en Santa Fé, se confirmaron de nuevo: se le ofreció una heredad en Española de cincuenta leguas de lonjitud, i veinte i cinco de latitud con el título de duque o de marqués. Colon no aceptó este obsequio, diciendo que solo serviria para aumentar la envidia, ya tan encarnizada contra él, i que le acusarian los colonos de atender mas a su propio medro que al bienestar i desarrollo de los intereses morales i materiales de la isla.

Como los gastos de las expediciones habian

sido superiores a las ganancias, Colon estaba empeñado por la parte que se le habia permitido tomar en ellas; por lo que se le eximió de la obligacion de satisfacer la octava parte del coste de las pasadas empresas, con esccepcion de la suma adelantada para el primer viaje; pero tampoco debia pedir parte alguna de lo que hasta entónces habia venido de las islas. Los tres años siguientes recibiria la octava parte de los productos totales de cada viaje, a mas de la décima de los productos netos. Al cabo de los tres años debia rejrir de nuevo el pacto orijinal o primitivo.

Para satisfacer la noble ambicion del Almirante i perpetuar en su familia la distincion que sus ilustres hechos le habian granjeado, se le concedió el derecho de establecer un mayorazgo que descendiese con sus títulos de nobleza. Usó de este derecho poco despues en un solemne testamento ejecutado en Sevilla al principio de 1498, por el cual dejaba sus Estados a sus descendientes varones por línea recta, i en defecto de estos, a los varones descendientes de sus hermanos; a falta de los cuales, a las hembras de su linaje.

El heredero debia usar siempre las armas del Almirante, sellar con ellas, adoptar su rúbrica, i no usar otra antefirma que el sencillo título de *El Almirante*, cualesquiera que fuesen los otros títulos que le concediesen los reyes, i gozase en otras ocasiones. Tal era el

justo orgullo con que miraba este timbre de su verdadera grandeza. En el testamento dejó ámplias mandas a su hijo Fernando, i a sus hermanos el Adelantado i don Diego, manifestando que este último deseaba entrar en la vida eclesiástica. Mandó que la décima parte de las rentas de su mayorazgo se dedicase a objetos piadosos, i al socorro de los individuos pobres de su familia. Dejó tambien mandas para dotar vírjenes pobres de su casa. Ordenó que una persona casada de su familia, hija de Jénova, su ciudad natal, se mantuviese en ella con decencia i comodidad, para conservar allí el domicilio de la familia: dispuso que el que heredase su mayorazgo, hiciese cuanto estuviese a sus alcances por el honor, prosperidad i aumento de la ciudad de Jénova, con tal que no fuese contrario al servicio de la Iglesia, ni al interes de la corona de España. En otra cláusula de este testamento se encuentra un legado solemne para ayudar el rescate del Santo-Sepulcro. Manda a su hijo Diego, o a quien herede su Estado, depositar cuanto numerario le sea posible en el banco de San-Jorje, en Jénova, para formar una renta permanente con que hallarse pronto en cualquiera ocasion para seguir i servir al rei en la conquista de Jerusalem, o en el caso de no emprender el soberano aquella guerra, cuando se hayan acumulado bastantes fondos, formar una cruzada a su pro-

pio coste i riesgo, con la esperanza de que, viendo su determinacion los reyes, se resuelvan a seguir la cruzada ellos mismos, o a autorizarle a él para seguirla en su nombre.

A mas de esta empresa a favor de la fé católica, encarga a su heredero, que en caso de que se levante algun cisma en la Iglesia, o alguna violencia que amenaze su prosperidad, se arroje sin dilacion a los piés del papa, i consagre su persona i bienes a defenderla de todo insulto o despojo. Despues del servicio de Dios le encarga lealtad al trono, mandándole se halle pronto en todo tiempo a servir con fidelidad i celo a los soberanos i sus herederos, hasta perder por ellos, si es necesario, vida i hacienda. Con objeto de asegurar la constante memoria de su testamento, manda a su heredero que ántes de confesarse lo entregue a su director espiritual para que lo lea, i examine si se han cumplido fielmente sus condiciones.

Como Colon se habia resentido de la licencia jeneral concedida en abril de 1495 para hacer descubrimientos en el Nuevo-Mundo, calificándola con razon de contraria a su prerogativa, se publicó un edicto real en 2 de junio de 1497, retractando cuanto pudiese ser perjudicial a sus intereses, o a las prévias concesiones que por la corona se le habian hecho. Nunca fué nuestra intencion, decian los soberanos en su edicto, afectar de modo

alguno los derechos del espresado don Cristóbal Colon, ni permitir que las convenciones, privilegios i favores que le hemos dispensado, se invadiesen ni violasen; sino al contrario, en consecuencia de los servicios que nos ha hecho, pensamos conferirle todavía nuevas gracias. Tal debe creerse que era la intencion de la magnánima Isabel; pero la corriente de su réjia munificencia se enturbió i emponzoñó en los inmundos cauces por donde fluia. Las distinciones concedidas a Colon se estendieron tambien a su familia. Los títulos i prerogativas de Adelantado, con que habia investido a su hermano don Bartolomé, provocaron al principio el descontento del rei, quien queria que todas las altas dignidades de aquella especie se concediesen exclusivamente por la corona. Por una patente real se dió a don Bartolomé aquel empleo, como gracia espontánea de los reyes, sin aludir en lo mas mínimo al ejercicio que habia hecho de él.

Miéntas con estas medidas se daba satisfaccion del Almirante, se adoptaron otras en pro de los intereses de la colonia. Se le concedió permiso para llevar a ella trescientas treinta personas pagadas por el tesoro público, de las cuales debian ser cuarenta jinetes, cien peones, treinta marineros, treinta grumetes, veinte mineros, cincuenta labradores, diez hortelanos, veinte artesanos de varios oficios, i treinta mujeres. Posteriormente se per-

mitió aumentar el número hasta quinientos, pero los individuos adicionales debían pagarse de los mismos productos i mercancías de la colonia. También se le autorizó para que concediese tierras a los que se hallasen dispuestos a cultivar viñas, huertas, cañas dulces i otros productos rurales, bajo condición de que habían de permacer en la isla por espacio de cuatro años después de la concesión hecha; i de que los metales preciosos i palo del brasil que se hallasen en sus tierras, quedasen reservados a la corona.

Tampoco olvidó el bondadoso corazón de Isabel los intereses de los desgraciados indios. A pesar los sofismas en que se quería fundar su cautiverio haciéndolo de derecho divino, i a pesar de sancionar su servidumbre los políticos prelados de entónces, no consintió Isabel sino con la mayor repugnancia que se esclavizasen los indios aunque cojidos con las armas en la mano, i se consagró compasiva a la protección de la parte pacífica de aquella raza indefensa i desgraciada. Mandó que se pusiese el mayor esmero en la instrucción religiosa de los indios, i que los tributos que se les habían impuesto, se recojiesen sin vejaciones, obrando contra los que no los pagasen con la mayor circunspección. En efecto, las ordenanzas dadas en los reales edictos con respecto al modo de tratar a indios i europeos, son las únicas que indican que los sobe-

ranos prestaron oídos a las quejas emitidas contra Colon por la severidad de su conducta. Los soberanos recomendaban que cuando la pública seguridad lo permitiese, se gobernase sin rigor i con templanza.

Al paso que el gobierno manifestaba tan buenas intenciones para despachar las expediciones a la colonia, el público opuso a ellas obstáculos imprevistos. Se habia disipado el entusiasmo que atrajo en el precedente viaje todos los aventureros al servicio de Colon, creando artificiosamente cierta aversion a sus empresas; i su Nuevo-Mundo, en vez de una region opulenta i maravillosa, se consideraba ya como plagada de desastres. Habia dificultades en procurar buques i jente para el viaje. La primera de estas faltas no pudo remediarse sino por un decreto arbitrario, tan opuesto a las actuales ideas de política mercantil, autorizando a los oficiales de la corona para hacer entrar por fuerza en el servicio los buques que juzgasen convenientes con sus patrones i pilotos, remunerándolos con la paga que creyesen justa. Para suplir la falta de reclutas voluntarios, se tomó una providencia sugerida por Colon, que manifiesta la desesperada alternativa a que le habia reducido el espíritu público reaccionado contra él. Fué esta la de conmutar las sentencias de los criminales destinados al destierro, las galeras o

minas, por la de transportacion a las nuevas colonias, donde deberian trabajar sin recompensa ni salario para el interes comun. Todos aquellos cuyas sentencias anteriores eran de destierro o presidio perpétuo, irian solo por diez años; los que estaban sentenciados con plazos fijos, por la mitad del tiempo de su condena. Se publicó un perdon jeneral para cuantos malhechores dentro de un término prescrito se presentasen al Almirante i se embarcasen para las colonias; los que habian perpetrado delitos condenados con la pena capital, servirian en ellas solo por dos años; los de menor culpabilidad, por uno. Se exceptuaban solamente de este indulto los que habian cometido crímenes especificados, como herejía, traicion, asesinato, etc., etc. Esta funesta medida, que emponzoñaba en su misma cuna a una poblacion naciente, fué para Colon causa fecunda de turbaciones i de miseria, i para la colonia un obstáculo permanente a su desarrollo normal. Tan triste ejemplo ha sido imitado por varias naciones, cuya experiencia deberia haberles mostrado sus consecuencias fatales, pues siempre ha sido la ruina de los establecimientos de esta especie. Es para la metrópoli una accion tan inícuca arrojar sus crímenes i vicios a las colonias, como lo seria para una madre inocular espresamente el virus de una enfermedad en la

sangre de sus hijos; ni debe causar sorpresa que los jérmenes del mal así sembrados produzcan algún día amargos frutos.

A pesar de tan violentos expedientes hubo todavía ruinosas dilaciones al aprestar la expedición, las cuales dependieron tal vez del cambio de algunas de las personas que intervenían en los asuntos de las Indias. Este negociado se confió por algún tiempo a Antonio de Torres, en cuyo nombre, junto con el de Colon, están extendidos muchos de los documentos oficiales. A consecuencia de las exajeradas pretensiones de Torres, se le quitó el destino, devolviéndoselo a Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Badajoz. Tuviron que redactarse de nuevo los documentos, i formarse los contratos. Miéntras con tanta lentitud se atendía a estos negocios, hirió profundamente el corazón de la reina, la muerte de su único hijo el príncipe don Juan, cuyos esponsales se habian celebrado con tanto esplendor en la primavera. Aquella fué la primera de las calamidades domésticas de la larga cadena de ellas, que llenaron de amargura el resto de los días de Isabel. En su infortunio, empero, pensaba todavía en Colon. En vista de las representaciones que espresaban la miseria a que la colonia debía ya estar reducida, se despacharon dos buques a principios de 1498, al mando de Pedro Fernandez Coronel, cargados de comestibles. Adelantó

efecto la reina misma fondos necesarios mándolos del dote destinado a su hija doña Isabel, apalabrada entónces con don Manuel, i de Portugal. También dió ejemplo de su preferencia hácia Colon en el tiempo mismo de su infortunio: sus dos hijos Diego i Fernando que habian sido pajes del difunto príncipe fueron recibidos con el mismo empleo a servicio.

A pesar de este celo por parte de la reina, guia Colon sufriendo las mas penosas dilaciones en los preparativos de los seis buques que necesitaba aun para su viaje. Su artificioso enemigo Fonseca tenia la intervencion de los negocios de Indias, i se complacia en contrariar todos sus planes. Los empleadillos i agentes que se ocupaban del armamento, eran en su mayor parte dependientes mimados del vispo, i sabian que vejando a Colon se atraian la benevolencia de aquel. Consideraban al Almirante despopularizado ya, i creian por lo mismo poder ofenderle a mansalva; así es que no tenian escrúpulo en hacinar delante de él todas las dificultades imaginables, i hasta le trataban a menudo con la petulancia característica de los hombres innobles i rateros que se ven con un empleo.

Parece en el dia casi increíble, que tan importantes i gloriosas empresas hubiesen estado sujetas a tan mezquinas oposiciones. Colon sufría con silenciosa indignación. Era

extranjero en la tierra que estaba beneficiando; veía que el aura popular se había disipado, i que necesitaba armarse de mucha resignacion para llevar a cabo sus proyectos. Pero tanto llegaron a desalentarle los impedimentos que a cada paso encontraba, i las preocupaciones del público inconstante que estuvo inclinado a abandonar para siempre los descubrimientos. Solo le indujeron a perseverar en sus planes su gratitud hácia la reina, i su deseo de hacer algo que pudiese mitigar su afliccion. Por último, despues de toda especie de dilaciones provocativas se aprestaron para el mar los seis bajeles, aunque no se pudo vencer la repugnancia pública todo lo bastante para alistar el número señalado de jente. A mas de las personas de que se ha hecho mencion, iban en la espedicion un médico, un cirujano, un boticario i varios sacerdotes para reemplazar al padre Boil i a otros frailes descontentos; i tambien hizo embarcar el Almirante algunos músicos para alegrar i vivificar el espíritu de los colonos.

Las insolentes provocaciones que Colón había sufrido de los agentes de Fonseca durante el largo tiempo de los preparativos, le siguieron vejando hasta el último instante que permaneció en la península i no le abandonaron hasta la misma playa. Entre las indignas i bajas personillas que tenían por ocupacion injuriarlo, el mas bullicioso i arrogante

era un tal Jimeno de Briviesca, tesorero o contador de Fonseca. Dice el venerable Las-Casas, que no era cristiano viejo; insultaba con su lengua i hasta con su semblante, i haciéndose eco de los sentimientos de su patrono el obispo se habia permitido burlarse en todas partes del Almirante i de sus empresas. En el momento mismo en que iba la escuadra a levantar anclas, se vió Colon insultado de nuevo por el insolente Jimeno, o al acabar de entrar a bordo. Sin tiempo de reflexionar sobre las consecuencias, olvidó el Almirante su apacibilidad ordinaria; estalló la indignacion que tanto tiempo habia reprimido; arrojó al suelo al vil adulator, e hiriéndolo con el pié repetidas veces, dió salida en aquel repentino parasismo a las injurias i vejaciones acumuladas en su espíritu a fuerza de tiempo.

Nada demuestra tan bien lo que Colon debia de haber sufrido por las maquinaciones de hombres indignos, como aquella pasion involuntaria, tan rara en su ánimo, siempre subordinado a la razon. Sintió mucho semejante ocurrencia; i en una carta escrita de algun tiempo despues a los soberanos, les suplica que no permitan le injurien en su opinion, como podria, pues estaba ausente, i era envidiado i extranjero. Las aprensiones manifestadas de este modo tan sencillo no eran gratuitas; i Las-Casas atribuye a la mala impresion que causó este negocio, las humillantes

medidas que poco despues tomaron los soberanos respecto a Colon. Habia sucedido cerca de los reyes, i por decirlo así, a su propia vista, i habló por lo tanto a sentimientos con viveza que pudieran hacerlo distantes alegaciones. El castigo personal de un empleado público se presentó como ejemplo del vengativo carácter de Colon, i como una prueba de los cargos de crueldad i despotismo procedentes de la colonia. Como Jimeno era criatura de Fonseca, se presentó el asunto a los reyes bajo el mas odioso punto de vista. Así las intenciones jenerosas de los príncipes, i los altos servicios de sus súbditos, suelen inutilizarse por la intervencion egoista de astutos empleados. Por su implacable hostilidad hácia Colon, i las malévolas obstrucciones con que embarazaba la mas grande de las empresas humanas, Fonseca inmortalizó su nombre, uniéndolo al desprecio de todos los corazones jenerosos.

LIBRO X.

CAPITULO PRIMERO,

**SALIDA DE COLON DE ESPAÑA EN SU TERCER VIAJE.—
DESCUBRIMIENTO DE LA TRINIDAD.**

(1498.)

El 30 de mayo de 1498 salió Colon de Santúcar de Barrameda i emprendió con sus seis buques el tercer viaje de descubrimientos. Se propuso no seguir el mismo derrotero que en el primer viaje. Pensaba partir del cabo de las islas Verdes, i navegar al Sur este hasta la línea equinoxial virando entonces al Occidente, a favor de los vientos constantes, i siguiendo aquel rumbo hasta llegar a tierra o a longitud de Española. Varias consideraciones le habian sugerido este plan. En los

viajes precedentes, cuando costó el Sur de Cuba, bajo la creencia que fuese el continente de Asia, habia observado que se estendia aun mas hácia el Sur. De esta circunstancia, i de los informes de los indios caribes, dedujo que un gran trecho de la tierra firme yacia al Sur de los países ya descubiertos. El rei Juan II de Portugal parece haber tenido una idea análoga, segun Herrera, quien recuerda la opinion espresada por aquel monarca, de que habia un continente en el Océano del Sur. Partiendo de esta creencia Colon suponía que a proporción que se aproximase al Ecuador, i estendiese sus descubrimientos a climas mas sujetos a la influencia abrazadora del sol, hallaria en las producciones de la naturaleza, vigorizadas por sus fecundos rayos, mas preciosas i perfectas cualidades. Robustecia su dictámen una carta que de órden de la reina le escribió Jaime Ferrer, docto lapidario, que en sus escursiones en busca de piedras i metales preciosos, habia visitado el Levante i varios sitios del Oriente, i platicado con los mercaderes de las partes mas remotas del Asia i del Africa, i con los naturales de la India, la Arabia i la Etiopia. Se suponía a Ferrer mui versado en la jeografía jeneral, i mui imbuido en la naturaleza de los países en que se procuraban sus ricas mercancías. En esta carta aseguraba Colon, que segun su experiencia, los objetos preciados de comercio,

tales como oro, piedras preciosas, drogas i especias, se hallaban principalmente en las regiones de la línea equinocial, cuyos habitantes eran negros o de color oscuro; i que hasta que llegara a pueblos de aquella especie, no creía que hallase dichos artículos en mucha abundancia.

Colon pensaba encontrarlos hácia el Sur. Se acordaba que los naturales de Española habian hablado de ciertos negros que del Sur i del Sur-este pasaron una vez a su isla armados de lanzas, cuyas puntas eran de una especie de metal que ellos llamaban guanin. Habian dado al Almirante una muestra de dicho metal, el cual sometido a análisis en España, se vió que se componia de diez i ocho partes de oro, seis de plata i ocho de cobre; prueba de la riqueza de las minas del pais de donde se habian estraido. Charlevoix conjetura que aquellos negros procedian de las Canarias, o de la costa occidental del Africa, i que una tempestad los arrojó a las de Española. Colon estaba probablemente equivocado en cuanto al color, sin duda por haber entendido mal a los indios; pues parece difícil que los naturales del Africa o de las Canarias hubiesen dado cima a un viaje tan largo en las frágiles barcas en que navegaban.

Para averiguar la probabilidad de estas suposiciones, i en caso de ser fundadas, llegar a los favorecidos i opulentos climas del Ecu-

dor, habitados por jentes de color, semejante a las africanas que viven bajo la línea. Colon en el tercer viaje al Nuevo-Mundo se dirigió mucho mas al Sur que en las escursiones precedentes.

Teniendo noticia de que cruzaba una escuadra francesa por el cabo de San-Vicente, volvió al Sur-oeste al salir de Sanlúcar; i tocando a las islas del Puerto Santo i Madeire, donde se aprovisionó de leña i agua, prosiguió su viaje a las Canarias. El 19 de junio llegó a la Gomera, donde encontró anclado un corsario frances con dos presas españolas. El capitan frances al ver entrar en el puerto la escuadra del Almirante, se hizo a la vela inmediatamente, seguido de sus presas; dejando una de estas en la precipitacion del momento, parte de la tripulacion en tierra, por lo que ganó el mar con solo cuatro hombres i seis prisioneros españoles. Colon creyó primero que eran buques mercantes, alarmados por su guerrera apariencia; mas luego que supo la verdad, envió tres bajeles a perseguir a los fujitivos, aunque le llevaban ya demasiada ventaja. Pero los seis españoles que iban a bordo de una de las presas, viendo que tenían cercano auxilio, se reaccionaron contra sus opresores, i llegando oportunamente un buque del Almirante, se recobró la presa, i regresó en triunfo al puerto. Colon cedió el buque al capitan, i entregó

los prisioneros al gobernador de la isla, para que los canjease por seis españoles de los que estaban presos en el corsatio.

Colon, dejando la Gomera en 21 de junio, dividió su escuadra fuera de la isla de Ferro, enviando tres buques directamente a Española con provisiones. Mandaba uno de ellos Alouso Sanchez de Carbajal, natural de Baeza, marino de mucha intrepidez i honrado corazon; el segundo Pedro de Arana; cordovés i hermano de doña Beatriz Enriquez, la madre de Fernando Colon. Era primo del desventurado jefe que gobernaba la fortaleza de la Navidad, cuando la arrasó Caonabo. El tercero iba a las órdenes de Juan Antonio Columbus (o Columbo), jenovés, pariente del Almirante, hombre juicioso i de mucha capacidad. Estos capitanes debian mandar alternativamente una semana cada uno, i Colon les señaló el órden del mando. Al llegar a Española debian tomar al Sur hácia la nueva ciudad i puerto, que suponía establecido ya en las bocas del Ozema, segun las órdenes dadas a Coronel. Con los tres bajeles restantes prosiguió su viaje al cabo de las islas Verdes. Su buque estaba dotado de cubierta, los otros eran carabelas mercantes. Al llegar a los trópicos, la variacion de climas i el sofocante bochornoso aire de aquella latitud, le produjeron un violento ataque de gota seguido de calentura. A pesar de tan molesta do-

lencia, como estaba en plena posesion de sus facultades mentales, continuaba sus diarios i observaciones con la acostumbrada minuciosidad i vijilancia.

El 27 de junio llegó al cabo de las islas Verdes, que léjos de la frescura i belleza que su nombre prometia, presentaba el aspecto de la mas completa esterilidad. Permaneció entre aquellas islas algunos dias, sin poder hallar, como esperaba, carne de cabra para la provision de los buques, i ganado para cria que llevar a Española. Para procurárselo necesitaba tiempo, i entre tanto se menoscababa mas i mas su salud i la de su jente por la influencia del mal tiempo. La atmósfera estaba cargada de nubes i vapores; apenas se veian el sol i las estrellas; la temperatura era elevada, i el aspecto morbosó de los habitantes revelaba la insalubridad del clima.

Dejando la isla de Buena-Vista el 5 de julio, salió Colon para el Sur-oeste con ánimo de llegar a la línea equinoxial. Pero las corrientes que iban hácia el Norte i Nor-oeste entre aquellas islas, impedian su marcha i le tuvieron dos dias a la vista de la isla del Fuego. Su cúspide volcánica, que desde léjos parece una iglesia con su torre, que se decia arrojar a veces llamas i humó, fue el último punto del antiguo mundo que vieron los expedicionarios.

Continuando al Sur-oeste unas ciento vein-

te leguas, se hallaba el 13 de julio, según sus observaciones, en el quinto grado de latitud Norte. Había entrado en la región que se estiende por ocho o diez grados a cada parte de la línea, conocida entre los marineros con el nombre de las latitudes calmosas. Los vientos constantes del Sur-oeste i Nor-oeste se neutralizan mutuamente cerca del Ecuador, i producen una calma permanente. La mar parece un espejo, i los bajeles están casi siempre inmóviles i con las velas caídas; la tripulación jadeando bajo el color de un sol vertical, que ninguna brisa mitiga. Semanas se pasan a veces para cruzar este trecho del Océano al parecer petrificado.

El tiempo había estado por algunos días nebuloso; pero el 13 era el sol brillante i abrasador. Cesó de pronto el viento, i empezó una profunda i bochornosa calma que duró ocho días. El aire parecía de fuego; se derretía la brea, i se abrían las junturas de los buques; se pudrió hasta la carne salada; se secó el trigo como si le hubiesen puesto en un horno; los aros se desprendieron de los barriles de agua, i de vino, vertiéndose algunos i reventando otros; i era tan excesivo el calor en los camarotes, que no era posible permanecer en ellos. Aquel ardor insoportable dejó a los marineros sin fuerzas i sin ánimo. Parecía que iba a realizarse la antigua fábula de la zona tórrida, i que se acercaban a una región de

fuego, en que la vida era imposible. Es verdad, que los cielos estuvieron encapotados parte de este tiempo, i que caían abundantes aguaceros; pero la atmósfera continuaba cargadísima, i combinados en ella el calor i la humedad que tanto relajan la economía humana.

En este tiempo se sintió el Almirante muy agravado de la gota; pero la actividad de su ánimo, unida con la natural ansiedad en que se hallaba, no le permitieron reposo. Estaba en partes ignoradas del Océano; donde todo dependia de su sagacidad i vijilancia, i era forzoso observar cuidadosamente los fenómenos de los elementos, i las señales que pudiesen presentarse de cercana tierra. Viendo que era el calor tan insoportable, alteró su rumbo tomando al Sur-oeste, con la esperanza de hallar mas léjos una temperatura templada, aun cuando fuese en el mismo paralelo. Habia observado en los viajes anteriores que despues de navegar cien leguas al Occidente de las Azores, se modificaban mucho la mar i el cielo, suavizándose ambos, i templándose i refrescándose el aire. Se persuadió de que prevalecia una singular blandura en el clima de cierto trecho del Océano extendido de Norte a Sur, en el cual entraria de repente navegando de Este a Oeste como si cruzara una línea. El tiempo pareció justificar esta teoría. Despues de seguir su lento camino

por algun tiempo hácia el Occidente, atravesando calores i calmas, en una lóbrega i bochornosa atmósfera, salieron los bajeles a ciertas rejiones agradables, donde algunas frescas brisas rizaban la superficie de las aguas, e hinchaban blandamente las velas. Se disiparon las pesadas nubes; se aclaró el cielo, i lució el sol con todo su esplendor, pero con rayos ménos abrazadores.

Pensaba Colón, al llegar a aquel templado trecho, virar otra vez al Sur, i luego al Occidente; pero habian padecido tanto los buques, estaban tan averiados i hacian tanta agua, que era necesario buscar cuanto ántes algun puerto cómodo donde rehabilitarlos. Tambien se habian perdido las provisiones en su mayor parte i casi agotado el agua. Tomó, pues, el rumbo directo del Occidente, deduciendo por el vuelo de las aves i otras indicaciones favorables, que pronto veria tierra. Dias i dias transcurrieron sin que se realizase su esperanza. La miseria de la tripulacion era cada vez mas apremiante; i suponiéndose en la lonjitud de las islas Caribes, viró al Norte en busca de ellas, con ánimo de reparar allí sus buques, i dirijirse luego a Española.

El 31 de julio ya no quedaba mas que un barril de agua en cada buque, i esto tenia al Almirante en la mayor ansiedad. Al medio dia, un marinero llamado Alonso Perez, que estaba por acaso en las gavias, vió destacarse

del horizonte las cimas de tres montañas. Inmediatamente dió el grito de tierra con indecible gozo de la tripulación. Al aproximarse los buques se observó que las tres montañas se unían en su base. Colón habia resuelto dedicar la primera tierra que viese a la Santísima Trinidad. Devoto como era, la apariencia de aquellas tres montañas unidas en una, le pareció una misteriosa coincidencia; i así dió él a la isla el nombre de la Trinidad que conserva todavía.

CAPITULO II.

VIAJE POR EL GOLFO DE PARIA.

(1498.)

DIRIGIENDO la proa a la isla, llegó Colon a su estremidad oriental, a la que designó con el nombre de punta de la Galera, por estar formada por una roca del mar de la figura de un bajel a la vela. Tuvo que explorar cinco leguas de la costa del Sur ántes de poder llegar a un anclaje seguro. Al dia siguiente, primero de agosto, siguió costeando hácia al Occidente, en busca de agua i de un buen puerto donde carenar los buques. Mucho le sorprendió la feracidad del pais, pues esperaba hallarle estéril i abrasado por su cercanía al Ecuador; vió magníficas arboledas i palmares, ricas florestas que llegaban hasta el mar, con manantiales i fuentes en sus sombras. Las costas eran bajas i desiertas; pero se elevaba

la tierra hácia el interior, estaba cultivada en muchas partes i salpicada de aldeas i habitaciones aisladas. La suavidad del clima era tal, i tales la verdura i fragancia de los campos que Colon creia hallarse disfrutando las delicias de la primavera, en la hermosa provincia de Valencia en España.

Andando en la que él llamó punta de la Playa, envió los botes a tierra por agua. Los marineros hallaron un abundante i cristalino arroyo en que llenaron sus cascotes. Pero no habia puerto seguro para los buques, ni encontraron ningun isleño, aunque hallaron huellas de sus piés i varios aparejos de pesca, que habian abandonado en su precipitada fuga. Tambien observaron pisadas de animales que los marineros supusieron cabras, aunque eran sin duda de ciervos que, como se vió despues, abundaban en la isla.

Miéntas la costeaban, el primero de agosto, vió Colon tierra al Sur, que se estendia desde léjos mas de veinte leguas. Era aquel trecho bajo de costa que interceptan los numerosos brazos del Orinoco; pero el Almirante, suponiendo que era una isla, le dió el nombre de isla Santa, no imaginando que entónces, por la vez primera, veia el continente, la tierra firme que con tanto afan habia buscado.

El 2 de agosto prosiguió navegando al Suroeste de la Trinidad, dando a su cabo el nom-

bre de punta del Arenal. Se adelantaba hacia un promontorio de tierra firme, formando un estrecho paso con una roca alta en el centro, a que dió el nombre del Gallo. Cerca de este paso anclaron los buques. Al aproximarse a él salió de tierra una grande canoa con veinte i cinco indios dentro, i llegando a tiro de ballesta saludó a los buques con un idioma no comprendido de ninguno de los de bordo. Des-ando ver mas de cerca aquella jente, e interrogarles acerca de su pais, trató Colon de atraerlos con amistosos signos, i enseñándoles espejos, vasijas de metal pulido i varios juguetes relumbrantes; pero todo fué inútil. Siguieron maravillados i silenciosos contemplando los bajeles por mas de dos horas, pero con los canaletes en la mano, i dispuestos a huir al menor indicio de acercárseles los extranjeros. Se hallaban, sin embargo, bastante próximos para distinguirlos bien. Eran jóvenes, bien formados, mas blancos que todos los indios vistos hasta entónces, i su cabello largo. Estaban desnudos esceptuando la cabeza que la tenían ceñida con bandas i redcillas de algodón, i los lomos cubiertos i rodeados de telas de varios colores. Venían armados de arcos i flechas, estas con plumas i puntas de hueso; i era de notar que se cubrían con escudos. Aun no se habia visto la pieza de armadura entre los habitantes del Nuevo Mundo.

Viendo la ineficacia de todos sus esfuerzos para atraerlos recurrió Colon al poder de la música. Sabia que a los indios les entusiasmaba bailar al son de sus agrestes tamboriles i al canto de sus romances tradicionales. Mandó que se ejecutase una escena análoga a bordo del buque, cantando un marinero al son del tambor i otros instrumentos, mientras bailaban los grumetes una danza española. Pero apenas empezó la música, los indios, tomándola sin duda por una señal hostil, levantaron los escudos, prepararon los arcos, i se desprendió de ellos una lluvia de saetas. Este saludo brusco fué contestado por las armas de dos ballesteros, que los pusieron en precipitada fuga, terminando de este modo la escena.

Aunque afectaban tanto miedo al Almirante, se acercaron impávidos i serenos a una de las carabelas, i poniéndose bajo la popa hablaron con el piloto, quien dió un gorro i un manto al que parecia jefe. Entusiasmado con el regalo, convidó al piloto a pasar a tierra, asegurándole un buen tratamiento i algunos regalos. Admitida la invitacion, esperaron en la playa al piloto, quien mandó su bote para pedir licencia al Almirante: lo que tomaron los indios por una celada, i pasando de nuevo a su canoa huyeron con una velocidad increíble, i no se les volvió a ver.

Su color i otros caracteres físicos causaron

una viva impresion en el ánimo del Almirante. Suponiéndose en el sétimo grado de latitud, aunque estaba en el décimo, habia esperado hallar a los naturales semejantes a los de Africa bajo el mismo paralelo; es decir, negros, achaparrados, pero esbeltos i con pelo crespo o mas bien lana; i por lo contrario aquellos indios eran de bella forma, sus cabellos largos, i ellos mas blancos que los que vivian mas distantes del Ecuador. Tambien el clima que debia ser mas cálido en las cercanias de la línea, parece mas templado. Estaba en la canícula, i sin embargo refrescaban tanto las noches i las mañanas, que se veian obligados a arroparse como en invierno. Así sucede en muchas partes de la zona tórrida, especialmente en tiempos calmosos. La naturaleza en aquellas latitudes templea el calor del suelo durante la noche con copiosos rocios. Quedó Colon complejo al observar tales contradicciones del órden natural, segun lo observado en el Antiguo-Mundo, i siguiendo la teoría de Ferrer el lapidario; pero estas mismas contradicciones contribuyeron a la formacion de otra teoría que estaba formulando en su imaginacion incansable, teoría de que se hablará a su tiempo.

Despues de anclar en la punta del Arenal, se permitió a las tripulaciones desembarcar i refrescarse en los bosques sombríos i verdes praderas de la isla. No hallaron manantiales

de agua, pero abriendo pozos en la arena pronto tuvieron la suficiente para llenar sus cascós. Colon vió entre tanto que era su anclaje sumamente peligroso. Pasaba una corriente rápida desde Levante, por el estrecho formado entre la tierra firme i la Trinidad, fluyendo segun él dice, dia i noche con tanta furia como el Guadalquivir, quando se sale de de madre. En el paso entre la punta del Arenal i la que le correspondia en la tierra firme, la corriente se hallaba estrechada, i rujia i hervia de tal modo, que pensó Colon que la cruzaban bancos i rocas, impidiendo la entrada con otras que habia mas distantes, contra las cuales resonaban las olas como al estrellarse en escollos de una costa llena de bajos. A este paso, por su temible apariencia, le puso en nombre de Boca de la Sierpe. Se hallaba, pues, entre dos dificultades: las continuas corrientes impedían al parecer su vuelta, por un lado mientras las rocas que asediaban el otro amenazaban destruir al que intentase pasarlas. Estando a bordo de su buque, ya muy entrada la noche, sin permitirle conciliar el sueño los dolores de su enfermedad i los cuidados de su ánimo, oyó hácia el Sur un bramido estridente. Al mirar en aquella direccion vió levantarse la mar a manera de una encrespada colina, cubierta de una espuma tan alta como un navío, i precipitarse hácia el bajel con el mas espantoso estrépito.

Colon tembló por la seguridad de sus buques. Su propia carabela se levantó violentamente a tal altura, que temió Colon que zozobrase o se estrellase contra las rocas. Arrastró tambien otro buque de su anclaje i le puso en eminente peligro. Las tripulaciones se consternaron temiendo perecer en aquel movimiento i violencia de las aguas, pero pasó i se desvaneció la montañosa ola despues de un espantoso choque con la contra-corriente del estrecho. Se supone que esta convulsion repentina procedia de la crecida de algunos de los rios que entran en el golfo de Pária, desconocido aun de Colon.

Deseando alejarse de tan inminentes peligros, envió botes al dia siguiente a sondear el agua de la Boca de la Sierpe, i averiguar si era o no posible pasar los buques por ella al Norte de la isla. Volvieron con sumo júbilo diciendo que habia muchas brazas de agua, i corrientes por ambos lados para entrar o salir por él. I levantándose una brisa favorable, se hizo desde luego a la vela; i pasando seguro por el formidable estrecho, lo salvó mui pronto i se encontró en una mar tranquila. Estaba en el lado interior de la isla. A la izquierda se estendia aquel dilatado golfo conocido despues con el nombre de Pária, que suponía fuese la mar, hasta que probando el agua vió con sorpresa que era dulce. Siguió navegando hácia el Norte, en direccion a una montaña

del Nor-oeste de la isla, catorce leguas mas allá de la punta del Arenal. Allí vió dos elevados promontorios, uno enfrente de otro, el primero en la isla de la Trinidad, i el otro al Oeste en el cabo de Pária, que se estiende desde el continente i forma el lado del Norte del golfo ; pero considerando Colon una isla, le dió el nombre de la isla de Gracia.

Entre estos cabos habia otro pasaje mas peligroso que la Boca de la Sierpe, por estar rodeado de breñas, entre las cuales forzaba la corriente su paso con estrépito i turbulencia. Este pasaje tomó de Colon el nombre de Boca del Dragon. No queriendo arrostrar sus aparentes peligros, viró al Norte el domingo 5 de agosto, i navegó por el interior de la supuesta isla de Gracia, con intencion de continuar hasta ver su fin, i virando de nuevo al Norte entrar en la alta mar i dirijirse a Española.

Era una hermosa costa, con numerosos puertos ; los campos estaban cultivados en muchas comarcas, cubiertos de algunos árboles frutales i otros de majestuosas selvas, recibiendo el riego de muchos rios. Lo que mas admiraba a Colon era que el agua fuese dulce, i tanto mejor cuanto mas adelantaba ; pues se hallaba en la estacion del año en que los diferentes rios que desembocan en el golfo, llegan a él hinchados por las lluvias, i vierten tal cantidad de agua dulce, que neutraliza la sal

del Océano. También le sorprendió la plácida calma del mar, tan tranquilo i seguro como un gran puerto; por lo que no había necesidad de buscar anclaje.

Hasta entonces le fué imposible tener comunicación alguna con los habitantes de aquellas rejiones del Nuevo-Mundo. Las costas que había visitado aunque cultivadas a trechos por la mano del hombre, estaban desiertas i mudas, sin haber visto Colón mas jente que la fugitiva que ocupaba la canoa de la punta del Arenal. Deseaba en extremo encontrar algun ser humano que rompiese aquel silencio i le diese noticias del pais. Despues de navegar muchas leguas por la costa, ancló el lunes 6 de agosto en un punto en que vió señales de cultivo, i envió botes a las playas. Hallaron los marineros huellas de hombres, rescoldo de varias hogueras, restos de pescados asados i pisadas recientes, a mas de una casa sin techo e inhabitada. La costa era montañosa, cubierta de bellas arboledas frutales que servian de morada a numerosos monos. Siguiendo hácia el Occidente, donde era mas igual la tierra, ancló Colón en un rio.

De pronto se acercó una canoa con tres o cuatro indios a la carabela mas inmediata de la orilla cuyo capitan, fingiendo que deseaba acompañar los indios a tierra, saltó a su canoa, la volcó, i con la ayuda de los marineros

aseguró a los indios que iban nadando. Cuando se los trajo al Almirante, disipó desde luego su miedo con la benignidad acostumbrada; les dió cuentas de rosario, cascabeles, i azúcar, i los envió mui alegres a tierra, donde los aguardaban sus compatriotas. Este buen trato dió como siempre mui buenos resultados. Los indios que tenían canoas se acercaron a los buques con la mayor confianza. Eran altos, bien formados, i sueltos en sus maneras. Tenían el cabello largo i estendido; algunos le llevaban corto, pero ninguno trenzado como los naturales de Española. Sus armas consistían en arcos, flechas i escudos. Los hombres ceñían su cabeza i cintura con telas de algodón de varios colores, ingeniosamente labradas, de modo que parecían de seda desde léjos; pero las mujeres iban enteramente desnudas. Trajeron pan, maiz i otros comestibles, con diferentes clases de brevajes: unos blancos hechos de maiz, i parecidos a la cerveza; otros verdes, de sabor vinoso i esprimidos de varios frutos. Juzgaban de las cosas al parecer por el olfato. Cuando se acercaron al bote, le olieron, i luego a la jente. Del mismo modo examinaban los regalos. Hicieron poco caso de las cuentas, pero muchísimo de los cascabeles. También apreciaban extraordinariamente el bronce, i hallaban probablemente mui agradable su olor, pues le llamaban *turey* o venido del cielo.

Por ellos supo Colon que el nombre de aquel pais era Pária, i que mas léjos al Occidente estaba mas poblado. Llevando algunos indios que le sirviesen de guías i mediadores, navegó ocho leguas al Oeste, hasta un punto que él llamó la Aguja, donde llegó a las tres de la mañana. Cuando amaneció quedó embelesado contemplando la belleza de aquel pais. Estaba mui cultivado, mui poblado, i cubierto de una vejétation riquísima. Las habitaciones de los naturales estaban edificadas en bosques llenos de flores i de frutos. Las parras se enlazaban con los árboles, i volaban de rama en rama innumerables pájaros de espléndido plumaje. Era el aire suave i templado, i respiraba la fragancia de las flores de que estaba empapado i mil sonoras fuentes i cristalinos arroyos conservaban la frescura i la lozanía de las plantas. Tanto agradó a Colon la amenidad de aquella parte favorecida de la costa, que le puso el nombre de los Jardines.

Vinieron innumerables indios en sus canoas, que eran de mejor construccion que todas las vistas hasta entónces, grandes i ligeras i con un camarote en medio para el amo i su familia. Convidaron a Colon en nombre de su rei a pasar a tierra. Muchos llevaban alrededor del cuello collares i láminas bruñidas de aquella especie inferior de oro, llamado guanin por los indios. Decian que venian de un pais

que señalaban con la mano, no léjos de allí, al Occidente; pero añadian que era peligroso el viaje, porque los habitantes eran caníbales, o por estar llena la tierra de animales venenosos. Pero lo que repentinamente llamó la atención i despertó la avaricia de los españoles, fué ver alrededor de los brazos de algunos de ellos grandes sartas de perlas. Le dijeron a Colon que las cojian en la costa, al Norte de Pária, que él suponía aun isla; i le enseñaron las conchas de nácar de que las habian tomado. Deseoso de adquirir mas informes i de procurarse muestras de perlas para enviarlas a España, envió los botes a la orilla. Al desembarcar los españoles salieron muchos indios a recibirlos, mandados por el primer cacique i su hijo. Los trataron con profundo respeto como descendientes del cielo, i los llevaron a una casa espaciosa, residencia del cacique, donde los agasajaron sencilla i cordialmente, dándoles pan i frutas de esquisito gusto, i las variedades de licor de que se ha hablado. Miéntras estuvieron en la casa, se mantuvieron todos los hombres a un lado i las mujeres a otro. Acabada la colacion del cacique fueron a casa de su hijo, que les dió otra semejante. Era jente mui afable, aunque dotada al mismo tiempo de mas intrepidez i marcialidad que los hijos de Cuba i de Española. Aunque tan cerca de la línea equinoxial, dice Colon, eran mas blancos que cuantos hasta

entónces habia visto, cuando él esperaba hallarlos del color de los etiopes. Llevaban adornos de oro, pero de inferior calidad : un indio tenia en la mano un pedazo del tamaño de una manzana. Habia domesticado muchas especies de loros : una de verde claro con cuello amarillo, i las puntas de las alas de brillante carmin ; otras del tamaño de gallinas, de un vivo color de escarlata con algunas plumas azules en las alas. Daban con franqueza sus loros a los españoles ; pero lo que estos mas codiciaban eran las perlas, de que vieron muchos collares i brazaletes entre las mujeres indias, que las cambiaban al gres por cascabeles u otros juguetes de metal, i así se juntaron preciosas muestras que las mandó el Almirante a los soberanos.

La bondad i buena acogida de aquellas gentes era mas apreciable por la intelijencia i franqueza marcial que su aspecto revelaba. Parecian dignos del bello pais en que vivian. Era causa de mucho sentimiento para ellos i para los españoles el no poder entenderse. Hablaban, empero, por signos : la mútua benevolencia hizo su comunicacion fácil i agradable ; i a la caída de la tarde volvieron a bordo los españoles altamente satisfechos de sus huéspedes.

CAPITULO III.

CONTINUACION DEL VIAJE POR EL GOLFO DE PARIA.---
VUELTA A ESPAÑOLA.

(1498.)

La cantidad de perlas finas halladas entre los naturales de Pária era bastante para alentar a Colon. Corroboraba este hallazgo la teoría de Ferrer, el docto lapidario, indicando que a medida que se aproximase al Ecuador encontraria en mayor abundancia las mas raras i preciosas producciones de la naturaleza. Su imaginacion se llenaba rápidamente de cuantas circunstancias locales parecian favorecer sus deseos, i convinándolas deducia de ellas las mas halagüeñas consecuencias. Habia leído en Plinio que las perlas son una trasformacion de las gotas de rocío que caen en las bocas de las ostras: si así era ¿qué lugar mas propicio para su nacimiento i multi-

plicacion que la costa de Pária? El rocío en aquellas rejiones era grueso i abundante, i habia tal abundancia de ostras que se suspendian en racimos de las raices i ramas de la orilla del agua. Cuando entraba en el mar una rama i se sacaba despues de algun tiempo, salia cubierta de ostras. Las-Casas, haciéndose cargo de las conclusiones de Colon, dice, que el marisco de que se acaba de hablar no era de la especie que produce las perlas, pues esta especie, por natural instinto, como si tuviese conciencia de la carga preciosa que en sí lleva, se oculta en las mas profundas aguas.

Siguiendo en la creencia de que la costa de Pária era una isla, i deseoso de circunnavegarla i de llegar al sitio donde decian los indios que abundaban las perlas, salió Colon de los Jardines el 10 de agosto, i continuó costeando por el golfo hácia el Occidente, en busca de una salida para el Norte. Vió trechos de tierra firme hácia el extremo del golfo, que consideró islas i las llamó Isabela i Tramontana, imaginando que la deseada salida estaria entre ellas. Al paso que adelantaba, disminuia i se dulcificaba el agua, hasta que no se atrevió a ir mas léjos con su buque, demasiado grande para aquella especie de descubrimientos, pues requería tres brazas de agua. Ancló, i envió una pequeña carabela llamada el *Correo*, para averiguar si habia salida al Océano entre las supuestas islas. Volvió la

carabela al día siguiente diciendo, que al extremo occidental del golfo había una abertura de dos leguas, que conducía a un golfo interior circular, rodeado de cuatro aberturas que parecían pequeños golfos, o mas bien bocas de rios, de donde salía gran cantidad de agua dulce que desalaba el mar vecino. En efecto, por una de aquellas bocas sale el gran rio Cuparipari, o como se llama ahora, el Páris. A este golfo interior, i circular dió Colon el nombre de golfo de las Perlas, por la equivocada idea de que abundaban en sus aguas, aunque de hecho no existen en ellas. Creía que las cuatro aberturas del golfo eran intervalos entre las islas, aunque afirmaban los marineros que toda la tierra que vieron era un solo continente. Como era imposible ir mas léjos hácia el Occidente con sus buques, no le quedó mas recurso que desandar su camino, i buscar salida al Norte por la Boca del Dragon. Hubiera deseado continuar explorando la costa, porque se creía en una de aquellas opulentas rejiones pintadas como las mas favorecidas de la tierra, i cuyas riquezas crecían en razon de su proximidad al Ecuador. Pero consideraciones imperiosas le obligaron a acortar su viaje i a volver a Santo-Domingo. Las provisiones de sus buques estaban casi apuradas, i las destinadas a la colonia empezaban a deteriorarse. Tambien su salud se hallaba mui menoscabada. A mas de la gota que le

aflijó durante casi todo el viaje, padecía de la vista por las fatigas de la vijilia que casi le privaban de este sentido. Ni aun el viaje de la costa de Cuba, dice él mismo, en que pasó treinta i tres dias, casi sin dormir, habia dañado tanto sus ojos, ni destruido tanto su constitucion como el de la costa de Pária.

El 11 de agosto se hizo, pues, a la vela para la Boca del Dragon, arrastrado con mucha velocidad por las corrientes, que le impedian desembarcar en los Jardines. El domingo 13 ancló cerca de la Boca, en un buen puerto, a que llamó de los Gatos, por una especie de mono llamado gato-paulo, en que abundaban aquellas cercanías. A las orillas del mar vió muchos árboles, que segun creyó, producian el mira bolano, fruto peculiar de los paises del Oriente. Habia muchos árboles que crecian en el agua con ostras adheridas a sus ramas, i las bocas abiertas, segun él suponía, para recibir el rocío que se trasformaba despues en perlas.

A la mañana siguiente, 14 de agosto, a cosa del medio dia, se acercaron los bajeles a la Boca del Dragon, i se prepararon para correr los riesgos de aquel formidable paso. La distancia desde Cabo Boto, última tierra de Pária, hasta Cabo Lapa, extremo de la Trinidad, es de unas cinco leguas; pero habia dos islas en el intermedio que nombró Colon, Caracol i Delfin. El impetuoso cuerpo de agua dulce

que fluye por el golfo, particularmente en los lluviosos meses de julio i agosto, se confina i ajita entre las estrechas salidas de las islas, donde produce una mar turbulenta, espumosa i mujidora al quebrarse en las rocas, que hace peligrosísima su entrada. Los horrores i azares de tales sitios son siempre mayores para los descubridores que no tienen carta, piloto ni consejo de prácticos que los guien. Colon temia al principio rocas i bancos ; pero al considerar atentamente la conmocion del estrecho, la atribuyó al conflicto entre la prodijiosa masa de agua dulce que salia del golfo i luchaba por abrirse paso, i el flujo del agua salada que pugnaba por entrar en él. Apénas penetraron buques por el temido canal cesó completamente el viento ; por lo que se vieron en continuo riesgo de ser arrojados contra las piedras o las arenas. Por fortuna la corriente de agua dulce obtuvo la victoria, i los sacó libres al otro lado. Cuando se vió de nuevo el Almirante en alta mar, se congratuló de haber escapado de tan peligroso estrecho, que dijo podia llamarse con mucha propiedad la Boca del Dragon.

Viró luego al Occidente, navegando por la parte exterior de la costa de Pária, que suponía aun isla, i deseando visitar el golfo de las Perlas, que imaginaba estaría al extremo de ella, abriéndose hácia el mar, quería tambien averiguar, si, como afirmaba la tripulacion

del *Correo*, aquella cantidad de agua dulce procedia de rios: porque en su opinion era imposible que las afluencias de meras islas, pues tales consideraba aquellas tierras, pudieran arrojar de su seno tan prodijioso volúmen de agua.

Al salir de la Boca del Dragon, vió al Nor-este, a muchas leguas de distancia, dos islas, a que llamó la Asuncion i la Concepcion, que eran probablemente las conocidas hoy con los nombres de Tobago i de Granada. En su navegacion por la costa del Norte de Pária vió varias islas pequeñas i muchos puertos, a algunos de los cuales dió nombres por los que no son ya conocidos. El 15 descubrió las islas de Margarita i de Cubagua, famosas posteriormente por sus pesquerías de perlas. La Margarita tenia unas quince leguas de largo i seis de ancho, i estaba bien poblada. La pequeña isla de Cubagua, situada entre la Margarita i la tierra firme, de que solo distaba cuatro leguas, era seca i estéril, carecia de leña i agua dulce, pero tenia un buen puerto. Al acercarse a ella vió el Almirante muchos indios pescadores de perlas, que se internaron al momento. Se envió un bote para establecer relaciones con ellos, i un marinero notó que una de las indias tenia muchas sartas de ricas perlas alrededor del cuello. Llevaba el marinero un plato de Valencia, pintado de alegres colores; lo rompió i presentó los cas-

cos a la mujer india, la cual le dió en cambio considerable cantidad de perlas. Se las llevó al punto al Almirante, quien mandó a tierra oficiales bien provistos de platos de Valencia i cascabeles, por los que en poco tiempo se procuraron mas de tres libras de perlas entre ellas algunas de gran tamaño, que envió Colon despues a los reyes.

Todo convidaba a permanecer en aquellos paises, i visitar otros lugares que decian los indios abundaban en perlas. La costa de Paria continuaba estendiéndose hácia el Occidente, todo el alcance de la vista, levantándose en altas sierras, i provocando el exámen de si era o no, como empezaba Colon a creerlo, parte del continente asiático. Pero se vió obligado, contra su voluntad, a abandonar esta investigacion importante.

La enfermedad de los ojos se habia gravado tanto, que ya no podia Colon hacer observaciones por sí mismo, i tenia que confiarse a las de los pilotos i marineros. Se dirigió pues a Española, pensando descansar allí de las fatigas del viaje i reparar su salud, mientras enviaba a su hermano el Adelantado a completar los descubrimientos del interesante pais que dejaba. A los cinco dias de navegacion al Noroeste, llegó a la isla Española el 19 de agosto, cincuenta leguas al Occidente del rio Ozema, punto de su destino, i a la mañana siguiente ancló en la pequeña isla Beata.

Se admiró de hallarse tan equivocado en sus cálculos, i tan léjos del destinado puerto, atribuyendo con razon este error a la fuerza de la corriente que salia de la Boca del Dragon, la cual, miéntras se habia mantenido a la capa por las noches, para evitar las rocas, condujo insensiblemente sus buques al Occidente. Estas aguas que corren atravesando el Caribe, i cuyo movimiento se llama ahora Gulf Stream (corriente del golfo), eran tan rápidas, que el 15, cuando habia poco viento, anduvieron los buques setenta i cinco leguas en veinte i cuatro horas. Colon suponía que el ímpetu de su movimiento habria abierto el pasaje llamado Boca del Dragon, donde era de creer que hubiese penetrado por el estrecho istmo que unia ántes la Trinidad con el estremo de Pária. Tambien pensaba que su operacion constante habria carcomido e inundado los bordes del continente, produciendo por grados aquella franja de islas que se estiende desde la Trinidad a las Lucáyas o Bahamas, i que, segun su idea, formaba ántes parte del mismo continente. En corroboracion de su dictámen hace mérito de la forma de estas islas, que son estrechas de Norte a Sur i se prolongan en sentido contrario i en la direccion de la corriente. La isla Beata, en que ancló Colon, está a unas treinta leguas del Occidente del rio Ozema, donde esperaba ver el puerto de mar que debió haber formado su hermano. Las

fuertes i mantenidas corrientes orientales, i el predominio de los vientos que soplan del mismo punto, podian detenerle por mucho tiempo en la isla, i hacer lento i precario el resto del viaje. Envió el bote a tierra para procurarse un mensajero indio que llevara cartas a su hermano el Adelantado. Seis indios pasaron a bordo, estando uno de ellos armado con una ballesta española. El Almirante se alarmó desde luego, viendo armas de aquella especie en poder de un indio. No era artículo de tráfico, i temió que solo por la muerte de algun español habria pasado a sus manos. Sospechó que habian caido mayores desgracias aun sobre la colonia durante su larga ausencia, i que habian acontecido encuentros con los naturales.

Despachados los mensajeros se hizo de nuevo a la vela, i llegó a la boca del Ozema el 30 de agosto. Le recibió por el camino una carabela, a cuyo bordo venia el Adelantado, que habiendo recibido su carta se apresuró con afectuosa solicitud a darle la bienvenida. La entrevista de los hermanos causó a los dos la mayor alegría; ámbos se amaban, ámbos habian sufrido mucho en aquella larga separacion, i ámbos esperaban mútuo alivio. Don Bartolomé miró siempre con deferencia por el injénio, la comprension i alta reputacion de su hermano; miéntras este en circunstancias difíciles, ponía la mayor confianza en el co-

nocimiento del mundo, actividad incansable i animoso corazon del Adelantado.

Llegó Colon en el estado mas deplorable. Sus viajes eran siempre fatigosos, teniendo que navegar por entre ignorados peligros, i que vijilar a todas horas i en todos tiempos. A medida que iba avanzando en edad esta vida se le hacia mas penosa. Su constitucion debió haber sido admirablemente fuerte; pero la organizacion mas vigorosa espuesta a demasiados trabajos en un período avanzado de la vida, cede a la enfermedad i al dolor. En el último viaje le habia abrasado la calentura, mortificado la gota, i se habia desordenado todo su sistema por una continuada vijilia; salió a tierra pálido, trémulo i casi ciego. Pero su alma, mas fuerte siempre que su cuerpo, esperaba con ansia el resultado de sus recientes descubrimientos, que pensaba proseguir desde luego por medio de su osado i emprendedor hermano.

CAPITULO IV.

ESPECULACION DE COLON RESPECTO A LA COSTA DE PARIA.

(1498.)

Los grandiosos i notables fenómenos de la naturaleza que se habian desarrollado a los ojos de Colon durante este viaje, escitaron poderosamente su ánimo contemplativo. Al considerar aquellos vastos raudales de agua dulce que fluyen en el golfo de Paria, para precipitarse en seguida con tanta fuerza en el Océano, formó una de sus sencillas pero grandes conclusiones. No podian producir aquellos raudales una ni muchas islas sino algun caudaloso rio, que recorriendo dilatadísimos territorios acopiaba sus aguas i las vertia en impetuosos torrentes en el Océano. El pais, pues, que contenia tal rio, debia ser un continente. Entonces supuso que los varios trechos de tierra

que habia visto alrededor del golfo estaban jeneralmente unidos; que la costa de Pária se dilataba mucho hácia el Occidente, mas allá de una sierra, que se descubria desde Margarita, i que la tierra opuesta a la Trinidad, en vez de ser isla, continuaba largo trecho hácia el Sur, mucho mas allá del Ecuador, hasta llegar a aquel hemisferio no conocido aun por los hombres civilizados. Consideraba todo aquello como una continuacion del continente asiático suponiendo que la mayor parte de la superficie del globo era tierra firme. Apoyaba esta última opinion en citas de autores esclarecidos, antiguos i modernos; Aristóteles i Séneca, San Agustín i el cardenal Pedro de Aliaco, cuyos escritos le merecian mucho respeto. Tambien hace mérito especial del aserto del libro de Esdras, en que se asegura que de las siete partes del mundo seis son tierra firme i solo una está cubierta de agua.

La tierra, pues, que rodeaba el golfo de Pária no era mas, en su sentir, que la orilla de un casi ilimitado continente, estendiéndose mucho al Oeste i al Sur incluyendo las rejiones mas preciosas de la tierra, i situado bajo las mas propicias estrellas i benigno cielo, pero todavía desconocido e inculto, i en disposicion de ser descubierto i apropiado por cualquiera nacion cristiana. Quiera el Señor, dice en su carta a los soberanos, dar larga vida i salud a vuestras altezas, para que puedan proseguir

esta noble empresa, de que pienso que Dios recibirá gran servicio, España vasto aumento i grandeza, i los cristianos mucho consuelo i delicia, pues que el nombre de nuestro Salvador se divulgará por tan luengas tierras.

Hasta aquí las deducciones del Almirante se alcanzan fácilmente a cualquiera, pero las llevó mas léjos, terminándolas en lo que podría parecer una quimera. En su carta a los soberanos dice, que en los primeros viajes, cuando navegó al Occidente desde las Azores, habia observado a las cien leguas de navegacion mucha variacion en el cielo i las estrellas, en la temperatura del aire i en la calma del Océano. Parecia estenderse una línea del Norte al Sur, mas allá de la cual todo era diferente. La aguja que se habia previamente inclinado hácia el Nordeste, varió un punto entero al Nor-oeste. La mar hasta entónces clara, estaba cubierta de yerbas tan espesas que en el primer viaje habia temido encallar. Una tranquilidad completa reinaba en los elementos, i era el clima templado i suave en invierno i en verano. Al hacer sus observaciones astronómicas por la noche, despues de pasada la línea imaginaria, la estrella del Norte le parecia describir en los cielos un círculo diurno de cinco grados de diámetro.

En el último viaje habia variado de rumbo i navegado al Sur desde el cabo de las islas Verdes para la línea equinoxial. Pero ántes

de llegar a ella el calor era insupportable; i habiéndose levantado viento de Levante, viró al Occidente cuando estaba en aquel paralelo de Sierra-Leon en Guinea. Por espacio de muchos dias se estuvo abrasando bajo aquel nublado cielo i en aquella lluviosa atmósfera, hasta que llegó a la línea ideal mencionada, que se estiende del Norte al Sur. Entónces pasó repentinamente a gozar un cielo azul i claro, de un tiempo sereno, i de un templado ambiente. Cuanto mas adelantaba hácia Occidente tanto mas puro era el clima, tanto mas tranquilo el mar, tanto mas blandas i aromáticas las brisas. Todos estos fenómenos coincidían con los que mas hácia el Norte observó en la misma línea en los otros viajes, esceptuando las yerbas, i los diversos movimientos de las estrellas. La polar le parecía describir un círculo diurno de diez grados en vez de cinco; lo que le llenó de admiración, habiéndolo averiguado, segun él dice, por medio de observaciones hechas en diferentes noches con su cuadrante. Su mayor altura en los viajes primeros en el paralelo de Azores, era diez grados; en el último viaje i posición, quince.

Por estas i otras circunstancias se resistió a dar crédito a la teoría admitida respecto a la forma de la tierra. Los filósofos la habian presentado esférica; pero no conocian la parte del mundo que él habia descubierto. La

antigua, de que ellos trataban, era sin duda esférica; pero la verdadera forma del conjunto debia ser, segun Colon, la de una pera, teniendo una parte mucho mas elevada que las demas, i subiendo en espiral hácia los cielos. Esta parte se la figuraba en el interior del recién descubierto continente por debajo del Ecuador. En todos los fenómenos que habia observado ántes veia corroborada su teoría. Atribuyó las variaciones que percibió al pasar la imaginaria línea de Norte a Sur, al arribo de los bajeles a aquella hinchazon supuesta de la tierra, donde empezaban a ascender suavemente hácia los astros en mas pura i mas celestial atmósfera. La variacion de la aguja la atribuia a la misma causa, dependiendo de la frescura i templanza del clima; pues variaba al Nor-oeste en proporcion que los buques continuaban sus ascensos. Así tambien la altura de la estrella polar i el círculo que describia en los cielos, aparecian a su vez mayores porque se los miraba desde mayor elevacion con ménos oblicuidad i por en medio de una atmósfera mas pura; debiendo estos fenómenos a la vista, cuanto mas se acercase al Ecuador el navegante desde la eminencia de aquella parte de la tierra.

Tambien notó la diferencia de la temperatura, vejétation i moradores de este pais del Nuevo Mundo, comparados con los del mismo paralelo en Africa. Allí el calor era insopor-

table, la tierra seca i estéril, los habitantes negros, de pelo crespo, naturalmente mal formados i estúpidos. Aquí, al contrario, aunque el sol estaba en Leon, era moderado el calor del medio dia, frescas las mañanas i tardes, el campo verde i fructífero, cubierto de hermosas florestas; la jente mas blanca que la que habia descubierto en países ménos meridionales, de cabello largo, formas esbeltas i bien proporcionadas, percepcion viva i corazon denodado. Atribuia todo esto en la latitud tan cercana al Ecuador, a la mayor altura de aquella parte del mundo, por la que habia subido a una region mas elevada de la atmósfera. Al volver al Norte por el golfo de Pária, vió que disminuia de nuevo el círculo descrito por la estrella polar. La corriente de la mar se hacia tambien mas rápida, desgastando, como se ha dicho, los bordes del continente, i produciendo con su accion incesante las islas contiguas. Esta era una nueva confirmacion de la idea de que ascendia yendo hácia el Sur, i descendia dirijiéndose al Norte.

Aristóteles habia imaginado que la parte mas alta de la tierra i la mas cercana al cielo, estaba bajo el polo antártico, i otros creian que en el polo ártico. De aquí se inferia que ámbos partidos eran de dictámen de que una parte de la tierra tenia mas elevacion, mas nobleza, i mas proximidad al cielo que las demas. No creian que esta eminencia estuviese bajo la

línea equinoxial decia Colon, porque carecian de cierto conocimiento del hemisferio del Sur, i hablaban solo teóricamente i por conjeturas.

Como de ordinario defendia su sistema con la Sagrada Escritura, el sol, cuando Dios lo creó, decia, salió de la primera parte del Oriente o de allí la luz primera. Aquel sitio, segun su idea, debia existir en la mas remota rejion del Oriente, donde el Océano i los límites de la India se juntan bajo la línea equinoxial, i donde está situado tambien el punto mas alto de la tierra. Suponia que este ápice del mundo, aunque de inmensa altura, no era escabroso ni lleno de precipicios, sino que la tierra se levantaba por grados suaves e imperceptibles. Las bellas i fértiles costas de Bária situadas, segun él, en sus remotas orillas, debian abundar necesariamente en los artículos preciosos, propios de los climas mas favorecidos. Al penetrar en el interior i ascender gradualmente hácia la cúspide, habia de ser mas lujosa la vejetacion, i mas esquisita la especie de las producciones de la tierra hasta terminar en la cima bajo el Ecuador. Esta imaginaba él que seria la mejor morada de la tierra, gozando por su posicion igualdad de noche i dia, i uniformidad en las estaciones ; i como estuviese elevada en una temperatura celestial i serena, se veria exenta de calores i frios, de vapores i nubes, de las tormentas i tempestades

que turban i aflijen las rejiones bajas. En una palabra, allí suponía que estaba la mansion de nuestros primeros padres, la residencia primitiva de la inocencia i ventura humana, el jardin del Eden o Paraíso Terrenal. Creía, siguiendo la opinion de los mas eminentes Padres de la Iglesia, que aquel sitio se conservaba aun lleno de su primera santidad i delicias, pero inaccesible a la planta humana, a no ser por divino permiso. Desde aquella altura se figuraba que descendia, aunque en prolongadísimas ondulaciones, la caudalosa corriente de agua que llenaba el golfo de Páris i dulcificaba en su vecindad al Océano, brotando de la fuente que dice el Génesis manó del árbol de vida en los verjeles del Eden.

Tal fué el singular razonamiento que desenvolvió Colon en su carta a los soberanos de Castilla, citando diversas autoridades en su apoyo, entre otras las de San-Agustin, San-Isidoro i San-Ambrosio, i robusteciendo su sistema con argumentos de aquella curiosa erudicion especulativa en que estaba tan versado. Estas teorías prueban cuánto se exaltó su ánimo con la magnificencia de sus descubrimientos. El hombre de corazón frio, sin peripecias en su vida ordinaria, en nuestros tiempos sin fé, puede sonreirse al recordar tales visiones; pero nótese que descansaban entonces en las hipótesis de los primeros sábios; i aun cuando así no hubiera sido ¡podemos ad-

mirarnos del estraviado vuelo de la fantasía en un hombre colocado en la posición de Colón? Veía en un vasto mundo levantándose, por decirlo así, delante de él, un mundo de naturaleza i estension desconocidas. Cada hora le mostraba una nueva belleza i maravilla; islas innumerables cuyas rocas contenían venas de oro, cuyos bosques estaban cargados de especias, cuyas costas abundaban en perlas. Interminables sierras, altas costas, numerosos promontorios, estendiéndose por cuanto la vista alcanzaba; ricos valles jirando hacia un interior inmenso, cuyas distantes montañas, según se decía, cercaban tierras aun más felices i regiones de mayor opulencia aun. Contemplaba aquel mundo de dorada promisión con la convicción gloriosa de que su propio ingenio lo había adivinado, i se complacía en mirarlo con la vista triunfante del descubridor. Sino hubiera Colón sido capaz de aquellos vuelos entusiasmados de la fantasía, quizás, como otros sábios, habría raciocinado fría i metódicamente desde el fondo de su gabinete sobre la probabilidad de que existiesen países occidentales; pero nunca hubiese osado emprender la audaz aventura de buscarlos por en medio de los desconocidos dominios del Océano.

Entre sus fantásticas especulaciones, se halla aun aquel sólido fundamento de sagacidad que formaba la base de su carácter. La

consecuencia que dedujo de la gran corriente del Orinoco, que supuso viniese de tierra firme, fué ingeniosa i lójica. Un docto historiador español ha disculpado con buen criterio otros pasajes de su teoría. «El sospechó, dice, cierta elevacion del globo a una parte del Ecuador: los físicos posteriores han descubierto ser la tierra una esteróide elevada por todo el ámbito de aquel círculo. Sospechó si la diversidad de temples influia en las agujas náuticas no pudiendo penetrar la causa de sus inconstantes variedades: la série sucesiva de navegaciones i esperiencias ha hecho mas patente aquella inconstancia, i dado a conocer que un frio riguroso despoja talvez a las agujas de toda su virtud. Acaso nuevas observaciones justificarán la sospecha de Colon. Hasta su error acerca del círculo descrito por la estrella polar, que juzgaba aumentarse por la ilusion óptica a medida que el observador se acercaba a la equinoxial, le califica de filósofo superior al tiempo en que vivia.»

LIBRO XI.

CAPITULO PRIMERO.

**ADMINISTRACION DEL ADELANTADO.—ESPEDICION A
LA PROVINCIA DE JARAGUA.**

(1498.)

COLON se habia prometido descansar en llegando a Española ; pero desgraciadamente le esperaba allí una nueva complicacion de turbaciones i ansiedad, destinada a contrarrestar la prosecucion de sus empresas, i a malograr su suerte. Para esplicar estas circunstancias es necesario repasar sumariamente la historia de las ocurrencias de la isla en el largo intervalo que el Almirante permaneció a su pesar en España.

Cuando se hizo a la vela para Europa, en

~~marzo de 1496, su hermano don Bartolomé,~~
que quedó de gobernador con el título de Adelantado, tomó inmediatamente medidas para ejecutar sus órdenes acerca de las minas recientemente descubiertas por Miguel Diaz, hácia el Sur de la isla. Dejó a don Diego Colon mandando en Isabela, se trasladó con fuerzas considerables a las cercanías de las minas, i escojiendo una posicion ventajosa en el lugar en que mas abundaba el oro, levantó una fortaleza, a que ~~dió el nombre de~~ San-Cristóbal, si bien los trabajadores, hallando granos de oro entre la tierra i piedras que empleaban en su construccion, le llamaron la torre del Oro.

El Adelantado permaneció allí tres meses, ~~dirigiendo las obras de fortificacion, i haciendo~~ los preparativos necesarios para explotar las minas i purificar los minerales. Retardó mucho la obra la escasez de víveres, pues habia que abandonar con frecuencia el trabajo para enviar partidas en busca de ellos. Falta-ba ya la hospitalidad primitiva de la isla, i no daban los indios voluntariamente sus comestibles. Habian aprendido de los blancos a aprovecharse de la necesidad del extranjero, i a poner precio al pan con que satisfacian su hambre. Tambien se concluyeron pronto los acopios, porque su natural frugalidad e indolencia apenas le permitian juntar mas alimentos que los precisos para el inmediato

consumo. El Adelantado halló de consiguierte difícil mantener mucha jente en aquellas cercanías, hasta tener tiempo para cultivar la tierra i criar animales, o para recibir provisiones de España. Dejando diez hombres de guardia en la fortaleza, con un perro que les ayudase a casar útiás, marchó con el resto de su jente, que ascendia a unos cuatrocientos hombres, al fuerte de la Concepcion; en el abundante país de la Vega, donde pasó el mes de junio recibiendo el tributo de aquel trimestre, i comestibles de Guarionex i de sus caciques feudatarios. Al otro mes (julio de 1496) las tres carabelas mandadas por Niño llegaron de España, con un refuerzo de hombres i un repuesto de provisiones. Estas quedaron pronto distribuidas entre los hambrientos colonos; pero desgraciadamente muchas se habian malogrado durante el viaje. Terrible infortunio en una comunidad en que la menor escasez daba origen a tanta sedicion i murmuraciones.

Por estos buques recibió el Adelantado cartas de su hermano, mandándole fundar una ciudad i puerto de mar en la desembocadura del Ozema, cerca de las nuevas minas. Tambien le mandaba que enviase presos a España los caciques o indios que hubiesen tenido parte en la muerte de algun colono; crimen que se consideraba como suficiente, por muchos de los mas doctos juristas i teólo-

gos de España, para vender como esclavos a los que le hubiesen cometido. Al volver las carabelas, despachó el Adelantado trescientos prisioneros indios i tres caciques. Estos formaban aquel aciago cargo de que Niño hizo tan absurdo alarde, diciendo que traia los bajeles llenos de tesoros, lo cual fué causa de muchos sinsabores para el Almirante.

Habiendo obtenido provisiones por esta llegada, volvió el Adelantado a la fortaleza de San-Cristóbal, i de allí pasó al Ozema a escoger sitio para el deseado puerto. Despues de un exámen concienzudo, eligió la márjen oriental de uno naturalmente formado en la boca del rio. Era de fácil entrada, bastante profundidad i buen anclaje. El rio regaba un pais tan bello como fértil ; sus aguas eran claras i provistas de peces ; las orillas estaban coronadas de los ricos árboles frutales de la isla, de modo que navegando por él se podian cojer con la mano sus frutos. Esta deliciosa vega era la mansion de la mujer cacique que habia concebido tanto afecto por el jóven español Miguel Diaz, i le habia inducido a que atrajese a los españoles a aquella parte de la isla. Cumplió fielmente la promesa que hizo de un recibimiento amistoso por parte de su tribu.

En una posicion elevada del puerto erigió don Bartolomé la fortaleza, que al principio se llamó Isabela i poco despues Santo-Do-

mingo, i fué el embrion de la ciudad que tiene aun este nombre. El Adelantado era activo e infatigable. Cuando se concluyó el fuerte dejó en él una guarnicion de veinte hombres, i salió con el resto de sus fuerzas a visitar los dominios de Behechio, uno de los principales caudillos de la isla. Este cacique, como ya se ha dicho, reinaba en Jaragua, provincia que comprende casi toda la costa occidental de la isla, incluso el cabo Tiburon, i se estiende por el Sur hasta Punta-Aguda, o la pequeña isla de la Beata. Era su distrito uno de los mas fértiles i populosos, su posicion deliciosa, i las jentes mas apacibles i de mejores modales que las demas de la isla. Estando tan léjos de todas las fortalezas, el cacique, aunque tomó parte en la combinacion de los otros jefes, habia hasta entónces permanecido libre de la invasion i exacciones de los blancos.

Con este cacique vivia Anacaona, viuda del impertérito Caonabo. Era hermana de Behechio, en cuyos estados permaneció desde la captura de su esposo. Pasaba por una de las mas raras beldades de la isla : su nombre significaba en lengua india, flor de oro. Supera en ingenio a la jeneralidad de su raza; pasaba por excelente poetisa, siendo autora de los romances, o areitos históricos, que cantaban los indios en sus danzas nacionales. Todos los escritores españoles convienen en que estaba dotada de tanta dignidad i gracia que

todo en ella parecia incompatible con el ignorante i salvaje estado en que habia vivido. A pesar de la catástrofe que ocasionaron los blancos a su marido, no les guardaba rencor, pues nunca fué su espíritu vengativo. Sabia que provocó el cacique su venganza con voluntaria guerra. Miraba a los españoles con admiracion, considerándoles seres casi sobrenaturales, i su claro ingenio comprendió desde luego cuanto tenia de impolítico resistir sus artes i sus armas. Teniendo mucha influencia con su hermano Behechio, le pidió que escarmentara en el ejemplo de su marido, i que se captase la amistad de los españoles. Se cree que sabiendo los amistosos sentimientos i poderosa influencia de esta princesa, se decidió el Adelantado a emprender su expedicion.

Al atravesar aquellas partes de la isla, no visitadas aun por los europeos, adoptó el Adelantado las mismas medidas tomadas en ocasion análoga por el Almirante: su caballería formaba la vanguardia; i entró en las ciudades indias con banderas desplegadas i al son de tambores i trompetas, inspirando mucha admiracion i terror.

Despues de treinta leguas de camino, llegó al rio que, saliendo de las montañas de Cibao, divide el Sur de la isla. Atravesó su corriente, i mandó por la costa del mar dos partidas de a diez hombres en busca de palo del Brasil. Lo hallaron en grandes cantidades i

cortaron algunos árboles, almacenándolos en las cabañas indias hasta poder conducirlos por mar a la colonia.

El Adelantado con el grueso de su jente se dirigió despues a la derecha, i no léjos del rio, vió al cacique Behechio que salia al encuentro con un ejército numeroso de indios, armados de flechas i lanzas. Si habia sido su intencion oponerse a la entrada de los españoles en las selvas de su dominio, le hubo de imponer el formidable aspecto de éstos. Dejando las armas se acercó amistosamente al Adelantado, protestando que estaba en guerra con algunos pueblos de la orilla del rio que queria subyugar; al mismo tiempo le preguntó el motivo de su excursion. El Adelantado le dijo que deseaba visitar sus territorios i pasar con él algunos dias de amistoso trato en Jara-gua. El cacique, desvanecidas sus sospechas, disolvió su ejército, i despachó veloces mensajeros para anunciar la llegada de tan distinguido huésped, i mandó hacer preparativos para un recibimiento digno de él. A medida que se internaban los españoles por los territorios del caudillo, i atravesaban los distritos de sus caciques inferiores, les daban estos pan de casaba, cáñamo, algodon i varias producciones de la tierra. Al fin se acercaron a la residencia de Behechio, grande i bien situada ciudad, próxima a la costa i a una anchurosa bahía.

Los españoles habian oido muchas descripciones de la deliciosa rejion de Jaragua, donde algunas tradiciones indias fijaban los campos Eliseos. Tambien habian oido celebrar la esbeltez i urbanidad de los habitantes, cuya conducta confirmó tan favorables antecedentes. Al acercarse a la ciudad, treinta mujeres de la familia del cacique salieron a recibirlos cantando sus areitos o romances tradicionales, i bailando i ajitando hojas de palma. Las matronas llevaban delanteras de algodón bordado, que bajaban hasta la mitad del muslo; las vírjenes estaban enteramente desnudas, con una redecilla en la cabeza, i el cabello caido sueltamente. Tenian bellísimas proporciones, delicado i suave cutis, i su color era moreno claro i agradable. Segun Pedro Mártir, al verlas los españoles salir de sus verdes bosques, casi imaginaron que se les aparecian las fabulosas dríadas, o las hadas i ninfas nacidas de las fuentes que cantaron los antiguos poetas. Cuando llegaron a don Bartolomé, se arrodillaron, i le presentaron con gracia sus verdes ramos. Despues venia la célebre cacique Anacaona, reclinada en una litera que seis indios conducian. Como las otras mujeres, solo cubria su desnudez con un delantal de algodón de varios colores; ceñia su cabeza una olorosa guirnalda de flores blancas i encarnadas, i llevaba collar i brazaletes de lo mismo. Recibió al Adelantado i sus com-

pañeros con la cortesía que le era natural, no manifestándoles rencor por la muerte de su esposo. Al contrario, pareció haberla inspirado los extranjeros desde el principio grande admiración i amistad.

Fueron conducidos el Adelantado i sus oficiales a la casa de Behechio, donde se les sirvió un banquete de ñutias, mucha variedad de pescado de mar i rio, con las raíces i gustosas frutas que formaban el principal alimento de los indios. Allí vencieron los españoles por primera vez su repugnancia al guanaco, plato favorito de los indios, i mirado por los blancos con la mayor aversion. El Adelantado, deseando acostumbrarse a los usos del pais, fué el primero que gustó este animal, habiéndole Anacaona invitado amablemente a ello. Sus compañeros imitaron el ejemplo, i le hallaron gusto-ísimo i delicado; i desde entónces gozó el guanaco de alta reputación entre los epicúreos españoles (1).

Concluido el banquete, se alojó don Barto-

(1) A aquellas serpientes o lagartos, parecidas al cocodrilo excepto en el tamaño, las llaman iguanas. Hasta entónces ninguno de nuestros hombres osó aventurarse a probarlas, por razon de su horrible deformidad i asquerosa vista. Pero el Adelantado, incitado por las chanzas de Anacaona, hermana del rei, determinó probar las serpientes. Mas cuando sintió la carne de ellas tan delicada para su lengua, se entregó a comerlas sin ningun miedo, visto lo cual por sus compañeros no se quedaron atrás en apetito: tanto que no tenían otra conversacion que el buen gusto de aquellas serpientes, que decian ser mas agradables que nuestros faisanes i perdices.—Pedro Mártir, doc. 1, libro 5, traduccion inglesa de Eden.

lomé con seis de sus principales caballeros en la casa de Behechio ; los demás quedaron distribuidos en las de los caciques inferiores, donde durmieron en hamacas de algodón, cama habitual de los indios.

Dos dias permanecieron con Behechio, divertidos con varios juegos i festividades indias, entre las cuales fué la mas singular i pomposa la representacion de una batalla. Dos pelotones de indios, armados con arcos i flechas, salieron repentinamente a la plaza pública, i empezaron una escaramuza, semejante a las corridas de cañas i alcaucías. Poco a poco se fueron acalorando, hasta pelear tan de veras, que quedaron en el campo cuatro muertos i muchos heridos, aumentando este encarnizamiento el interes i gusto de los espectadores. La contienda prosiguió hasta que el Adelantado i otros caballeros pidieron que cesase. Cuando esta entrevista hubo producido una confianza recíproca comunicó el Adelantado al Cacique i a Anacaona el objeto verdadero de su visita. Les dijo, que su hermano el Almirante habia venido a la isla por orden de los reyes de España, grandes i poderosos monarcas, que tenian muchos reinos bajo su imperio. Que estaba a la sazón en la corte para dar cuenta a los soberanos del número de caciques tributarios que quedaron en la isla, dejándolo a él de gobernador interino ; i que venia espresamente como tal.

a poner a Behechio bajo la proteccion de sus monarcas, regularizando al mismo tiempo el tributo que deberia pagarles, del modo que le fuese mas conveniente. Mucho embarazó semejante peticion a Behechio, sabiendo los padecimientos que habian caido sobre otros pueblos de la isla, a consecuencia de la codicia de los españoles. Replicó que habia sabido que el oro era el grande objeto que habia traído a los blancos a la isla, i que pagaban tributo de él algunos de sus compañeros caciques; pero que no se hallaba en parte alguna de sus territorios, siendo apénas conocido de sus súbditos. A esto replicó el Adelantado con mucha destreza, que nada estaba mas léjos de la intencion i deseos de' sus soberanos que exigir tributo de lo que no producian sus dominios; pero que podia pagarlo en algodon, cáñamo i pan de casaba, en que al parecer abundaba su territorio. A estas esplicaciones tomó animacion el rostro del cacique, quien accedió alegre a lo que se le pedia, i dió al instante órdenes a todos los caciques que le estaban subordinados, mandándoles sembrar abundancia de algodon para el pago del primer tributo. Concluidas las estipulaciones, se despidió el Adelantado amistosísimamente de Behechio i de su hermana, i partió para Isabela.

Así con amistosas i diestras negociaciones, se sometió sin turbulencia una de las mas di-

latadas provincia de la isla. Si no hubiesen contrariado la sabia política del Adelantado los excesos de los hombres indignos, hubiera podido dar la Española una gran renta sin violencia ni opresion. En todas las situaciones se presentaron aquellas sencillas jentes mui tratables, resignando humildes i aun alegres sus derechos a los blancos, cuando los trataban estos con humanidad.

CAPITULO II.

ESTABLECIMIENTO DE UNA CADENA DE PUESTOS MILITARES.—INSURRECCION DE GUARIONEX, EL CA-
CIQUE DE LA VEGA.

(1496.)

HALLÓ don Bartolomé en Isabela, como de ordinario un teatro de miseria i abatimiento. Muchos habian muerto durante su ausencia, casi todos los demas estaban enfermos. Los pocos que gozaban aun de salud, se quejaban de la escasez de los alimentos; todos los otros de la falta de medicinas. Las provisiones que se les habian distribuido, de las que algunos meses ántes trajo Pedro Alonso Niño, ya estaban consumidas. Los colonos, ya por enfermedad, ya por desidia, habian abandonado el cultivo de los campos vecinos; i los indios, de que principalmente dependian, cansados de vejaciones huyeron a las

montañas, prefiriendo vivir de raíces i yerbas en sus fragosas cumbres; a permanecer en la riqueza de la llanura, sujetos a los ultrajes e iniquidades de los blancos. La sed de oro produjo nada mas que miseria, volviendo indiferentes a los españoles a los mas fáciles, i tambien mas ciertos i saludables manantiales de riqueza. Todo trabajo que no tendiese a darles directamente oro les parecia estéril. En vez de cultivar el feraz suelo que los rodeaba, i sacar verdaderos tesoros de su superficie, no pensaba mas que en extraer el oro de sus entrañas, i por lo mismo perecian de hambre en medio de la fertilidad. Al parecer habian olvidado que el oro no se come.

Apénas concluyeron los comestibles traídos por Niño, se manifestó de nuevo el descontento entre los colonos. Se creian olvidados por Colon, i decian de él que embriagado con las delicias de la corte olvidaba sus padecimientos; i como carecian de bajeles en el puerto, los desesperaba la imposibilidad de enviar a España noticias de sus desastres i peticiones de socorro.

Deseando proscribir esta última causa de descontento, alimentar las esperanzas con algo, mandó el Adelantado construir dos carabelas para el servicio de la isla. I con objeto de librar a la colonia de tantos hombres inútiles i descontentos, en aquel tiempo de escasez, destinó al interior a los que estaban de-

masiado enfermos para trabajar o pelear, proporcionándoles de este modo el beneficio de mejor clima, i mas abundantes provisiones de los indios. Estableció al mismo tiempo una cadena de puestos militares entre Isabela i el nuevo puerto de Santo-Domingo, componiéndose cada uno de cinco casas fuertes, rodeadas de chozas. El primero estaba a nueve leguas de Isabela, i se llamaba La-Esperanza; seis leguas mas allá estaba Santa-Catalina; a cuatro i media de éste, Santiago; i a cinco leguas de Santiago, el fuerte de la Concepcion, erijido con arte, por estar al pié de las montañas doradas de Cibao, en la vasta i populosa Vega, i a media legua de la residencia de su cacique Guarionex. Libre ya Isabela de aquella jente inútil, quedando solo en ellos los que estaban demasiado enfermos para salir, i los que se necesitaban para su servicio i defensa, i la construccion de los buques, volvió el Adelantado a Santo-Domingo con un cuerpo de la jente mas útil i mejor constituida.

Establecidos los puestos militares, intimidaron por algun tiempo a los indios; pero empezaron a manifestarse hostilidades, nacidas de una nueva causa. Entre los misioneros que habian acompañado al padre Boil al Nuevo-Mundo, habia dos de celo mucho mas vehemente que el de su superior. Cuando volvió aquel religioso a España, permanecie-

ron ellos en la isla, consagrados ardientemente a su ministerio. El uno se llamaba Ramon Pane, pobre ermitaño, como él mismo se titula, del órden de San Jerónimo; el otra era Juan Borgoñon, franciscano. Residieron algun tiempo entre los indios de la Vega, celosamente empeñados en convertirlos. Ya habian sus pláticas i ejemplo alcanzado la conversion de una familia de diez i seis personas, cuya cabeza recibió en el bautismo el nombre de Juan Mateo. Pero la conversion del cacique Guarionex era el principal objeto de sus piadosos afanes. Lo dilatado i rico de sus dominios hacian importantísima su conversion para los intereses de la colonia, i los buenos relijiosos la consideraban ademas como un medio para atraer a sus muchos súbditos al dominio de la Iglesia. Por algun tiempo se prestó gustoso el cacique a sus exhortaciones, aprendió el Padre nuestro, el Credo i el Ave-Maria, i obligó a su familia a que los repitiesen todos los dias. Los otros caciques de la Vega i de las provincias de Cibao, reproban su conducta i se burlaban de él, por conformarse a las leyes i costumbres de los extranjeros que habian usurpado sus posesiones i oprimido su patria. Se quejaban los frailes de que a consecuencia de esto habia el catecúmeno caido en la infidelidad; pero parece que fué efecto su apostasía de una causa mas grave. Uno de los principales es-

pañoles sedujo o trató descortesmente a su mujer favorita ; i el indignado cacique renunció una fé i relijion, que a su parecer no reprobaba semejantes actos. Perdida ya toda esperanza de alcanzar la conversion de Guarionex, pasaron los misioneros a los dominios de los caciques, llevando en su compañía a Juan Mateo, el convertido indio. Antes de su marcha edificaron una capillita, poniendo en ella altar, crucifijo e imájenes, para que rezase sus oraciones la familia de Juan Mateo.

Apénas se alejaron los frailes, entraron varios indios en la capilla, hicieron pedazos las imájenes, las pisotearon i las enterraron en un campo inmediato. Esto se ejecutó, segun decian, por órden de Guarionex, en desprecio de la santa relijion de que era apóstata. Llegó queja de tan monstruoso crimen al Adelantado, quien mandó acto continuo procesar a los culpables i castigarles con arreglo a las leyes. La lejislacion eclesiástica era rigurosísima en aquella época, particularmente entre los españoles. Todas las herejías, todas las recataciones de la fé, todos los actos de sacrilejos cometidos por moro o judío, se castigaban en España con el fuego, i esta desastrosa suerte esperaba a los pobres e ignorantes indios convictos de sacrilejo. Es dudoso que Guarionex tuviese parte en el crimen, i probable que se describiese con mucha exageracion. Una prueba del crédito que mere-

cian las declaraciones, puede sacarse de cierto acaso recordado por Ramon Pane, el *pobre eremita*. El campo en que se enterraron las efijies estaba sembrado de raices parecidas al rábano o al nabo, las cuales en las cercanías de las imágenes crecieron milagrosamente tomando la forma de cruces.

El cruel suplicio que sufrieron aquellos desventurados, en vez de amedrentar a sus compatriotas los llenó de horror i de indignacion. No estaban acostumbrados a justicia tan vengativa, i como carecian de ideas claras de relijion, no comprendian la naturaleza ni las consecuencias del delito que habian cometido. Hasta el mismo Guarionex, por naturaleza moderado i pacífico, se irritó al ver aquella usurpacion de poder dentro de su territorio i la inhumana muerte dada a sus súbditos. Los otros caciques percibieron su indignacion, i trataron de persuadirlo a juntarse con ellos en una insurreccion repentina, para sacudir el yugo de sus opresores con un arranque inesperado i simultáneo. Guarionex vaciló algun tiempo; conocia la ventaja militar de los españoles; le aterraban sus caballos, i recordaba el desastroso fin de Caonabo. Pero la desesperacion i la creencia de que el dominio de aquellos extranjeros era la ruina segura de su raza, le infundieron aliento. Los escritores primitivos hablan de una tradicion admitida entre los habitantes de la isla, res-

pecto a Guarionex. Pertenecía a una antigua línea de caciques. Su padre, en tiempos muy anteriores al descubrimiento, habiendo ayudado por espacio de cinco días, según sus prácticas supersticiosas, pidió al zemí, o dios penate, revelaciones de las cosas futuras. Recibió por respuesta que dentro de algunos años invadiría la isla una nación de hombres vestidos, que destruiría todas sus costumbres i ceremonias, dando a sus hijos la muerte, o reduciéndolos a ominosa servidumbre. Se ignora si esta tradición, que la inventaron probablemente los bucios, o sacerdotes indios, cuando empezaron los españoles a manifestarse tan inexorables, dispuso el ánimo de Guarionex a la hostilidad contra los extranjeros. Algunos han asegurado que le obligaron a tomar las armas las exigencias de sus súbditos, que esperaban un buen éxito de su empresa, amenazándole con escojer otro caudillo si él rehusaba mandarlos; otros alegan el ultraje cometido contra su mujer favorita, como causa principal de su arretrato. Probablemente la combinación de todas estas causas indujo al desgraciado cacique a escuchar los consejos de los caudillos vecinos, i a entrar en la liga. Celebraron todos una conferencia secreta, en que se acordó que el día del pago del tributo, cuando podría juntarse un crecido número de indios sin excitar sospechas, se

lanzarian repentinamente sobre los españoles i los harian pedazos.

Los oficiales del fuerte de la Concepcion tuvieron noticia de este proyecto. No siendo mas que un puñado de hombres, rodeados de tribus hostiles, temieron por su seguridad, por lo que despacharon inmediatamente un mensajero indio al Adelantado, que se hallaba en Santo-Domingo, pidiéndole socorro. Era importantísimo poner esta carta en sus manos, pues la seguridad de la colonia dependia de ella. Podrian interceptar al mensajero indio i quitarle el pliego ; pues los naturales habian descubierto que aquellos papeles tenian el maravilloso poder de comunicar noticias, e imaginaban que estaban dotados de la facultad de hablar. Se metió la carta en una caña que llevaba como baston el mensajero. Le interceptaron en efecto ; pero afectó ser mudo i cojo, indicando por señas que iba de vuelta a su casa, i apoyándose en la caña se fué cojeando i andando con estrema dificultad. Se le dejó ir, i él continuó adelantando mui despacio, hasta que perdiendo de vista a los indios tomó su habitual soltura i entregó la carta en Santo-Domingo.

El Adelantado, con su actividad característica, salió inmediatamente con un cuerpo de tropas para la fortaleza ; i aunque sus soldados se hallaban mui debilitados por la escasez de

alimentos, duro servicio i precipitadas marchas, se apresuraron en llegar a su destino. Jamas llegó ayuda mas a tiempo. Ya estaban millares de indios en la llanura, armados a su manera, i esperando la señal para dar el golpe. Despues de consultar con el comandante de la fortaleza i los oficiales principales, dispuso el Adelantado el órden de ataque. Averiguando los sitios en que los principales caciques habian distribuido sus fuerzas, señaló un oficial i algunos hombres para cada uno con órden de precipitarse a una hora señalada de la noche a las poblaciones donde dormian, sorprenderlos, atar a los caciques i traerlos prisioneros ántes que sus súbditos pudiesen juntarse para la defensa. Como Guarionex era la persona de mas importancia, i su captura seria probablemente la mas difícil i peligrosa, se encargó de ella el Adelantado mismo a la cabeza de cien hombres.

Esta sagaz estratagemá, fundada en el conocimiento del amor que profesan los indios a sus caudillos, i tan propia para evitar la efusion de sangre, tuvo el deseado éxito. Como carecian las ciudades de parapetos i murallas, los españoles penetraron tranquilamente en ellas a media noche ; i dirigiéndose con rapidez a la casas de los caciques, se apoderaron de catorce de ellos, los ataron i los condujeron al fuerte, ántes de que se hiciese el menor movimiento para su defensa o rescate. Los

indios, heridos de terror i confusion, no hicieron resistencia ni mostraron hostilidad alguna; rodearon sí la fortaleza formando grandes grupos desarmados, i llenaron el aire de lamentos i alaridos, con que pedian la libertad de sus caudillos. El Adelantado completó su empresa con el ánimo, sagacidad i moderacion con que la habia conducido. Obtuvo informes de las causas que habian orijinado aquella conspiracion, i de las personas más culpables. Dos de los caciques, principales motores de la insurreccion, los que mas habian abusado del carácter accesible de Guarionex, sufrieron la muerte. En cuanto a este infeliz caudillo, el Adelantado, averiguando las injurias que habia sufrido, i el poco empeño que habia manifestado en la venganza, le perdonó magnánimamente, i hasta, segun Las-Casas, procedió con rigurosa justicia, contra el español cuyos ultrajes habian herido tan profundamente su corazon. Tambien alcanzó la jenerosidad del Adelantado a los otros jefes de la conspiracion. Temia con medidas severas irritar a sus súbditos, o entristecerles hasta el extremo de abandonar la Vega, por lo que les prometió grandes favores i premios si continuaban firmes en su lealtad; i les amenazó con terribles castigos si otra vez intentaban rebelarse. Aquella clemencia inesperada del Adelantado subyugó el corazon de Guarionex. En una arenga que

dirigió a su pueblo señala el irresistible poder i valor de los españoles, su mucha circunspeccion para con los criminales i su jenerosidad para con los fieles, exhortándolos vehementemente a cultivar su amistad en lo sucesivo. Los indios le escucharon con atencion, ellos mismos confirmaban en su mente las alabanzas de los blancos, por el ejemplo extraordinario de moderacion que acababan de ver en el Adelantado. Cuando concluyó el cacique su arenga, le llevaron en hombros con el mayor entusiasmo, llenando el aire de cantares i gozosas exclamaciones. La tranquilidad de la Vega quedó restablecida por algun tiempo.

CAPITULO III.

VIAJE DEL ADELANTADO A JARAGUA PARA RECIBIR EL TRIBUTO.

(1497.)

Con toda su enerjía i discrecion, halló el Adelantado difícil dirigir los ánimos turbulentos i díscolos de los colonos españoles. Su descontento crecía diariamente. No podían tolerar el rigor de un extranjero que les sujetaba con mano de hierro apenas osaban desmandarse. El poder de don Bartolomé no tenía a sus ojos la misma legitimidad que el de su hermano. La reputacion del Almirante inspiraba respeto, i a pesar de eso, de ser el descubridor de aquellos paises, i el legado lejítimo de los soberanos, le costaba no poco trabajo hacerse obedecer. ¿Cómo conseguirlo, pues, el Adelantado a quien miraba la mayoría como a un mero intruso, apoyado en los

méritos i servicios de su hermano, i sin autoridad alguna de la corona? Hablaban los colonos con indignacion de la larga ausencia del Almirante, i del olvido en que tenia sus necesidades; ignorando sin duda la ansiedad que por ellos sufria, miéntras estaba detenido en España. La bien concebida órden del Adelantado para la construccion de las carabelas, los entretuvo algun tiempo. Miraban con interes vehemente su progreso, como medio de obtener alivio o de abandonar la isla. Don Bartolomé comprendió perfectamente que hombres descontentos i díscolos no deben estar ociosos. Procuraba por lo mismo tenerlos en continuo movimiento; lo que al mismo tiempo se avenia con la constante actividad de su espíritu infatigable. Llegaron a la sazón mej: sajeros de Behechio, caciq e de Jaragua, diciéndole que tenia grandes cantidades de algodón, i otros artículos en que se habia de pagar su tributo, dispuestos a entregarlos. El Adelantado reunió inmediatamente una numerosa comitiva, que salió alegre a visitar por segunda vez aquella rejion opulenta i feliz. De nuevo fueron acogidos con cantares, bailes i demostraciones de amistad i respeto por Behechio i su hermana Anacaona. Esta parecía gozar de mucha popularidad entre los naturales, i tener en Jaragua casi tanto poder como su hermano. Su afabilidad natural i la

dignidad de sus modales cautivaron más i mas la admiracion de los españoles.

El Adelantado encontró treinta i dos caciques inferiores en la casa de Beñechio, esperando su llegada con los respectivos tributos. El algodón era tanto, que llenaba una de las casas. Despues de entregarlo, ofrecieron gratuitamente al Adelantado darle todo el pan de casaba que pidiese. El ofrecimiento era mui aceptable en el estado de necesidad de la colonia ; i don Bartolomé envió a Isabella por uno de los buques, que estaba casi concluido, mandando que pasase cuanto ántes a Jaragua, para cargar de pan i de algodón. Miéntras tanto aquellos amables i jenerosos isleños prodigaron toda especie de bondades a los españoles ; les trajeron de todas partes grandes cantidades de provisiones, i los mantuvieron como huéspedes en perpétua festividad i banquetes. Los escritores españoles de aquel tiempo, cuyas fantasías estaban inflamadas por las descripciones de los viajeros, i que no sabían formarse idea de la sencillez de la vida salvaje, especialmente en aquellas partes, que se suponía lindaban con el Asia, hablan con frecuencia, en términos de magnificencia oriental, de las diversiones de los naturales, de los palacios de los caciques, i de los caballeros i damas de la corte, como si se describiese el alcázar de un príncipe asiático. Los cuadros que ofrecia Jaragua son bien

distintos ; representan la vida salvaje con su indolente descanso i tranquilos goces. Las turbulencias que afligian otros puntos de la infeliz Haytí no habían alcanzado aun a los habitantes de aquella agradable rejion. Viviendo entre bellas i fructíferas arboledas, a la orilla del mar, siempre apacible i libre de tormentas, con pocas necesidades, i estas muy pronto satisfechas, estaban libres de la suerte comun del trabajo, i su existencia se deslizaba entre placeres con una calma nunca interrumpida. Cuando vieron los españoles la fertilidad i clemencia de aquel pais, la gallardía de sus hombres, i la hermosura de sus mujeres, le tomaron por el verdadero paraíso.

Al fin llegó la carabela que debia cargarse con los artículos del tributo. Ancló a unas seis millas de la residencia de Behechio, i Anacaona propuso a su hermano ir a ver lo que ella llamaba la gran canoa de los blancos. En su viaje a la costa, el Adelantado se alojó una noche en un lugar pequeño, en una casa en que tenia Anacaona atesorados los artículos que creia mas raros i preciosos. Varias manufacturas de algodón ingeniosamente labradas, sillas, mesas i diversos muebles de ébano i otras maderas, revelaban mucha habilidad en unas jentes que no tenían herramientas con que hacerlas. Tales eran los sencillos tesoros de la princesa india, de que hizo generosamente muchos regalos a sus huéspedes.

Es inesplicable la admiracion de aquella mujer inteligente, cuando vió por primera vez el buque. Su hermano, que la trataba con fraternal cariño i una respetuosa atencion digna de la vida civilizada, habia preparado dos canoas brillantemente pintadas i adornadas, una para conducirla a ella con su comitiva, i otra para él i sus capitanes. Anacaona prefirió entrar con su acompañamiento en el bote del Adelantado. Al aproximarse a la carabela disparó esta un cañonazo de saludo. El estampido i los torbellinos de humo que arrojaba el buque i se esparcian por la mar, hicieron caer a Anacaona desmayada en brazos del Adelantado, i los que la acompañaban casi se arrojaron al mar de miedo. Don Bartolomé sacó pronto a todos de su estupor. Ya mas cerca del buque, resonó súbitamente la música de muchos instrumentos marciales, cuya armonía causó grandísimo placer a los indios. Su admiracion creció al pasar a bordo de la carabela, acostumbrados como estaban a sus sencillas i ligeras canoas. Pero cuando se levaron anclas, se estendieron las velas i ayudados por una suave brisa vieron aquella vasta máquina moverse, al parecer por su propio albedrío, virando de un lado a otro, i jugando, por decirlo así, como un desmesurado monstruo en el Océano; Behechio i su hermana se miraron mutuamente con sorpresa. Nada ha causado tanta admiracion en el ánimo has-

ta del mas estóico salvaje, como ver el bello triunfo del injénio humano en un buque de vela.

Cargada i despachada su carabela, hizo el Adelantado muchos regalos a Behechio, su hermana i servidumbre, i se despidió de ellos para volver con su jente a Isabela por tierra. Anacaona mostró grande afliccion por su partida, pidiéndole encarecidamente que permaneciese con ellos algun tiempo mas, i manifestándose temerosa de no haber sabido complacerlo con sus esfuerzos. Tambien ofreció seguirlo a la colonia, i se manifestó consolada hasta que le prometió el Adelantado volver a Jaragua.

No puede dejar de admirarse el talento de don Bartolomé en su pasajero gobierno de la isla. Vijilante i activo, hizo repetidas marchas de una provincia a otra remota, i siempre se halló en el punto del peligro en el momento crítico. Por medio de una hábil estrategia logró con un puñado de hombres apagar una insurreccion formidable sin efusion de sangre. Concilió con su moderacion los mas encarnizados enemigos, i proscribió los crueles instintos de sus jentes con ejemplares castigos. Formó alianzas con los mas poderosos caciques, sometió sus dominios al tributo, i abrió nuevos almacenes de víveres para la colonia, aliviando sus necesidades mas perentorias. Si en tan sábias medidas se hubiesen apoyado

los que estaban a sus órdenes, se hubiera convertido aquel pais en teatro de prosperidad, i producido grandes rentas a la corona sin perjuicio de los naturales; pero sus deseos, como los de su hermano el Almirante, eran constantemente malogrados, por las viles pasiones i la perversa conducta de los demas. Miéntras estuvo ausente de Isabela se habian fomentado nuevos males, que debian mui pronto llenar de confusion toda la isla.

CAPITULO IV.

CONSPIRACION DE ROLDAN.

(1497.)

EL primer motor de los males que aflijieron entónces a la colonia, era Francisco Roldan, el cual debia las mayores atenciones al Almirante, quien le sacó de la oscuridad, si bien le empleó al principio en ocupaciones domésticas; pero como mostrase mucho talento natural i mucha aplicacion, le hizo alcalde ordinario. El tino con que desempeñó este cargo i la persuasion en que estaba de su fidelidad i gratitud, indujeron a Colon, a su regreso a España, a hacerle alcalde mayor de la isla. Verdad es que carecia de educacion; pero como hasta entónces no ofrecian grandes dificultades las leyes de la colonia, el desempeño de aquellas funciones apénas exijia mas

que un talento despejado i un deseo sincero . de ejercerlas honradamente.

Roldan era uno de aquellos espíritus bajos que se asfixian al respirar una atmósfera elevada. Habia visto a su bienhechor volver de España aparentemente cubierto de una nube de desgracia; habia pasado mucho tiempo sin que se supiese de él; i considerándole destituido ya de todo favor ideó los medios de aprovecharse de su caída. Tenia un empleo solo inferior al del Adelantado; i como este no gozaba de popularidad, consideró fácil indisponer a ámbos con los colonos i con el gobierno de España, i por medio de su destreza apoderarse del mando de la colonia. El austero carácter del Adelantado le contuvo por algun tiempo; pero durante su ausencia podia Roldan seguir libremente sus maquinaciones. Don Diego, jefe entónces de Isabela, era hombre virtuoso, pero de poco vigor. Roldan se sentía superior a él en talentos i en ánimo; i su amor propio se reaccionaba ante la idea de que le era inferior en autoridad. Pronto formó un partido de toda la jente audaz i disoluta de la colonia, i relajó secretamente los vínculos del óden: alentando el descontento de la jente baja, i dirigiéndole contra el carácter i conducta de Colon i de sus hermanos. Como habia sido superintendente de varias obras públicas, le fué fácil establecer un trato íntimo i familiar con opera-

rios, marineros i otros individuos de las clases inferiores. Su humilde estraccion le sujeria los medios de adaptarse fácilmente a su intelijencia i modales, al paso que su empleo le daba consideracion entre ellos. Oyéndoles quejarse de continuo de su mala vida, duro trabajo i larga ausencia del Almirante, afectó lastimarse de sus padecimientos. Les imbuyó indirectamente la idea de que nunca volveria el Almirante, hallándose en desgracia i ruina, a consecuencia de las representaciones de Aguado. Simpatizaba con ellos al hablar del áspero trato que recibian del Adelantado i de su hermano don Diego, que como extranjeros no podian interesarse en su bien, ni en el buen nombre español, tratando a todos como a viles esclavos, a quienes hacian levantar casas i fortalezas para ellos, o para dilatar sus estados i asegurar su poder mientras se paseaban por la isla, enriqueciéndose con los despojos de los caciques. Así exasperó los sentimientos de la chusma hasta tal extremo, que llegaron a fraguarse conspiraciones para asesinar al Adelantado, como único medio de librarse de un odioso tirano, i hasta se concertaron la hora i el sitio para la perpetracion de aquel acto. El Adelantado habia condenado a muerte a un español llamado Barahona, amigo de Roldan i de varios conspiradores. No se sabe positivamente cuál era su crimen, pero de un pasaje de Las-Casas se deduce con

bastante fundamento, que era el mismo español que habia violado a la mujer favorita de Guarionex, el cacique de la Vega. El Adelantado debia presenciar la ejecucion. Se decidió, pues, que cuando el pueblo estuviere agrupado, se levantase un tumulto como casual, i que en la confusion de aquel momento se asesinasen a don Bartolomé a puñaladas. Afortunadamente para el Adelantado perdonó al criminal, no se reunió el público, i abortó de consiguiente el plan de los conspiradores.

Miéntas don Bartolomé estaba ausente, reuniendo el tributo en Jaragua, creyó Roldan llegado el oportuno momento de conducir los asuntos a una crisis. Sondeó los sentimientos de los colonos, i se aseguró de que habia un formidable partido dispuesto a la sedicion. Su plan era crear una insurreccion, contenerla por medio de su autoridad de alcalde mayor, señalar como causa la conducta de don Diego i de su hermano i miéntas usurpaba las riendas del gobierno, dar a entender que solo le guiaba el amor de la paz i de la prosperidad de la isla, i el deseo de salvar los comprometidos intereses de los soberanos.

No tardó en hallarse un pretesto para la insurreccion proyectada. Cuando volvió la carabela de Jaragua cargada de tributos indios, i se sacaron estos a tierra, don Diego hizo que tambien se sacase el buque, para protegerlo de cualquier accidente o siniestro designio

de los colonos desafectos. Roldan señaló esta circunstancia a sus partidarios, i criticó reservadamente que se sacase el bajel a la playa en vez de dejarlo flotar, para beneficio de la colonia, o enviarlo a España para participar sus padecimientos, dando a entender que la verdadera causa de aquella providencia era el miedo que tenían el Adelantado i su hermano de que llegasen a España informes de su mala conducta; quienes intentaban permanecer señores absolutos de la isla, i tener en ella a los españoles como meros esclavos. Semejantes sugestiones irritaron mas i mas los ánimos de los descontentos que habiau esperado ansiosos la conclusion de las carabelas, como único medio de alcanzar alivio; empezaron, pues, a censurar abiertamente aquellas medidas, i a pedir que se echase el buque al agua i fuese por víveres a España. Don Diego quiso convencerles de cuán descabellada era su demanda, no teniendo el bajel cuerdas ni equipo para tal viaje; pero cuanto mas se esforzaba en pacificarlos con buenas razones, tanto mas turbulentos se manifestaban ellos. Roldan tambien se volvió mas osado i esplicito en sus instigaciones. Les aconsejó que se apoderasen de la carabela i la echasen al agua, como único medio de recobrar su independencia, i librarse del despotismo de aquellos arrogantes extranjeros enemigos de corazon de los españoles. Les

hizo entrever una vida descansada i placentera, repartiéndose entre sí lo que por cambio pudiesen ganar en la isla, empleando a los indios como esclavos para que trabajasen por ellos, i gozando sin freno de toda especie de libertad con respecto a las mujeres indias.

Don Diego en vista de la fermentación de la jente i de las varias intrigas de Roldan, temiendo llegar a un rompimiento en el estado en que se hallaba la colonia, envió repentinamente al mismo Roldan con cuarenta hombres a la Vega, bajo pretexto de atemorizar a ciertos indios que habian rehusado pagar el tributo, i tendian a rebelarse. Roldan se aprovecha de esta oportunidad para reforzar su partido. Se captó la amistad i ayuda de los caciques, justificando secretamente su resistencia al pago del tributo i prometiéndole alivio. Se aseguró el afecto de sus propios soldados con actos de desmedida indulgencia, desarmando i separando del cuerpo a los que rehusaban una participacion plena en sus proyectos, i volvió con los demas a Isabel, donde contaba con un poderoso partido entre la jente comun.

El Adelantado habia ya regresado a la sazón de Jaragua; pero Roldan, viéndose a la cabeza de una fuerte facción, i prevaleiéndose de la mucha autoridad de su empleo, pidió resueltamente que se echase al agua la carabela, que se le otorgase permiso para hacerlo

él mismo con su jente. Irritó al Adelantado esta arrogancia i negó su consentimiento, diciendo, que ni él ni sus compañeros eran marineros, ni la carabela estaba debidamente equipada para zarpar, i que él no quería poner el buque i la jente en peligro tan grande.

Conoció Roldán que se habian traslucido sus proyectos, i como era el Adelantado un adversario demasiado formidable para levantar contra él una sedicion abierta en Isabela, determinó llevar sus planes a efecto en algun punto mas favorable de la isla, siempre confiado en que su rebelion contra la autoridad de don Bartolomé, hallaria disculpa sabiendo presentarla como una oposicion a su despotismo. Tenia setenta hombres resueltos i bien armados a sus órdenes, i no dudaba que al levantar su estandarte, se le unirian todos los descontentos de la isla. Salió repentinamente hácia la Vega, pensando sorprender el fuerte de la Concepcion, i apoderado de él i del rico país adyacente, desafiar sin temor todo el poder del Adelantado.

Se detuvo por el camino en varios lugares indios en que estaban distribuidos los españoles, a quienes procuró atraer a su partido con las mas lisonjeras promesas. Tambien intentó romper el vasallaje de los indios, ofreciéndoles exonerarlos del tributo. Los caciques con que se habia entendido ántes le recibieron entusiasmados, especialmente uno que

habia tomado el nombre de Diego Marques, de cuya poblacion hizo Roldan su cuartel jeneral, por estar cerca de la Concepcion. Se engañó en sus esperanzas de sorprender esta fortaleza. Su gobernador Miguel Ballester era un veterano intrépido i cauteloso. Entró en su castillo al acercarse Roldan, i le cerró las puertas. La guarnicion era corta ; pero el fuerte, situado junto a una colina i cercado de un rio, podia resistir cualquier asalto. Roldan esperaba hacer entrar gradualmente a Ballester en sus proyectos, o conseguir cuando ménos la desercion de sus subordinados, halagados por la vida licenciosa que él permitia a los soldados. En las cercanías estaba la ciudad habitada por Guarionex, donde se hallaban treinta soldados a las órdenes del capitán García de Barrantes. Roldan llegó a ellos con su fuerza armada, confiando atraerse a Barrantes i su partida ; mas el capitán se encerró en la casa fuerte i no permitió a su tropa comunicacion alguna con Roldan. Este le amenazó con incendiar la casa ; pero se contentó con apoderarse de los víveres i volvió hácia la Concepcion, que apénas distaba media legua.

CAPITULO V.

MARCHA EL ADELANTADO A LA VEGA A SOCORRER EL
FUERTE DE LA CONCEPCION.—SU ENTREVISTA CON
ROLDAN.

(1497.)

AUNQUE el Adelantado tenia noticia de la traidora conducta de Roldan, dudó por algun tiempo si saldria a perseguirlo. Desconfiaba de la lealtad de los que le seguian, e ignoraba hasta dónde se estendia la conspiracion, i de quién podia fiarse. Diego de Escobar, alcaide del fuerte de la Magdalena. Adrian de Mojica i Pedro de Valdivieso, todos hombres principales, eran de la liga de Roldan. Temia que el gobernador de la Concepcion estuviese tambien de su parte, i toda la isla en contra del gobierno. Las comunicaciones de Miguel Ballester le infundieron aliento. Aquel veterano leal le dirijió algunos partes pidién-

lolle pronto socorro i esponiéndole la debilidad de la guarnicion i las muchas fuerzas de los rebeldes.

Don Bartolomé auxilió con su acostumbrada prontitud, entrando él mismo con un destacamento en la Concepcion. Ignorando las fuerzas de los rebeldes, i no confiando mucho en la lealtad de sus jentes, adoptó medidas suaves. Estando Roldan acampado en un lugar que distaba media legua, le envió un mensaje en que reprendia su conducta i le esponia los males que debia acarrear, i la ruina que le esperaba inevitablemente. Le mandó pasar a la fortaleza, prometiéndole bajo su palabra, seguridad personal. Roldan se presentó delante del fuerte de la Concepcion, i el Adelantado, que conferenció con él desde una ventana, le preguntó por qué motivo se rebelaba contra la autoridad real. Roldan replicó cínicamente, que él estaba al servicio de sus soberanos, defendiendo a los españoles de la opresion de hombres que labraban su ruina. El Adelantado le mandó entregar su baston de alcalde mayor, i someterse pacíficamente al poder de las leyes. Roldan rehusó hacer dimision de su empleo, i someterse a don Bartolomé, a quien acusaba de querer quitarle la vida. Tambien rehusó someterse a ningun proceso, sin órden espresa del rei. Pero deseando hacer ver que no se oponia al pacífico ejercicio de su autoridad, ofreció ir a

residir con su jente donde mandase el Adelantado. Este designó desde luego el lugar del cacique Diego Colon, el mismo natural de las Lucayas que habia sido bautizado en España i se casó despues con una hija de Guarionex. Roldan rehusó de nuevo obedecer diciendo que allí no habia las suficientes provisiones para su jente, i partió resuelto, como dijo, a buscar mejor residencia en otra parte.

Entónces propuso a sus compañeros tomar posesion de la remota provincia de Jaragua i establecerse en ella. Los españoles que la habian visto, pintaban con los mas halagüeños colores aquellas rejiones, la feracidad del suelo, la dulzura del clima, la hospitalidad del pueblo, sus fiestas, bailes i diversiones; i sobre todo, la belleza de las mujeres. Las gracias de las ninfas desnudas que bailaron en Jaragua habian cautivado su voluntad. En esta deliciosa rejion, sin sujecion a leyes i sin necesidad de trabajar, podian gozar una vida de libertad perfecta, con un mundo de hermosura a su disposicion. En una palabra, pintó Roldan en su vastísimo lienzo los goces desenfrenados i sensuales que él sabia que eran la felicidad suprema de jente ociosa i disoluta. Sus compañeros accedieron gustosos a aquella proposicion; pero se necesitaba algunos preparativos para llevarla a cabo. Roldan, aprovechándose de la ausencia del Adelantado, hizo una rápida marcha a Isabela, i

entrando casi por sorpresa, se esforzó en echar al mar el buque para navegar en él hasta Jaragua. Oyendo don Diego Colon el tumulto, salió a contenerlos con algunas personas distinguidas; pero tal era la fuerza de los amotinados, i tan amenazadora su actitud, que se vió en la necesidad de retirarse a la fortaleza con muchos de los que permanecian fieles. Roldan tuvo con él varias conferencias, i le ofreció ponerse a sus órdenes, siempre que él se opusiese a los de su hermano. Esta proposicion fué justamente despreciada. La fortaleza era difícil de tomar por asalto; le fué imposible echar al agua la carabela, i temió que a la vuelta del Adelantado se hallaria acorralado entre dos fuerzas, por lo que se apresuró en buscar provisiones para la propuesta expedicion a Jaragua. Pretendiendo aun obrar por autoridad oficial i lejítima e impulsado por noble causa, forzó los almacenes reales a los gritos de *¡Viva el rei!* i proveyó a su jente de armas, municiones, vestidos i cuanto desearon de lo que habia acopiado: fué de allí al cercado donde se criaban las reses i animales europeos, tomó de ellas las que juzgó necesarias para su imaginado establecimiento, i permitió a su jente que matase de las restantes las suficientes para consumirlas entónces. Despues de esta devastacion, salió en triunfo de Isabela. Pero acordándose del carácter del Adelantado, com-

prendió que seria poco segura su suerte con tan activo adversario a la espalda, el cual, fuera ya de su estado de perplejidad, no dejaría de perseguirlo en su paraiso de Jaragua. Determinó por lo mismo marchar de nuevo a la Vega, i, o bien apoderarse del Adelantado, o bien asestarle un golpe tan fulminante que le invalidara para molestarle en lo sucesivo. Regresando a las inmediaciones del fuerte de la Concepcion, se esforzó por todos los medios, i valiéndose de sutiles emisarios en persuadir a la guarnicion a que se sublevase i desertase.

El Adelantado estaba bien informado de las maquinaciones del enemigo, i no se hacia ilusiones acerca de su peligro personal. No osaba salir al campo con sus jentes, porque recelaba de su fidelidad. Sabia que prestaban oídos a los emisarios de Roldan i comparaban los cortos alimentos i dura disciplina de la guarnicion con la abundancia i libertad de los rebeldes. Deseando paralizar estas seducciones, empezó a tratar con mas induljencia a su jente, i a ofrecer grandes premios. Así pudo conservar alguna lealtad entre sus soldados, contribuyendo a ello el que tenia su servicio una ventaja sobre el de Roldan cual era la de estar de parte del gobierno i de las leyes.

Viendo que sus designios para corromper la guarnicion eran infructuosos, i temiendo una repentina salida del Adelantado, marchó

Roldan a cierta distancia, i buscó medios insidiosos para aumentar su poder i debilitar el del gobierno. Pretendia tener tanto derecho como el Adelantado al manejo de los negocios de la isla, i decia haberse separado de él por ser vengativo i demasiado petulante en el ejercicio de su autoridad. Le representaba tirano de los españoles i opresor de los indios. En cuanto a él mismo, tomó el carácter de deshacedor de agravios i campeón de los menesterosos e injuriados. Finjia exaltarse con acceso de patriotismo delante de las afrentas que hacia devorar a los españoles una familia de arrogantes extranjeros, i decia que iba a librar a los indios de los tributos que para enriquecerse ellos mismos les arrancaban aquellos jefes avaros contra la benéfica intencion de los monarcas españoles. Se relacionó estrechamente con el cacique caribe Manicaotex, hermano del difunto Caonabo, cuyo hijo i sobrino estaban en su poder como rehenes por el pago del tributo. Se captó a este belicoso caudillo con regalos i caricias, dándole el título de hermano. Los infelices indios, engañados por sus palabras, i mui alegres al verse con un protector armado que los defendia, se sometieron desde luego, trayendo a Roldan provisiones en abundancia i todo el oro que pudieron recojer, i dándole voluntariamente tributos mucho mayores que aquellos de que querian librarse.

Los negocios de la isla estaban en la situación mas lamentable. Los indios en vista de las disensiones de sus opresores, i animados por la proteccion de Roldan, empezaron a negar obediencia al gobierno. Los caciques lejanos dejaron de enviar su tributo; a los que estaban cerca el Adelantado les libró de él queriendo con su jenerosidad conservar su amistad en aquellos dias de peligro. La faccion de Roldan se desarrollaba diariamente, vagaban sus partidarios con insolencia por los contornos, sostenidos por los mal aconsejados indios, al paso que los españoles que permanecian leales, temiendo las conspiraciones de los naturales, se veian obligados a permanecer de continuo a la vista del castillo, o encerrarse en las casas fuertes de las poblaciones. Los comandantes tenian que consentir toda especie de faltas de subordinacion de sus propios soldados i de los indios, temerosos de que la severidad precipitase la esplosion. Los vestidos i municiones de toda especie, así como las provisiones de guerra i boca, se malograban sin consideracion alguna, i la falta de repuestos i de noticia de España, llenaba de abatimiento a los que se mantenian fieles. El Adelantado se hizo fuerte en la Concepcion, esperando que de un momento a otro le asediasen Roldan abiertamente, i azorado por noticias secretas que habia recibido de que se

habian tomado medios para acabar con él si salia de la fortaleza.

Tal era el estado a que se veia reducida la colonia a consecuencia de la larga detencion de Colon en España, i de los obstáculos que pusieron a todas sus medidas en favor de la isla, las dilaciones de los gabinetes i la perversidad i astucia de Fonseca i sus satélites. En momento tan crítico, cuando la faccion campeaba triunfante i la colonia se hallaba en el borde del precipicio, llegaron nuevas a la Vega, de que Pedro Hernandez Coronel habia llegado al puerto de Santo-Domingo con dos buques, municiones, víveres de todas especies i un buen refuerzo de tropas.

CAPITULO VI.

SEGUNDA INSURRECCION DE GUARIONEX, I SU HUIDA A LAS MONTAÑAS DE CIGUAY.

(1498.)

LLEGÓ Coronel el 3 de febrero de 1498, debiéndose a su llegada la salvacion de la colonia. Las tropas i víveres que traia alentaron a don Bartolomé. La confirmacion real de su título i autoridad de Adelantado dispó todas las cavilaciones acerca de la lejitimidad de su mando i afianzó la fidelidad de sus partidarios; al paso que las noticias de que el Almirante gozaba de alto favor en la corte, i llegaría pronto con una poderosa escuadra, llenó de consternacion a los que entraron en el motin persuadidos de que habia caido de la gracia real.

El Adelantado abandonó desde luego la fortaleza, i salió inmediatamente para Santo-

Domingo, aunque una fuerza superior de los rebeldes estaba en el lugar del cacique Guàrionex. A mui corta distancia Roldan le siguió lenta i tristemente con su partida, ansiando averiguar la verdad de aquellas noticias, reclutar partidarios, si era posible, entre los que habian llegado nuevamente, i aprovecharse de cuantas circunstancias pudiesen contribuir a la realizacion de sus proyectos. El Adelantado dejó guarnecidos los desfiladeros para impedir se acercasen a Santo-Domingo, i a algunas leguas de este establecimiento hizo alto Roldan.

Cuando el Adelantado se vió seguro en Santo-Domingo, con un aumento de fuerza, i perspectivas de cercanos i mayores refuerzos, su jenerosidad prevaleció sobre su indignacion, i trató de apagar las sediciones populares por templados medios, queriendo restablecer la tranquilidad en la isla ántes de la llegada de su hermano. Consideró que los colonos habian sufrido mucho por falta de víveres, que su severidad habia fomentado el descontento; i que muchos se habian rebelado dudando de la lejitimidad de su poder. Al paso, pues, que proclamó el acta real, que sancionaba su título i funciones, prometió una amnistía que comprendia todos los delitos pasados, pero con la espresa condicion de volver inmediatamente a la obediencia. Sabiendo que estaba Roldan con los suyos a cinco leguas

de Santo-Domingo, le envió a Pedro Hernandez Coronel, nombrado por el rei alguacil mayor de la isla, para que le exhortase a volver a sus deberes, ofreciéndole olvido de lo pasado. Confiaba en que las persuasiones de un hombre de honor i discrecion como Coronel, que habia sido testigo del favor que gozaba su hermano en España, convenceria a los rebeldes de que era desesperado su intento.

Roldan, empero, midiendo toda la estension de su crimen, i receloso de la clemencia de don Bartolomé temia ponerse en sus manos; por lo que resolvió impedir que comunicasen sus jentes con Coronel, para que este no las sedujese con la promesa del perdon. Así es que cuando dicho emisario se acercó al campo de los rebeldes, se le opuso en un estrecho paso un cuerpo de ballesteros con arcos tendidos. ¡Alto, traidor! le grito Roldan: si hubiéseis llegado ocho dias despues todos hubiéramos sido unos.

En vano se esforzó Coronel con buenas razones i súplicas vehementes en arrancar a aquel hombre perverso i turbulento de su criminal carrera. Roldan se confesó con audacia, enemigo únicamente de la tiranía i mal gobierno del Adelantado, pronto a someterse al Almirante a su llegada. El, i muchos de sus confederados principales, escribieron en este sentido a Santo-Domingo, suplicando a sus amigos que defendiesen su causa con el Al-

mirante cuando llegase, i que le manifestasen el deseo que tenian de reconocer su autoridad.

Cuando Coronel informó de la contumacia de Roldan al Adelantado, este le proclamó traidor i lo mismo a sus compañeros. Pero el jefe no permitió a sus jentes quedar sujetas a la seducción de las promesas, o al terror de las amenazas; inmediatamente salió con ellas hacia la prometida tierra de Jaragua, confiado en que sus voluptuosos encantos acabarían de disolver todo principio de honor i de virtud en aquellos mal aconsejados partidarios, por medio de una vida de indolencia i de libertinaje.

Los malos efectos de sus intrigas con los caciques eran notables. Apenas salió el Adelantado de la Concepcion, formaron los indios el proyecto de sorprenderla. Guarionex se puso a la cabeza del movimiento, aguijado por las instigaciones de Roldan, que le habia prometido ayuda i arrastrado por la falaz esperanza de librar sus señoríos del intolerable dominio de los extranjeros. Por medio de comunicaciones secretas con sus caciques tributarios, se concertó que se levantasen todos simultáneamente contra los soldados que estaban acuartelados en pequeñas partidas en sus lugares; i que les diesen muerte, mientras él, con una fuerza escogida, sorprendia i asaltaba la fortaleza de la Concepcion, valiéndose de la debilidad i desunion de sus defensores.

Como podian los indios equivocarse el momento señalado, se decidió ejecutar el proyecto la noche de la luna llena.

Uno de los principales caciques, mal observador de los cuerpos celestes, se insurreccionó antes de la noche prefijada, i los soldados le repelieron. Desde luego se pusieron alerta todos los españoles. El cacique huyó donde se hallaba Guarionex, pidiéndole auxilio; pero este jefe, lleno de desesperacion, mandó darle muerte en el acto.

Así que el Adelantado oyó hablar de este suceso, salió para la Vega con fuerzas numerosas. No esperó Guarionex su llegada. Comprendió que eran vanos todos los esfuerzos para deshacerse de aquellos extranjeros, que habian caído como una maldicion sobre la isla, i viendo que su amistad era tan destructora como su aversion, trató de evitar una i otra. Abandonando sus bellos territorios i la antes dichosa Vega, huyó con su familia i una corta partida de fieles súbditos a las cordilleras de Ciguay, que se estienden por el norte de la isla entre el mar i la Vega. Eran sus habitantes los mas robustos i corpulentos de la isla, i mucho mas formidables que los dóciles moradores de los valles. Parte de esta tribu fué la que en el primer viaje de Colon hostilizó a los españoles, cuando en el golfo de Samaná se derramó la primera gota de sangre nativa, vertida por los europeos en el

Nuevo-Mundo. Recuerde el lector la franca i confiada conducta de aquellas jentes el dia despues de la accion, i la intrépida fé con que el cacique entró a bordo de la carabela del Almirante, poniéndose en poder de los españoles. A este mismo caudillo, llamado Mayonabex, pidió refugio i hospitalidad el fujitivo príncipe de la Vega. Se presentó en su residencia, que era una ciudad india, cerca del cabo Cabron, a diez leguas Occidente de Isabel, e imploró amparo para su mujer, sus hijos i una corta comitiva. El jeneroso cacique de las montañas le recibió con los brazos abiertos. No solo dió asilo a su familia, sino que le ofreció protegerle en su infortunio, defender su causa, i participar de su desesperada suerte. Los hombres de vida civilizada aprenden la magnanimidad por preceptos; pero sus mas claras acciones no pueden rivalizar con los hechos del salvaje, que obra solo a impulsos de sus naturales inclinaciones.

CAPITULO VII.

CAMPAÑA DEL ADELANTADO EN LAS MONTAÑAS DE CIGUAY.

(1498.)

AYUDADO por su aliado montañes, i por las partidas de los ciguayos que le porporcionó este, Guarionex hizo variás escursiones a la llanura, cortando partidas sueltas de españoles, devastando las ciudades de los naturales que los continuaban obedeciendo, i destruyendo todas las cosechas. La llegada del Adelantado, resuelto a desalojar i esterminar tan formidable adversario, puso fin a tantos estragos. No economizando peligros ni fatigas, ni confiando a otros lo que podia hacer él mismo, salió en la primavera con una division de noventa hombres, algunos caballos i un cuerpo de indios para penetrar en las espesuras de las montañas de Ciguay.

Despues de pasar un rápido desfiladero, casi impracticable para las tropas, a causa de sus fragosas peñas i vejetacion excesiva, descendió a un pintoresco valle estendido por la costa, i rodeado de las montañas que se adelantaban hácia el mar. Acechaban su paso por aquellos paises los penetrantes ojos de muchos espías indios, escondidos entre las rocas i malezas. Al buscar los españoles el vado de un río a la entrada del valle, dos escuchas indios se levantaron de entre los arbustos de su orilla. Uno se arrojó de cabeza al agua i escapó a nado: el otro, hecho prisionero, dijo que seis mil indios estaban emboscados en la opuesta playa, con ánimo de atacarles al pasar el río.

El Adelantado avanzó cautelosamente, i hallando un lugar oportuno, entró en el agua con sus tropas. Apénas habian llegado a la mitad de la corriente, salieron los salvajes, pintados con horrorosos colores, i tan disformes, que mas bien parecian furias infernales que individuos de la raza humana. Asordaron las selvas con sus gritos i alaridos. Descargaron una nube de saetas i lanzas, que hirieron a muchos españoles a pesar de la proteccion de sus escudos. El Adelantado continuó su camino por en medio del río, i los indios emprendieron la fuga. Algunos murieron allí; pero su lijereza en la carrera, su conocimiento del pais, i su destreza en atravesar las espesuras,

salvó la mayor parte del alcance de los españoles, a quienes incomodaban los petos, escudos, lanzas i ballestas.

Por consejo de uno de los guías indios, siguió el Adelantado por el valle con designio de atacar la residencia de Mayonabex en Cabron. Tuvo por el camino varias escaramuzas con los naturales, que repentinamente salían de sus emboscadas por entre las matas, descargaban sus armas con furiosos gritos de guerra, i se refugiaban de nuevo en las espesuras de sus rocas i selvas inaccesibles a los españoles.

El Adelantado envió a Mayobanex uno de los varios prisioneros que hizo, acompañado de otro indio de cierta tribu amiga, pidiéndole entregase al caudillo de la Vega, i prometiéndole amistad i proteccion si así lo hacia; pero amenazándole con pasar a fuego i sangre su territorio si se negaba a ello. El cacique escuchó atentamente al mensajero, cuando hubo acabado: “Dí a los españoles, contestó, que son malos, crueles i tiranos; usurpadores de los territorios de otros i derramadores de sangre inocente. Yo no deseo su amistad; Guarionex es bueno, es mi amigo i mi huésped, i se ha refugiado en mi casa; le he prometido protegerlo i no faltaré a mi palabra.”

Esta magnánima réplica, o mas bien reto, hizo comprender al Adelantado que nada ade-

lantaria con negociaciones amistosas, i como cuando la severidad era necesaria, sabia obrar como riguroso soldado, inmediatamente mandó pegar fuego a la ciudad en que estaba i a otras de las cercanías. Luego envió mensajeros a Mayobanex, advirtiéndole, que si no entregaba al fujitivo cacique todos sus dominios sufririan la misma suerte ; i que pronto no veria mas que el humo i las llamas de sus abrasadas poblaciones. Los malhadados ciguayos, viendo la destruccion que les amenazaba, maldecian la hora en que se refugió Guarionex entre ellos. Rodearon a su caudillo dando lastimosos gritos, pidiéndole que salvase la patria entregando al fujitivo. Pero el jeneroso cacique se conservó inflexible. Les recordó las virtudes de Guarionex i los derechos sagrados que tenia a su hospitalidad ; i declaró que estaba resuelto a sufrir todos los reveses, ántes que dar márgen a que se dijese : “Mayobanex vendió a su huésped.”

Los indios se retiraron tristemente, i el caudillo llamó a Guarionex, i le dió de nuevo palabra de protegerlo hasta a costa de sus dominios. No envió respuesta al Adelantado : i para que nuevos mensajeros no tentasen la fidelidad de sus súbditos, puso indios emboscados, con orden de dar muerte a cuantos enviados se acercasen. Poco tardó en presentarse la ocasion de ejecutar estas crueles órdenes. Dos hombres adelantaban hácia la floresta,

de los cuales el uno era un prisionero ciguayo i el otro un indio aliado de los españoles. Ambos perecieron. El Adelantado los seguia a corta distancia, con solo diez infantes i cuatro caballos. Cuando encontró muertos a sus mensajeros en el camino del bosque, atravesados de flechas, se exasperó terriblemente, i resolvió conducirse con dureza respecto de aquella obstinada tribu. Avanzó con toda su jente hácia Cabron, donde estaba Mayobanex con su ejército. A su llegada huyeron los caciques inferiores i sus indios sobrecojidos de terror. Cuando el infeliz Mayobanex se vió abandonado, se refugió con su familia en una remota i escondida parte de las montañas. Muchos ciguayos buscaron a Guarionex para darle muerte, o entregarle como ofrenda propiciatoria; pero habia huido a las alturas, errando solitario por los lugares mas salvajes.

La espesura de los bosques i la fragosidad de las montañas hicieron esta expedicion en extremo penosa, i mucho mas larga de lo que habia creido el Adelantado. No solo sufria su jente, cansancio sino que tambien hambre. Los naturales habian huido todos a las montañas: sus poblaciones quedaron desiertas; i todos los víveres de los españoles consistian en pan de casaba i las raices i yerbas que sus aliados indios podian recojerlos con algunas útiás que casualmente cojian con la ayuda de sus perros. Dormian casi siempre a la inclemen-

cia, i espuestos al mefítico rocío de aquel clima. Tres meses duró su campaña en aquellas breñas, hasta que quedaron rendidos de hambre i de cansancio. Muchos que tenían granjas cerca del fuerte de la Concepcion, que exijian su cuidado, pidieron permiso, ya que los indios estaban aterrados i dispersos, para volver a sus mansiones de la Vega.

El Adelantado concedió pasaportes a muchos i raciones del corto acopio de pan que le quedaba. Se quedó solo con treinta hombres, i resolvió examinar con ellos todas las cabernas que tenían las montañas hasta hallar a los dos caciques. Era difícil, empero, descubrir sus huellas en medio de aquel desierto. No habia quien diese idea alguna de su refugio; todo el pais estaba abandonado. Se encontraban habitaciones humanas, pero vacías; i si por una rara casualidad sorprendian algun infeliz indio bajando de las rocas en busca de alimento, manifestaba siempre la mas completa ignorancia del sitio en que se ocultaba su cacique.

Un dia varios españoles, mientras cazaban útias, cojieron a dos indios de la comitiva de Mayobanex, que iban a buscar pan a un lugar distante. Los llevaron al Adelantado, quien los obligó a declarar la guarida de su caudillo, i a servir de guías. Doce españoles se ofrecieron a ir en busca. Poniéndose en cueros, pintándose el cuerpo como los indios, i envol-

viendo en palmas las espadas, fueron conducidos al albergue del desgraciado Mayobanex. Se acercaron a él con cautela, i le hallaron rodeado de su mujer, sus hijos i algunos empleados de su casa, sin temer ningun peligro. Los españoles desnudaron las espadas, se precipitaron sobre ellos, i los hicieron a todos prisioneros. Cuando los recibió el Adelantado, dejó de buscar a Guarionex i volvió al fuerte de la Concepcion.

Entre los presos se hallaba la hermana de Mayobanex. Era mujer de otro cacique de las montañas, cuyos territorios no habian visitado aun los españoles; i tenia la reputacion de una de las primeras hermosuras de la isla. El tierno amor que profesaba a su hermano le habia hecho abandonar la seguridad de sus propios dominios, i seguirle por entre rocas i precipicios en todos sus trabajos, consolándolo con la simpatía i bondad características de su sexo. Cuando el cacique su marido, que apasionadamente la amaba, supo su cautiverio, se encaminó con el mas profundo dolor hácia la residencia del Adelantado, ofreciéndole someterse con todas sus posesiones al dominio español, si le devolvian su mujer. El Adelantado aceptó su vasallaje, i dió libertad a aquella belleza india con muchos cautivos de su comitiva. Mantuvo el cacique su palabra; fué útil i firme aliado de los españoles,

cultivó para ellos muchas tierras i los proveyó de abundancia de víveres.

Nunca se perdía un acto bondadoso entre aquella sencilla jente. Cuando supieron los ciguayos la clemencia del Adelantado, acudieron a centenares a la fortaleza con presentes de varias especies, prometiendo vasallaje, e implorando la libertad de Mayobanex i sus hijos. El Adelantado condescendió en parte con sus súplicas, dando la libertad a su mujer i familia del cacique, i deteniendo a este prisionero para asegurar la fidelidad de sus súbditos.

En tanto el desventurado Guarionex, que habia estado oculto en las breñas mas ásperas i remotas de las montañas, aguijado por el hambre, solia bajar a las llanuras en busca de alimento. Los ciguayos que lo consideraban causa de su infortunio, esperando con su sacrificio obtener la libertad de su caudillo, revelaron su retiro al Adelantado. Una partida salió inmediatamente a prenderlo. Se ocultaron en la senda por la cual regresaba generalmente a las montañas. Un día, cuando el infeliz cacique despues de una de sus famélicas escursiones, se retiraba a su caverna, le sorprendieron los españoles i le llevaron encadenado al fuerte de la Concepcion. Despues de tantas insurrecciones i del celo i perseverancia que en ellas habia desplegado,

solo esperaba Guarionex la muerte, de la venganza del Adelantado. Don Bartolomé, empero, aunque ríjido en su política, no era cruel ni vengativo. Consideró la tranquilidad de la Vega suficientemente asegurada con la prision del cacique, i le mandó detener en la fortaleza como prisionero. Concluidas las hostilidades en aquella parte de la isla, despues de tomar las debidas precauciones para impedir su reproduccion, volvió don Bartolomé a la ciudad de Santo-Domingo, donde a poco de llegar tuvo el placer de abrazar al Almirante, despues de una ausencia de casi dos años i medio.

Tal fué la entendida administracion del Adelantado, la cual pone en evidencia su mucha capacidad, i el vigor intelectual i físico de aquel hombre formado i casi enseñado por sí mismo. Era excelente marinero, lejislador i soldado. Su ánimo i modales se elevaban espontáneamente al nivel de su posicion, sin petulancia ni altanería, i ejercia un poder exasperado i extraordinario, con la moderacion i sobriedad que debiera esperarse de un hombre nacido para el mando. Se le acusa de harto severo en el mando, pero no se cita un solo ejemplo de abuso de autoridad. Si era severo, era tambien justo; no nacieron de su rigor los desastres de su administracion, sino de las pasiones perversas de los que le obligaron a usarlo; i el Almirante, que tenia

mas suavidad de modales i mas ternura de corazon, tampoco pudo captarse la voluntad i la obediencia de los colonos. El carácter de don Bartolomé no está suficientemente apreciado en la historia; ménos expansivo i ménos amable que sus hermanos, no les era inferior en osadía i heroismo.

LIBRO XII.

CAPITULO PRIMERO.

CONFUSION EN ESPAÑOLA.—PROCEDIMIENTOS DE LOS
REBELDES EN JARAGUA.

(30 de agosto de 1498.)

LLEGÓ Colon a Santo-Domingo cansado de su largo i árduo viaje, i quebrantada su salud por las diversas i peligrosas enfermedades que le asaltaron: su ánimo i su cuerpo necesitaban reposo; pero desde que por vez primera entró en la vida pública, las dulzuras de la tranquilidad desaparecieron para siempre, sin un bálsamo jamas en existencia combatida por tantos contratiempos. La isla de Española, norte de sus esperanzas, estaba decretado que le habia de envolver en perpétuas vejaciones, encadenando su fortuna, im-

pidiendo sus empresas, i llenando de amargura la conclusion de su vida. ¡A cuánta pobreza i padecimientos habian reducido aquella bella i opulenta isla las pasiones de algunos hombres despreciables! las guerras contra los indios, i las sediciones de los colonos, obstruyeron los trabajos de las minas, arrebatando así toda esperanza de riqueza. Los horrores que ocasiona el hambre, sucedieron a los horrores de las armas. Se abandonó generalmente el cultivo de la tierra; muchas provincias quedaron yermas i desoladas durante las últimas disensiones; gran número de indios habia huido a las montañas i perdido el resto la asiduidad al trabajo, viendo que el producto de sus fatigas se lo arrancaban de las manos desalmados extranjeros. Es cierto que la Vega gozaba otra vez de la paz, pero era la paz que reina entre ruinas, era la paz de la desolacion. Aquellas hermosas comarcas que cuatro años ántes encontraron los españoles tan pobladas i tan felices, que parecían encerrar en su rico seno todas las dulzuras de la naturaleza, i escluir todos los cuidados i sinsabores del mundo, era ya un vasto teatro donde descollaban la miseria i desesperacion, entre el fúnebre cortejo que acompañaba al hombre i a la guerra. Muchas de aquellas ciudades indias, donde los españoles fueron recibidos con afable hospitalidad, i adorados cual si fueran benéficas dei-

dades, estaban ya desiertas i silenciosas. Sus habitantes arrastraban el peso de su vida, unos en rocas i cavernas, otros reducidos a la esclavitud, i muchos habian perecido de hambre o acabado sus dias al filo de la espada de los vencedores. Parece increíble que tan corto número de hombres, refrenados por buenos gobernadores, pudiesen en tan breve espacio de tiempo, producir tan lastimeros desastres. ¡Mas cuán funesta es la fuerza expansiva del mal! En mano del último de los individuos, son innumerables sus espantosos efectos, i el valor mas esclarecido, necesita reunir los mas jenerosos esfuerzos para conseguir que algun bien corone sus intentos.

Las perversas pasiones de los blancos, que tamañas calamidades hacian sufrir a aquellas tribus inocentes, les produjeron tambien a ellos bien merecidos padecimientos. En ningun otro punto se patentizó tan clara la justicia como entre los habitantes de la Isabela, los mas vagamundos, facciosos i disolutos de la isla. Las obras públicas quedaron paralizadas; las huertas i campos empezados a cultivar yacian abandonados; habian forzado a los indios a abandonar sus hogares martirizándolos por cuantos medios puede seguir la avaricia, convirtiendo el pais que los rodeaba en un solitario desierto. Indolentes en demasía para el trabajo, i desposeidos de recursos con que combatir su indolencia, querellában-

se entre ellos mismos, i se amotinaban contra sus jefes, i desperdiciaban el tiempo en una alternacion de tumultos i tristezas. La soldadesca acuartelada en la isla habia sido acometida por frecuentes enfermedades durante los últimos movimientos, hallándose los hombres encerrados en lugares indios a donde no podian hacer ejercicio, i obligados a subsistir de alimentos a que no podian acostumbrarse. Los que habian estado en activo servicio, se hallaban sin fuerzas a causa de la mucha fatiga, largas marchas i escasos comestibles. Muchos debilitados tambien en su constitucion, i muchos habian muerto de enfermedades. Habia un deseo universal de salir de la isla i de escapar de las miserias que ellos mismos habian creado. Era esta, empero, la privilegiada i feraz tierra en que tenian puestos los ojos los poetas i filósofos de Europa como realizacion de todos los ensueños inspirados por el Siglo de Oro. Tan cierto es que los mas bellos Eliseos que jamas pintó la mente, los convierten en purgatorio las pasiones de los malvados.

Al arribar Colon tomó la providencia de aprobar todas las medidas del Adelantado, i acusar las demasías de Roldan i sus camaradas. Aquel hombre turbulento habia tomado posesion de Jaragua, a donde le recibieron bondadosamente los naturales. Permitia a sus asociados una vida lúbrica i ociosa por entre

aquellas apacibles escenas, haciendo del país vecino i sus habitantes, instrumentos de bajas pasiones. Un suceso ocurrido ántes de que supiese la llegada de Colon, lo proveyó de víveres i aumentó su fuerza. Un dia que estaban paseando por la playa algunos de sus partidarios, vieron a cierta distancia tres carabelas, cuya apariencia, en aquellas no frecuentadas mares, los llenó de admiracion i zozobra. Los buques se aproximaron a tierra i anclaron en un puerto. Recelaban al principio los rebeldes que viniesen aquellos bajeles en su persecucion. Roldan, empero, que era tan sagaz como osado, adivinó que serian barcos separados de su rumbo, traídos allí por las corrientes, i cuyos capitanes ignorarian las ocurrencias recientes de la isla. Exigiendo un profundo secreto de sus jentes, se presentó a bordo, finjiéndose destacado en aquellas cercanías para mantener a los indios obedientes, i recaudar los tributos. Sus conjeturas respecto a los bajeles eran acertadas; i estos, los mismos descartados por Colon de su escuadra en las Canarias, para que trajesen provisiones a la isla. No sabiendo apreciar los capitanes el empuje de las corrientes que fluyen por el mar Caribe, habian navegado al Occidente mucho mas allá de lo que creian, hasta llegar al fin de la costa de Jaragua. Roldan i sus parciales guardaron el secreto por tres dias. Considerándole persona de autori-

dad i confianza, no dudaron los capitanes en darle las provisiones i armas que les pidió. Así pudo adquirir espadas, lanzas, ballestas i municiones; mientras sus partidarios, dispersos por los tres buques estaban activamente ocupados en hacer prosélitos, pintando a los recién venidos la vida dura de los colonos, de Santo Domingo, i el libre desahogo con que se pasaba el tiempo en Jaragua. Muchos de la chusma se habian embarcado por consecuencia de la mal aconsejada proposicion del Almirante para conmutar los castigos criminales en trasportacion a la colonia. Eran vagamundos, la escoria de las ciudades de España, i los criminales de sus calabozos. Así no podia haber hombres mas propensos a dejarse seducir por tales pinturas, i prometieron desertar a la primera ocasion favorable i unirse a los rebeldes.

Hasta el tercer dia no descubrió Alonso Sanchez de Carvajal, el mas entendido de los tres capitanes, el carácter verdadero de los peligrosos huéspedes que tan francamente habian admitido a bordo. Ya era demasiado tarde; el yerro estaba ya cometido. El i sus compañeros tuvieron muchas conversaciones vehementes con Roldan, esforzándose en inducir a abandonar su peligrosa oposicion a la autoridad legal. La certeza de que Colon venia ya en efecto hacia la isla, con mas poder i mayores fuerzas, habia conmovido profunda-

mente su ánimo. Sus amigos de Santo-Domingo estaban encargados por él de justificarle ante el Almirante, a quien debían asegurar que solo había combatido la tiranía e injusticias del Adelantado, pero estaba pronto a someterse a Colon cuando llegase. Carvajal conoció que se iba apagando el fuego que antes animara a Roldan i a la mayor parte de sus jefes, i se lisonjeaba de que permaneciendo algun tiempo entre los rebeldes, podría atraerlos a su deber. Vientos contrarios impedían a la sazón que los buques pudiesen combatir las corrientes emanadas de Santo-Domingo; se dispuso, pues, entre los capitanes, que una buena porción de la jente que había a bordo, artífices i otros, cuya cooperacion importaba al servicio de la colonia, fuesen a ella por tierra. Debía conducirlos Juan Antonio Colombo, capitán de una de las carabelas, pariente del Almirante, i ciego defensor de sus intereses. Arana debía hacerse a la vela con los buques, cuando lo permitiese el viento, i Carvajal se ofreció a permanecer en tierra, para esforzarse en reducir los rebeldes a sus obligaciones.

A la mañana siguiente desembarcó Juan Antonio Colombo, con cuarenta hombres bien provistos de ballestas, espadas i lanzas; pero sufrió el inesperado contratiempo de verse repentinamente abandonado de todos ellos, exceptuando ocho. Los desertores marcharon

en triunfo hácia donde estaban los rebeldes que recibieron gozosos aquel importante refuerzo de jente de su misma condicion. En vano quiso Juan Antonio persuadirlos, i en vano los amenazó para que volviesen a sus puestos, los mas eran criminales convictos, amantes del desórden i enemigos de toda clase de leyes. Tambien apeló a Roldan en vano, recordándole sus protestas de lealtad hácia el gobierno. Este replicó que carecia de medios para imponer a nadie el yugo de la obediencia; que el suyo no era mas que un mero *monasterio de observantes*, a donde todo el mundo podia tomar el hábito. Tal fué el primer triste resultado que dió el malhadado proyecto de poblar una colonia de facinerosos i jentes de mal vivir, mezclando el vicio i la villanía en su primitiva poblacion, lo que dió lugar a una no interrumpida série de dolorosas consecuencias.

Juan Antonio, triste i desalentado, volvió a bordo con los pocos que le eran fieles. Temiendo nuevas deserciones, los dos capitanes se hicieron desde luego a la vela, dejando a Carvajal en tierra para proseguir el proyecto de hacer entrar en buen camino a los rebeldes. No llegaron los bajeles a Santo-Domingo sin gran dificultad i dilacion: el de Carvajal encalló en un banco de arena, i padeció mucho por ello. Cuando entraron en el puerto, ya las mas de las provisiones estaban consumidas o

desmejoradas. Alonso Sanchez de Carvajal llegó poco despues por tierra, escoltado por algunos de los insurjentes hasta cerca de Santo-Domingo. No habia podido persuadirlos a la sumision; pero Roldan prometió que al momento que supiese la llegada del Almirante, iria a los alrededores de Santo-Domingo para estar a mano i formular los resentimientos, sincerar su conducta pasada, i entrar en negociacion para el completo arreglo de todas las diferencias. Carvajal trajo una carta del mismo tenor a Colon, i dijo que se inclinaba a creer lo que habia observado entre los rebeldes, que prestarian fácilmente obediencia si lograban en prenda de seguridad una amnistía.

CAPITULO II.

NEGOCIACION DEL ALMIRANTE CON LOS REBELDES.—
SALIDA DE LOS BUQUES PARA ESPAÑA.

(1498.)

Las favorables noticias i conjeturas de Carvajal no lograron impedir que el Almirante se conmoviese profundamente al considerar los lamentables excesos acaecidos en Jaragua. Vió que la insolencia de los rebeldes, i la confianza que tenían en su propia fuerza, debia haber crecido mucho con la reunion de aquellos desalmados desertores, que llevaban consigo tan buenas armas. La proposicion de Roldan de acercarse a Santo-Domingo le sorprendió bastante. Dudaba de la sinceridad de sus ofertas, i temia grandes males de tan artificioso, turbulento i osado caudillo, con una ciega i audaz chusma a sus órdenes. El ejemplo de aquella demandada horda, que a

su placer recorría la isla, viviendo en desordenado i público libertinaje, no podía ménos de tener peligrosísimo efecto con los colonos recién venidos; i cuando estuviera cerca manejando secretas intrigas, i ofreciendo un seguro asilo a los descontentos i malhechores, la lealtad de toda la colonia podría destruirse.

Eran necesarias prontas medidas para fortalecer el ánimo de la jente contra tales seducciones. Sabía que tenían muchos de los suyos vehemente deseo de volver a España, i que habían los sediciosos propagado artificioosamente la idea de que él i su hermano querían detener en la isla a los colonos por fines que convenían a sus interesadas miras. El 12 de setiembre espidió una proclama ofreciendo libre pasaje, i provisiones para el viaje, a todos los que quisiesen volver a España en cinco buques que iban a darse a la vela. Se prometía libertar así a la colonia de jente ociosa i pendenciera, mermando el influjo i poder de Roldan, al par que cobraba fuerzas con retener a su lado a hombres de sano corazón, siempre decididos a conservar la tranquilidad de la isla.

Escribió al mismo tiempo a Miguel Balles-ter, el bizarro i fiel veterano que mandaba el fuerte de la Concepcion, aconsejándole estuviese sobre sí, pues se acercaban los rebeldes a su distrito. Lo autorizó para tener una entrevista con Roldan, ofrecerle perdón i olvido

de lo pasado, con la condicion espresa de que permitiese cumplir fielmente con todos sus deberes i convidarlo a pasar a Santo-Domingo, bajo solemne, i en caso de ser necesario, escrita promesa de seguridad personal. Colon era sincero en sus atenciones, de disposicion benévola i aplacable, i singularmente desposeido de toda mira vengativa hácia los muchos malvados que habian vertido a porfía amarga hiel en su jeneroso corazon.

Ballester habia apénas recibido esta carta, cuando empezaron a llegar los rebeldes al lugar de Bonao. Estaba situado este en un delicioso valle o vega del mismo nombre abundante i bien poblado. Distaba mas de diez leguas de la Concepcion i veinte de Santo-Domingo. Don Pedro Riquelme, que tenia magníficas posesiones en esta deliciosa comarca, era uno de los que capitaneaban la sedicion, i así es que su vivienda se convirtió en el cuartel jeneral de los rebeldes. Adrian de Mojica, hombre de turbulento i mal carácter, trajo su banda de disolutos rufianes a aquel punto de reunion: Roldan i otros conspiradores se acercaron tambien a él por diferentes caminos.

Apénas supo el veterano Miguel Ballester la llegada de Roldan salió a su encuentro. Ballester era uno de esos ancianos que encañecidos en la guerra, infunden religiosa veneracion; su aspecto i su conducta revelaban su

buena índole de soldado, i reunia cierta severidad, hija mas bien de un sério semblante que de insensible corazon. Su eleccion para apaciguador de jente audaz i libertina, fué acertada, pues podia con su probidad apaciguar las pasiones, i vencer con sus años el descaro de los petulantes, ganando a fuerza de sencilla probidad la confianza de aquella turba, i con pura virtud refrenando sus licencias.

Ballester halló a Roldan acompañado de Pedro Riquelme, Pedro de Gamaiz i Adrian de Mojica, tres de sus principales confederados. Orgullosa i confiado en su fuerza oyó Roldan el ofrecido perdon con desprecio, declarando, que no venia a tratar allí de paz, sino a pedir la libertad de ciertos indios capturados injustamente, i que iban a embarcarse para España como esclavos, a pesar de que él, en calidad de alcalde mayor que era, habia palabra de protegerlos. Declaró asimismo que hasta que se le entregasen los indios no escucharian proposiciones de pacto alguno; i haciendo alarde de poder dijo que tenia en su mano la suerte del Almirante, el cual habia de supeditársele, porque con un soplo de sus labios podria labrar o destruir su fortuna.

Los indios a que aludia, eran ciertos súbditos de Guarionex, a quien Roldan habia incitado a no pagar los tributos, i que bajo la sancion de su supuesta autoridad, habian entrado

en las insurrecciones de la Vega. Roldan, conociendo que la esclavitud no estaba bien mirada por el gobierno, i especialmente por la reina, enmascaró sus pretensiones i amañó con un disfraz humanitario, dando a conocer así la sagacidad de su carácter. Tambien entabló otras demandas en extremo insolentes; i declararon por fin los facciosos, que en las negociaciones ulteriores no tratarian con otro ajente que con Carvajal, cuyo imparcial i recto juicio habian experimentado en sus comunicaciones con él en Jaragua.

Réplica tan arrogante al prometido perdon era totalmente distinta de la que esperaba el Almirante. Hallábase éste en la mayor perplejidad. Rodeábanle falsía i traicion. Sabia que contaba Roldan con partidarios i amigos aun entre aquellos que blasonaban mas de su fidelidad; pero ignoraba hasta donde podrian estenderse las ramificaciones de la conspiracion. No tardó en ocurrir una circunstancia, que hizo ver cuán fundados eran sus temores. Dispuso que se presentase armada la jente de Santo-Domingo, para asegurarse de la fuerza con que en caso necesario podia salir al campo. Circuló inmediatamente el rumor de que iban a Bonao contra los rebeldes. Solo sesenta hombres tomaron las armas, i de estos no se podian contar con cuarenta. Uno afectaba estar cojo, otro enfermo; algunos tenian parientes i otros amigos entre los com-

pañeros de Roldan : casi todos manifestaron su repugnancia en aquel servicio.

Colon vió que el recurrir a las armas haria patente su debilidad i la fuerza del enemigo, i postraria en gran manera la autoridad i dignidad del gobierno. Era necesario transijir, por humillante que tal conducta pareciese. Los buques estaban anclados diez i ocho dias ya en el puerto esperando la ocasion favorable de llevar algun informe a la corte luego que la rebelion se hubiese estinguido. Las provisiones de los buques se estaban consumiendo. Los prisioneros indios a bordo se hallaban acosados de enfermedades, a las que muchos de ellos sucumbian ; algunos se echaron al agua ; a otros los sofocó el calor en los camarotes de los buques. Tambien deseaba, que ántes que hubiese alguna conmocion, saliesen para España cuantos descontentos colonos fuese posible.

El 18 de octubre se dieron los buques a la vela. Colon escribió a los soberanos, haciéndoles partícipes de la rebelion, i el perdon que habian rehusado. Como Roldan queria dar a aquel suceso la apariencia de una mera querella entre él i el Adelantado, de que el Almirante no era juez imparcial, pedia este que se mandase ir a Roldan a España, i que fuesen sus majestades jueces ; o que se instalase una investigacion en presencia de Alonso Sanchez de Carvajal por una parte, como

amigo de Roldan, i de Miguel Ballester por otra. En gran parte atribuia la dolorosa situacion en que se encontraba la isla a su larga permanencia en España, i a los obstáculos que mal de su grado le opusieron los mismos que interesarse debian en su regreso, retrasando así la conduccion de víveres, hasta reducir la colonia a la mayor escasez. De esta se habia orijinado el descontento, los motines i finalmente la rebelion. Pedia a sus majestades, del modo mas vehemente, que no olvidasen los negocios de la colonia, i que los que tenian en Sevilla el cargo de cuidar de ellos, recibiesen órdenes para no poner obstáculo en vez de dar ayuda. Aludia a su castigo del despreciable Jimeno Briviesca, el insolente favorito de Fonseca, e instaba fervorosamente para que ni esta ni otra causa le robasen la confianza de los reyes; tanto mas cuanto que hombres de intencion perversa se gozaban en desfigurar los hechos. Les aseguró que los recursos naturales de la isla eran suficientes, bien manejados, para satisfacer todas las necesidades de los colonos; pero que eran estos indolentes i libertinos. Propuso enviar en cada buque, como lo hacia en aquellos, algunos de los ociosos i descontentos, que debian ser destituidos por jentes industriosas i sóbrias. Tambien pidió que se le enviasen eclesiásticos para la instruccion i conversion de los indios; i lo que era quizás mas necesario,

para la reforma de los disolutos españoles. Requería también que un hombre docto i experimentado en las leyes viniese a actuar como juez en la isla, junto con algunos oficiales de la hacienda real. Nada mas racional i político que tales proposiciones; pero desgraciadamente una cláusula mancillaba la excelencia moral de esta carta. Demandaba que se castigase a los indios prendidos en escaramuzas i sediciones, prolongando por espacio de dos años su condicion de esclavos. Solo las ideas dominantes en aquel siglo podían justificar tamaña crueldad, que desdecía de la buena índole de Colon, i de sus paternales sentimientos hácia aquella jente infortunada.

Al mismo tiempo escribió otra carta, dando cuenta de su reciente viaje, acompañada de un mapa, de muestras de oro, i principalmente de las perlas recojidas en el golfo de Parí. Llamaba la atención hácia estas como las primeras halladas en el Nuevo-Mundo. En esta carta era en donde describía la tierra firme recién descubierta con entusiasmadas palabras, como la rejion mas favorecida del Oriente, manantial de inagotables tesoros, i supuesto asiento del paraíso terrenal; prometía seguir sus descubrimientos de aquellos gloriosos países con los tres buques que le quedaban, así que pudiese resolver las cuestiones pendientes, i acallar las contiendas suscitadas en la isla.

Por los mismos buques tambien Roldan i sus amigos enviaron cartas a España, esforzándose en justificar la rebelion, acusando al Almirante i a sus hermanos de opresiones e injusticias, i pintado su conducta con los mas negros colores. Es de suponer que las representaciones de tales hombres se tuviesen en poca estima, i en nada hiciese mella a los méritos i exaltados servicios de Colon ; pero contaban con numerosos amigos i parientes en España; tenian las preocupaciones populares a su favor, i gozaban la confianza de los soberanos personas capciosas, prontas a abogar por su causa. Colon, para usar sus propias palabras, espresivas aunque sencillas, estaba ausente i envidiado, i era extranjero en el pais.

CAPITULO III.

COMPOSICION CON LOS REBELDES.

(1498.)

HABIENDOSE dado a la vela los buques para España, continuó Colon su negociacion con los rebeldes. Estaba decidido a poner fin a la revuelta a costa de cualquier sacrificio; porque hasta verla concluida, no solo los asuntos de la isla continuarian su desgraciado curso sino que podian servirle de rémora para seguir sus descubrimientos tan felizmente comenzados. Sus buques yacian ociosos en el puerto, en tanto que debian estar explorando una rejion de inagotable riqueza. Habia pensado mandar a su hermano a concluir aquella expedicion; pero el altivo i militar espíritu del Adelantado hacia su presencia indispensable, en caso de que intentasen los rebeldes alguna violencia abierta. Tales eran las difi-

cultades que tenia que vencer a cada paso de sus jenerosas i magnánimas empresas, impedidas unas veces por las insidiosas intrigas de astutos empleados, refrenadas otras por la insolente turbulencia de un puñado de rufianes.

Colon tuvo varias i concienzudas consultas con las personas mas influyentes en la isla. Vió que se atribuia gran parte del descontento popular a la estrecha gobernacion del Adelantado, a quien acusaban de administrar justicia con mano demasiado rigorosa. Las-Casas, que tuvo ocasion de examinar los documentos que manifestaban la conducta seguida por el Adelantado, le absuelve de semejantes cargos, i asegura que su comportamiento con Roldan no pudo ser mas recto i moderado. Colon, por opinion de sus consejeros i por los impulsos de su corazon benigno, resolvió obrar con lenidad absoluta. Escribió a Roldan una carta en fecha 20 de octubre, concebida en los términos mas cordiales, recordándole favores pasados i espresando la afliccion que habia sufrido al hallar tal feudo entre él i su hermano. Le pidió por el bien comun i por su propia reputacion, que estaba bien puesta con los soberanos, no persistiese en su rebeldía. Repitióle de nuevo que él i sus compañeros se le podian presentar, dándole segunda palabra de considerar como inviolables sus personas.

Hubo bastante dificultad en la eleccion de

un mensajero que llevase esta carta. Los rebeldes habian decidido no recibir mas mediador que Alonso Sanchez de Carvajal. Pero existian muchas dudas en el ánimo de los que rodeaban a Colon, en cuanto a la fidelidad de aquel oficial. Observaban que habia permitido a Roldan permanecer dos dias a bordo de su carabela en Jaragua; que le habia provisto de armas i provisiones; que no le habia detenido a bordo despues de saber que era rebelde; que no se habia esforzado en perseguir i capturar; que le habian escoltado los rebeldes hasta Santo-Domingo; i él les habia enviado refrescos a Bonao. Se alegaba, ademas, haberse llamado Carvajal colega de Colon, señalado por el gobierno para vijilar su conducta e intervenir en ella. Se supo que al aconsejar a los rebeldes se aproximasen a Santo-Domingo, habia pensado, en caso de que el Almirante no llegase, unir su pretendida autoridad de colega a la que como alcalde mayor debia ejercer Roldan, i apoderarse del mando. Finalmente el deseo manifestado por los insurjentes de que se les mandase como mediador, venia a dar visos de probabilidad a tales conjeturas, i hasta se llegó a decir que intentaba juntársele como jefe, i de que pensaba levantar en Bonao el estandarte de la rebelion. Estas circunstancias hicieron caer en la incertidumbre a Colon; pero reflexionaba que Carvajal, en cuanto le habia sido posi-

ble observar su conducta, se habia comportado como hombre de honor e íntegro; las mas de las circunstancias que se presentaban contra él, podian convertirse en favor suyo; los otros eran meros rumores, i desgraciadamente conocia por experiencia propia la lamentable facilidad con que puede empañar la calumnia los corazones mas virtuosos, i las empresas mas santas. Desechó, pues, de una vez toda sospecha, i resolvió confiar implícitamente en Carvajal; ni tuvo jamas motivo para arrepentirse de su confianza.

No bien hubo el Almirante despachado esta carta, cuando recibió otra de los cabecillas de la faccion, escrita muchos dias ántes que la suya. En ella no solo se vindicaban del cargo de rebeldía, sino que se atribuian el mérito de haber disuadido a sus jentes de asesinar como pensaban, al Adelantado, en venganza de sus opresiones, i persuadídoslos a que aguardasen pacientemente la justicia del Almirante. Habia trascurrido cerca de un mes desde su arribo, i los insurjentes esperaban ansiosos su determinacion; pero se dolian de que solo vertiese odio contra ellos, no obstante, segun su entender, haber remediado muchos males i evitado otros de gran trascendencia. Declaraban, por consecuencia, que su honor i su seguridad requerian que se separasen de su servicio, para lo cual le pedian la correspondiente licencia. Tenia esta carta la fecha de

Bonao 17 de octubre, i la firmaban Francisco Roldan, Adrian de Mojica, Pedro de Gamez i Diego de Escovar.

Entre tanto llegó Carvajal a Bonao, acompañado por Miguel Ballester. Hallaron a los rebeldes llenos de presuncion i arrogancia. Pero la carta conciliadora del Almirante, secundada por las vehementes persuasiones de Carvajal i los virtuosos consejos del veterano Ballester, tuvieron efecto favorable con varios de los jefes mas intelijentes que sus brutales subalternos. Roldan, Gamez, Escovar i otros dos o tres estaban dispuestos a ir a ver al Almirante. Estaban ya montados para emprender su espedicion, cuando les detuvo el jeneral clamoreo de sus parciales, que reprobaban su partida. Tenian ya particular apego a aquella vida indolente i licenciosa, no siendo fácil que se resignasen a trocarla por otro jénero de vida, que habia de imponerles la moralidad i el trabajo. Decian que era asunto que a todos les importaba: cualquier composicion que se hiciese, debia por lo tanto ser en público, por escrito i sujeta a su aprobacion i censura. Uno o dos dias pasaron ántes de poder acallar sus clamores. Roldan escribió entónces al Almirante, que no le permitian sus jentes pasar a verle, a ménos que se le enviase un pasaporte, o salvo-conducto escrito, prometiéndole proteccion personal a él i a sus compa-

ñeros. Miguel Ballester escribió al Almirante una carta de cautelosos i concienzudos consejos, exigiéndole que se aviniese a cualquier demanda que entablasen los insurrectos, sin pararse mucho en las condiciones del convenio. Decía que se aumentaban sus fuerzas continuamente con nuevos desertores, incluso muchos soldados de su propia guarnición. Opinaba que si no se ponía coto por cualquier medio a aquellos desmanes, estaban en peligro, no solo la autoridad, sino también la persona del Almirante; porque aunque los hidalgos, oficiales i domésticos inmediatos de Colon morirían por él sin duda, temía que se pudiese contar muy poco con la jeneralidad de sus allegados.

Colon conoció la urgencia del momento, i mandó sin tardanza el requerido pasaporte. Roldan llegó a Santo-Domingo; pero mas dispuesto mostraba estar a encender odio i guerra, reclutando nuevos guerrilleros, que no a pagar las contiendas con una pronta reconciliación. Tuvo varias entrevistas con el Almirante, i se escribieron muchas cartas. Dió muchas quejas, i pidió mucho: Colon concedió profusamente; pero algunas de sus pretensiones eran demasiado arrogantes para ser admitidas. Nada quedó en último resumen arreglado. Roldan partió so pretesto de ir a consultar con sus soldados, prometiendo man-

dar sus peticiones por escrito. El Almirante envió para que tratase con él a su mayordomo Diego de Salamanca.

El 6 de noviembre escribió Roldan una carta desde Bonao, poniendo en manifestacion sus condiciones, i pidiendo se le enviase a la Concepcion la respuesta; pues la carencia de provisiones le obligaba a salir de Bonao. Añadió que esperaria contestacion hasta el lunes inmediato (el 11). Aquella carta saturada de amenazas imponia condiciones humillantes, que era imposible de todo punto aceptar. Colon no pudo convenir en acceder a tales proposiciones; mas para manifestar su benignidad, i quitar a los rebeldes toda escusa de rigor, hizo fijar una proclama por treinta dias a las puertas de la fortaleza, prometiendo pleno i completo olvido de lo pasado a Roldan i a sus compañeros, o a cualquiera de ellos que volviese al servicio de la corona, i se presentase a la autoridad lejitima en el término de un mes; ofreciendo, ademas, libre paso a todos los que quisiesen volver a España; i amenazando aplicar el rigor de la lei contra los que no se presentasen en el predicho término. Envio copia de este papel a Roldan por medio de Carvajal, con una carta manifestando la imposibilidad de acceder a sus condiciones; pero prometiendo convenir en cualquiera transaccion que mereciese la aprobacion de Carvajal i Salamanca.

Al llegar el mensajero se encontró a Roldan asediando la fortaleza ocupada por Ballester, so pretesto de exigir que se le entregasen ciertos criminales allí refugiados. Habia interceptado el agua para tomar por sed la Concepcion. Al poner Carvajal la proclama del Almirante a la puerta de la fortaleza, los rebeldes se mofaron de la ofrecida amnistía, diciendo que en poco tiempo se veria el Almirante obligado a pedirles a ellos otra. Pero la vehemente intercesion de Carvajal logró que los jefes, despues de maduras reflexiones, escribiesen los artículos de una capitulacion. Por ellos se establecia que Roldan i sus compañeros se embarcasen para España desde el puerto de Jaragua en dos buques, que quedarian armados i provistos en quince dias. • Que cada cual tendria opcion a recibir del Almirante un certificado en que constase su buen comportamiento i una órden para que se diesen sus pagas respectivas hasta el dia del embarco. Que en justo premio de sus buenos servicios se les entregasen varios esclavos a manera de lo que con otros se habia ya hecho. I como muchos de la sociedad tenian mujeres naturales de la isla unas en cinta, i otras recién paridas, se les permitiesen llevárselas con ellos en lugar de los esclavos. Que se diesen equivalentes por la propiedad de algunos de ellos que habia sido secuestrada, i por los ganados que pertenecieron a Francisco Rol-

dan. Otras condiciones respectivas a la seguridad de sus personas; i se añadió que no tuviese efecto, sino se les daba una providencia de cualquier jénero en el plazo de ocho dias.

Este contrato se firmó por Roldan i sus compañeros en el fuerte de la Concepcion el 16 de noviembre, i por el Almirante en Santo-Domingo el 21. Dispensó tambien a la sazón otras gracias, como de permitir que aquellos que así lo juzgaran conveniente, se alistasen en las banderas del rei, o se dedicasen al cultivo ya de la isla, ya de Santo-Domingo. Prefirieron, empero, seguir la suerte de Roldan, que salió con su banda para Jaragua a esperar la llegada de los buques, acompañado por Miguel Ballester, el cual debia intervenir de parte del Almirante en los preparativos de la embarcacion.

Fué mui triste para Colon la consideracion de verse detenido en sus colosales empresas por tan ruines obstáculos; i de que los buques que debian haber llevado a su hermano a explorar el recién hallado continente, se dedicasen al uso de aquella turbulenta i baja chusma. Consolóse con la halagüeña esperanza de cortar los males que trabajaban a la isla, volviéndole la felicidad i la calma. Mandó, pues, no perdonar trabajo para aprontar los buques i enviarlos a Jaragua, ; pero la escasez de víveres i la dificultad de completar el

armamento para tal viaje en el mal estado de la colonia, dilataron su salida mucho mas allá del tiempo estipulado. Viendo que se habia visto forzado a usar una especie de engaño para con los soberanos en las certificaciones de buena conducta dadas a Roldan i sus compañeros, les escribió Colon una carta, informándoles del verdadero carácter i conducta de aquellos delincuentes. Decía les que no habian respetado a la autoridad, oponiéndose a que los indios apruntasen sus tributos, i robando mucho oro i algunas hijas de caciques. Que el certificado de buena conducta que les habia dado, fué en conformidad del consejo de las principales personas que le rodeaban, i arrancado a su voluntad por el imperio de las circunstancias, que amenazaban envolver en total ruina toda la isla. Aconsejó en vista de esto que se les prendiese i se les despojase de sus esclavos i tesoros, hasta investigar propiamente su conducta. Se entregó esta carta a una persona de confianza que debia ir en los buques.

Habiendo salido los rebeldes de la vecindad de Santo-Domingo, cuyos asuntos quedaban ya asegurados, puso Colon a su hermano don Diego de gobernador interino, i partió con el Adelantado a visitar los varios puestos, i a restablecer el orden de la isla.

CAPITULO IV.

NUEVAS PRETENSIONES DE LOS INSURJENTES; LLÉVASE A CABO UNA SEGUNDA CAPITULACION.

(1499.)

MUCHOS meses necesitaron el Almirante i el Adelantado para inspeccionar toda la isla. Todo se habia llenado de confusion en las últimas turbulencias. Abandonadas las minas i granjas, esparcido el ganado que se necesitaba para la cria, i muerto en su mayor parte; descubiertas las deudas contraidas por los caciques con motivo de no haber pagado los tributos, caido todo en el mayor abandono, necesitábase emplear muchos desvelos para darle algun grado de esplendor; los caciques sin pagar el tributo: todo necesitaba arreglarse de nuevo. Todavía se lisonjeaba Colon de que quedando libre la isla de los malos espíritus que habian hasta entónces vagado por

ella, volverían las cosas, merced a sus incesantes cuidados, a la próspera condicion de ántes. Pero siempre sucedia a sus intervalos de calma alguna violenta tempestad. Mientras se consolaba con la idea de que ya Roldan i sus compañeros estarían navegando en el alta mar, camino de España, supo con sentimiento infinito que se habia deshecho el viaje, i que los rebeldes habian izado nuevamente el pendon de la desobediencia.

Salieron las dos carabelas de Santo-Domingo para Jaragua a fines de febrero; pero habiéndoles acometido un violento temporal, tuvieron que anclar en un puerto, i que detenerse en él hasta fines de marzo. Una quedó tan inútil, que le fué forzoso volver a Santo-Domingo. Se despachó otro bajel para suplir su falta, en que se dió a la vela el infatigable Carvajal, con ánimo de apresurar el embarco de los rebeldes. Pasó once dias en el viaje, i halló la otra carabela en Jaragua.

Entre tanto los camaradas de Roldan, o bien poco afectos a su nueva vida, o bien nada deseosos de tornar a España, se habian arrepentido de su antiguo propósito. Pretendieron, como de ordinario, atribuir a Colon su incidencia, afirmando que habia el Almirante espresamente dilatado la venida de los buques mucho mas del plazo puesto por la capitulacion; que estaban los barcos incapaces de darse al mar i con pocas provisiones;

i lanzaban a la frente de Colon otras acusaciones asentadas en hechos, que no habian de modo alguno podido evitar. Carvajal protestó formalmente contra aquella determinacion ante un escribano que le acompañaba ; i viendo que los buques sufrían grande injuria i se consumían en balde las provisiones, los mandó a Santo-Domingo, adonde pasó él por tierra. Roldan lo acompañó a caballo alguna distancia : su espíritu parecia ajitado. Le atormentaba en alto grado su embarazosa posicion ; por una parte tenia miedo de volver a España ; por otra conocia que aquella tropa reñida con toda idea de subordinacion habia de causarle graves disgustos, envolviéndole talvez en sérios compromisos. ¿Qué vínculo le aseguraba la fidelidad de aquellas jentes, mas sagrado que las obligaciones que estaban a cada paso violando? Despues de acompañarlo callado i pensativo alguna distancia, hizo alto, i pidió tener una conferecia reservada con Carvajal ántes de separarse. Se apearon bajo la sombra de un árbol. Allí hizo Roldan nuevas protestas de la lealtad de sus intentos, i dijo finalmente, que si el Almirante queria enviarle otro salvo-conducto escrito para la seguridad de su persona, i de la de sus principales caudillos, iria a avistarse con él, poniendo todos los medios para zanjar aquel asunto de una manera digna, en términos que no lastimase los intereses de ámbas partes. Este

ofrecimiento, añadió, debía tenerse oculto de sus jentes.

Se regocijó Carvajal mucho, viendo ya bases de una composicion final, i se apresuró a comunicárselas al Almirante. Este envió sin demora el requerido pasaporte, sellado con el sello real, acompañado de una carta concebida en amistosos términos, exhortándolo a la pacífica obediencia de los reyes. Muchas de las personas principales que estaban con el Almirante, escribieron tambien a ruegos de éste una carta de seguridad a Roldan, en la cual le prometian, bajo palabra de honor, no atacar para nada su seguridad personal, ni la de sus colegas, con tal que ellos a su vez prometiesen no rebelarse contra la autoridad de los reyes, ni la de su lejítimo representante en aquellos mares.

En medio de esta incertidumbre, mientras Colon con la mas infatigable asiduidad i leal celo se esforzaba en traer la isla a la obediencia i promover en ella los intereses de sus soberanos, recibió una carta de España en réplica a las vehementes i tristes pinturas que la colonia habia dado en el otoño anterior, así como de los ultrajes de aquellos hombres desaforados, i a su peticion de que la autoridad real le sustentase en tan grandes dificultades. Estaba la carta escrita por su envidioso i bajo enemigo el obispo Fonseca, superintendente de los negocios de Indias. Informábale del

recibo de los partes en que pintaba la triste situacion de la colonia; pero decíale que suspendiese tal asunto, porque los reyes tenían el ánimo de enterarse por sí propios de todo lo ocurrido para poner remedio a aquellos males.

Esta fria respuesta a sus urgentes representaciones produjo mucho efecto en el ánimo de Colon. Conoció que sus quejas pesaban poco en el ánimo del gobierno; que no eran desoídas las palabras de sus enemigos, i que estos cobrarían nuevos bríos cuando llegasen a saber el poco influjo de que gozaba en España. Lleno, empero, de celo por el buen éxito de su empresa i de fidelidad por los intereses de los soberanos, resolvió no perdonar sacrificio alguno personal, i apaciguar a toda costa las turbaciones de la isla. Tan deseoso estaba de facilitar las negociaciones con Roldan, que se embarcó al fin de agosto en dos carabelas para Azúa, Occidente de Santo-Domingo, i mucho mas cerca de Jaragua. Le acompañaban varias personas de las mas distinguidas de la colonia. Roldan se presentó tambien en aquel punto con el turbulento Adrian de Mójica, i algunos de su banda. Esta condescendencia i las anteriores concesiones obtenidas del Almirante, acrecentaron su audacia exaltada al par por la frialdad con que la corte habia recibido las quejas de Colon, circunstancia de que eran ya sabedores. Se condujo,

pues, Roldan, ántes como conquistador que demanda triunfantes condiciones de paz, que como delincuente que procura el perdón por medio del arrepentimiento.

Vino a bordo de la carabela, i con su descarado acostumbrado propuso los términos preliminares dispuestos a entrar en negociaciones.

Primero, se le permitiría enviar alguna de sus jentes hasta el número de quince a España, en los buques que estaban en Santo-Domingo. Segundo, a los partidarios suyos que desearan permanecer en la isla, se les concederian tierras de cultivo en vez de sueldo real. Tercero, se daría cumplida satisfaccion a Roldan, manifestando ser todos los cargos contra él dirigidos, hijos de la calumnia inventada por enemigos de su buen nombre i del poder de los reyes. Cuarto, que Roldan seria restablecido en su empleo de alcaide mayor.

Estas son las duras e insolentes condiciones que propusieron ; pero fueron admitidas. Entónces desembarcó Roldan a comunicar la concesion de ellas a sus compañeros. Por dos dias tuvieron consultas los insurjentes, al fin de los cuales enviaron sus capitulaciones extendidas en forma i redactadas en arrogante frase, uniendo las concesiones que se les habian prodigado en el fuerte de la Concepcion a las nuevamente arrancadas por Roldan, i daban fin a su obra con una nueva demanda,

que rayaba en insolencia ; a saber : que si el Almirante faltara al cumplimiento de aquellos artículos, tendrían el derecho de juntarse i obligarlo a sujetarse a ellos a la fuerza o por los medios que juzgasen convenientes. Así buscaban los conspiradores, no solo disculpa de lo pasado, sino excusa para lo futuro, en caso que de nuevo se rebelasen.

Se cansa e impaciente el ánimo al describir, i debe llenarse de indignacion el pecho del lector jeneroso al leer aquella prolongada e infructuosa lucha de un hombre del mérito e incomparables servicios de Colon, con aquellos despreciables rufianes. Asaltado por la incertidumbre i los peligros que amagaban desplomarse sobre su cabeza, extranjero entre jente tan pendenciera, jefe poco popular en una amotinada isla, i habiéndose hecho sospechoso al mismo gobierno del que en pago de sus afanes solo recibiera menosprecio, deseaba servir, i sus mismos servicios creaban la desconfianza, i no sabia adónde pedir fiel consejo, ayuda eficaz o recto parecer. Hasta la tierra que pisaba parecia desmoronarse bajo sus piés. Supo que empezaban a formarse proyectos sediciosos entre su misma jente. Veian la impunidad con que los rebeldes habian gozado la posesion de uno de los mas hermosos distritos de la isla ; hablaban entre ellos de seguir el mismo ejemplo, de abandonar la bandera del Almirante, i de

apoderarse de la provincia de Higüey, al extremo oriental de la isla, que tenía fama de ser, en minas de oro, rica i abundante.

En situacion tan crítica, desentendiéndose de toda consideracion de orgullo i dignidad personal, determinó a costa de cualquier sacrificio propio asegurar los intereses de un ingrato soberano, i se forzó Colon a sí mismo a firmar aquella humillante capitulacion. Confiaba en que si algun dia llegaba a avisarse con los reyes podria convencerles de que habia sido forzado a firmar aquella capitulacion, arrancada de sus manos por las extraordinarias dificultades en que se habia visto, i por el eminente peligro de la colonia. Antes de firmarla, empero, insertó una cláusula diciendo, que las órdenes de los soberanos o suyas, o de las autoridades que él nombrase debian ser puntualmente obedecidas.

CAPITULO V.

CONCESIONES HECHAS A ROLDAN I SUS COMPAÑEROS.
—REGRESO DE VARIOS REBELDES A ESPAÑA.

(1499.)

AL recobrar Roldan su cargo de alcalde mayor, desplegó toda la arrogancia que podría esperarse de un hombre que habia logrado el poder por tan detestables medios. Miéntras estuvo en la ciudad de Santo-Domingo, su faccion le rodeaba siempre, tenia solo tratos con jente pervertida i mal contenta, rodeándose de todos aquellos criminales que rechaza de su seno la sociedad con lo que solo conseguia alarmar a los habitantes pacíficos i leales. Mantenía arrogante tono hasta contra la autoridad de Colon mismo; quitó el empleo a un tal Rodrigo Perez, lugar-teniente del Almirante, diciendo que nadie habia de llevar baston de mando en la

isla, mas que los empleados que él nombrase. Triste i dolorosa fué para Colon la necesidad de doblegarse a los insolentes caprichos de aquel hombre, i de la canalla que volvió bajo sus auspicios a la colonia.

Roldan presentó un memorial firmado por mas de ciento de sus secuaces, pidiendo tierras i permiso para fijarse en ellas, i escogiendo para ello la provincia de Jaragua. El Almirante tuvo fundados temores de poner a disposicion de aquella falanje de facciosos, tierras tan distantes, donde podian fomentar nuevas rebeliones. Pudo al fin distribuirlos en varias partes de la isla; unos en Bonao, donde su colonia dió oríjen a la ciudad de este nombre; otros en las márgenes del rio Verde en la Vega, i algunos a seis leguas de este punto, camino de Santiago, les señaló grandes porciones de tierra i muchos esclavos indios. Concluyó tambien un pacto con los caciques de las cercanías, en el cual les levantaba el tributo obligándoles a alistar entre sus súbditos algunos grupos de indios libres con el objeto de que asistiesen a los colonos en el cultivo de las tierras confiadas a sus cuidados: especie de servicio feudal, oríjen de los repartimientos, o distribucion de los indios libres entre los colonos, adoptado sucesivamente, i usado con vergonzosa crueldad en todas las colonias españolas, fuente de intolerables padecimientos i opresion para los infelices in-

dios, e institucion que contribuyó mucho al estermínio de los de Española. Colon consideraba la isla como un país conquistado, i se apropiaba el derecho de los conquistadores, en nombre de los soberanos por quienes peleaba. Consecuentes con estos principios sus compañeros se hacían partícipes de los territorios conquistados, abrogándose la potestad de señores feudales, i reduciendo a los conquistados a la condicion de villanos o vasallos. Este arreglo difería mucho de su primitivo intento ; pues estaba ántes dispuesto a tratar a los naturales con amistad i templanza, como a súbditos pacíficos de la corona. Pero se habian frustrado todos sus planes por la violencia i libertinaje de otros, i las medidas de entónces parecen adoptadas segun la exigencia de los tiempos. Con el objeto de conservar inalterable el órden en la isla, instituyó una especie de policía compuesta de un capitan i varios soldados, encargados de visitar la isla en todas direcciones, obligando a los indios a pagar sus tributos, observando la conducta de los colonos, i con derecho a refrenar la menor apariencia de motin o insurreccion.

Habiendo ya solicitado i obtenido tan liberales remuneraciones para su jente, no se manifestó Roldan mas modesto en pedir para sí mismo. Reclamó ciertas tierras en las cercanías de la Isabela, por haberles pertenecido ántes de la rebelion, tambien una granja

real, dedicada a la cria de aves domésticas llamada La-Esperanza, i situada en la Vega. Se las concedió el Almirante, con permiso para emplear como cultivadores los súbditos del cacique, a quien cortó Alonso de Ojeda las orejas en su primera expedicion militar a la Vega. Recibió Roldan, ademas de esto, varias tierras en Jaragua, i muchos ganados pertenecientes al patrimonio real. Estos donativos solo tuvieron carácter de interinos hasta que fuesen sancionados por ambos reyes, porque aun pensaba Colon, que cuando supiesen sus majestades, las sediciones i violencias con que aquellas gracias se le habian arrancado, los cabecillas de la faccion, no solo perderian sus mal adquiridas posesiones, sino que serian castigados segun lo mereciesen sus delitos.

Habiendo alcanzado Roldan mucho mas de lo que podia prometerse en sus mas dorados ensueños, pidió licencia para recorrer sus posesiones, i aunque mal de su grado se la concedió Colon. Inmediatamente salió para la Vega, i parando en Bonao, donde habia tenido sus reales, hizo a Pedro Riquelme activo confederado suyo, alcalde de aquel circuito, con derecho de arrestar todos los delinquentes, i de enviárselos presos al fuerte de la Concepcion, adonde él se reservaba el derecho de sentenciarlos. Este nombramiento descontentó mucho al Almirante, por haber

saltado Roldan la valla de sus atribuciones; pues no le correspondia, como alcalde mayor, el derecho de nombrar alcaldes ordinarios. Otras circunstancias le dieron a entender, que tenian los insurjentes designios posteriores. Pedro Riquelme, bajo pretesto de erijir casas rurales para su ganado, empezó a levantar un robusto edificio sobre una colina ventajosamente situado i capaz de convertirse en una formidable fortaleza. Decíase que él i Roldan de consuno estaban empeñados en aquella obra, para tener sitio en que fortificarse en caso necesario. Como estuviese la colina cerca de la Vega, adonde se habian fijado tantos de sus partidarios, hubiera sido peligroso punto de reunion para sediciosos. Sospechó los designios, i se opuso a los procedimientos de Riquelme, Pedro Arana, hombre leal i honrado que vivia en los alrededores. Representaron ambas partes a Colon, que receloso de esta obra peligrosa de Riquelme, le prohibió que la continuase.

Habíase dispuesto Colon para regresar a España con su hermano don Bartolomé, persuadido de que era allí su presencia mui necesaria, para poner bajo su verdadero punto de vista los últimos sucesos de la isla. Habia experimentado la ineficacia de las cartas que podian glosar parcialmente sus malévolos enemigos. La isla, empero, se hallaba aun en mui precaria situacion. No estaba seguro de

la fidelidad de los rebeldes, aunque tan caramente comprada; i habia rumores probables de un descenso a la Vega de los montañeses de Ciguay, con designio de rescatar a su cautivo cacique Mayobanex, que permanecia aun prisionero en la Concepcion. Tambien se esparció la alarma con la noticia de haber arribado al Occidente de la isla cuatro buques, en apariencia sospechosos. Estas circunstancias obligaron a Colon a proponer su partida; i los detuvieron envuelto en los negocios de aquella favorita pero fatal isla.

Las dos carabelas se hicieron a la vela para España al principio de octubre, con los colonos que quisieron volver, i entre otros, muchos del partido de Roldan. Algunos llevaron consigo tres esclavos, otros dos i otros uno, i varios de ellos las hijas de los caciques, sacadas por seduccion de sus casas i del seno de sus familias. El Almirante, sin embargo de no poder sufrir con paciencia tales desmanes, opuestos a su buen corazon, tuvo que convenir i resignarse a ellos. Sabia que enviaba en ellos a España un refuerzo de enemigos i testigos falsos, que difamasen su carácter i conducta; pero no le quedaba otra alternativa. Para contrapesar en lo posible sus calumnias, envió por las mismas carabelas al leal i recto veterano Miguel Ballester, junto con García de Barrantes, ambos autorizados para atender a sus negocios en la corte, i

provistos de las medidas que se habian tomado respecto a la conducta seguida por Roldan i sus cómplices.

Escribió a los soberanos pidiéndoles se informasen de la verdad de las últimas transacciones, i observasen segun creyesen oportuno. Manifestó su opinion, de que las capitulaciones firmadas por él i los rebeldes, eran nulas e inválidas por varias razones, que se le habian arrancado violentamente i en el mar, adonde no ejercia la autoridad de virei; i habiendo habido dos procesos relativos a la insurreccion; i habiendo sido condenados por traidores los insurjentes, no estaba en poder del Almirante absolverlos de su crimen; que las capitulaciones trataban de negocios pertenecientes al real erario, en el que no podia él intervenir sin la concurrencia de los funcionarios i oficiales de la corona; i que Francisco Roldan i sus compañeros, al salir de España, habian jurado fidelidad a los reyes, i el Almirante en su nombre. Presentadas estas razones, algunas de las cuales basaban en consideraciones de todo punto admisibles, mientras otras eran hijas de groseros sofismas, Colon rogaba a sus reyes que no estimasen conveniente acceder a las condiciones presentadas en la capitulacion arrancada de sus manos por el poder de Roldan.

Repetia la súplica de una carta anterior, de que se le enviase como juez un hombre docto

que administrase las leyes de la isla, puesto que él estaba acusado de severo, aunque cierto en su convicción de haberse siempre guiado por la clemencia. Pedia además que se enviasen personas de probidad i discreción para formar un consejo i ocupar otros empleos; deseando, empero, que tuviesen poderes limitados o definidos en sus respectivas comisiones, de modo que no afectasen los privilegios i dignidad que a él correspondían. Se estendía sobre este particular, porque ya otras veces se habían atacado sus prerogativas. Observaba que podría equivocarse, pero que le parecía que los príncipes deben tener completa confianza en sus gobernadores, porque sin el favor real que les da fuerza se les desmorona el prestigio del gobierno; sólida máxima que enseñó al Almirante su reciente experiencia; pues muchas de sus perplejidades i el triunfo de los rebeldes, se debían a la desconfianza de la corona i al poco caso que hizo de sus quejas.

Agobiado por la edad i las enfermedades, viendo que su organización se había deteriorado mucho en el último viaje, Colón fijó su pensamiento en su hijo Diego, para hacer de él un activo coadjutor que participase de los cuidados i fatigas de su empleo; pues estando destinado a sucederle, deseaba que empezase a adquirir alguna práctica para el desempeño de sus futuras obligaciones. Diego estaba aun

de paje en la corte; pero se hallaba ya en disposicion de entrar en los negocios públicos. Por eso pidió Colon que se le enviase como auxiliar, sintiéndose enfermo i ménos capaz que ántes.

IV COLON EN LA CORTE

Después de haber estado en la corte de Portugal, Colon volvió a España en el año 1484. En esta ocasión, ya no era un simple paje, sino un hombre que había adquirido una gran reputación por sus conocimientos en astronomía, geografía y navegación. Su experiencia en la corte de Portugal le había permitido conocer de primera mano los planes de Enrique el Navegante para descubrir nuevas rutas marítimas. Colon sabía que su oportunidad de demostrar sus ideas sobre la existencia de un camino marítimo hacia las Indias estaba a punto de presentarse. Por eso, cuando se le presentó la oportunidad de ir a la corte de los Reyes Católicos, no dudó en aceptar. En la corte de España, Colon encontró a un rey y una reina que estaban interesados en la exploración y la expansión de sus territorios. Isabel la Católica, en particular, era una mujer que valoraba la ciencia y el conocimiento. Cuando Colon le presentó sus ideas sobre la existencia de un camino marítimo hacia las Indias, ella quedó impresionada por su audacia y su conocimiento. Sin embargo, no todos en la corte compartían su entusiasmo. Muchos de los nobles y funcionarios de la corte eran escépticos respecto a sus ideas. Algunos incluso lo consideraban un loco. Pero Isabel la Católica no se dejó influir por las opiniones de los demás. Ella sabía que si Colon tenía razón, su descubrimiento podría cambiar el mundo. Por eso, ella decidió apoyar sus ideas. En el año 1492, Isabel la Católica le otorgó a Colon el título de Almirante de la Mar Océana y le dio el mando de una flota de tres barcos para que explorara el camino marítimo hacia las Indias. Este fue el comienzo de la gran aventura de Colon.

CAPITULO VI.

LLEGADA DE OJEDA CON UNA ESCUADRA AL OCCIDENTE DE LA ISLA.—ROLDAN ENVIADO A BUSCARLO.

(1499.)

ENTRE las causas que indujeron a Colon a retardar su partida a España, se ha mencionado la llegada de cuatro buques al Occidente de la isla. Anclaron estos el 5 de setiembre en un puerto algo mas abajo de Jacquemel, con la idea, segun parecia, de cortar palo de campeche, abundante en aquellas inmediaciones, i de llevarse a los indios como esclavos. Mas adelante se supo que mandaba los buques Alonso de Ojeda, aquel audaz caballero que en los primeros viajes se habia distinguido tanto, particularmente en la captura del cacique Caonabo. Conociendo su espíritu osado i emprendedor, sintió mucho Colon que visitase la isla de aquel modo clandestino, que

tenia casi visos de la piratería. Para oponerse a sus agresiones, i pedirle cuenta de ellas, se necesitaba un agente dotado de resolucion e intelijencia. Nadie mas a propósito que Roldan que, sobre ser tan atrevido como Ojeda, le aventajaba en astucia. Una espedicion semejante ocuparia su ánimo i el de sus partidarios, i los distraería de sus planes sediciosos. Las muchas concesiones que recientemente se les habia hecho debian por el momento asegurar su fidelidad, sobre todo siéndoles mas útil ser leales que rebeldes.

Roldan se encargó con gusto de tan peligrosa comision. Nada podia ya adquirir en los desórdenes i deseaba asegurar sus mal ganadas posesiones por medio de servicios públicos que hiciesen olvidar sus pasados extravíos. Como era tan vano como activo, su orgullo le inspiró el deseo de desempeñar bien su mision que exijia tanto valor i sagacidad. Salió de Santo-Domingo con dos carabelas, i llegó el 29 de setiembre a dos leguas del puerto donde estaban anclados los buques de Ojeda. Desembarcó con veinte i cinco hombres resueltos i bien armados, acostumbrados ya a la vida aventurera de los bosques. Cinco de ellos enviados a un reconocimiento le participaron que estaba Ojeda en tierra a muchas leguas de sus buques con solo quince hombres, empleados en hacer pan de cazaba en un lugar indio. Roldan se situó entre él i sus

buques, pensando sorprenderlo ; pero Ojeda lo supo por los indios, a quienes aterraba el solo nombre de Roldan, por sus excesos en Jaragua. Ojeda vió su peligro, pues desde luego supuso que venia Roldan en persecucion suya, i se hallaba interceptado. Con su intrepidez acostumbrada se presentó al punto a Roldan, acompañado solamente de cuatro o seis individuos. Roldan empezó astutamente a hablar de cosas jenerales. Le preguntó despues por qué habia desembarcado en la isla, i particularmente en tan solitaria i remota parte de ella, sin hacer saber su llegada al Almirante. Replicó Ojeda que venia de un viaje de descubrimientos, i habia tocado en la isla para reparar sus buques i procurarse víveres. Roldan le pidió entónces, en nombre del gobierno, sus papeles. Ojeda que conocia el carácter determinado del hombre con quien estaba tratando, refrenó su impetuosidad natural, i le dijo que sus papeles estaban a bordo. Le manifestó ademas su intencion de pasar a Sante-Domingo, con objeto de ofrecer sus respetos al Almirante, a quien tenia muchas cosas que decir en conferencia secreta. Indicó a Roldan que el Almirante habia perdido todo su favor en la corte ; que se hablabá de destruirle, i que la reina, su patrona, estaba desauiciada de los facultativos. A esta indicacion se referia probablemente Roldan en sus despachos al Almirante, en que dice

que Ojeda le habia comunicado ciertos asuntos, que él no creia propio confiar al papel.

Roldan pasó entónces a los buques. Halló a bordo muchas personas conocidas que habian estado ya en Española, i confirmaron lo que Ojeda habia dicho. Le enseñaron una licencia firmada por el obispo Fonseca, como superintendente de los negocios de Indias, autorizándole para hacer un viaje de descubrimientos.

Segun Ojeda i sus compañeros, los exaltados informes que envió Colon de sus últimos descubrimientos en la costa de Pária, sus halagüeñas esperanzas relativas a la riqueza de los recién hallados paises, i las perlas que habia enviado a los soberanos escitaron la codicia de varios aventureros. Casualmente se hallaba entónces Ojeda en España. Como favorito del obispo Fonseca, pudo leer las cartas de Colon a los soberanos, i ver los mapas i cartas náuticas que los acompañaban. Sabia Ojeda que tenia a Colon muy ocupado las sediciones de Española; i sus conversaciones con Fonseca i otros enemigos del Almirante le persuadieron de que existian en el ánimo del rei grandes dudas i sospechas respecto a su conducta, dándose por lo tanto su caída como segura. Se le ocurrió a Ojeda la idea de aprovecharse de aquellas circunstancias, esperando ser por medio de una empresa particular el pri-

mero en recojer las riquezas de las rejiones recién descubiertas. Comunicó su proyecto a su protector Fonseca, quien siempre dispuesto a hacer todo lo que pudiese contrariar los proyectos i oscurecer la gloria de Colon, se mostraba mas propenso a ayudar a los aventureros mercenarios, que a los hombres de elevado espíritu. Concedió a Ojeda cuanto podía facilitar su plan, dándole copia de los papeles i cartas de Colon para seguir su rumbo, i una patente firmada con su nombre, aunque no con el de los soberanos. En esta se estipuló que no tocarse a tierra alguna perteneciente al rei de Portugal, ni a ninguna de las descubiertas por Colon ántes del año de 1495. La última base o condicion manifiesta el pérfido artificio de Fonseca, pues dejaba por ella a Pária i la isla de las Perlas accesibles a la codicia de Ojeda, habiéndose descubierto por Colon despues del año designado. Los buques debian armarse por cuenta de los aventureros, quienes habian de dar a la corona parte de los productos del viaje.

Con esta autorizacion armó Ojeda cuatro buques en Sevilla, asistido por muchos especuladores codiciosos i opulentos. Entre otros el célebre Américo Vespucio, comerciante florentino, reputado mui docto en jeografía i navegacion. El principal piloto de la escuadra era Juan de la Cosa, marinero de nombradía,

i discípulo del Almirante, a quien habia acompañado en su primer viaje de descubrimientos i en el que hizo por la costa del Sur de Cuba i al rededor de Jamaica. Habia tambien otros muchos de los marineros que habian hecho con Colon el viaje a Pária, entre ellos el distinguido piloto Bartolomé Roldan. Tal fué la éspedicion que por un encadenamiento singular de circunstancias, dió el nombre del comerciante florentino Américo Vesputio a todo el Nuevo-Mundo.

Zarpó la flota en mayo de 1499. Los aventureros llegaron al continente del Sur, i visitaron sus costas desde doscientas leguas al Oriente del Orinoco, hasta el golfo de Pária. Guiados por las cartas de Colon, pasaron este golfo e igualmente la boca del Dragon, i se mantuvieron al Occidente hasta el cabo de la Vela, visitando la isla de Margarita i la tierra firme adyacente, i descubriendo el golfo de Venezuela. Tocarón despues a las islas Caribes, donde pelearon con sus fieros habitantes e hicieron muchos prisioneros que pensaban venderlos en los mercados de esclavos de España. De allí, necesitando provisiones, pasaron a la Española, despues de haber hecho el mas dilatado viaje que se habia verificado hasta entónces por las costas del Nuevo-Mundo.

Despues de recojer todos los informes posi-

bles respecto a aquellos viajeros, sus aventuras i designios, Roldan confiado en que Ojeda iria él mismo a presentarse a Colon, volvió a Santo Domingo para dar cuenta del desempeño de su cometido.

CAPITULO VII.

MANIOBRAS DE ROLDAN I OJEDA.

(1500.)

CUANDO supo Colon la naturaleza del viaje de Ojeda, i la licencia con que navegaba, se sintió profundamente agraviado, pues aquella licencia era una infraccion de sus mas importantes prerogativas, sancionada por la misma autoridad que debía haberlas considerado sagradas. Con todo, esperaba pacientemente la prometida visita de Alonso de Ojeda a Santo-Domingo, para obtener esplicaciones. Nunca fué la intencion de aquel aventurero cumplir con tal promesa hecha únicamente para eludir la vijilancia de Roldan. No bien hubo rehabilitado sus bajeles i obtenido provisiones, salió para la costa de Jaragua, a la cual llegó en febrero: Le recibieron bien los españoles residentes en aquella provincia,

proveyéndole de todo lo necesario. Entre ellos habia muchos de los últimos camaradas de Roldan; hombres perdidos i vagos, contrarios a todo orden i freno, que odiaban de corazon al Almirante por haberles sujetado a la saludable férula de las leyes.

Conociendo el arrojo e impavidez de Ojeda, i viendo que habia alguna disension entre él i el Almirante, le saludaron como nuevo caudillo que venia a deshacer sus imaginarios agravios, abandonando a Roldan, a quien consideraban ya como desertor. Quejáronse a Ojeda de la injusticia del Almirante, a quien acusaron de detenerles sus pagas.

Ojeda tenia mucho de precipitado i no poco de jactancioso, por lo que desde luego se constituyó en enderezador de entuertos. Se asegura que dijo que él i Carvajal estaban autorizados por el gobierno para obrar como consejeros, o mas bien como fiscales de Colon, i que una de las primeras medidas que iban a tomar, era obligar al Adelantado al pago de todos los salarios debidos a los servidores de la corona. Pero se nos figura increible que dijese Ojeda semejantes palabras, tan fáciles de desmentir, i que le hubieran desacreditado con el gobierno. Quizás le animaron a mezclarse en aquellos asuntos el poco favor del Almirante en la corte, i su mucha confianza en la poderosa proteccion de Fonseca. Tambien pudo haber creido, como diligentemente

propalaron en España los sujetos con quienes él mas trataba, que la severidad i opresion despótica del Almirante i sus hermanos habian forzado a los colonos rebeldes a adoptar aquellas medidas. Es probable que un sentimiento de jenerosidad que se mezclase con su amor de acciones i empresas, cuando les prometió remediar todos sus males, ponerse a su cabeza, marchar vía recta a Santo-Domingo, i obligar al Almirante a pagarles al punto, o espelerlo de la isla.

La proposicion de Ojeda fué recibida con aclamaciones i gozo por algunos de los rebeldes, pero otros se opusieron a ella. Hubo disensiones a que sucedió una escena violenta, en que murieron muchos i hubo muchos heridos de ambas partes; pero triunfaron los que eran de dictámen de ir a Santo-Domingo.

Afortunadamente para la paz i seguridad de Colon, llegó Roldan a las cercanías en aquel instante mismo, seguido de algunos hombres resueltos. El Almirante le habia enviado a observar los movimientos de Ojeda, cuando se enteró de su llegada a la costa de Jaragua. Supo Roldan los violentos tumultos que habian sobrevenido, i mandó a su antiguo camarada, Diego de Escobar, que le siguiese con toda la fuerza disponible. Llegaron ambos a Jaragua con un dia de diferencia. Entónces ocurrió un ejemplo de la poca fé que regularmente se guardan los malos. Los

primitivos partidarios de Colón, viendo lo decidido que estaba Roldan a servir al gobierno, i perdida toda esperanza de comprometerlo en una nueva sedicion, resolvieron apoderarse de él por sorpresa ; pero no cayó en el lazo, gracias a su sagacidad i vijilancia.

No bien supo Ojeda la marcha de Roldan i de Escobar, se retiró a bordo de sus buques. Aunque de ánimo osado no se hallaba dispuesto en aquel caso a echar mano de las armas, teniendo que pelear desesperadamente i sin provecho alguno contra el gobierno establecido. Roldan hizo entónces amonestaciones análogas a las que estaba acostumbrado a recibir. Escribió a Ojeda una carta reprobando decorosamente su conducta con la cual habia llenado la isla de confusion, i pidiéndole que desembarcase para entrar en una composicion amistosa i acabar todas las diferencias. Ojeda, conociendo la astucia de Roldan, no hizo caso de sus repetidos mensajes, i se negó a su disposicion. Hizo mas : se apoderó de Diego Trujillo, uno de los mensajeros, i no contento con esto, desembarcó repentinamente en Jaragua, i se llevó preso a Toribio de Linares, otro de los camaradas de Roldan,; a ambos les cargó de cadenas ; les detuvo a bordo de su buque en rehenes por un tal Juan Pintor, un marinero manco que se le habia desertado, i amenazó ahorcar a los dos como no se le entregase el marinero.

Varias fueron las astutas evoluciones que practicaron los dos terribles antagonistas, persuadidos ambos de la sagacidad i resolucion de su adversario. Ojeda se hizo a la vela i navegó doce leguas al Norte, hácia la provincia de Cahay, una de las mas bellas i fértiles de la isla, habitada por jente dócil i bondadosa. Roldan i Escobar le siguieron por tierra, i se le acercaron sin demora. Mandó entónces Roldan a su compañero Escobar que en una canoa lijera manejada por indios se dirijiese al buque principal i dijese desde léjos a Ojeda, que puesto que no queria pasar a tierra, Roldan iria a conferenciar con él a bordo si le enviaba un bote para verificarlo.

Ojeda se creyó desde luego al abrigo de su contrario. Inmediatamente despachó un bote que se paró a corta distancia de la orilla, diciendo a Roldan que podia embarcarse. *¿Cuánta jente puede acompañarme?* preguntó éste. *Nada mas que cinco o seis hombres,* le contestaron. Entónces se dirigió al bote, con agua hasta la cintura Diego de Escobar, acompañado de cuatro hombres. Los del bote no quisieron admitir mas. Roldan mandó entónces que entre dos hombres lo llevasen a él para no mojarse. Con esta estratajema hizo ascender a ocho su partida. Apénas entró en el bote, mandó a los marineros que remasen hácia tierra. Negándose a hacerlo él i sus compañeros, los atacaron espada en mano,

hiriendo a muchos, i haciéndolos a todos prisioneros, a escepcion de un flechero indio que se salvó nadando.

Este triunfo fué para Roldan mui importante; Ojeda, ansioso de recobrar su bote, indispensable para el servicio del buque, hizo entónces proposiciones de paz. Se acercó a la playa en el bote mas pequeño, que era el que le habia quedado, acompañado de su primer piloto, cuatro remeros i un soldado. Roldan entró en el que acababa de apresarle con siete remos i quince soldados, dejando en la playa otros tantos hombres i una canoa, para que se embarcasen en caso necesario. Aquellos dos formidables adversarios tuvieron una conferencia bastante característica, conduciéndose ámbos en ella con la mayor cautela. Esta entrevista se efectuó mediando mucha distancia entre ambas partes. Ojeda para justificar sus movimientos hostiles, alegó que habia venido Roldan con fuerza armada para apoderarse de él. Este negó el hecho, i le prometió de parte de Colon la acogida mas amistosa si queria pasar a Santo-Domingo. Al fin se hizo una composicion: se restituyó a Ojeda su bote, i hubo canje de prisioneros, esceptuando Juan Pintor, el marinero manco que se habia ocúltado. Por una de las cláusulas de la capitulacion, Ojeda se hizo a la vela al dia siguiente, amenazando, empero, volver pronto con mas buques i hombres.

Roldan permaneció 'por aquellos contornos, poniendo en duda su partida. Pocos dias despues oyó decir que habia desembarcado en una parte mui lejana de la costa. Al momento salió a buscarle con ochenta hombres en canoas, mandando descubiertas por tierra. Antes de llegar al punto designado Ojeda se habia ya dado a la vela, i no tuvo Roldan otra noticia de él. Las-Casas asegura que o bien desembarcó en algun distrito remoto de Española, o bien en la isla de Puerto-Rico, donde juntó lo que él llamaba su *cabalgadura* o rebaño de esclavos, arrancando de su patria a una multitud de infelices indios que vendió en el mercado de Cádiz.

CAPITULO VIII.

CONSPIRACION DE GUEVARA I MOJICA.

(1500.)

CUANDO los hombres han contraído la costumbre de obrar mal, se atribuyen el mayor mérito a la mas pequeña accion que cometen propia de hombres honrados. Los de Roldan celebraban ellos mismos alta i ruidosamente su lealtad incomparable, i los grandes servicios que habian hecho al gobierno arrojando de la isla a Ojeda. A fuer de pícaros reformados, esperaban que seria pródigamente premiada su buena conducta. Considerando al caudillo que los mandaba poseedor de ilimitadas facultades, i habiéndoles agradado la deliciosa provincia de Cahay, le pidieron se la repartiese para fijarse en ella. Roldan siendo jefe de insurrectos, hubiera accedido desde luego a su demanda; pero habia llegado

un momento en que le convenia dar a conocer su adhesion a las leyes, i dijo que él nada podia otorgar sin la sancion del Almirante. Mas sabiendo que era peligroso contradecir el espíritu turbulento que él mismo habia fomentado entre aquellas jentes, repartió entre ellos algunas propiedades suyas en los territorios de su antiguo huésped Behechio, cacique de Jaragua. Entónces escribió al Almirante pidiéndole permiso para volver a Santo-Domingo, i recibió una carta en que se le daban muchas i prodigaban los mayores elójos por la dilijencia i tino que habia manifestado, indicándole que permaneciese algun tiempo mas en Jaragua, pues podia estar Ojeda todavía cerca de las costas, dispuesto a entrar de nuevo en aquella provincia.

Una causa bastante novelesca produjo en la isla nuevas turbulencias. Llegó por aquellos tiempos a Jaragua un caballero jóven i de distinguida familia, llamado don Hernando de Guevara. Estaba dotado de buen personal i bellos modales, si bien era violento en sus pasiones i libertino en su conducta. Tenia parentesco con Adrian de Mojica, uno de los mas activos agentes de la rebelion de Roldan, i se habia conducido tan disolutamente en Santo-Domingo, que Colon le desterró de la isla. Como no habia otro modo de hacerle salir de ella, se le envió a Jaragua para volver a España en uno de los buques de Ojeda ; pero

llegó despues de la partida de este. Roldan le recibió favorablemente por consideracion a su antiguo camarada Adrian de Mojica, i le permitió escojer lugar para su residencia, hasta que llegasen nuevas órdenes del Almirante. Elijió la provincia de Cahay, i el sitio en que Roldan habia sorprendido el bote de Ojeda. Aunque era uno de los mas deliciosos distritos de aquella hermosa costa, Guevara le escogió solo por su vecindad a Jaragua. Miéntras estuvo en este último punto con permiso de Roldan, fué bien recibido en casa de Anacaona, la viuda de Caonabo, hermana del cacique Behechio. Aquella mujer extraordinaria seguia simpatizando aun con los españoles, a pesar de las vergonzosas escenas de que habia sido testigo ; i con su dignidad característica habia obtenido el respeto hasta de la chusma licenciosa que poco ántes infestaba su provincia. Tenia una hija de su difunto marido el cacique Caonabo, cuyas gracias acababan entónces de desarrollarse, i que era sumamente admirada por su belleza. Guevara, hallándose frecuentemente en su compañía, se enamoró de ella ; i sus atenciones no tardaron en ganar el corazon de la inocente jóven india. Para estar cerca de su amada, escogió la residencia de Cahay, donde su primo Adrian de Mojica tenia varios perros i halcones para la caza. Guevara dilató su partida ; pero habiendo descubierto Roldan el

objeto que le traia a Jaragua, le advirtió que desistiese de sus pretensiones, i le mandó salir de la provincia. Las-Casas insinuá que tambien Roldan amaba a la jóven india, i estaba celoso de la preferencia que esta daba a su rival. Anacaona, la madre de Higuamota, fascinada por la elegante apariencia i bellos modales del enamorado caballero, favorecia su pasion, tanto mas cuanto que Guevara le pedia su hija en matrimonio. A pesar de las órdenes de Roldan, permanecia Guevara en Jaragua i en casa de Anacaona, desde donde mandó por un sacerdote para que bautizase a su futura esposa.

Roldan al saber estó envió a llamar a Guevara i le reprendió agriamente, porque seguia en Jaragua con el designio de engañar a Anacaona, i estraviando el afecto de su hija. Guevara confesó la fuerza de su pasion, i atendida la pureza de sus intenciones, pidió permiso para prorogar su residencia en Jaragua. Roldan se manifestó inflexible, alegando que el Almirante podia no estar conforme con el permiso que él le diese i sospechar de su propia conducta; pero parece que lo que motivaba su negativa era el deseo de separar de allí un rival que frustraba todos sus proyectos amorosos. Guevara obedeció; permaneció tres dias en Cahay; pero no pudiendo vivir ausente de su adorada, volvió a Jaragua con cuatro o cinco amigos, i se ocultó en ca-

sa de ella misma. Roldan, que adolecía entonces de una afección de ojos, al saber su vuelta, le dirigió reconvenciones por su desobediencia, i le mandó volver al instante mismo a Cahay. El joven caballero adoptó entonces diferente lenguaje. Contestó a Roldan aconsejándole que no se crease contrarios, cuando tenía tanta necesidad de amigos, pues él sabía positivamente que pensaba el Almirante mandarle cortar la cabeza. Entonces Roldan en uso de su autoridad, le ordenó salir de aquella parte de la isla, i presentarse a Colon en Santo-Domingo. Para no verse enteramente privado de la presencia de su belleza india, refrenó el maicebo su violencia. Trocó su altivo tono en humilde súplica, i Roldan, vencido por su misión, le permitió permanecer por entonces en la parte de la isla que él mismo había elegido.

Pero debía Roldan recoger los frutos del mal sembrado por su mano. Inspiró el desprecio de las leyes a sus antiguos compañeros, i era natural que se viese espuesto a los efectos de la anarquía que era obra suya. Guevara, irritado con los obstáculos que se oponían a su pasión, acarició proyectos de venganza. Formó un partido de los antiguos secuaces de Roldan, que detestaban como magistrado al hombre que idolatraron como caudillo. Se resolvió revelarse súbitamente contra él, i o bien matarle o sacarle los ojos.

Al saber Roldan la conjuracion, procedió contra ella con la prontitud de un rayo. Fué preso Guevara en la mansion de Anacaona, a la vista de su futura esposa, quedando arrestado tambien siete de sus cómplices. Roldan informó desde luego al Almirante, sin cuya autoridad, decia, no se resolvía a tomar medida alguna, sobre todo no siendo juez imparcial en aquel caso. Colon, que se hallaba entónces en el fuerte de la Concepcion, en la Vega, mandó trasladar los presos al de Santo-Domingo.

Estas medidas vigorosas de Roldan contra sus antiguos camaradas produjeron inmediatas revueltas. Adrian de Mojica, al saber que estaba preso su primo Guevara por órden de Roldan su confederado, se exasperó sobremanera i resolvió vengarse. Pasó inmediatamente a Bonaó, perenne foco de sediciones, a pedir ayuda a Pedro Riquelme, alcalde recientemente nombrado por Roldan. Riquelme se la concedió gustoso, i partieron ambos a varios sitios de la Vega, donde los rebeldes vivian en las tierras que habian recibido, para incitarlos a tomar parte en sus proyectos. La propension de aquellos hombres a las revueltas era irresistible. Guevara era mui apreciado de todos, i la conducta de Roldan se calificó de intervencion despótica para impedir un himeneo agradable a ambas partes, i beneficioso para la colonia. No hai nadie tan

detestado de los que han sido sus amigos como un ladron reformado, o un rebelde sirviendo a la justicia. Las antiguas escenas tumultuosas se renovaron; las armas, depuestas apénas de las recientes rebeliones, se empuñaron de nuevo, i empezaron los preparativos para la accion. Mojica tuvo pronto un cuerpo de audaces i abandonadas jentes, prontas a seguirle con armas i caballos en cualquier empresa desesperada. Alentado por la impunidad que habian tenido sus primeros actos, amenazó con otros mas atroces aun, proponiéndose no solo rescatar a su primo, sino dar muerte a Roldan i al Almirante.

Colon se hallaba en la Concepcion con poca jente, miéntras se fraguaba este peligroso complot en las cercanías. No temiendo ninguna hostilidad próxima de personas a quienes habia colmado de favores, hubiera sido su víctima a no tener conocimiento del plan por un desertor de los conspiradores. De una sola mirada sondeó el abismo que le rodeaba i vió la tormenta que amenazaba la isla. Conociendo que habia pasado el tiempo de la templanza, determinó dar un golpe que cortase todas las cabezas de la hidra de la rebellion.

Con seis o siete criados de confianza i tres escuderos, todos bien armados, se dirigió por la noche a la residencia de los sediciosos, los cuales confiados en lo secreto de su plan i en

la apacibilidad mostrada últimamente por el Almirante, estaban descansando sin precaucion alguna. Los sorprendió Colon; se apoderó de Mojica i de varios de sus principales cómplices i se los llevó presos al fuerte de la Concepcion. El momento era crítico; la Vega estaba pronta a sublevarse; tenia en su poder al que era cabeza del motin, i era necesario un escarmiento que aterrara a los facciosos. Mandó que se colgase a Mojica del asta de la bandera. Pidiendo el reo que se le permitiese confesar ántes de morir, se le envió un sacerdote. El miserable Mojica, tan intrépido i arrogante en la rebelion, perdió todo su ánimo delante de la muerte. Procuró prolongar su confesion empezando i deteniéndose, i empezando de nuevo, i otra vez vacilando, como si aguardase que el tiempo le trajese un indulto. En vez de confesar sus propios pecados, acusó de criminales a otros que se sabia eran inocentes; hasta que Colon, indignado en vista de tanta falsedad i apurada ya la paciencia, mandó que arrojasen al rebelde de las murallas abajo. Muchos de los cómplices de Mojica fueron condenados a muerte; pero se suspendió por entónces la sentencia.

Este repentino acto de severidad fué seguido prontamente de otros no ménos fulminantes. Antes que los conspiradores tuviesen tiempo de salir de su estupor, Pedro Riquel-

me i algunos de sus compañeros fueron sorprendidos en Bonao i llevados al fuerte de Santo Domingo, donde se hallaba tambien el que fué causa de esta segunda rebelion, Hernando de Guevara, el amante de la princesa india. Tan inesperados actos de rigor, ejercidos por una autoridad que tan blanda habia sido, produjeron el deseado efecto. Los conspiradores amilanados huyeron en su mayor parte a Jaragua, su favorito retiro. Pero no se les permitió reunirse allí de nuevo, ni tramar nuevas conspiraciones. El Adelantado i Roldan los siguieron con la actividad i vigor que a ambos caracterizaban. Se dice que el Adelantado llevaba consigo un sacerdote para que a medida que prendiese a los delinquentes, los confesase i en seguida los mandaba ahorcar en el lugar mismo ; pero lo mas probable es que los enviaba prisioneros a Santo Domingo. Tuvo una vez diez i siete de ellos presos en un calabozo comun, esperando que se viese su causa miéntras seguia persiguiendo sin descanso a los demas.

Prontas i severas eran estas medidas ; pero considerando cuánto tiempo habia Colon sufrido a aquellos hombres, cuánto les habia cedido i sacrificado, cuánto le habian interrumpido en sus grandes empresas, menoscabando el bien de la colonia con sus continuadas sediciones ; si consideramos cuánto habian abusado de su lenidad, i provocado i menos-

preciado su autoridad i la de las leyes, atentando al fin contra su vida, no debemos admirarnos de que dejase caer al cabo la espada de la justicia sobre tan contumaces criminales.

La faccion estaba ya del todo subyugada, i pronto empezaron a sentirse los buenos efectos de varias medidas tomadas por Colon en beneficio de la isla después de su última llegada a ella. Los indios, viendo la ineficacia de la resistencia, se sometieron resignados al yugo. Muchos de ellos dieron señales de civilizacion i adoptaron vestidos. La cristianidad tambien empezó a progresar entre ellos. Los españoles cultivaban ya sus tierras diligentemente, ayudados por los indios, i todo ofreció el halagüeño aspecto de una prosperidad creciente.

Colon atribuyó tan feliz peripecia a la intervencion especial del cielo. Expresa decididamente esta opinion en sus cartas, recordando una de aquellas visiones fantásticas que visitaban a veces su imaginacion en el desarreglo de la ansiedad o en el parisismo de las enfermedades. En el invierno precedente, hacia la pascua, cuando le amenazaban con guerras los indios con insurrecciones sus jentes, cuando desconfiaba de los hombres que tenia cerca, i temia que su favor declinase en la corte, cayó por algun tiempo en un abatimiento profundo. En medio de su tristeza ya

casi abandonado a la desesperacion, refiere él que oyó una voz que le decia: “¡Hombre “de poca fé, nada temas ni te apures! Yo te “protejeré. Los siete años del término de oro “no han espirado, i en esto, i en todas las “otras cosas, yo tendré cuidado de tí.” Aquel mismo dia, añade, recibió nuevas del descubrimiento de un distrito riquísimo en minas. La imaginaria promesa de ayuda divina, tan milagrosa i misteriosamente dada, le pareció despues aun mas rigurosamente cumplida. Las turbaciones i peligros que le habian últimamente rodeado, estaban ya vencidos, sucediendo a ellos una apacible calma. Entónces esperaba la continuacion de su empresa por tanto tiempo interrumpida, la exploracion de las rejiones de Paria, i el establecimiento de una pesquería en el golfo de las Perlas. ¡Cuán engañosas eran sus esperanzas! ¡En aquel momento mismo se estaban desenvolviendo sucesos que debian agoviarle, arrancándole sus honores, i dejándole como una ruina de sí mismo durante todo el resto de su vida!

LIBRO XIII.

CAPITULO PRIMERO.

REPRESENTACIONES DIRIJIDAS A LA CORTE CONTRA COLON.—BOBADILLA AUTORIZADO PARA EXAMINAR SU CONDUCTA.

(1500.)

MIENTRAS estaba Colon envuelto en una série inmensa de dificultades en la isla Española, sus enemigos estaban minando con har-to buen éxito su reputacion en la corte de España. El informe de su anticipada desgracia, dado por Ojeda, no era del todo infundado. Se consideraba próximo aquel fatal suceso, i la perfidia hacía para acelerarlo toda clase de esfuerzos. Los buques que procedian del Nuevo-Mundo, llegaban a España cargados de quejas, representando el carácter de Colon i de sus hermanos bajo el mas odioso

punto de vista, haciéndoles aparecer a todos como hombres nuevos, hinchados por su repentina elevacion, no acostumbrados al mando, arrogantes e insultantes en su conducta con respecto a los caballeros de noble cuna i elevado espíritu, opresores de la jente ordinaria, i crueles con los indios. La insidiosa insinuacion de que eran extranjeros, i no podian tener interes verdadero en la gloria de España ni en la prosperidad de los españoles, aunque al parecer tan despreciable, no dejó de producir poderoso efecto. Hasta tal punto se valieron de ella sus enemigos, que llegaron a acusar a Colon del designio de saeudir los compromisos que le unian a España, i proclamarse él mismo soberano de los paises que habia descubierto, o cedérselos a otra potencia. Esta calumnia, con ser tan extravagante, era mui propia para alarmar el ánimo suspicaz de Fernando. Es cierto, que por todos los buques enviaba Colon informes de las causas i naturaleza de los males que aflijian la isla, implorando e indicando remedios, que debidamente administrados hubieran podido ser eficaces. Pero sus cartas, recibidas a largos intervalos, hacian cuanto mas en el ánimo del monarca, una impresion pasajera que era rápidamente borrada por la influencia de activas e incesantes calumnias.

Sus enemigos, teniendo siempre medios de hablar a los soberanos, podian poner los car-

gos contra él en el mas ofensivo punto de vista, i neutralizar secretamente la fuerza de las vindicaciones de Colón. Tenian una lójica muí cómoda que la usaban de continuo para probar el mal gobierno o la mala fe de Colón: los incesantes gastos que sufragaba la metrópoli para el mantenimiento de la colonia. ¿Podian estos concebirse despues de las extravagantes pinturas que habia presentado de la isla i de sus montañas doradas, en que pretendia haber hallado el Ofir de la antigüedad, manantial de todas las riquezas de Salomón? De sus exajeraciones inferian que habia con ellas engañado de intento a los soberanos, o que los defraudaba malversando los fondos, o que era del todo incapaz para tener las riendas del gobierno.

Sabian los intrigantes que el engaño de que creia Fernando ser víctima, viendo que las nuevas posesiones, mas bien le acarreaban gastos que ganancias, tenia mucho peso en su ánimo. Las guerras a que su ambicion le lanzaba, habian agotado sus recursos. Esperaba confiado que el Nuevo-Mundo le daria sobrados medios para proseguir sus triunfos, i oia con impaciencia las frecuentes peticiones que de él llegaban a su estenuado tesoro. Para irritarle mas i mas i redoblar su resentimiento, cuantos desengañados volvian de la colonia, eran instigados por la faccion hostil a reclamar pagas que Colón les debia, o pér-

didadas sufridas en su servicio. Así sucedió especialmente con los rufianes que habian sido embarcados para librar a la isla de sus sediciones. Llegaron a la corte de Granada, i cuando el rei salia a caballo, le acosaban con sus lamentos i reclamacion de sus pagas. Un dia cincuenta de aquellos vagabundos pudieron penetrar en el patio interior del Alhambra, a que daban las estancias reales, mostrando racimos de uvas como único sustento que su pobreza les habia dejado, i criticando en alta voz los engaños del Almirante, i el cruel abandono en que los tenia el gobierno. Casualmente pasaron por allí los dos hijos de Colon, que eran pajes de la reina, i oyeron esas terribles imprecaciones: allá van los hijos del Almirante, los cachorros del que descubrió la tierra de la vanidad i de ilusiones, la tumba de los hidalgos de España.

Tan perseverante repetición de falsedad, se abre poco a poco camino hasta en el alma mas cándida. La misma Isabel empezó a dudar de la conducta de Colon. Cuando eran tan universales e incesantes las quejas, por precisión habian de tener algun fundamento. Colon i sus hermanos, podian, aunque justos, ser indiscretos; i en el gobierno, con mas frecuencia se cometen errores por ignorancia que por malicia. Las cartas escritas por el mismo Colon eran una lamentable pintura de la confusión de la isla. ¿No podia esto provenir de la

incapacidad o debilidad de sus gobernadores? I aun concediendo que los abusos que prevalecian naciesen en gran parte de la enemistad de la jente hácia el Almirante i sus hermanos, i de sus preocupaciones contra ellos por ser extranjeros ¿era prudente confiar tan importante i lejano gobierno a personas tan despopularizadas?

Estas consideraciones pesaron no poco en el ánimo de Isabel, i mucho mas en el del cauteloso Fernando, el cual nunca habia mirado a Colon con mui buenos ojos, i desde que conoció la importancia de sus descubrimientos, se arrepintió de haber puesto tanta fuerza a su disposicion. Los amargos clamores que levantaron durante la breve administracion del Adelantado i la sedicion de Roldan, determinaron al fin al rei a enviar una persona de habilidad e importancia que estudiase los negocios de la colonia i se apoderase, si era necesario, de su mando. Esta medida de tanta consecuencia parece que se habia ya tomado, i aun estendido poderes para llevarla a efecto, en la primavera de 1499; pero se aplazó hasta el año siguiente dándose varias razones para la dilacion. Los importantes servicios de Colon en el descubrimiento de Pária i de las islas de las Perlas, pudieron ejercer alguna influencia en el ánimo real. La necesidad de armar una escuadra en aquellos momentos para cooperar con los venecianos a hostilizar

a los turcos; la amenazadora actitud i movimientos de tropas del nuevo rei de Francia Luis XII; la rebelion de los moros de las Alpujarras en el recién conquistado reino de Granada, todas estas circunstancias se han alegado como razones para aplazar una medida de tanta consideracion, i que podia tener tan tristes resultados, respecto a las posesiones nuevamente descubiertas. La causa mas probable, es la repugnancia que tenia Isabel en abochornar a un hombre a quien miraba con la mayor gratitud i la debida admiracion. Al fin la llegada de los buques con los facciosos de Roldan, aceleró la crisis. Verdad es que Ballester i Barrantes venian en los bajeles para representar con justicia los negocios de la isla; pero les acompañaba una turba de testigos favorables a Roldan, con muchas cartas escritas por él i sus confederados, en que atribuian todos los acontecimientos funestos a la tiranía de Colon i sus hermanos. Desgraciadamente el testimonio de los rebeldes pesó mas que la verdad en el ánimo de Fernando, i una circunstancia especial enajenó a Colon el cariño de Isabel, que hasta entónces habia sido su principal apoyo.

Habiendo tomado la reina un interes maternal por la felicidad de los indios, la habia Colon ofendido repetidas veces, esclavizando a los que capturaba en la guerra, aun cuando sabia que era este modo de proceder contra-

rio a los deseos de la reina. Los mismos buques que trajeron a España a los compañeros de Roldan, conducian tambien gran número de esclavos. Colon se habia visto obligado a conceder algunos a aquellos hombres por los artículos de la capitulacion; otros habian sido embarcados clandestinamente. Entre ellos venian las hijas de varios caciques seducidas i arrancadas de sus hogares por aquellos libertinos. Muchas estaban en cinta, otras con hijos recién nacidos. Todas las trasferencias de aquellos desdichados se atribuyeron a Colon, haciendo a la reina las mas odiosas pinturas sobre el particular. Su sensibilidad como mujer, i su dignidad como reina, se reaccionaron a la vez. «¿Qué derecho, exclamó indignada, tiene el Almirante para regalar mis vasallos?» Determinó entónces resueltamente manifestar el odio que la inspiraban aquellos ultrajes a la humanidad, i mandó que se restableciesen todos los indios a su patria i a sus familias. Hasta fué retrospectiva la órden; pues decía, que tambien se buscasen i llevasen de nuevo a Española, los que ántes habia enviado el Almirante. Desgraciadamente para Colon en estas circunstancias, habia aconsejado en una de sus cartas la continuacion por algun tiempo de la esclavitud india, considerándola de suma utilidad para la colonia, lo que contribuyó a irritar a Isabel, i la indujo a permitir que se enviase una co-

misión para investigar su conducta, i quitarle el mando en caso necesario.

Fernando se halló mui perplejo al nombrar esta comisión, vacilando entre un sentimiento justo de lo que merecian los servicios i carácter de Colon, i el deseo de despojarlo con delicadeza de los poderes que le habia dado. Al fin le suministraron un pretesto las últimas cartas del mismo Almirante, i resolvió no desaprovecharlo. Colon le habia suplicado repetidamente que le enviase alguna persona de probidad i talento, un abogado jurisperito que ejerciese las funciones del juez; pero cuyos poderes fuesen tan limitados, que no menoscabasen en lo mas mínimo su propia autoridad como virei. Tambien le suplicaba nombrase un árbitro imparcial, que diese su fallo en sus disensiones con Roldan. Fernando se propuso satisfacer sus deseos, pero uniendo aquellos dos oficios en uno; i como la persona que nombrase tenia que decidir en materias enlazadas con las funciones mas altas del Almirante i sus hermanos, se le dió poder para que si los hallaba culpables, se apoderase él mismo de su gobierno; lo que era un modo mui singular de asegurar la imparcialidad.

La persona escogida para un oficio tan delicado fué don Francisco de Bobadilla, oficial de la casa real, i comendador de una de las órdenes militares. Oviedo nos le pintó un hom-

bre mui recto i relijioso; pero otros dicen, i sus acciones corrobóran su aserto, que era pobre, violento i ambicioso, tres razones que se oponian a ejercer debidamente los deberes de la judicatura, en un caso que exijia la mayor paciencia, buena fé i circunspeccion, pudiendo el juez derivar poder i opulencia de la conviccion de una de las partes.

La autoridad concedida a Bobadilla se define en cartas existentes todavía, que merecen analizarse cronológicamente, porque parece que los tiempos i las circunstancias hicieron variar a cada paso las intenciones reales. La primera se espidió en 21 de marzo de 1499, i hace mérito de la queja dada por el Almirante, contra un alcalde i otras personas que se habian rebelado contra él. Por lo cual, añade la carta, os mandamos informaros de la verdad de lo antedicho; averiguar quien i cuales personas fueron las que se levantaron contra el dicho Almirante i nuestra majistratura; i por qué causa; i qué robo i otras injurias han cometido; i ademas, estender nuestras investigaciones a todas las otras materias relativas a las premisas; i obtenido el informe i sabida la verdad, cualquiera que halleis culpables, aprestad sus personas i secuestrad sus efectos; i ya aprehendidos, proceded contra ellos i los ausentes civil i criminalmente, imponiéndoles las multas i castigos que creais propios. Para llevar esto a efecto, se autorizó a Bobadilla,

en caso de necesidad, a pedir asistencia al Almirante, o a cualquier otro empleado público.

Los poderes anteriores se dirijen manifiesta i únicamente contra los rebeldes, i están dados a consecuencia de las quejas de Colon. Otra carta de fecha de 21 de mayo, es decir, escrita dos meses despues de la primera, es ya muy diferente. Sin nombrar a Colon, se dirige a los consejeros, justicias, rejidores, caballeros, escuderos, oficiales i propietarios de las islas i Tierra firme, informándolos del nombramiento de Bobadilla para el gobierno, con plena jurisdiccion civil i criminal. Entre las facultades especificadas es de notar la que sigue: «Es nuestra voluntad, que si el dicho comendador Francisco Bobadilla creyese necesario para nuestro servicio i los fines de la justicia, que cualesquiera caballero u otras personas que están al presente en aquellas islas, o que lleguen en adelante, las abandonen, i no vuelvan a residir en ellas, i que vengán i se presenten ante nos, se lo pueda mandar hacer así en nuestro nombre, i obligarlos a partir; i a quien quiera que así se lo mandare, por la presente ordenamos, que inmediatamente, sin detenerse a hacernos preguntas o consultas, o recibir de nos otra carta u órden, i sin interponer apelacion ni súplica, obedezca aquella que él diga i mande, bajo las penas que imponga en nombre nuestro, etc., etc.»

En otra carta de fecha tambien de 21 de mayo, en que se titula a Colon simplemente Almirante del mar Océano se manda a él i sus hermanos entregar las fortalezas, bajeles, casas, armas, municiones, ganados i todas las demas propiedades reales a Bobadilla como gobernador, bajo pena de sufrir el castigo a que se sujetan aquellos que rehusan rendir fortalezas i otros puestos de confianza, cuando se lo ordenan sus soberanos.

Otra de 26 de mayo dirigida a Colon con el sencillo título de Almirante, es una mera carta credencial, mandándole dar fé i obediencia a lo que Bobadilla dijese,

Las cartas segunda i tercera son provisionales, i solo debian mostrarse, si despues del debido exámen apareciesen tan delincuentes Colon i sus hermanos, que mereciesen ser destituidos de sus funciones.

Este golpe terrible estuvo suspenso, como se ha dicho, por espacio de un año, pero es indudable que se hablaba de él, i era esperado con ánsia por los enemigos de Colon, como lo prueba la asercion de Ojeda, que salia de España por el tiempo en que se firmaron las cartas, i que tenia comunicacion íntima con el obispo Fonseca, el principal instrumento que obró para la adopcion de tal medida. La misma licencia que del obispo recibió Ojeda para hacer un viaje de descubrimientos, está en oposicion con las prerogativas del Almi-

rante, i parece ser ya un síntoma precursor de su inmediata caída ; lo que como ya se ha observado, explica la turbulenta conducta de Ojeda en Jaragua.

Al fin se llevó a efecto la proyectada medida. Bobadilla salió para Santo-Domingo a mediados de julio de 1500, con dos carabelas en que iban veinte i cinco hombres como una especie de guardia, alistados para un año de servicio. Tambien le acompañaban seis frailes encargados de la educacion de muchos indios que volvian a su pais. Ademias, llevaba Bobadilla el encargo, por real órden, de hacerse cargo de los atrasos de sueldos debidos a los que servian al rei, pagándolos de contado, i de obligar al comandante a satisfacer lo que por su parte adeudaba, «de modo que aquella jente recibiese lo que era suyo i no se oyeran mas quejas.” I como complemento de todos estos poderes llevaba Bobadilla muchas cartas firmadas en blanco por los soberanos, para llenarlas del modo, i dirijirlas a las personas que creyese propio, relativamente a la mision que se le habia confiado.

CAPITULO II.

ILEGADA DE BOBADILLA A SANTO-DOMINGO.—SE APODERA VIOLENTAMENTE DEL MANDO.

(1500.)

COLON seguia en el fuerte de la Concepcion, arreglando los negocios de la Vega despues de la sedicion i catástrofe de Mojica ; su hermano el Adelantado persiguiendo con Roldan a los rebeldes fuji ivos en Jaragua, don Diego de gobernador interino de Santo-Domingo. La faccion se habia destruido ella misma, los rebeldes se despedazaron mutuamente, i la isla respiraba ya libre del dominio i violencia de aquellos desalmados.

Tal era el estado de los negocios, cuando en la mañana del 23 de agosto se divisaron dos carabelas a cosa de una legua de distancia del puerto de Santo-Domingo. Estaban virando de bolina, i esperando la brisa de mar

que suele levantarse a las diez de la mañana, para entrar en el puerto. Don Diego Colon buques supuso que eran procedentes de España con víveres, i esperaba hallar a bordo a su sobrino Diego, pues el Almirante habia pedido se lo enviasen para ayudarle en el mando. Una canoa salió inmediatamente a tomar informes, i acercándose a las carabelas, preguntó qué nuevas traian, i que si estaba a bordo don Diego, el hijo del Almirante. Bobadilla mismo respondió desde el buque principal, anunciándose como comisionado para juzgar la última rebelion. El patron de la carabela pidió entónces nuevas de la isla, i los de la canoa le contaron las recientes transacciones i sucesos. Siete rebeldes habian sido ahorcados aquella semana, i cinco mas estaban en el fuerte de Santo Domingo, condenados a sufrir la misma pena. Entre estos se contaban Pedro Riquelme i Fernando de Guevara, el caballero cuya pasion por la hija de Anacaona habia sido la causa primordial del motin. Se siguieron otras pláticas que hicieron saber a Bobadilla que el Almirante i el Adelantado estaban ausentes, i don Diego Colon mandando. Cuando volvió la canoa a la ciudad, i se supo que habia llegado un comisionado para entender en las turbaciones últimas, hubo suma agitacion entre los colonos. Se formaron corrillos en todas direcciones: los que habian tenido mal comportamiento se llenaron

de consternacion, miéntras que los que tenian agravios, reales o supuestos de que quejarse, especialmente aquellos que tenian pagas atrasadas, aparecieron con alegres semblantes.

Al entrar en el rio los bajeles, vió Bobadilla a cada lado una horca con los cuerpos de dos Españoles suspendidos de ellas, los cuales manifestaban que hacia poco tiempo que habian sufrido la muerte. El comisionado consideró este espectáculo como prueba concluyente de la crueldad de Colon. Muchos botes pasaron a los buques, pues todos querian apresurarse en obsequiar al nuevo censor público. Bobadilla permaneció a bordo todo el dia, enterándose de los rumores locales; i como los que deseaban asegurar su favor eran los que mas tenian que temer las investigaciones, es evidente que la naturaleza de todos aquellos informes era contraria a Colon. En efecto, ántes de salir en tierra i aun quizas ántes de haber llegado, estaba la culpabilidad de Colon decidida en la mente de Bobadilla, quien al dia siguiente desembarcó con toda su comitiva, i fué a oír misa a la iglesia, encontrando en ella a don Diego Colon, a Rodrigo Perez, lugar-teniente del Almirante, i a otras jentes de suposicion. Acabada la misa, i habiéndose juntado a la puerta de la iglesia aquellas personas, i una multitud de populacho, mandó Bobadilla leer las patentes que le autorizaban para investigar las causas de la rebelion;

apoderarse de las personas, secuestrar la propiedad de los delincuentes i proceder contra ellos con todo el rigor de las leyes ; i previniendo, en fin, al Almirante i a las otras autoridades, que le ayudasen a llenar sus deberes en cuanto él pidiera. Habiéndose leído la carta, pidió a don Diego i a los alcaldes le entregasen las personas de Fernando Guevara, Pedro Riquelme i los otros presos, con las declaraciones que habia dado ; i ordenó ademas que se le presentasen las partes que los acusaban, i las que los habian mandado arrestar.

Don Diego replicó que aquellos procedimientos habian emanado de órdenes del Almirante, cuya autoridad era superior a la que pudiese tener Bobadilla, i sin la cual él no podia hacer cosa alguna. Le pidió al mismo tiempo una copia de la patente que traia, para enviársela a su hermano, a cuyo cargo estaban tales negocios. Bobadilla rehusó dársela, observando que si don Diego no podia hacer cosa alguna, era inútil entregarle copias. Añadió que puesto que parecia que el oficio i autoridad que habia proclamado no eran por ellos reconocidos, le era forzoso probar su poder de gobernador ; i les haria ver que su mando era no solo superior al suyo sino tambien al del Almirante.

La pequeña ciudad quedó atónita esperando las portentosas maniobras de Bobadilla,

quien al dia siguiente fué a misa, resuelto a apoderarse ya del mando, que no debia haber tomado sino despues de una minuciosa investigation i evidentes pruebas de la mala conducta del Almirante. Despues de la misa delante pueblo curioso que se habia juntado al rededor de la puerta de la iglesia, Bobadilla en presencia de don Diego i de Rodrigo Perez, mandó que se leyese la otra patente real, nombrándole gobernador de las islas i tierra firme.

Leido el despacho recibió Bobadilla el juramento acostumbrado, i exigió despues la obediencia a don Diego, Rodrigo Perez i a todos los presentes; i con la autoridad que aquel documento le daba, pidió otra vez los presos de la fortaleza. Don Diego i Rodrigo Perez replicaron, que miraban con la mayor deferencia las cartas de S^s. M^m.; pero observaron de nuevo que estaban encargados de los prisioneros por mandato del Almirante, a quien habian concedido los soberanos patentes de mas alta naturaleza.

El amor propio de Bobadilla se irritó delante de tamañas dificultades, especialmente al observar el efecto que producian en el pueblo, quien dudaba al parecer de su autoridad. Entónces manifestó el tercer mandato de la corona, ordenando a Colon i sus hermanos, que entregasen todas las fortalezas, buques i demas de propiedad real. Para poner al pú-

blico completamente de su parte, leyó también el mandato adicional expedido el 30 de mayo del mismo año, acerca del pago de los atrasos de sueldos debidos por el rei, en que se obligaba al Almirante a satisfacer los que él debiese.

Este último documento fué acogido con aplausos por la multitud, pues varios de los que la componian tenían muchos alcances a consecuencia del mal estado del tesoro. Animado con esta popularidad, pidió Bobadilla otra vez los prisioneros, amenazando tomarlos por fuerza si se le negaban. Habiendo obtenido la misma respuesta, partió a la fortaleza a ejecutar sus amenazas. Mandaba este puesto Miguel Diaz, el caballero aragonez que se habia refugiado entre los indios de las márgenes del Ozema, merecido el afecto de la cacique Catalina, i dado noticias de las minas de los alrededores, para atraer a sus paisanos a aquellos distritos.

Bobadilla se presentó delante de la fortaleza i halló cerradas las puertas, i al alcaide Miguel Diaz entre las almenas. Mandó que se leyesen en alta voz sus despachos, que se levantasen e hiciesen ver las firmas i sellos, i pidió despues la entrega de los presos. Diaz le suplicó le entregasen copia de los papeles leídos, la cual rehusó Bobadilla, diciendo que el tiempo era crítico, pues los presos estaban sentenciados a muerte i esta podia ejecutarse

de un momento a otro. Amenazó al mismo tiempo sino se le entregaban con valerse de la fuerza, haciendo a Diaz responsable de cuanto sucediese. El experimentado alcaide pidió tiempo para contestar, i una copia de las cartas, diciendo que tenia la fortaleza en nombre del rei por orden del Almirante su señor, que habia ganado aquellas islas i territorios, i que cuando éste llegase obedecería sus órdenes.

El furor de Bobadilla llegó a su colmo al oír la negativa del alcaide. Juntando la jente que habia traído de España con los marineros de los buques i la hez del pueblo, los exhortó a ayudarle a apoderarse de los presos, pero sin dañar a nadie, a ménos que hubiese resistencia. Era ya Bobadilla el ídolo de la multitud. Al anocheecer salió a la cabeza de aquella turba heterojénea para asaltar una fortaleza sin guarnicion, formidable no mas que en apariencia, pues solo estaba construida para resistir los ataques de jentes desnudas i casi sin armas. La descripcion de esta hazaña tiene algo de ridículo. Bobadilla asaltó con heróica impetuosidad la puerta, cuyos débiles cerrojos saltaron al primer empuje, i le dieron libre acceso. Entre tanto, empero, sus celosos mirmidones pusieron escalas a la muralla, i subieron armados por ellas como si esperasen una desesperada resistencia. El alcaide Miguel Diaz i don Diego de Alvarado fueron los únicos que se presentaron a la

muralla, i aunque tenian las espadas desnudas, no se defendian. Bobadilla entró triunfante en el fuerte, donde halló a los prisioneros aherrojados en un cuarto. Mandó que los trasladasen al torreón del fuerte, i despues de hacerles algunas preguntas por mera ceremonia, los entregó a un alguacil llamado Juan de Espinosa.

Así empezó Francisco de Bobadilla el ejercicio de su autoridad. Habia invertido el orden de sus instrucciones, apoderándose del gobierno ántes de investigar la conducta de Colon. Del mismo modo prosiguió despues, obrando como si aquellas diferencias hubiesen ya sido juzgadas en España, i él enviado únicamente para quitar al Almirante sus empleos i no para averiguar de qué manera los ejercia. Tomó para su residencia la casa de Colon, apoderándose de sus armas, oro, plata, joyas, caballos, libros, cartas i otros escritos públicos i privados, i hasta de sus mas secretos papeles. No dió cuenta alguna de esta propiedad, que sin duda consideraba ya confiscada, si bien pagó de ella los salarios que el Almirante debia. Para aumentar su popularidad, proclamó al segundo dia de su mando una licencia jeneral por el término de veinte años para buscar oro ; dando solo la undécima parte al gobierno en vez de la tercera como hasta entónces se habia hecho. Al mismo tiempo habló de Colon del modo mas

indecoroso, diciendo que tenia poder para mandarlo cargado de grillos a España, i que ni a él ni a ninguno de su linaje se le permitiria jamas volver a gobernar en la isla.

CAPITULO III.

COLON LLAMADO ANTE BOBADILLA.

(1500.)

CUANDO Colon tuvo noticia de los procedimientos de Bobadilla, los consideró actos sin autoridad, cometidos por algun osado aventurero como Ojeda. Despues de haber el gobierno abierto la puerta a las empresas particulares, debia esperar ver cruzada de continuo su carrera i su jurisdiccion invadida por audaces individuos, finjiéndose autorizados para intervenir en los negocios de la colonia. Despues de la partida de Ojeda, otra escuadra habia llegado a la costa i producido pasajera alarma, siendo una expedicion que mandaban los Pinzones, con los soberanos para hacer descubrimientos. Tambien se habia hablado, pero sin fundamento, de otra flota que se veia al rededor de la isla.

La conducta de Bobadilla tenia todas las apariencias de una usurpacion. Se habia apoderado a la fuerza del fuerte, i por consecuencia de la ciudad. Habia expedido estravagantes licencias, injuriosas al gobierno, sin mas objeto visible que el de hacerse partidarios en el público; i habia amenazado con poner grillos a Colon. Este hombre no podia, en efecto, tener la sancion del gobierno para tan escandalosas providencias. El Almirante, seguro de sus servicios, de las repetidas pruebas de alta consideracion que le habian dado los soberanos, i de las prerogativas que bajo el sello real le estaban concedidas con toda la solemnidad que podia caber en un pacto humano, no podia persuadirse de que las transacciones de Santo-Domingo fuesen mas que ultrajes hechos a su autoridad por algun atrevido i mal aconsejado aventurero.

Para acercarse a Santo-Domingo i obtener mas exactos informes de lo que allí pasaba, partió a Bonao, que empezaba a tener la apariencia de una colonia, por haber varios españoles labrado allí casas i cultivado los campos adyacentes. Apénas habia llegado, cuando un alcalde se presentó con su baston a proclamar de parte de Bobadilla su gobierno, teniendo al efecto copias de sus patentes. No habia carta especial ni mensaje enviado al Almirante ni se observó para quitarle el mando ninguna de las formas de cortesía o cere-

monia acostumbradas ; todos los procedimientos de Bobadilla hácia él fueron insultantes i bruscos.

Colon quedó sumamente perplejo. Era evidente que los soberanos habian conferido a Bobadilla estensos poderes i facultades ; pero ¿cómo comprender que hubiesen ejercido contra él tan repentino i no merecido acto de severidad, cual era el despojarle de todos sus honores? Quiso persuadirse a sí mismo de que Bobadilla era alguna persona enviada para ejercer las funciones de primer justicia, segun él la habia pedido a los reyes, i de que le habrian comisionado tambien con poderes provisionales para examinar las disensiones de la isla. Cualquiera otra cosa por precision habia de ser abuso de autoridad, como los que cometió Aguado. Se determinó a obrar bajo este supuesto, i a ganar tiempo si le era posible. Si los monarcas habian en efecto tomado contra él violentas medidas, debia ser a consecuencia de falsos informes, i la menor dilacion podia darles tiempo para conocer su error i remediar sus consecuencias.

Escribió, pues, a Bobadilla en términos reservados, felicitándole por su llegada a la isla i aconsejándole que no se entregase a providencias precipitadas, especialmente en lo que atañia a licencias para acopiar oro ; diciéndole ademas que tenia determinado partir pronto para España, i que lo dejaria a él en posesion

del mando con todas las informaciones que pudieran convenirle. Escribió también a algunos frailes que llegaron con Bobadilla, aunque él mismo observa que estas cartas eran solo para ganar tiempo. No recibió respuesta alguna, pero mientras se observaba hacia él un silencio insultante, llenó Bobadilla algunos de los pliegos en blanco, de los cuales tenía muchos firmados por los soberanos, i se los envió a Roldan i otros enemigos del Almirante, precisamente a los mismos a quienes habia ido a juzgar. Estos despachos iban acompañados de muchas promesas de favor.

Para precaver los males que pudieran originarse de las licencias tan pródigamente concedidas por Bobadilla, publicó Colon de palabra i por escrito, que los poderes de aquel no podrian ser válidos, ni sus licencias legales, teniendo él facultades superiores, concedidas en perpetuidad por la corona; que en aquel caso, como en el de Aguado no podian abrogarse.

Por algun tiempo permaneció Colon inquieto e irresoluto, sin saber qué línea de conducta le convendria adoptar en tan extraña e inesperada coyuntura; pero pronto tuvo que decidirse. Francisco Velazquez, diputado tesorero i Juan de Trasierra, fraile francisco, llegaron a Bonao, i le entregaron la credencial real firmada por los soberanos en 26 de

mayo de 1499, en que mandaban dar fé i obediencia implícita a Bobadilla; i le entregaron al mismo tiempo una órden de éste, para que inmediatamente se le presentase.

Aquella lacónica carta de los soberanos hirió a un mismo tiempo su dignidad i poder. Sin dilacion alguna, cumpliendo con el perentorio mandato de Bobadilla, salió casi solo para Santo-Domingo.

CAPITULO IV.

COLON I SUS HERMANOS ARREESTADOS I ENVIADOS A
ESPAÑA ENCADENADOS.

(1500.)

LA noticia que habia llegado un nuevo gobernador i de que Colon estaba en desgracia, e iba a ser enviado con grillos a España, circuló rápidamente por la Vega, i los colonos se dirijian de todas partes hácia Santo-Domingo, para entablar relaciones con Bobadilla. Pronto vieron que el mejor medio para captarse su afecto, consistia en vilipendiar a su predecesor. Bobadilla conoció que habia obrado lijeramente en apoderarse del gobierno, i que su propia seguridad exijia la conviccion del Almirante. Escuchaba, pues, con avidez todas las acusaciones públicas o particulares, recibia siempre con el mayor agrado al que traia cargos por extravagantes que fuesen contra el Almirante i sus hermanos.

Sabiendo que Colon venia a la ciudad, hizo mil ruidosos preparativos, i armó tropas, afectando dar crédito al rumor maliciosamente esparcido de que habia pedido Colon a los caciques de la Vega que le ayudasen con sus súbditos a resistir las órdenes del gobierno. No aparece razon alguna en apoyo de esta absurda opinion, inventada probablemente para dar el color de prudencia a las medidas subsiguientes de violencia e insulto. Don Diego, el hermano del Almirante, fué preso, aherrrojado i puesto a bordo de una carabela, sin disculpar siquiera con razon alguna este procedimiento.

Colon entre tanto seguia su viaje hácia Santo-Domingo, casi solo, sin guardias ni comitiva. La mayor parte de su jente estaba con el Adelantado, i no permitió que la restante le acompañase. Habia oido hablar de las intenciones hostiles de Bobadilla; i aunque sabia que estaba amenazada su persona, se presentaba de aquel modo para manifestar sus pacíficos sentimientos, i no dar pábulo a ninguna sospecha.

Apénas supo Bobadilla su llegada, dió órdenes para que le cargasen de cadenas i le encerraran en la fortaleza. Este ultraje, cometido contra persona de tanta dignidad, i mérito tan eminente, escandalizó a sus mismos enemigos. Cuando vinieron los grillos, todos los presentes rehusaron ponérselos, ya

por el sentimiento de compasion que inspiraba aquel gran revés de la fortuna, ya por habitual reverencia hácia su persona. Para colmo de ingratitud, uno de sus mismos criados, *un triste i desvergonzado cocinero*, dice Las-Casas, *le remachó los hierros con tanta prontitud i ahinco, como si le estuviese sirviendo escojidas i sabrosas viandas*. — Yo conocia al tal, añade el venerable historiador, *i creo se llamaba Espinosa*.

Colon se portó con heróica magnanimidad en aquellos momentos. Hai un cierto desprecio noble, que alienta el corazon de los verdaderamente grandes, cuando sufren los insultos de los viles. Colon no podia abatirse hasta el extremo de combatir la arrogancia de un hombre tan débil i violento como Bobadilla. Sus miradas no se fijaban en aquel miserable ajente i en su ridícula tiranía, sino en los soberanos que le habian empleado. Solo la ingratitud i la injusticia de estos lastimaba su espíritu; i creia que cuando la verdad se descubriese, se avergonzarian de haberle injuriado tanto. Con esta doble confianza devoraba en silencio todos los ultrajes.

Aunque Bobadilla tenia en su poder al Almirante i a don Diego, i tenia en su favor al pueblo, siempre voluble, estaba impaciente i ansioso. El Adelantado, con fuerza armada a sus órdenes, recorria aun, persiguiendo a los rebeldes, la distante provincia de Jaragua;

Conociendo su ánimo marcial i determinado, sospechó que pudiese tomar alguna medida violenta al oír el ignominioso trato i prision de sus hermanos, i no sabia si una órden suya acabaria de exasperarle. Mandó, pues, a Colon escribiese a su hermano, pidiéndole que pasase pacíficamente a Santo Domingo, i que no ejecutase los reos de muerte que tuviese en su poder. Colon accedió sin dificultad: exhortó a su hermano a someterse pacíficamente a la voluntad de los soberanos, i a sufrir todas las injurias, con la confianza de que cuando llegasen a Castilla obtendrían plena justicia.

Don Bartolomé obedeció sin demora. Dejando desde luego su mando, se fué a presentar pacíficamente a Santo-Domingo, donde tambien fué al llegar cargado de hierros, i se le puso a bordo de una carabela. Estaban separados los hermanos, i no se les permitia comunicar entre sí. No los vió ni los visitó Bobadilla, ni permitió que otros los visitasen; sino que los tuvo suspensos, ignorando la causa de su prision, los crímenes de que se les acusaba, i el proceso que se instruia contra ellos.

Es mui cuestionable si Bobadilla tenia autoridad para prender al Almirante i sus hermanos. Quizá se creyó autorizado para hacerlo, en vista de aquella cláusula de las instrucciones de 21 de marzo de 1499, en que

hablando de la rebelion de Roldan, “se le autoriza a apoderarse de las personas i secuestrar los bienes” de los que aparezcan culpables, procediendo despues contra ellos i los ausentes con todo el rigor de las leyes civiles i criminales. Esto se referia evidentemente a las personas de Roldan i sus compañeros, que estaban insurreccionados, i de quienes se habia quejado Colon ; pero Bobadilla lo convirtió en autoridad para apoderarse de la persona del mismo Almirante. En efecto, en todos sus procedimientos invirtió i confundió sus órdenes e instrucciones. Su primer paso debia haber sido proceder contra los rebeldes ; esto lo dejó para lo último. El último deberia haber sido, en caso de tener pruebas completas de los crímenes del Almirante, haberle desposeido de su autoridad ; i este fué el que dió primero, i ántes de formar la causa. Habiendo determinado de antemano que Colon era culpable ; por la misma regla presumia que todos sus enemigos eran inocentes i tenían razon. Era indispensable ya para su propia justificacion inculpar al Almirante i a sus hermanos ; i los rebeldes que habia él venido a juzgar a la isla se volvieron por aquella singular perversion de la regla, necesarios i apreciados testigos para acriminar a aquellos contra quienes se habian rebelado.

Pero no deben vindicarse las intenciones de la corona a costa de su miserable agente.

Si los derechos i dignidades de Colon se hubiesen respetado, Bobadilla no habria jamas recibido poderes tan estensos, indefinidos i discrecionales, ni ménos hubiera osado pasar tan adelante, a no haber sabido que de este modo se cautivaba la voluntad de Fernando.

Las antiguas escenas del tiempo de Aguado se renovaron con multiplicada virulencia, i los antiguos cargos revivieron con otros aun mas extravagantes. Desde el primitivo e inolvidable ultraje hecho al orgullo castellano, forzado a los hidalgos en tiempos difíciles a trabajar en la construccion de obras necesarias para la seguridad pública, hasta el reciente cargo de hacer guerra al gobierno, no habia habido un padecimiento, abuso o sedicion en la isla, que no se imputase a las iniquidades de Colon i de sus hermanos. A mas de las acusaciones comunes de imponer trabajos degradantes, inútiles facnas, penosas restricciones, cortos víveres i crueles castigos a los españoles, i de hacer guerra injusta a los indios, se les acusaba de impedir la conversion de estos, para poderlos mandar como esclavos a España i aprovecharse de los productos de su venta. Este último cargo, tan contrario a los piadosos sentimientos del Almirante, se fundaba en haberse opuesto al bautismo de ciertos indios ancianos, hasta que se hubiesen instruido en las doctrinas de cristiandad, pues consideraba justamente que era

un abuso de aquel sacramento administrarlo sin la debida preparacion.

Tambien se acusaba a Colon de haberse apropiado perlas i otros artículos preciosos acopiados en su viaje de la costa de Pária, i de ocultar a sus soberanos la naturaleza de aquellos descubrimientos, para exigirles nuevos privilegios. Pero era notorio, sin embargo, que envió a España muestras de las perlas, i los diarios i cartas del viaje, por las cuales otros pudieron seguir sus huellas.

Desde que se admitió a los rebeldes por testigos, hasta las mismas rebeliones se volvieron materias de acusacion, presentándolas como leales i animosas resistencias hechas a la tiranía por los colonos i los naturales. Los bien merecidos castigos impuestos a algunos de los cabecillas se citaban como pruebas de un instinto cruel i vengativo, i de un odio mal reprimido a los españoles. Bobadilla creia o afectaba creer todos estos cargos. Habia hasta cierto punto hecho a los rebeldes sus agentes para derribar a Colon, i formado causa comun con ellos. Ya no podia, por lo tanto, conducirse como juez. Guevara, Riquelme i los otros convictos se pusieron en libertad, casi sin formas jurídicas, i aun se dice que se les admitió al favor i proteccion del nuevo jefe. Roldan desde un principio habia sido tratado con confianza por Bobadilla, i honrado con su correspondencia. Los otros, cuya

conducta los habia sujetado a las investigaciones de la justicia, recibieron su perdon. A cualquiera le bastaba haberse opuesto a Colon de cualquier modo para quedar justificado a los ojos de Bobadilla.

Ya habia este juntado, segun pensaba, suficiente número de testigos i declaraciones para consumir la ruina de los tres presos i asegurarse en el mando. Determinó enviar a España encadenados al Almirante i sus hermanos en los buques que estaban prontos para darse a la vela, acompañando al mismo tiempo el proceso que les habia formado, i por medio de cartas particulares exajerando los cargos que de él resultaban, i aconsejando que por ningun título se devolviese a Colon un mando de que tan vergonzosamente habia abusado.

Vagaba por Santo-Domingo, gracias a estas medidas, un enjambre de delincuentes acabados de librar de la cárcel i del patíbulo. Insultaban con su triunfante júbilo a la honradez, la villanía i la malicia. Todos los espíritus bajos que se habian arrastrado a los piés de Colon i sus hermanos, mientras gozaban de autoridad, se levantaron contra ellos cuando los vieron encadenados. Las calumnias mas injuriosas se proclamaban altamente por las calles; pasquines insultantes e infamatorios libelos se leian en todas las esquinas; i tocaban cuernos i otros instrumentos cerca

de la cárcel para ofender a los presos con la alegría de la plebe. Al llegar el ruidoso regocijo de sus adversarios hasta el calabozo en que yacia, i al reflexionar Colon sobre las violencias de Bobadilla, ignoraba hasta dónde podrian cegarlo su precipitacion i confianza, i empezó a temer por su vida. Cuando estuvieron prontos los bajeles, se nombró a Alonso de Villejo para que se hiciese cargo de los presos i los llevase a España. Se habia educado este oficial con un tio de Fonseca; estaba al servicio del obispo, i vino a Española con Bobadilla. Le mandó este que al llegar a Cádiz entregase los presos a Fonseca o a su tio, pensando así dar al maligno prelado un agradable triunfo. Esta circunstancia hizo creer a algunos la asercion de que Bobadilla recibió instigaciones secretas de Fonseca, que le animaba en sus violencias, prometiéndole su proteccion e influjo en la corte en caso de que viniesen quejas contra su conducta.

Villejo aceptó el penoso cargo que se le señalaba, pero lo desempeñó mas jenerosamente de lo que sus superiores querian. “Este Alonso Villejo, dice el digno Las-Casas, era hidalgo de honrado carácter i amigo especial mio.” Se manifestó en verdad mui superior a la baja malignidad de sus patrones. Cuando llegó con la guardia para conducir al Almirante de la cárcel al buque, le halló silencio-

so i desanimado. Le trataban con tanta violencia; i tan salvajes eran las pasiones desenfrenadas contra él, que temia le sacrificasen sin haberle oído, i que bajase su nombre con deshonor i mancilla a la posteridad. Cuando vió entrar al oficial con la guardia, creyó que era para conducirlo al patibulo. “Villejo, le dijo tristemente ¿adónde me llevais?—Al buque, Sr. Exlentísimo, a embarcarse.—¡A embarcarse! repitió el Almirante con vehemencia: Villejo ¿me decís la verdad?—Por la vida de vuestreencia, replicó el oficial, que es cierto.” Estas palabras alentaron al Almirante, que creyó volver de la muerte a la vida. Nada puede haber mas patético i espresivo que este pequeño coloquio; recordado por el venerable Las-Casas, que sin duda se lo oyó referir a su amigo Villejo.

Las carabelas salieron a principio de octubre, llevando a Colon con grillos i esposas, como el mas vil de los criminales, entre la mofa i gritería de una odiosa plebe, que se gozaba en insultar sus canas venerables i en maldecirle desde las playas de la misma isla que tan recientemente habia añadido al mundo civilizado. Por fortuna fué favorable el viaje, i de corta duracion, haciéndosele ménos desagradable la conducta de los que le custodiaban. El digno Villejo, aunque al servicio de Fonseca se compadeció profundamente al ver como trataban a Colon. El dueño de la carabe-

la, Andres Martin, iba tambien lleno de pesar: ámbos trataron al Almirante con profundo respeto i atencion asidua. Quisieron quitarle los hierros, pero él no lo consintió. “¡No! dijo con noble orgullo, SS. MM. me mandaron por escrito que me sometiese a lo que Bobadilla ordenase en su nombre; por su autoridad me ha puesto estas cadenas: yo las llevaré hasta que ellos me las manden quitar, i las conservaré despues como reliquias i memoria del premio de mis servicios.”

“Así lo hizo, añade su hijo Fernando: yo las ví siempre colgadas en su gabinete, i pidió que cuando muriera las enterrasen con él.”

LIBRO XIV.

CAPITULO PRIMERO.

SENSACIÓN EN ESPAÑA AL LLEGAR COLON ENCADENADO.—SU PRESENTACION EN LA CORTE.

(1500.)

La llegada de Colon a Cádiz, preso i encadenado, produjo casi una sensacion tan viva como su vuelta triunfante del primer viaje. Fué uno de aquellos hechos notables i sencillos, que hablan a los sentimientos de la multitud, i escluyen la necesidad de reflexionar. Nadie se detuvo a investigar la causa, pues a todos les bastaba saber que habia venido aherrrojado Colon del mismo mundo que acababa de descubrir. Un sentimiento jeneral de indignacion se notó en Cádiz i en Sevilla, que

se propagó por toda la península. Si sus enemigos se habian propuesto degradarle a los ojos del mundo, frustraron con la violencia su propio objeto. Se manifestó desde luego una de aquellas reacciones tan frecuentes en el espíritu público cuando se lleva la persecucion al esceso. Aquel pueblo, que recientemente habia clamado tanto contra Colon, clamaba aun mas entónces contra los que le ultrajaban espresando a favor de aquel una profunda simpatía, contra la cual no podia declararse el gobierno sin hacerse odioso.

Las nuevas de su llegada i de su ignominioso estado, llegaron a la corte de Granada, i llenaron los estrados de la Alhambra de murmuraciones i sorpresa. Colon, resentido e ignorando hasta que punto habian sido sus injurias autorizadas por los soberanos, se abstuvo de escribirles. Pero durante el viaje habia redactado una larga carta para doña Juana de Torre, dama de corte, mui favorecida de la reina i nodriza que habia sido del príncipe don Juan. A su arribo a Cádiz le permitió Andres Martin, el capitan de la carabela, que enviase esta carta reservadamente i por espreso. Llegó, por tanto, ántes que el protocolo de los procedimientos formados por Bobadilla. Este documento dió a los soberanos la primera noticia del trato que habia recibido. Contenia una descripcion de los últimos acontecimientos de la isla i de las inju-

rias de que fué víctima, escrita con su acostumbrada sencillez i enerjía. Especificar su contenido seria repetir sucesos ya referidos. Algunas espresiones, empero, hijas del calor de sus sentimientos, son dignas de transcribirse. “Las calumnias de hombres indignos, dice, me han hecho mas daño que me han aprovechado todos mis servicios.” Hablando de las falsías de que era objeto, añade: “tal es el mal nombre que he adquirido, que si fuera a edificar hospitales e iglesias, los llamarian cavernas de ladrones.” Despues de referir con indignacion la conducta de Bobadilla, en pedir testimonios respectivos a su administracion a los mismos hombres que se habian rebelado contra él, i de cargarlos a él i a sus hermanos de cadenas sin hacerles saber los delitos de que estaban acusados, «mucho he sentido, dice, que se enviase a investigar mi conducta una persona que sabia, que si le era posible enviar a España cargos que pareciesen sérios, me sucederia en el mando.” Se queja de que al formar opinion sobre su gobierno, no se tomen en consideracion las extraordinarias dificultades que tenia que vencer, i el mal estado del pais que habia de gobernar. «Se me juzgó, dice, como a un gobernador que ha sido enviado a hacerse cargo de una ciudad bien regulada, bajo el gobierno de bien establecidas leyes, donde no habia peligro de que todo se desordenase i arruina-

se ; pero se me debia juzgar como a un capitán, enviado a someter jentes numerosas i hostiles, de costumbres i relijion diferentes de las nuestras, i que no vivian en ciudades sino en bosques i montañas. Se debia haber considerado, que yo traje todas estas a la sujecion de SS. MM., dándoles dominio sobre otro mundo, por lo cual España hasta ahora pobre, se ha enriquecido súbitamente. Cualesquiera errores en que yo pueda haber caido, no fueron por cierto de mala intencion ; i creo que darán crédito SS. MM. a lo que digo. Yo los he visto misericordiosos con los que los han deservido de intento : así estoi penetrado de que tendrán aun mas induljencia para conmigo, que he errado inocentemente, o por compulsion, como sabrán mejor en adelante, i espero que considerarán mis grandes servicios, cuyas ventajas se hacen cada dia mas visibles.”

Cuando se leyó esta carta a Isabel i vió cuán cruelmente se habia injuriado a Colon, abusando hasta tal punto de la autoridad real, su corazon se llenó de amargura. Lo confirmaron todo una carta del alcaide o correjidor de Cádiz, en cuyas manos se pusieron Colon i sus hermanos hasta recibir órdenes de SS. MM. i otra de Alonso de Villejo, concebida en términos acordes con su conducta humana i honrosa hácia su ilustre prisionero.

Por mas que Fernando estuviese predispuesto i secretamente contra Colon, no pudo

contrarestar el torrente del espíritu público. Reprobó como la reina las injurias sufridas por el Almirante, i ambos soberanos se apresuraron en probar que se habia ejecutado aquella prision sin su autoridad, i contra sus deseos. Antes de recibir los documentos enviados por Bobadilla, mandaron órdenes a Cádiz para poner al instante en libertad a los presos i tratarlos con toda distincion. Escribieron al Almirante en términos de gratitud i afecto, espresando su sentimiento por cuanto habia padecido, i convidándole a presentarse en la corte. Al mismo tiempo mandaron que se le adelantasen dos mil ducados (8,538 pesos fuertes del día) para resarcirse de sus gastos.

El corazon leal de Colon se reanimó con esta declaracion de sus soberanos. Conocia su propia integridad, i esta conviccion le hacia anticipar la restitution de todos sus derechos i dignidades. Se presentó en la corte de Granada, el 17 de diciembre, no como un hombre arruinado i en desgracia sino ricamente vestido, i acompañado de una honorífica comitiva. Le recibieron SS. MM. con ilimitado favor i distincion. Cuando vió la reina acercarse aquel hombre venerable, i midió la extension de sus merecimientos i de sus pesares, se le llenaron los ojos de lágrimas. Colon estaba acostumbrado a resistir con firmeza los ásperos conflictos del mundo, habia recibido

con desprecio las injurias e insultos de hombres innobles; pero estaba dotado de una sensibilidad exquisita. Al ver que tan bondadosamente le recibían sus soberanos, i que los ojos benignos de Isabel estaban inundados de lágrimas, no pudo resistir mas: se postró en tierra, i dando libre curso a sus reprimidos sentimientos, quedó por mucho tiempo imposibilitado de pronunciar una palabra por la violencia de sus lágrimas i sollozos.

Fernando e Isabel le levantaron i quisieron animarlo con las mas afectuosas espresiones. Así que pudo recobrar su imperio sobre sí mismo, entró en una elocuente i noble vindicacion de su lealtad i del celo que le habia siempre animado por la gloria i grandeza de la corona española. Si alguna vez cometió errores, era por inesperienza en el gobierno, i por las extraordinarias dificultades que le habian rodeado.

Pero no necesitaba vindicacion alguna. La falta de moderacion de sus enemigos era su mejor abogado. Se presentó a los reyes como un hombre profundamente agraviado; i a ellos era a quienes tocaba disculparse ante el mundo del cargo de ingratitude para con su mas digno súbdito. Se manifestaron irritados contra los procedimientos de Bobadilla, desaprobándolos como contrarios a sus instrucciones, i prometieron quitarle inmediatamente el mando.

En efecto, no se dió valor alguno a las acusaciones de Bobadilla, ni fé a las cartas que en su defensa habia escrito. Los soberanos aprovecharon todas las ocasiones de tratar a Colon con favor i distincion, asegurándole que se le devolverian sus bienes i se le restableceria en el goce de todos sus privilegios i dignidades.

El cumplimiento de esta última promesa era el que mas deseaba Colon. Las consideraciones mercenarias no pesaron jamas en su ánimo. La gloria habia sido el grande objeto de su ambicion ; i sentia que mientras permaneciese suspendido de su empleo, una sombra de censura envolvía su nombre. Esperaba, pues, que en cuanto quedasen los soberanos convencidos de la rectitud de su conducta, le darian las debidas satisfacciones, restituyéndole su vireinato sin demora, de modo que pudiese volver en triunfo a Santo-Domingo. Pero estaba destinado a recibir desengaños que llenaron de tinieblas el resto de sus dias. Para esplicar tan palpable injusticia e ingratitud de la corona, es conveniente hacer reseña de una variedad de sucesos que habian afectado materialmente los intereses de Colon ante el político Fernando, seco siempre de corazon.

CAPITULO II.

VIAJES CONTEMPORÁNEOS DE DESCUBRIMIENTOS.

La licencia jeneral concedida por los soberanos en 1495, para emprender viajes de descubrimientos, habia orijinado varias expediciones de individuos particulares, entresacados en su mayor parte de los que navegaron con Colon en sus primeros viajes. El gobierno imposibilitado de armar por su propia cuenta muchas escuadras, se complacia en ver estender de balde sus territorios, i llenarse sus tesoros con los derechos que aquellos viajeros satisfacian a la corona. Estas expediciones se hicieron principalmente mientras estaba Colon en desgracia con los soberanos. Sus propias cartas i diarios sirvieron de guía a los aventureros, i la magnificencia de sus pinturas de Pária i de las costas adyacentes habian excitado mucho su codicia.

A mas de la ya nombrada expedicion de Ojeda, cuando tocó a Jaragua, emprendió al mismo tiempo otra Pedro Alonso Niño, natural de Moguer, hábil piloto, que habia estado con Colon en los viajes de Cuba i Pária. Habiendo obtenido licencia para ello interesó en la empresa a un comerciante rico de Sevilla, que le armó una carabela de cincuenta toneladas, con la condicion de que su hermano Cristóbal la mandase. Salieron de la barra de Saltes, pocos dias despues que Ojeda de Cádiz en la primavera de 1499, i llegando a la tierra-firme por el Sur de Pária, la costearon a alguna distancia, atravesaron el golfo, i navegaron de allí ciento treinta leguas paralelamente a las costas de la actual república de Colombia, visitando la que se llamó despues costa de las Perlas. Desembarcaron en varios puntos, vendieron sus bagatelas europeas a inmenso precio, i volvieron con una abundante cantidad de oro i perlas, habiendo acabado en su pequeño viaje uno de los mas estensos i lucrativos viajes hechos hasta entónces.

Al mismo tiempo los Pinzones pertenecientes a aquella familia de osados i opulentos navegantes, armaron una flotilla de cuatro carabelas en Palos, tripulada casi toda por sus propios parientes i amigos: se embarcaron en ella muchos experimentados pilotos que habian ido a Pária en el viaje del Almirante; i la mandaba Vicente Yañez Pinzon; capitan

de una de las carabelas que hicieron el primer viaje de descubrimientos.

Pinzon era experimentado navegante, i no siguió como los otros las mismas huellas de Colon. Dándose a la vela en diciembre de 1499, pasó las islas Canarias i el cabo de las islas Verdes, i tomó el Sur-oeste hasta perder de vista la estrella polar. Sufrió despues una terrible borrasca, i le puso mui perplejo el nuevo aspecto de los cielos. Aun no se conocia el hemisferio del Sur, ni la bella constelacion de la cruz, que en aquellas rejiones suple para los marineros el lugar de la estrella del Norte. Los viajeros habian esperado hallar sobre el polo antártico una estrella correspondiente a la del ártico. Se desanimaron al verse sin guía en el cielo, i creyeron que alguna prominencia de la tierra les ocultaria el polo que buscaban.

Pinzon, empero, continuó con la mayor intrepidez. El 26 de enero de 1500 vió desde léjos un gran promontorio, a que puso cabo de Santa-María de la Consolacion, despues llamado de San-Agustin. Desembarcó i tomó posesion de aquel pais en nombre de sus majestades católicas, siendo parte del territorio nombrado hoi dia el Brasil. Tomando de allí al Occidente, descubrió el Marañon, hoi rio de las Amazonas, atravesó el golfo de Pária, i continuó por el mar Caribe i golfo mejicano, hasta hallarse en las Bahamas, donde perdió

dos de sus bajeles en las rocas cercanas a la isla de Jumeto. Volvió a Palos en setiembre, habiendo añadido a su antigua gloria la de ser el primer europeo que pasó la línea equinoxial en el Occéano del Occidente, i la de haber descubierto el famoso reino del Brasil, desde su principio en el Marañon, hasta sus linderos mas orientales. Por premio de estas proezas se le concedió autoridad para colonizar i gobernar las tierras que habia descubierto, i que se estendian al Sur casi desde el rio Marañon hasta el cabo de San-Agustin.

El pequeño puerto de Palos, que tanto le costó armar la primera escuadra para Colon, se hallaba continuamente ajitado por la passion de los descubrimientos. Poco despues de la expedicion de los Pinzones, organizó otra Diego Lepe, natural tambien de Palos, tripulándola con sus parientes i compatriotas. Se dió a la vela tomando el mismo rumbo que Pinzon, pero descubrió mas del continente del Sur que ningun otro viajero en sus dias, o hasta doce años despues. Dobló el cabo de San-Agustin, se cercioró de que la costa ulterior corria hácia el Sur-oeste, desembarcó tomando posesion con las ceremonias acostumbradas en nombre de los soberanos españoles; i grabaron los marineros los suyos en un árbol de tal magnificencia i tan enorme magnitud, que diez i siete hombres en rueda no podian abrazar el tronco. Aumenta-

ba el mérito de sus descubrimientos, que nunca habia navegado con Colon. Pero llevaba consigo varios hábiles pilotos que acompañaron al Almirante en sus primeros viajes.

Otra expedicion de dos bajeles salió de Cádiz en octubre de 1500, mandada por Rodrigo Bastidas de Sevilla. Exploró la costa de Tierra-Firme, pasando el cabo de la Vela, límite occidental de los descubrimientos en el continente, i siguió hasta un puerto llamado despues el Retiro, donde se fundó posteriormente el del Nombre de Dios. Habiéndose casi destruido sus bajeles en aquellas mares, tuvo que vencer grandes obstáculos para llegar a Jaragua en Española, donde perdió dos carabelas, i procedió con la tripulacion por tierra a Santo Domingo. Allí le aprisionó Bobadilla, bajo pretesto de que habia comerciado en oro con los naturales de Jaragua.

Si muchas fueron las expediciones que las empresas de Colon produjeron en España, no fueron ménos las que salieron de las naciones extranjeras. En el año de 1497, Sebastian Cabot, hijo de un comerciante veneciano, pero residente en Bristol, navegando al servicio de Enrique VII de Inglaterra, llegó al mar del Norte del Nuevo-Mundo. Siguiendo la idea de Colon, fué en busca de las costas de Cathay, i esperaba hallar un pasaje para la India, al Nor-oeste. En su viaje descubrió a Newfoundland, costó el Labrador hasta el quincua-

jésimo sexto grado de latitud Norte, siguió al Sur-oeste hasta las Floridas, i cuando empezaron a escasearle las provisiones, volvió a Inglaterra. Solo quedan vagas i escasas relaciones de este viaje, importante por incluir los primeros descubrimientos del continente Norte del Nuevo-Mundo.

Pero los de las naciones rivales que mas escitaron la atencion i celos de la corona española, fueron los de los portugueses. Vasco de Gama, caballero de consumados talentos i mucha intrepidez habia al fin llevado a cabo el gran designio del príncipe Enríque de Portugal, i doblando el cabo de Buena-Esperanza, en 1497, abierto el por tanto tiempo buscado sendero de la India.

Inmediatamente despues de la vuelta de Gama, salió una flota de diez i seis buques a visitar los magníficos paises de que habia traído noticias. Esta expedicion se dió a la vela en 9 de marzo de 1500 para Calcuta, bajo el mando de Pedro Alvarez de Cabral. Habiendo pasado el cabo de las islas Verdes, para evitar las calmas que reinan en la costa de Guinea, se dirigió bastante al Occidente. El 25 de abril descubrió a deshora una tierra desconocida de todos los de la flota, que aun no habian oído hablar de los descubrimientos de Pinzon i de Lepe. Al principio creyó fuese una grande isla: despues de costearla por algun tiempo, se persuadió de que debia de ser parte de

un continente. Habiéndola recorrido hasta pasar el décimo quinto grado de latitud Sur, desembarcó en un puerto a que llamó puerto Seguro, i tomando posesion de aquel pais por la corona de Portugal, envió un buque a Lisboa con tan faustas nuevas. Así llegó a ser el Brasil posesion de los portugueses, estando al Oriente de la línea convencional que limitaba los respectivos territorios. El doctor Robertson, al recordar este viaje de Cabral, concluye con una de sus justas i elegantes observaciones.

Fué el descubrimiento de Colon del Nuevo-Mundo, dice, el esfuerzo de un ingenio activo, guiado por la esperiencia, i procediendo bajo un plan regular, ejecutado con no ménos valor que perseverancia. Pero de esta aventura de los portugueses se infiere, que la casualidad hubiera podido dar cima a aquel grande designio, cuya formacion i perfeccion son hoi el orgullo de la razon humana. Si la sagacidad de Colon no hubiera conducido al jénero humano a las Américas, Cabral, por un afortunado acaso, hubiera podido llevarlos algunos años despues al conocimiento de aquel estenso continente.

CAPITULO III.

NICOLAS DE OVANDO, NOMBRADO SUCESOR DE
BOBADILLA.

(1501.)

Los numerosos descubrimientos que rápidamente hemos enumerado en el capítulo anterior, produjeron una gran revolucion en el ánimo de Fernando. Su ambicion, su avaricia i sus celos se inflamaron simultáneamente. Vió rejiones sin fin henchidas de riquezas, presentar sus tesoros como premio de las atrevidas empresas de sus emprendedores súbditos; pero vió al mismo tiempo que otras naciones, deseosas de repartirse con él el mundo dorado que queria monopolizar, lanzaban al mar sus hombres i sus naves. Las expediciones de Inglaterra, i el descubrimiento accidental del Brasil por los portugueses, le causaron suma inquietud. Para asegurar la posesion del con-

tinente, determinó establecer jefaturas locales en los puntos mas importantes, i sujetarlas todas a un gobierno central residente en Santo-Domingo como metrópoli.

Con tales tendencias el mando provisionalmente concedido a Colon se elevó a mui alta importancia; i miéntras su goce era mas precioso a los ojos del Almirante, se aumentaba la repugnancia que tenia el egoista i suspicaz monarca a aumentar su poder i autoridad. Hacia tiempo que estaba arrepentido de haber dado la investidura de tan vastos poderes a un súbdito, que no estaba ligado a él, ni por el amor a su persona, ni por el orgullo nacional, puesto que su cuna no se habia mecido en el suelo español. Al tiempo de concederlos no previó cuán dilatados eran los países que iba a someter a su autoridad. Quizas se creia engañado por Colon en el pacto que habia hecho; i los descubrimientos sucesivos en vez de aumentar su gratitud hácia el jénio que tantos dominios sometia a sus piés, le hacian arrepentirse mas i mas de la magnitud del premio. Al fin, la comision de Bobadilla aunque temporalmente, habia en algun tanto coartado las altas funciones del Almirante, i el astuto monarca resolvió secretamente cerrarle el camino de sus primitivas distinciones.

Quizas Fernando dudaba en efecto de la inocencia de Colon, delante de las varias acur-

saciones que contra él existían. Tal vez sospechaba que no fuese su lealtad sincera, i temía consolidar a un extranjero en el mando tan léjos de la metrópoli, i con tan inmensas i opulentas rejiones a sus órdenes. Colon mismo en sus cartas hace alusion a los rumores esparcidos por sus enemigos; de que pensaba, o bien levantarse con independiente soberanía, o bien poner sus descubrimientos en manos de otros monarcas; i aun parece temer que aquellas calumnias hayan hecho impresion en el ánimo de Fernando. Pero otra consideracion habia de no menor influencia para el monarca, al retardar aquel grande acto de justicia. Colon no le era ya indispensable. Habia ya hecho su sublime descubrimiento, habia ya abierto el camino del Nuevo-Mundo, i a todo les era dado seguirlo. Muchos hábiles navegantes se crearon bajo sus auspicios, i adquirieron experiencia en sus viajes. Diariamente rodeaban el trono con ofrecimientos de armar expediciones a su propia costa, i dar parte del producto a la corona. ¿Por qué le habia el soberano de conferir a él dignidades i prerogativas réjias por lo que a cada paso le ofrecian otros hacer de valde?

Tal parece, segun su conducta porterior, haber sido la política de Fernando, al abstenerse de devolver a Colon las dignidades i privilejios que tan solemnemente le habia

concedido por un tratado, i que no habia perdido por su mala conducta.

Esta privacion, empero, se declaraba interina dando plausibles razones para dilatarla. Se decia que los elementos de aquellas violentas facciones, que recientemente tomaron las armas contra él, existian todavía en la isla; su inmediata vuelta podia producir nuevas exasperaciones; peligrarian acaso su seguridad personal i la paz de la colonia. Así, aun cuando se debia despojar a Bobadilla inmediatamente del mando, aconsejaba la prudencia enviar para sucederle algun oficial de talento i discrecion con cargo de investigar imparcialmente los últimos desórdenes, remediar los abusos que habian éstos producido, i espulsar de la isla toda la jente disoluta i facciosa. Este comisionado debia ejercer el gobierno por dos años, en cuyo tiempo se mitigarian las pasiones, quedando refrenados o fuera de la isla los turbulentos: Colón volveria entónces sin riesgo propio i ventaja para la corona. Con estas razones i la promesa que las acompañaba, tuvo Colón que contentarse. No cabe duda de que eran sinceras de parte de Isabel, cuya intencion era reinstalarlo en el goce pleno de sus derechos i dignidades, despues de aquella, al parecer, necesaria suspension. Fernando, empero, por su conducta ulterior perdió todo derecho a reclamar juicios que le fuesen favorables.

La persona nombrada para suceder a Bobadilla, fué don Nicolas de Ovando, comendador de Lares en el órden de Alcántara: se dice que era de mediana talla, de color blanco, con barba roja, i un mirar modesto, pero imponente, de mucha verbosidad i agradables i corteses modales; hombre de grande prudencia, dice Las-Casas, i capaz de gobernar mucha jente, pero no de gobernar a los indios a quienes hizo incalculables injurias. Tenia gran veneracion a la justicia: enemigo de los avaros, sóbrio en la vida doméstica, i tan humilde, que cuando llegó a ser maestro del órden de Alcántara, no permitia jamas que le diesen el título de su empleo. Tal es la pintura que de él han hecho los historiadores; con lo cual su conducta no deja de estar algunas veces en contradiccion. Parece haber sido capcioso i sutil, tanto como almibarado i cortes; bajó la capa de su humildad, ocultaba mucha ambicion de mando; i en sus transacciones con el Almirante fué a la vez poco generoso i mui injusto.

Los varios arreglos que debian hacerse segun el nuevo plan de gobierno colonial, dilataron por algun tiempo la partida de Ovando. Entre tanto todos los buques traian nuevas cada vez peores del infeliz estado de las islas bajo la mala administracion de Bobadilla. Empezó éste su carrera con política opuesta a la de Colon, creyendo que la severidad ha-

bia sido la causa de que fracasase su predecesor, usó una política conciliadora; i como desde el principio relajó, para popularizarse, las riendas de la moralidad i la justicia, desapareció toda subordinación, siguiéndose de esto tal desorden i licencia, que muchos de los adversarios del mismo Colón, echaban de ménos su ríjido gobierno o el del Adelantado.

Bobadilla no era tan malo como imprudente i débil. No habia previsto los peligrosos excesos a que su sistema le llevaba. Precipitado i ansioso de apoderarse del poder, era débil i contempORIZADOR al ejercer; i no sabia jamas mirar mas allá de lo presente. Una concesion peligrosa hecha a los colonos demandaba irremisiblemente otra, i así marchó de error en error mostrando prácticamente que el gobierno tanto debe temerse ejercido por un hombre débil como por uno malo.

Habia vendido a precios bajos las granjas i heredades de la corona, diciendo que no deseaban las monarcas enriquecerse, sino que todo redundase en beneficio de sus súbditos. Concedió un permiso jeneral para trabajar en las minas, contribuyendo al gobierno con solo la undécima parte de los productos, para impedir la disminucion de las rentas, fué necesario aumentar los acopios del oro. Obligó para esto a los caciques a suministrar indios para que ayudasen a los españoles a labrar los campos i a esplotar las minas. Llevó esta medida a

efecto numerando los indios, reduciéndolos a clases i distribuyéndolos entre los colonos segun su consideracion o capricho. Estos, por sujecion suya, se asociaron en compañías de a dos individuos, que se ayudaban mutuamente con sus respectivos capitales e indios, dirigiendo un compañero los trabajos agrarios i el otro los minerales. El solo encargo de Bobadilla consistia en que produjesen grandes cantidades de oro. Tenia una espresion continuamente en los labios que manifiesta el pernicioso principio que lo guiaba. *Aprovechad cuanto podais este tiempo*, decia, *porque nadie sabe lo que durará*, aludiendo a la posibilidad de perder pronto su mando. Los colonos siguieron su consejo ; i tanto vejaron a los pobres indios, que el undécimo daba mas rentas a la corona que jamas habia recibido del tercio bajo la administracion de Colon. Entre tanto sufrían los infelices indíjenas toda especie de crueldades de sus inhumanos dueños. Poco habituados al trabajo, débiles de constitucion i acostumbrados en su hermosa i rica isla a una vida libre i descuidada, estaban agoviados por las faenas i la severidad con que a ellas se les obligaba. Las Casas pinta indignado la tiranía caprichosa que usaban con los indios algunos malvados españoles, entre los cuales habia muchos que habian venido convictos de los calabozos de Castilla. Estos miserables que eran en su pais los mas viles, tomaron el tono

de principales caballeros. Decían que necesitaban los sirviesen i acompañasen grandes comitivas de criados. Se apoderaban de las hijas i parientas de los caciques haciéndolas sus criadas, o mas bien sus concubinas, sin limitar el número de éstas. Cuando viajaban, en vez de usar de sus caballos i mulas, hacían que los naturales los trasportasen en hombros, en literas o hamacas, i que fuesen otros con parasoles de palma quitándoles el sol, i otros abanicándolos con plumas; i Las-Casas añade que vió las espaldas i hombros de los desventurados indios chorreando sangre despues de aquel vil e ímprobo trabajo. Cuando estos arrogantes señores de dos en dos llegaban a un lugar indio, consumían las provisiones de los habitantes, tomando cuanto agradaba a su capricho, i obligando a los caciques i a sus súbditos a bailar delante de ellos para divertirlos. Hasta sus placeres eran crueles. Hablaban a los indios en los términos mas degradantes; i a la menor ofensa, a la menor falta de humildad que mostrasen, les daban golpes, azotes i hasta la muerte.

Este es un pálido bosquejo de los males que resultaron del débil gobierno de Bobadilla, i que Las-Casas describe lastimosamente, por observacion material, habiendo visitado la isla al fin de su administracion. Bobadilla confiaba en que una inmensa cantidad de oro, arrancada de las miserias de los naturales,

compensaría todos los errores, i le aseguraría el favor de los soberanos; pero estaba equivocado. Los abusos de su gobierno llegaron al trono, i las penalidades de los naturales destrozaron el corazón benévolo de Isabel. Nada podía causarle mayor indignación, i por lo mismo hizo todo lo posible para apresurar la salida de Ovando i poner fin a aquellas enormidades.

En conformidad con el plan ántes indicado, el gobierno de Ovando se extendía a las islas i tierra-firme, de que Española debió ser metrópoli. Debía entrar como procurador en el ejercicio de sus poderes desde el momento en que llegase, mandando a Bobadilla a España al regresar la flota. Se le mandó que investigase diligentemente los últimos abusos, castigando a los delincuentes sin favor ni parcialidad, i espulsando de la isla toda persona turbulenta. Debía revocar inmediatamente la licencia dada por Bobadilla para acopiar oro, pues no tenía la sanción real. Exigiendo la tercera parte de todo el que encontrase junto, i la mitad del que se recojiese en lo sucesivo. Llevaba poder para fundar ciudades, concediendo a estas los privilegios que gozan las corporaciones municipales de España; i obligando a los españoles, i en particular a los soldados, a residir en ellas, en vez de vagar dispersos por la isla. Entre muchas provisiones sabias había algunas an-

tiliberales, características de una época en que los principios de comercio estaban aun mal entendidos, pero que continuaron en España mucho tiempo despues que las demas naciones del mundo las hubieron abolido como errores de una edad de ignorancia i tinieblas. La corona monopolizaba el comercio de las colonias. Nadie podia llevar mercancías por su propia cuenta. Habia nombrado un factor real, único comerciante de quien se podian obtener artículos europeos. La corona no solo se reservaba propiedad esclusiva en las minas, sino en las piedras preciosas, demas objetos de gran valor i palo de campeche. A ningun extranjero, i sobre todo a ningun moro ni judio, se le permitia establecer en la isla ni hacer viajes de descubrimientos. Estas son algunas de las restricciones comerciales que España impuso a sus colonias, i que fueron seguidas de otras tan impolíticas como estas. Su política mercantil ha sido la mofa de los tiempos modernos ; así como las presentes restricciones impuestas al comercio por algunas naciones civilizadas ¿serán tarde o temprano la admiracion i escarnio de las edades futuras?

Isabel tuvo especial esmero en que se diese buen tratamiento a los indios. Ovando llevaba orden de juntar a los caciques i declararles què los soberanos los recibian a ellos i a sus jentes bajo una proteccion especial. So-

lo pagarian tributo como los otros súbditos de la corona ; i este se exigiria con suavidad i blandura. Debia cuidarse mucho de su instruccion religiosa, para cuyo propósito iban doce franciscanos, con un prelado llamado Antonio de Espinal, hombre venerable i piadoso. Esta fué la primera introduccion formal del órden de San Francisco en el Nuevo-Mundo. Todas las anteriores medidas en favor de los naturales quedaron paralizadas por una indiscreta cláusula. Se permitia obligar a los indios a trabajar en las minas, i en otras ocupaciones ; pero solo para el servicio real. Debian emplearse como los demas jornaleros pagándoles puntualmente.

Pero mientras los soberanos hacian reglamentos para el alivio de los indios, con aquella inconsecuencia frecuente en los juicios humanos, favorecian una cruel infraccion de los derechos i felicidad de otra raza de hombres. Entre los varios decretos de aquel tiempo, se encuentran las primeras trazas de la esclavitud de los negros en el Nuevo-Mundo. Se permitia llevar a la colonia esclavos negros nacidos entre cristianos : esto es, esclavos nacidos en Sevilla i otras partes de España, hijos i descendientes de los naturales de la costa atlántica africana donde los españoles i portugueses habian sostenido por algun tiempo aquel tráfico. Estos acaecimientos en el curso de la historia, tienen a veces

la apariencia de juicios temporales del cielo. Es de observar, que Española el primer lugar del Nuevo-Mundo en que se cometió este pecado contra la humanidad i la naturaleza, ha sido tambien el primero en reaccionarse de una manera espantosa. Es una espiacion lójica.

Entre los varios asuntos que reclamaban la atencion de los soberanos, no quedaron olvidados los intereses de Colon. Se mandó a Ovando que examinase todas sus cuentas, sin pagarlas por él mismo. Debia averiguar las pérdidas que habia sufrido por su prision, confiscacion de bienes e interrupcion de funciones. Toda la propiedad confiscada por Bobadilla debia devolversele ; i si estaba vendida, recompensársela. Si se habia empleado en el servicio real, debia quedar Colon indemnizado por el tesoro ; si Bobadilla se la habia apropiado, debia responder de ella con sus bienes particulares. Las mismas providencias se tomaron para indemnizar a los hermanos del Almirante de las pérdidas que injustamente habian sufrido por su prision.

Colon debia tambien recibir los atrasos de sus sueldos i ser en lo sucesivo pagado puntualmente. Se le permitió tener un factor en la isla, que presenciase la fundicion i sello del oro, recojiese su parte i atendiese a todos sus negocios. Para este empleo señaló a Alonso Sanchez de Carvajal ; i los soberanos manda-

ron que fuese tratado aquel ajente con el mayor respeto.

La escuadra que debia conducir a Ovando a su gobierno, era la mayor que hasta entonces habia salido para el Nuevo-Mundo. Se componia de treinta bajeles, cinco de noventa a ciento cincuenta toneladas, veinte i cuatro carabelas de treinta a noventa, i una barca de veinte i cinco. Iban en la flota mas de dos mil i quinientas personas; entre ellas muchas principales que llevaban sus familias.

Para que Ovando pudiese presentarse con la dignidad que requeria su nuevo empleo, se le permitió el uso de sedas, brocados, piedras preciosas i otros adornos suntuosos, prohibidos entónces en España, a consecuencia de la ostentacion excesiva de la nobleza. Se le autorizó ademas para llevar una guardia particular de veinte escuderos, entre ellos diez de a caballo. Salió con la expedicion don Alonso Maldonado, como alguacil mayor, para reemplazar a Roldan, que debia ser enviado a España. Iban tambien artistas de todas clases; un médico, un boticario, un cirujano, i veintitres hombres casados con sus familias, todos de respetable carácter, que habian de distribuirse en cuatro ciudades, i gozar varios privilegios, para formar la base de una poblacion sana i útil. Debian espelerse de la isla otros tantos individuos disolutos i ociosos: esta escelente medida fué sujection especial

de Colon. Tambien iban ganados i aves, artillería, armas i municiones de todas clases, todo, en fin, cuanto se requería para el servicio de la isla.

Tal fué el modo con que Ovando, favorito del rei, i súbdito natural suyo de distinguida categoría, tomó el gobierno que se arrebataba a Colon. La flota salió el 13 de febrero de 1502. Al principiar el viaje sufrió una terrible tormenta, en que se sumerjó un bajel con ciento veinte pasajeros; los otros se vieron obligados a arrojar al mar cuanto llevaban sobre cubierta, i se separaron unos de otros. Se vieron por las costas españolas esparcidos los efectos de la escuadra, i se estendió el rumor de que todos los buques se habian perdido. Cuando llegaron las nuevas a los soberanos, se apesadumbraron tanto, que pasaron ocho dias sin recibir a nadie. El rumor fué infundado; solo se habia perdido un buque. Los otros se juntaron en la isla de la Gome-
ra, i siguiendo su viaje, llegaron el 15 de abril a Santo-Domingo.

CAPITULO IV.

PROPOSICION DE COLON RELATIVA AL RESCATE DEL SANTO SEPULCRO.

(1500—1501.)

COLON permaneció en la ciudad de Granada mas de nueve meses, esforzándose en sacar sus negocios de la confusion en que los habia puesto la conducta de Bobadilla, i solicitando la restitucion de sus oficios i dignidades. Todo este tiempo gozó el favor i atencion de los soberanos, i recibió promesas repetidas de que al fin se le cumpliria el deseo. Pero hacia ya mucho tiempo que habia medido la gran distancia que media en una corte entre la promesa i su cumplimiento. Si hubiera sido de carácter naturalmente triste, motivos tenia para volverse misántropo. Vió la senda de gloria que él habia abierto, pisada solo por favoritos i aventureros; vió los

preparativos i armamento de una escuadra, destinada a conducir con desusada pompa al sucesor de aquel gobierno que tan injusta i rudamente le habian arrancado ; miéntras él tenia interrumpida su carrera ; i si los empleos públicos son prueba del favor real, se hallaba en visible desgracia.

El temperamento sanguíneo de Colon no le permitia estar mucho tiempo inactivo ; si en una direccion se le encañaba, volaba en otra. Su imaginacion visionaria era como una luz interior, que en los momentos de mayor oscuridad disipaba las tinieblas exteriores, i llenaba su ánimo de espléndidas imágenes i gloriosas especulaciones. En aquellos tiempos desventurados asaltaba sin cesar su memoria el voto de levantar dentro de siete años desde el dia de su descubrimiento cincuenta mil soldados de a pié i cinco mil caballos, para el rescate del Santo Sepulcro. El tiempo habia pasado, sin serle posible cumplir el voto. El Nuevo-Mundo, con todos sus tesoros, habia acarreado hasta entónces mas gastos que ganancia ; i léjos de estar en el caso de poder levantar ejércitos con sus propios fondos, se encontraba Colon sin propiedad, sin influencia i sin empleo.

Destituido de medios para cumplir sus piadosas intenciones, se creyó obligado a incitar a sus soberanos a la empresa, i le animaba para hacerlo el haber primitivamente hablado

de aquel proyecto como del mayor designio a que debían dedicarse las ganancias de sus descubrimientos: se entregó, pues, con su acostumbrado celo a preparar argumentos para ello. En los intervalos de sus ocupaciones buscaba en las profecías de las Santas Escrituras, en los escritos de los Santos Padres, i en otros libros sagrados i especulativos, portentos i revelaciones místicas, que pudiesen construirse como anuncios del descubrimiento del Nuevo-Mundo, de la conversion de los jentiles, i del rescate del Santo Sepulcro: tres grandes sucesos que él suponía estar predestinados a sucederse rápidamente. Estos pasajes los arregló i ordenó con la ayuda de un fraile cartujo; los enriqueció con poesías i formó con ellos un tomo manuscrito que se lo entregó a los soberanos. Preparó al mismo tiempo una larga carta, escrita con su acostumbrado fervor de espíritu i sencillez de corazón. Es una de aquellas composiciones singulares que manifiestan la parte visionaria de su carácter, i la mística lectura con que acostumbraba nutrir su imaginación.

En esta carta pedía a sus majestades permiso para formar una cruzada, que librase a Jerusalén del poder de los falsos creyentes. Les suplicaba no desechasen su consejo como extravagante e impracticable, ni escuchasen el descrédito con que otros podrían tratarlo, recordándoles que su gran plan de descubri-

mientos habia primitivamente recibido un desprecio universal. Confesaba estar persuadido de que desde la infancia le habia escogido el cielo para aquellos dos grandes desig- nios ; el descubrimiento del Nuevo Mundo i el rescate del Santo Sepulcro. Para esto, en sus tiernos años le habia guiado un impulso divino a abrazar la profesion marítima ; modo de vida, dice, que inclina al hombre a inves- tigar los misterios de la naturaleza ; i Dios le habia dotado de un ánimo curioso para leer toda especie de crónicas i obras de filosofía. Al meditar en ellas, el Todopoderoso habia abierto su razon *con palpable mano* para des- cubrir la navegacion de las Indias, i le habia infundido ardor bastante para entrar en tan grande empresa. “Animado por este celo, “añade, vine a vuestras majestades : todos los “que oyeron mi proyecto se mofaron de él ; “todas las ciencias que sabia no me aprove- “charon de nada ; siete años pagé en vuestra “corte real disputando el caso con personas “de mucha autoridad i doctas en las artes, i al “fin decidieron que todo era vano. Solo en “vuestras majestades hubo fé i constancia. “¿Quién dudará que vino aquella luz de las “Santas Escrituras, iluminando a vuestras “majestades i a mí con rayos de maravilloso “lustre?”

Estas ideas, tan repetidas, solemne i senci- llamente espresadas por un hombre de la

piedad fervorosa de Colon, manifiestan cuán íntimamente se desarrolló el proyecto de descubrimientos en su propio ánimo, i no nació de informes suministrados por otros. Le consideraba inspiracion divina, i cumplimiento de lo que se habia predicho por nuestro Salvador i por los profetas, mirándolo, sin embargo, no como un fin, sino como un medio, como un suceso preparatorio para la grande empresa de la conquista del Santo-Sepulcro. Creia milagro del cielo haberle animado a él i a otros, para aquella santa empresa; i aseguró a sus majestades, que si tenian fé en su última proposicion como la habian tenido en la primera, serian premiados de seguro con glorioso i triunfante éxito. Les pidió no hiciesen caso de los sarcasmos de los que le llamaran lego, marinero, ignorante i hombre mundano; recordándoles que la Santa Escritura, obra, no solo en los doctos sino tambien en los ignorantes; i que revela lo futuro, no solo por medio de entes racionales, sino con prodijios ejecutados en las alimañas, i por signos en el aire i en los cielos.

La empresa sugerida por Colon, aunque pueda en el dia aparecer estravagante i ociosa, estaba de acuerdo con la disposicion de aquellos tiempos, i la corte a que se propuso. La vena de erudicion mística que le fecundaba, era tambien propia de una edad en que las visiones de los cláustros influian aun en

los ejércitos i en los gabinetes. Aun no se había desvanecido el espíritu de las cruzadas. En la causa de la Iglesia i a instigacion de sus dignatarios, estaba pronto todo caballero a desnudar la espada ; i la religion mezclaba un brillante i devoto entusiasmo con el estímulo jeneral de la guerra. Fernando era un mojigato religioso, i la devocion de Isabel estaba tan cerca de la supersticion como podia permitirlo su espíritu liberal i magnánimo. Ambos soberanos estaban bajo la influencia de políticos eclesiásticos, que dirijian sus empresas de tal modo que redundasen en beneficio del poder temporal i gloria de la iglesia. La reciente conquista de Granada se habia considerado como una cruzada europea, i valió por lo mismo a los soberanos el epíteto de católicos. Era natural que pensasen en estender aun más léjos sus victorias sagradas, i en hacer sufrir a los infieles por sus duraderas conquistas en España, i por los triunfos de la cruz que habian logrado. En efecto, el duque de Medina-Sidonia acababa de entrar en Berberia, i de tomar a Melilla. Esta expedicion se tuvo por el primer eslabon de una larga cadena de guerras nuevas contra los infieles de Africa.

Nada, pues, ridículo se podia hallar en la proposicion de Colon, considerando el período i circunstancias en que se hizo, tan bien avenidas con su carácter entusiasta i visiona-

rio. Es preciso no olvidarse de que se meditó en la corte de la Alhambra, entre las espléndidas reliquias de la grandeza mora, donde pocos años ántes habia visto el estandarte de la fé elevarse en triunfo sobre los símbolos de la infidelidad. Parece haber sido producida en uno de aquellos momentos de alta excitacion, en que, como se ha dicho, se elevaba su alma contemplando la grandeza i gloria de la mision que tenía; en uno de aquellos momentos en que se consideraba bajo la inspiracion divina, comunicando con el cielo, i llenando el santo i sublime objeto a que estaba predeterminado.

CAPITULO V.

PREPARATIVOS DE COLON PARA EL CUARTO VIAJE DE DESCUBRIMIENTOS.

(1501—1502).

LA idea de rescatar el Santo Sepulcro, tuvo solo pasajero dominio en el ánimo de Colon. Sus pensamientos se volvieron con doble ardor al canal acostumbrado. Le impacientaba la inacción, i no tardó en concebir un objeto principal para otra empresa de descubrimientos. La hazaña de Vasco de Gama, que acababa de llevar a cabo la tantas veces intentada navegación de la India, doblando el cabo de Buena Esperanza, era uno de los mas señalados acontecimientos del dia. Pedro Alvarez Cabral, siguiendo sus huellas, habia hecho un felicísimo viaje, i vuelto con sus bajeles cargados de las preciosas mercancías del Oriente. Las riquezas de Calcuta eran el tópicó de todas las lenguas: en todas partes se hablaba del

comercio de diamantes i piedras preciosas de las minas del Indostan; del de perlas, oro, plata, ámbar, marfil i porcelana, del de telas de seda, ricas maderas, gomas, aromas i especias de todas clases. Los descubrimientos de las rejiones salvajes del Nuevo-Mundo producian aun cortas rentas a la España, pero aquel sendero, repentinamente abierto a los opulentos paises del Oriente, empezó a verter inmediatos i abundantes beneficios en Portugal.

La emulacion de Colon se escitó con estas pinturas; i concibió la idea de hacer un viaje, en que con su habitual entusiasmo creyó no solo sobrepujar los descubrimientos de Vasco de Gama, sino los suyos propios. Segun sus observaciones en el viaje de Pária, i los informes de otros navegantes, particularmente de Rodrigo Bastidas, que habia seguido mas léjos el mismo rumbo, parecia que la costa de Tierra-firme se dilataba hácia el Occidente. La del Sur de Cuba, que él consideraba parte del continente asiático, se estendia tambien hácia el mismo punto. Las corrientes del mar Caribe podian pasar por entre aquellas tierras. Estaba por lo tanto persuadido de que debia existir un estrecho en las inmediaciones, que saliese al mar Indio. Su imaginado estrecho debia hallarse en las inmediaciones del que se llama hoy istmo de Darien. Descubriendo tal pasaje, i encañenando de este modo el

Nuevo-Mundo que habia descubierto con las opulentas rejiones orientales del antiguo, pensaba que daria espléndido fin i cima a sus trabajos, i consumaria el grande objeto de su existencia.

Quando manifestó Colon su plan a los soberanos, le escucharon con la mayor atencion. Ciertos individuos del consejo real, se dice que quisieron poner dificultades, recordaron las necesidades del estado, i la escasez del tesoro real, que hacian mui impolítica cualquiera nueva empresa. Tambien dijeron que no debia ser Colon empleado hasta que su buena conducta en Española quedara plenamente probada por cartas de Ovando. Estas mezquinas sujestiones fueron estériles, pues Isabel tenia confianza i fé en la integridad de Colon. En quanto a los gastos pensaba que despues de dar tan poderosa escuadra i suntuosa comitiva a Ovando para tomar posesion de su gobierno, seria ingratitud i miseria rehúsar algunos buques al descubridor del Nuevo-Mundo para proseguir sus grandes empresas. La codicia de Fernando se inflamó con la idea de entrar pronto en posesion de una vía mas directa i segura a los paises en que estaba abriendo la corona de Portugal tan lucrativo comercio. Tambien aquella empresa ocuparia considerable tiempo al Almirante, i distrayéndole de pretensiones molestas le haria emplear sus talentos del modo mas útil para la corona.

Por mucho que dudase el rei de sus talentos legislativos, tenia la mas alta opinion de su habilidad náutica. Si un estrecho como el supuesto por Colon existia verdaderamente, él era hombre mas capaz de descubrirlo de cuantos vivian entónces. A su proposicion, pues, se accedió prontamente, autorizándole para armar desde luego una esquadra con este objeto; llegó a Sevilla en el otoño de 1501.

Aunque esta empresa distrajo su atencion del romántico intento de rescatar el Santo-Sepulcro, no habia aun proscrito completamente este pensamiento. Dejó su coleccion manuscrita de profecías en poder de un devoto fraile llamado Gaspar Gorricio, que le ayudó a completarla. Al año siguiente se la presentó Colon a los reyes, acompañada de la carta de que hemos hecho mencion. En el próximo febrero tambien le escribió al papa Alejandro VII, escusándose por no haberle permitido sus ocupaciones indispensables pasar a Roma, segun tenia determinado, a dar cuenta de sus grandes descubrimientos. Despues de describirlos brevemente, añade que ha acometido aquellas empresas con intencion de dedicar la ganancia al rescate del Santo Sepulcro. Habla del voto que en una carta habia manifestado a los soberanos españoles, de poner en pie de guerra dentro de siete años, cincuenta mil infantes i cinco mil caballos con aquel objeto, i otra fuerza igual en los cinco años siguientes.

Se lamenta de que esta piadosa intencion haya sido impedida por la astucia del demonio ; i teme, que sin la ayuda divina se frustrará del todo, pues se hallaba despojado del gobierno que en perpetuidad se le habia concedido. Informa al Santo Padre de sus preparativos para hacer otro viaje, i le promete ir a Roma a su vuelta, i referir de palabra los pormenores de sus expediciones, poniendo a los pies de su Santidad una relacion que de ellos tenia escrita, siguiendo el estilo de los comentarios de César.

Tambien fué por este tiempo cuando envió a los soberanos su carta relativa al Santo Sepulcro, con la coleccion de las profecías. No se sabe de qué modo se recibió aquella proposicion. Fernando, a pesar de toda su afectacion religiosa, era un príncipe astuto i mundano. En vez de una cruzada caballerosa i bizarra contra Jerusalem, preferia entrar en pacíficos tratos con el gran Soldan de Egipto, que amenazaba destruir el edificio sagrado. Envio al docto Pedro Mártir, tan distinguido por sus escritos históricos, de embajador al Soldan ; se terminaron satisfactoriamente las disensiones entre ámbos poderes, i se concluyó un tratado para la conservacion del Santo Sepulcro, i la proteccion de los peregrinos cristianos que a él fuesen.

Entre tanto seguia Colon los preparativos para su viaje, aunque mui lentamente, a cau-

sa, segun Charlevoix indica, de los artificios i dilaciones de Fonseca i sus agentes. Pidió permiso para tocar a Española en su viaje de ida con el objeto de tomar provisiones; pero los soberanos le prohibieron hacerlo. Sabian que tenia muchos enemigos en la isla, i que estaria aun todo mui ajitado por la llegada de Ovando i la separacion de Bobadilla. Le consintieron, empero, que tocase a Española por corto tiempo a la vuelta; pues esperaban que para entónces ya estuviese restablecida la tranquilidad en la isla. Tambien se le permitió que llevase consigo a su hermano el Adelantado, i a su hijo Fernando, entónces de catorce años; e igualmente dos o tres personas instruidas en la lengua árabe, que sirviesen de intérpretes en caso de llegar a los dominios del gran Khan, o de algun príncipe oriental donde aquella lengua pudiese ser la jeneral, o parcialmente conocida. En contestacion a las cartas relativas a la recuperacion de sus derechos, i asuntos de su familia, le escribieron los soberanos en 14 de marzo de 1502, desde Valencia de la Torre, asegurándole solemnemente que sus capitulaciones se cumplirian a la letra, i que gozaria las dignidades que por ellas se le concedian, i sus hijos despues de él; i si fuese necesario confirmarlas de nuevo, lo harian, asegurándoselas a estos. Ademas espresaban su intencion de conceder mas honores i premios a él, a sus

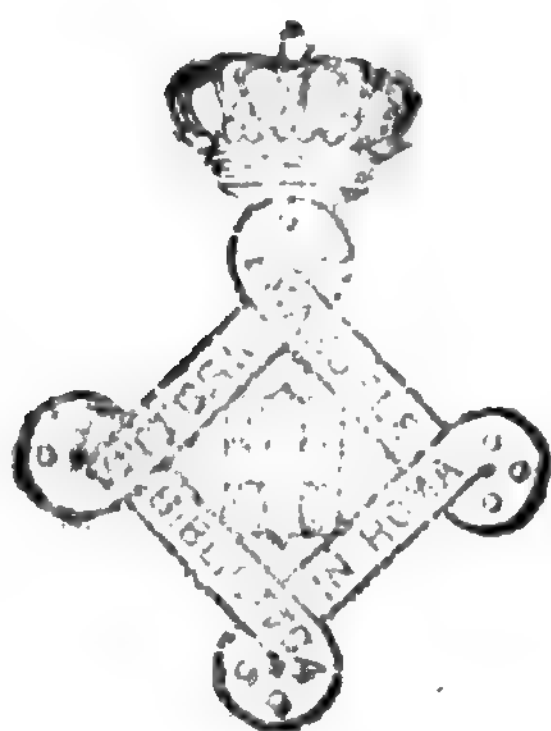
hermanos i a sus hijos. I le pedian por último, que fuese en paz i confianza, i que dejase sus negocios en España bajo el cargo de su primojénito don Diego.

Esta fué la última carta que recibió Colon de los soberanos, i las seguridades que le daban eran tan ámplias i tan absolutas como él podia desear. Pero algunas circunstancias recientes le habian hecho dudar de lo futuro. El tiempo que pasó en Sevilla, ántes de su partida, lo empleó en parte en tomar precauciones para asegurar su fama, i conservar los derechos de su familia, poniéndolos bajo la proteccion de su pais natal. Sacó dobles copias de todas las cartas, concesiones i privilegios de los soberanos, nombrándole Almirante, virei i gobernador de las Indias, las cuales se autorizaron en debida forma; así como copia de la carta dirigida a la nodriza del príncipe don Juan, con una vindicacion circunstanciada i elocuente de sus derechos; i de otras dos cartas, dirigidas al banco de San-Jorje en Jénova, designándole la décima parte de sus rentas para que se emplease en disminuir los derechos del trigo i otras provisiones: patriótica i benévola donacion en favor de los indijentes en su ciudad nativa. Las copias de estos diversos documentos las envió por medio de diferentes individuos a su amigo el doctor Nicolas Oderigo, ex-embajador jenoves en la corte de España, pidiéndole las conservase

en seguro depósito, i se lo noticiase así a su hijo Diego. Mal contento quizás con la corte española, tomó aquella medida, para que sus descendientes pudiesen apelar ante el mundo o la posteridad si él perecía en aquel viaje (1).

(1) Estos documentos se conservaban desconocidos en la familia de Oderigo, hasta el año de 1670, que Lorenzo Oderigo se los presentó al gobierno de Jénova, i se depositaron en los archivos. En los tumultos i revoluciones posteriores desapareció una de las colecciones de copias, i se llevó a Paris la otra. En 1816 se descubrió esta en la biblioteca del difunto conde Michel Anjelo Cambiaso, senador de Jénova. La procuró el rei de Cerdeña, soberano de Jénova entónces, i se la regaló a la ciudad en 1821. Esta erigió para su conservacion una custodia o monumento, compuesto de una urna, que descansa en una columna de mármol, i sostiene el busto de Colon. Los documentos están depositados dentro de la urna. Estos papeles se publicaron unidos a una memoria histórica de Colon, por el doctor Gio Battista Spotorno, profesor de elocuencia, etc., de la univeesidad de Jénova.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



INDICE

DE LOS LIBROS I CAPITULOS QUE CONTIENE
EL TOMO SEGUNDO.

LIBRO VII.

	Páj.
Cap. I.—Viaje al extremo oriental de Cuba (1494).....	3
Cap. II.—Descubrimiento de Jamaica (1494).....	9
Cap. III.—Vuelta a Cuba.—Navegacion por entre las islas llamadas los Jardines de la Reina (1494).....	15
Cap. IV.—Costeo del Sur de Cuba (1494).....	23
Cap. V.—Vuelta de Colon por la costa del Sur de Cu- ba (1494).....	35
Cap. VI.—Costeo a lo largo del sur de Jamaica (1494)....	45
Cap. VII.—Viaje de la costa del Sur de Española i vuelta a Isabela (1494).....	51

LIBRO VIII.

Cap. I.—Llegada del Almirante a Isabela.—Carácter de Bartolomé Colon (Setiembre 4, 1494).....	57
--	----

Cap. II.—Mal comportamiento de don Pedro Margarite, i su salida de la isla (1494).....	64
Cap. III.—Encuentros con los naturales.—Alonso de Ojeda asediado por Caonabo (1494).....	72
Cap. IV.—Medidas de Colon para restablecer la tranquilidad en la isla.—Especificacion de Ojeda con el designio de sorprender a Caonabo (1494).....	81
Cap. V.—Llegada de Antonio de Torres con cuatro buques de España.—Su vuelta con esclavos indios (1494).....	94
Cap. VI.—Especificacion de Colon contra los indios de la Vega.—Batalla (1494).....	100
Cap. VII.—Subyugacion de los naturales.—Imposicion del tributo (1494).....	107
Cap. VIII.—Intrigas contra Colon en la corte de España.—Comision de Aguado para investigar los negocios de Española (1495).....	117
Cap. IX.—Llegada de Aguado a Isabela —Su conducta arrogante.—Tempestad en el puerto (1495).....	127
Cap. X.—Descubrimiento de las minas de Hayna (1496)...	136

LIBRO IX.

Cap. I.—Vuelta de Colon a España con Aguado (1496).....	143
Cap. II.—Descenso de la popularidad de Colon en España —Recibimiento que le hicieron los soberanos en Burgos.—Propone otro viaje.....	152
Cap. III.—Preparativos para el tercer viaje.—Contrariedades i dilaciones (1497)	162

LIBRO X.

Cap. I.—Salida de Colon de España en su tercer viaje.—Descubrimiento de la Trinidad (1498).....	177
Cap. II.—Viaje por el golfo de Pária (1498).....	187
Cap. III.—Continuacion del viaje por el golfo de Pária.—Vuelta a Española (1498).....	200
Cap. IV.—Especulacion de Colon respecto a la costa de Pária (1498).	210

LIBRO XI.

Cap. I.—Administracion del Adelantado.—Espedicion a la provincia de Jaragua (1498).....	221
Cap. II.—Establecimiento de una cadena de puestos militares.—Insurreccion de Guarionex, el cacique de la Vega (1496).....	233
Cap. III.—Viaje del Adelantado a Jaragua para recibir el tributo (1497).....	244
Cap. IV.—Conspiracion de Roldan (1497).....	251
Cap. V.—Marcha del Adelantado a la Vega a socorrer el fuerte de la Concepcion.—Su entrevista con Roldan (1497).....	259
Cap. VI.—Segunda insurreccion de Guarionex, i su huida a las montañas de Ciguay (1498).....	267
Cap. VII.—Campaña del Adelantado en las montañas de Ciguay (1498).....	273

LIBRO XII.

Cap. I.—Confusion en Española.—Procedimientos de los rebeldes en Jaragua (30 de agosto de 1498)...	283
Cap. II.—Negociacion del Almirante con los rebeldes.—Salida de los buques para España (1498).....	292
Cap. III.—Composicion con los rebeldes (1498).....	301
Cap. IV.—Nuevas pretensiones de los insurjentes; llévase a cabo una segunda capitulacion (1499).....	311
Cap. V.—Concesiones hechas a Roldan i sus compañeros.—Regreso de varios rebeldes a España (1499).....	319
Cap. VI.—Llegada de Ojeda con una escuadra al Occidente de la isla.—Roldan enviado a buscarlo (1499).....	328
Cap. VII.—Maniobras de Roldan i Ojeda (1500).....	335
Cap. VIII.—Conspiracion de Guevara i Mojica (1500).....	342

LIBRO XIII.

Cap. I.—Representaciones dirijidas a la corte contra Colon.—Bobadilla autorizado para examinar su conducta (1500).....	353
--	-----

Cap. II.—Llegada de Bobadilla a Santo-Domingo.--Se apodera violentamente del mando (1500).....	365
Cap. III.—Colon llamado ante Bobadilla (1500).....	374
Cap. IV.—Colon i sus hermanos arrestados i enviados a España encadenados (1500).....	379

LIBRO XIV.

Cap. I.—Sensacion en España al llegar Colon encadenado. —Su presentacion en la corte (1500).....	391
Cap. II.—Viajes contemporáneos de descubrimientos.....	398
Cap. III.—Nicolas de Ovando, nombrado sucesor de Bobadilla (1501).....	405
Cap. IV.—Proposicion de Colon relativa al rescate del Santo Sepulcro (1500—1501).....	419
Cap. V.—Preparativos de Colon para el cuarto viaje de descubrimientos (1501—1502).....	426

